

CASA
DE LA
CULTURA
ECUATORIA

CASA

DE LA

CULTURA

ECUATORIANA

2

2

PP 0-001

1945

n. 2

ej. 1

REVISTA



R0694

Hemeroteca (Año 1944 Núm 2)
PP 0-0001

\$ 5,00

**EDITORIAL CASA DE LA
CULTURA ECUATORIANA - 12**

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

SUMARIO :

	PAG.
Mañana	5
ENSAYOS	
La Misión Científica de los Geodésicos Franceses en Quito	Fray José María Vargas 9
Consideraciones financieras y económicas	Dr. Eduardo Riofrío V. 37
La nueva filosofía de la vida y de las relaciones humanas	Dr. Angel Modesto Paredes . 75
Educación del hombre libre	Prof. Edmundo Carbo .. 85
Consideraciones culturales (Educación indígena)	Dr. Víctor Gabriel Garcés .. 89
RELATOS	
El sombrero de la Virgen	Alfonso Cuesta y Cuesta 129
El pequeño instrumento de la muerte	Alejandro Carrión .. 151
La cascada y el río	Humberto Salvador 171
POESIA	
Altanoche	Gonzalo Escudero .. 213
Amistad del eucalipto	Hugo Mayo .. 215
Liberación por el olvido	Jorge Guerrero .. 217
Poema al Mar	Humberto Vacas Gómez .. 219
PAGINAS DE ANTOLOGIA	
Ernesto Noboa y Caamaño, el desterrado	Pedro Jorge Vera .. 231
La Romanza de las horas	Ernesto Noboa y Caamaño .. 235
NUESTRA MESA DE LIBROS	
Simbad vuelve la cabeza	Alejandro Carrión .. 275
Psiquiatría infantil	Humberto Salvador .. 280
Libros ecuatorianos de 1944	Angel F. Rojas .. 294
Tierra, son y tambor	Lilo Linke .. 311
Sentido del amor humano en la poesía de Alejandro Carrión	Hugo Alemán .. 316
Un gran libro continental	Benjamín Carrión .. 320
Alfredo Gangotena y la crítica extranjera	Eduardo Riofrío Villagómez . 326

CASA DE LA CULTURA EQUATORIANA

REVISTA

QUITO-ECUADOR

CASILLA No. 61

AÑO I

ABRIL-DICIEMBRE DE 1945

No. 2

CONSEJO DIRECTIVO:

BENJAMIN CARRION,
Presidente.

JACINTO JIJON Y CAAMAÑO,
Vicepresidente.

HUMBERTO MATA MARTINEZ,
Secretario General.

DELEGADOS DE SECCION:

Literatura y Bellas Artes:
LEOPOLDO BENTES V.

Ciencias Jurídicas y Sociales:
ALFREDO PEREZ GUERRERO.

Ciencias Filosóficas y de la Educación:
JAIME CHAVES GRANJA.

Ciencias Biológicas:
JORGE ESCUDERO.

Ciencias Históricas - Geográficas:
ABEL ROMEO CASTILLO.

Ciencias Físico - Químicas y Matemáticas:
ALBERTO D. SEMANATE O. P.



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

ha publicado:

COLECCION CLASICOS ECUATORIANOS

Vol. V.—**Poesías completas de Olmedo.**

Edición crítica por Aurelio Espinosa Pólit, S. J.

\$ 25,00

BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE ECUATORIANO

Vol. I.—**Sófocles: "Edipo Rey".**

Trad. y notas de Aurelio Espinosa Pólit, S. J.

\$ 10,00

EDICIONES PROXIMAS

BIBLIOTCA DE RELATISTAS ECUATORIANOS

Vol. I.—**Luis A. Martínez: "A la Costa".** — novela.—Prólogo de Enrique Gil Gilbert.

II.—**Humberto Salvador: "La Fuente Clara".** — Novela.

III.—**Angel F. Rojas: "Un idiolo bobo o historia de un perro que se enamoró de la luna".** — Relatos.

IV.—**Alfonso Cuesta y Cuesta: "Los Hijos".** — Novela.

V.—**Alejandro Carrión: "La manzana dañada".** —Relatos.

IV.—**Angel F. Rojas: "Curipamba".** — Novela.

BIBLIOTECA DE CLASICOS ECUATORIANOS

Vol. V.—**Selección crítica de Juan Montalvo.**

Prólogo de Julio Moreno.

Ram 0001
1945
Nº 2
1/1

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. Nº 930
FECHA DE CONSTATAACION 30 DIC 1949
VALOR 9/5
CLASIFICACION

ESTA REVISTA aspira a ser la voz del movimiento cultural ecuatoriano y a servirle de nexo para su necesaria y saludable vinculación con el de los pueblos del mundo.

Para el cumplimiento cabal de su propósito, dice a los escritores del Ecuador y de los pueblos hermanos, que estas páginas son para que expresen su posición y su fé, en esta hora del mundo de profunda tragedia universal, que reclama una irrecusable solidaridad humana.

*Bien claro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
SE MANTIENE EN FAVOR POR LA LEY*

La responsabilidad por las ideas expresadas en esta Revista, corresponden exclusivamente a los autores.

No se mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas.

BIBLIOTECA AMAZONAS

Vol. X.—Segunda parte de la nueva historia del Reyno de Quito,
por el Padre Juan de Velasco.

BIBLIOTECA ECUATORIANA

Vols. I y II.—Obras completas de Medardo Angel Silva.
Edición cuidada por Abel Romeo Castillo.

Vol. III.—Obras completas de Pablo Palacio.
Edición cuidada por Alejandro Carrión.

BIBLIOTECA DE POESIA ECUATORIANA

Vol. I.—Arturo Borja: "La Flauta de Onix". — Prólogo de Alejandro Carrión.
Texto cuidado por Aurelio Espinosa Pólit.

Vol. II.—Ernesto Nohoa y Caamaño: "La romanza de las horas".
Prólogo de Pedro Jorge Vera.

BIBLIOTECA "EL PUEBLO Y EL PAISAJE"

Vol. I.—Paulette E. de Rendón: "Las últimas islas encantadas".
(Viaje al Archipiélago de las Galápagos).

BIBLIOTECA ECUATORIANA DE FILOSOFIA

Vol. I.—Alfredo Roldán: "La filosofía de la libertad".

COLECCION "TEATRO DEL ECUADOR"

Vol. I.—César R. Descalzi: "Portovelo".

COLECCION HOY Y MAÑANA

Vol. I.—Hugo Alemán: "Presencia del pasado".

MAÑANA

Vencidas ciertas dificultades transitorias, concluimos esta edición, junto con el año 1945.

En el decurso de estos meses —abril, diciembre— han sucedido acontecimientos de tan hondo sentido histórico, que inauguran para la humanidad un cúmulo de perspectivas, comprometedoras de su esperanza y su destino.

Finalización de la guerra mundial —¿ha concluído, realmente?—; discusión internacional para estructurar la reacomodación de los pueblos al nuevo ritmo de la historia; planificación de la convivencia social para la instauración de normas cuya vigencia haga posible y perdurable el anhelo de una democracia auténtica, viva, fecunda. En otros términos, se ha cumplido una etapa en la liquidación de profundas contradicciones humanas, de las que fueron venenoso fruto todas las formas del nazifascismo, expresión nueva de un viejo proceso de injusticia social.

Y en esta hora, talvez la más trágica, pero asimismo, la más interesante, porque está cargada de experiencias y promesas, el hombre americano está más urgido que nunca a la comprensión clara de su papel histórico. A él parece estarle encomendado el imprimir a la actitud espiritual de la humanidad un sentido de paz constructiva, con la fres-

NO 594 2009

cura de sus energías creadoras y la pureza de sus hábitos de solidaridad.

En América, seguramente por consciente balance del destino de los otros pueblos, que vivieron orgullosos de su soberanía exacerbada y soberbia, se ha hecho posible un clima propicio a la paz, con todos sus atributos positivos.

Toca, pues, a los hombres de esta nueva unidad geográfica, cumplir su tarea vital; pero no con el microcósmico sentido de la parcela, sino con la macrocósmica actitud de la obra colectiva. Aquí, la función alta y esencial de la cultura: proporcionar al hombre de América todos los instrumentos del conocer y del hacer, para la egregia arquitectura de una convivencia productiva y justa. Aquí, el papel decisivo de los hombres de ciencia y de los hombres de arte: fundir sus caudales de verdad y belleza, para servir al bien del hombre total.

Por eso, al anunciarse 1946, la CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, hace un nuevo llamado a todos los hombres de pensamiento, a decir su mensaje sincero, como una cuota en esta gran empresa de ecumenizar a América; y formula sus votos porque este nuevo año, sea fecundo en trabajo y grato en convivencia, para todos los que integran esta nacionalidad, ejercitada en el infortunio, pero transida de infinita esperanza.

ENSAYOS

FR. JOSE MARIA VARGAS, O. P.

LA MISION CIENTIFICA DE LOS GEODESICOS FRANCESES EN QUITO

(1737 — 1742)

El problema de la redondez de la tierra. — Personal de la Expedición. — Su Travesía. — Labores en la Costa Ecuatorial. — Determinación de la base. — Trabajo de triangulación. — Resultados para la ciencia. — Ruta de regreso. — Ventajas para Quito.

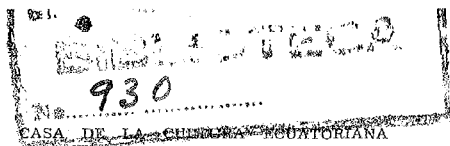
A mediados del siglo XVIII, la Audiencia de Quito ofreció su suelo por estadio de resolución de uno de los problemas más interesantes y más útiles que se ha planteado la Ciencia. Heráclito, en la antigüedad, y los chinos habían afirmado categóricamente que la Tierra era plana en absoluto. Según Diógenes de Laercio, Anaximandro la imaginó como una columna redonda, Leucipo cual un cilindro, Cleantes y Demócrito la idearon cóncava. Parménides fué el primero que demostró su esfericidad. Después Tales de Mileto añadió que era una esfera que sobrenadaba en las aguas. Se hizo luego el silencio de los siglos. A la

ciencia cristiana teocéntrica no le importaba en primera línea saber la naturaleza de los planetas.

La esfericidad de la Tierra suscitaba el problema de su extensión en su circunferencia y en su diámetro. Eratóstenes, entre los antiguos, había hecho la prueba de medirla, por la observación de Astros situados en la vertical de un lugar y alejados de la vertical de otro. Siena, pueblo de Egipto hacia los confines de Etiopia y Alejandría fueron los puntos extremos de su experiencia.

La luz de la ciencia, que no siempre guarda continuidad en su resplandor, hizo el arco de milenio y medio hasta encender su llama en el cerebro de nuevos sabios. Fué el siglo y en la patria de Luis XIV donde entró en ebullición la inquietud científica. El aporte de experiencias adquiridas en el descubrimiento del Nuevo Mundo debió pasar por la Academia Real de Ciencias de París para catalogarse como patrimonio de la humanidad.

A fines del siglo XVII, Newton formuló el principio de la atracción universal y concluyó, aunque sin demostración rigurosa, que la Tierra debía tener la forma de un elipsoide achatado en los polos. Esta conclusión estimuló a los científicos a buscar la prueba experimental. Por de pronto, el método geométrico de las medidas de arcos del meridiano, practicado en el suelo francés por el Abate Picard y los Cassini, condujo a una teoría opuesta a la de Newton. Mientras, por el contrario, confirmaba a éste el método dinámico de las observaciones del péndulo, llevada a cabo por Richer en la isla de Cayena. La Academia de Ciencias de París tomó a su cargo la resolución de la dificultad, afrontando, en decir d'Alembert "la empresa más grande que nunca las ciencias hayan intentado".



En este problema estaban interesados todos los grandes representantes de la humanidad pensante. Los marinos soñaban en saber el cálculo exacto de las distancias para sus rutas; los geógrafos podrían trazar las líneas de longitudes y latitudes en sus cartas; los astrónomos conocerían el verdadero paralaje de la luna, para medir sus distancias y determinar su posición y sus movimientos; los físicos confirmarían que la gravedad de los cuerpos es el agente universal que regula el gobierno de la naturaleza; los ingenieros, en fin, aprovecharían en la nivelación, para abrir canales, conducir las aguas, cambiar el curso de los ríos y abrir paso a las corrientes de los mares.

La Academia acordó la medición de un arco de meridiano cerca del Polo y otro en la línea ecuatorial. Para esto último fué elegido el territorio de la Audiencia de Quito y con esta ocasión vino a nuestra Patria un personal de Francia, que dejó huellas imborrables en la marcha de nuestro vivir histórico. Para honor de la Madre Patria, su Rey Felipe V secundó los altos planes de la Expedición francesa y dió las órdenes necesarias para que se diesen toda clase de facilidades a los comisionados.

Precaución necesaria de la Academia fué seleccionar un elemento capacitado, pero joven. La delicadeza de la misión exigía técnica, las dificultades del trabajo y del terreno reclamaban vigor y sacrificio.

De entre los miembros de la Academia fueron designados 3 representantes, Bouguer de 37 años, La Condamine que frisaba en los 34 y Godin que contaba apenas con 31. Bouguer, Ingeniero Hidrógrafo de profesión, especialista en matemáticas, retraído, absorto, sin las delicadezas del com-

pañerismo, aprovechó del viaje para experiencias personales de Geodesia, Navegación y Fotometría.

La Condamine había conseguido aliar en su persona la pasión por la aventura con el interés científico. El vigor de su juventud le había llevado a la guerra en España, luego a un viaje por el Levante y el Norte de Africa. Su curiosidad y aptitud de asimilación no le dejaron tiempo para especializarse en alguna rama: pero su entusiasmo, su don de gentes, su intuición de asombro, y su gran talento así teórico como práctico, le hicieron el protagonista de la Expedición.

Godin fué el jefe oficial de la comisión. Aunque el más joven, era el decano por el tiempo que llevaba de Académico. En la práctica, no había más directivas que las que provenían del común acuerdo para mejor conseguir el fin estipulado. A los tres académicos se les juntaron a José de Jussieu, de la ilustre familia de los científicos de ese apellido, Doctor en medicina, para las observaciones botánicas; Verguin, Ingeniero de Marina, Godin des Odonais y Couplet, para las operaciones geométricas; al ingeniero de Morainville para el Dibujo, a Seniergues en calidad de cirujano y a Hujo como relojero y especialista en instrumentos de matemáticas.

Por acuerdo del Rey de España, entraron, a formar parte en la Expedición, dos nobles jóvenes de la Marina de España, Jorge Juan de 23 años y Antonio de Ulloa, de 20 años. Los dos tenían la comisión de asistir a los trabajos científicos, no menos que de observar discretamente la administración política de los funcionarios reales.

De la presencia de esta Misión en Quito, data la vinculación espiritual de nuestro país con Francia, con una suerte de parentesco a prueba de constancia. Desde entonces se bautizó con el nombre de Ecuador a nuestro territorio, los pueblos diseminados supieron su localización a base del

meridiano de Quito, se trazó el primer mapa geográfico del suelo, se tomó el ritmo y la medida a las palpitaciones volcánicas, se echó la simiente de la afición científica en nuestros compatriotas y se dió la mano a Maldonado, que pudo hombrearse, luego, con los sabios de París y Londres.



El personal expedicionario se hizo al mar en la Rochella el 16 de mayo de 1735. La travesía hasta la Martinica duró treinta y siete días. Desde el primero no se dejó pasar uno solo, sin practicar observaciones y consignar los resultados. Para los tres académicos fué ley diaria el uso del Octante de Halley, para observar las latitudes y tomar las alturas correspondientes del sol, antes y después del mediodía, con los relojes de segundos. La Condamine se impuso la tarea de observar la declinación de la aguja de marear con su nuevo compás de variación; mientras Bouguer y Godin hicieron experimentos con una brújula de inclinación que habían llevado de París. Aunque no les fué posible experimentar el Barómetro de Mar de Amontons, ni la Máquina del Marqués de Polent para medir la estela de un navío; sin embargo, sus observaciones astronómicas y físicas no dejaron de ser útiles a la navegación, a la Geografía y a la Historia Natural.

La segunda mitad del año 35 la gastaron en procuramientos de nave para continuar el viaje. El 16 de noviembre desembarcaron recién en Cartajena, donde, desde meses atrás, les esperaban los marinos españoles. Juntos ya, por Porto-Belo y las riberas del Chagré avanzaron a Panamá, y allí se detuvieron un mes y medio hasta hallar embarcaciones para el sur. De esta estadía aprovecharon

para aprender el castellano y hacer observaciones con el Termómetro, el Barómetro y las variaciones de la aguja de marear. Fijaron la latitud de Panamá, pero no consiguieron determinar la longitud, porque la proximidad de Júpiter al sol no les permitió observar ningún eclipse de los satélites. Aisladamente todos hicieron experiencias del Péndulo, Bouguer levantó el plano de la Rada, Don Juan, Bouguer y La Condamine trazaron cada cual una Carta del Río Chagre, Godin practicó observaciones astronómicas y Jussieu se ocupó en sus colecciones de Historia Natural. El tiempo era oro para los académicos no menos que para los lugares que visitaban.

De Panamá se hicieron al mar el 22 de febrero y pasaron por primera vez, bajo la línea ecuatorial, la noche del 7 al 8 de marzo. El 10 desembarcaron en la Rada de Manta, puerto de la Audiencia de Quito. Su primera labor fué observar sobre la costa un grado de latitud austral, para luego practicar sus experimentos sobre Monte Cristi.

En Manta se tomó el acuerdo de dividir el personal, comisionando a cada uno un especial trabajo. Los dos oficiales españoles con Godin se embarcaron para Guayaquil, mientras Bouguer y La Condamine permanecieron solos con el fin de proseguir sus observaciones en la Costa de Manabí. El propósito de estos académicos fué de observar el equinoccio por un nuevo método de Bouguer, reconocer el punto preciso por el que pasaba la línea ecuatorial, fijar, por la observación del eclipse de luna del 26 de mayo, la longitud hasta entonces desconocida de esta Costa, la más occidental de la América Meridional, examinar, en fin, la comarca que debía ser el teatro de su labor científica. Además era la única ocasión de observar las refracciones

astronómicas de la zona tórrida, aprovechando de la vista del horizonte del mar, como también de hacer la experiencia del Péndulo de segundos, al nivel del mar y bajo el Ecuador. La Condamine se ocupó especialmente en determinar el punto de la Costa, que cruza la línea ecuatorial e hizo grabar en la roca más saliente de Palmar la inscripción comprobatoria: *Observationibus Astronomicis . . . hodie Promontorium AEquatori subjacere compertum est. 1736.*

Los dos académicos se dieron modos de visitar científicamente Charapotó y Portoviejo y recorrer la Costa desde el Cabo de San Lorenzo hasta el Cabo Pasado y el río Jama. Ambos se habían propuesto levantar la Carta del país, que tuvo que realizarla casi solo La Condamine, porque Bouguer, sintiéndose mal de salud, se vió en el caso de dirigirse a Guayaquil el 23 de abril.

La Condamine llevaba en su ser el espíritu de aventura, alentado por la curiosidad científica. En piragua ascendió costearo más de 50 leguas hacia el norte. En este viaje le fué dado medir la latitud del Cabo San Francisco y de Atacames. Llegado a la desembocadura del río Esmeraldas, remontó su curso, haciendo toda clase de observaciones. Más que la provisión de boca, había tenido la precaución de llevar consigo la brújula, el termómetro y el gran Cuadrante para practicar observaciones y papel para dibujar las plantas nuevas, que podían interesar a Jussieu. Por esta ruta, entre fluvial y montañosa, pudo apreciar la energía y los alcances de Don Pedro Vicente Maldonado, quien el primero había pretendido abreviar la salida de Quito al mar por la vía de Esmeraldas. Venciendo mil dificultades trasmontó la Cordillera y llegó al villorrio de Niguas, donde se vió precisado a empeñar el Cuadrante y la valija a cambio de dinero con qué poder hacerse de mulas

y de indios que le llevaran hasta Nono. Un día más de viaje y consiguió por recompensa contemplar tendida a sus pies la verde explanada de Ñaquito, cubierta a trechos con casas de regular aspecto y allá lejos a Quito que se esquivaba a las miradas, ocultando sus centros de mayor poblado entre las quiebras de su suelo desigual.

Entretanto que La Condamine exploraba la ruta de Esmeraldas a Quito, los marinos españoles con Godin y gran parte de los miembros de la Expedición francesa, avanzaban lentamente desde Guayaquil, ayudados por el Corregidor de Guaranda, que había recibido orden de atenderlos, de parte del Presidente de la Audiencia, Don Dionisio de Alcedo y Herrera. El 3 de mayo comenzaron a surcar desde ese puerto, el 11 llegaron a **Caracol**, el 15 atravesaron por última vez el Río **Ojibal** e hicieron pie en **Caluma**. Al día siguiente, a mediodía, el aire fresco que respiraban les llevó instintivamente al Termómetro que marcaba ya 1016. No olvidarían en adelante a **Mama Rumi**, que les brindó el espectáculo de la más bella **Chorrera**, llamada **Paccha** por los indios. El 18, en **Tarigagua** el termómetro les marcó 1014½; no dejaron allí de observar la transición de temperaturas, en que la calurosa de la costa se neutralizaba con la fría de la cordillera. Mediodía más de vencer los **camezones** les llevó a las faldas de la montaña de **San Antonio**, cuya ascensión les puso sobre **Cruz de Caña**. De aquí se dirigieron, a **Pucará** y luego tocando la región de Chimbo avanzaron a **Guaranda**. A la entrada de este pueblo les salió a recibir el Corregidor, acompañado del cura, que era un religioso dominicano y de un buen cortejo de gente y partidas de danzantes, que celebraban la llegada de los ilustres viajeros. Inútil decir que se echaron al vuelo las campanas y que la banda de música agitó el aire con sus tonos. Don Antonio de Ulloa, en su relación, da testimo-

nio de la alegría que causó este recibimiento en el ánimo de los expedicionarios. El 21 dieron el adiós a Guaranda y emprendieron el viaje al través de las estribaciones del Chimborazo. **Rumi Machai, el gran Arenal, Mocha, Ambato, San Miguel, Latacunga, Chisinchi, Tiopullo, Turubamba,** son nombres familiares a nosotros, pero en el Diario de los Académicos, constan con su localización científica, su altura sobre el nivel del mar, su grado de temperatura señalado por el termómetro, su flora y fauna, tan del gusto de Jussieu.

Los oficiales españoles con el grupo de sus compañeros franceses de viaje llegaron a Quito el 29 de mayo de 1736. El 4 del mes siguiente se les juntó La Condamine. Bouguer tardó hasta el 10, a causa de su salud quebrantada. Una vez juntos, organizaron el trabajo. Lo primero era medir con exactitud un terreno, que les sirviera de base, para calcular las distancias mediante operaciones geométricas. Pero ¿dónde encontrar una extensión idónea, en suelo tan quebrado y desigual como el de Quito? Tras largas penalidades se resolvieron por la explanada de **Yaruquí**, la única que más se acercaba a la línea ecuatorial. En cálculo de la medida de ese tiempo, esa zona se extendía en línea más o menos uniforme cosa de 6.300 toezas, con una inclinación de 125. Era pues necesario nivelar el suelo, para reducirlo a línea horizontal. Yaruquí tiene al oriente la alta cordillera de Guamaní y Pambamarca y al occidente las ramificaciones del Pichincha. El suelo arenoso y las dos cordilleras refractan los rayos del sol, ocasionando frecuentes borrascas. Abierto como está por otra parte a norte y sur, el viento se complace en formar allí torbellinos, que levantan columnas de arena, hasta oscurecer el firmamento. Se explica así que los geodésicos gastaran cerca de un mes en disponer el terreno, que lo midieron de

norte a sur y simultáneamente en sentido opuesto, por cuadrillas iguales de trabajadores.

El anhelo de exactitud científica les llevó antes a la explanada de Cayambe, que la encontraron demasiado accidentada para el objeto. En esta labor hubieron de lamentar la muerte de Couplet, acaecida el 17 de Septiembre, con una fiebre maligna que le consumió en solo dos días de cama. Ya al salir de Quito se había sentido con una ligera indisposición, que el vigor de la edad y el temperamento le hizo ver insignificante. Sin embargo, el trabajo al aire libre le agrabó el mal hasta dar con su juventud en la tumba.

Sobreponiéndose al dolor, se ocuparon durante el mes de Octubre en la medición de la base y en la observación de varios ángulos, tanto horizontales como verticales, sobre las montañas vecinas. De regreso a Quito, concluyeron el año con la observación del solsticio con un instrumento de doce pies y la verificación de este aparato.

A comienzos de 1737 se hizo el plan para nuevos trabajos. La escasez de recursos obligó a La Condamine a ir a procurarlos en Lima, a donde fué acompañado de Don Jorge Juan. Entretanto, Verguin se responsabilizó de examinar el terreno al sur de Quito y Bouguer al norte, a fin de escoger los mejores puntos para la triangulación.

La Condamine salió de Quito el 19 de Enero. Su equipo principal consistía en libros, un Cuadrante, un péndulo, anteojos, brújula y barómetro. El resultado de este viaje fué el trazo de la Carta de su ruta y la observación de las latitudes de los lugares principales de su paso. En Loja se detuvo tres días para reconocer, dibujar y des-

cribir el árbol de quinina. En Lima improvisó un observatorio en el palacio del Virrey, desde el cual hizo las observaciones que el cielo y la estación le permitieron. Al regreso, se detuvo en Paita para observar su latitud y levantar el mapa de su suelo; en Guayaquil se quedó dos días, que le fueron suficientes para fijar su longitud y determinar su posición con relación al monte Chimborazo. En Junio estuvo ya en Quito.

Fué placentero comprobar que todos trabajaban a conciencia. Bouguer y Verguin, habían levantado ya la Carta del terreno que cada cual debía examinar. Estaban disponibles los fondos que La Condamine había procurado. No restaba, pues, sino comenzar la ardua labor de la triangulación. Para llevarla a cabo, se dividió el personal en dos secciones. Don Jorge Juan con Godin presidían el grupo encargado de operar en la montaña de Pambamarca; Bouguer, La Condamine y D. Antonio de Ulloa, ascendieron, en cambio, a la cresta más alta del Pichincha.

La empresa de los Académicos fué la epopeya de la ciencia. Su acción fué una, íntegra, grande e interesante: bien caracterizados los personajes: nítido el plan y severo el estilo. Asistamos a una escena, que nos permitirá adivinar todas las demás.

A 971 toezas sobre Quito o 2.430 sobre el nivel del mar, en el picacho más empinado del Pichincha, se divisaba un chozón de seis pies de alto. Su cubierta era de paja y sus

paredes estaban cercadas por una empalizada de carrizos. Tan tajado era el peñascó en sus contornos, que no permitía más sendero fuera del ocupado, que el necesario para dar paso a un individuo. Densos nubarrones sepultaban casi todas las noches la cabaña. Más que el Termómetro de Réaumur, la impresión personal les hacía juzgar del grado de intensidad del frío, no obstante que el calor natural de cinco y seis personas juntas atenuaba la rigidez del ambiente. Acaso por primera vez se había observado al mercurio en el barómetro bajar 16 pulgadas, es decir 12 pulgadas más bajo que al nivel del mar, lo que hacía respirar un aire sumamente dilatado, como lo experimentó Don Antonio de Ulloa en su *soroche*. Al fondo se había erigido un pilar de sostén suficientemente firme para suspender en él el péndulo y practicar por primera vez observaciones a tan considerable altura.

A este singular observatorio del Pichincha correspondía el que Godin y Don Jorge Juan habían levantado en la cima de Pambamarca. Desde las dos eminencias, podían divisarse claramente ambas compañías, mediante largos lentes y con los de los Cuadrantes. Pero, para comunicarse entre ellos se necesitaba un posta que anduviera sin cesar por lo menos tres días. Godin había ensayado la experiencia del sonido, con un cañón cargado de nueve libras de bala, desgraciadamente sin resultado alguno.

La salud de Bouguer había sufrido menoscabo. Se necesitaba la tonificación de un reposo. Esta circunstancia obligó a los académicos de una y otra sección a concentrarse en Quito el 6 de Septiembre. Juntos observaron el Eclipse que sucedió el 8 del mismo mes. Al día siguiente La Condamine se dirigió al sur-este en busca de sitios donde colocar pistas para puntos de mira. *Shangallí* fué uno de los

elegidos. De allí ascendió al **Sincholagua**. De regreso volvió a subir al Pichincha con Bouguer. La necesidad de ligar las nuevas señales con los triángulos ya medidos hizo buscar un nuevo sitio, 210 toezas más abajo del primer campamento. Este cambio ocasionó la modificación también al frente, donde tuvo que rectificarse la pista de **Cotacachi**. El mes de Octubre se consumió en estas enmiendas, explicables desde luego por la configuración caprichosa del terreno.

Las dos Cordilleras de los Andes, que se enfilan a uno y otro lado de la región interandina, constan de montes que con más o menos simetría se encadenan de norte a sur. Esta configuración geográfica favorecía en principio a la medición del Meridiano, por la facilidad de hallar puntos de apoyo para determinar los triángulos.

Pero en la práctica, las dificultades eran casi insuperables. Las cumbres de los montes están por punto general cubiertas de nieves permanentes o cercadas de nubarrones. Sus faldas, vistas de lejos, ofrecen un aspecto sombrío, que no permite destacarse una señal. Añádase la escabrosidad de los nudos que dificultan las comunicaciones y la apatía de los indios guías y se apreciará el esfuerzo titánico de estos obsesionados por el ideal científico. A sus predecesores en Francia, Picard y los Cassini, el propio suelo les ofrecía, para puntos de mira, un campanario, un molino, una torre, un castillo, un árbol aislado. Pero aquí había que crearlo todo, venciendo las resistencias de la naturaleza. La elevación de una pirámide o de las mismas carpas, como señales de observación, exigía el concurso de peones con los instrumentos necesarios.

Enero y Febrero de 1738 se pasó en la coordinación de las señales cercanas a la base con las de **Pambamarca**, **Tan-**

lagua y Shangallí. Luego se ocuparon en enlazar a la red de triángulos ya medidos, las señales del **Cotopaxi**, del **Corazón**, de **Papaurco**, de **Pucahuaico** y de **Miliu**. Y así fueron siguiendo lentamente por las provincias actuales del **Tungurahua**, **Chimborazo** y el **Azuay**.

“Nuestra vida sobre las cimas nevadas del Pambamarca y de Pichincha —dice Don Antonio de Ulloa— fué como el noviciado de la que llevamos desde principios de Agosto de 1737 hasta fines de Julio de 1739. Durante estos dos años, mi Compañía acampó sobre treinta y cinco cimas diferentes y la otra sobre treinta y dos, sin más alivio que el de la costumbre; porque nuestros cuerpos se endurecieron o se familiarizaron con estos climas como con la tosquedad de los alimentos. Nos acostumbramos a esta profunda soledad lo mismo que a la diversidad de temperatura que experimentamos al pasar de una montaña a otra. Si el frío era intenso, en las alturas, el calor nos parecía excesivo en los valles que teníamos que atravesar. La costumbre en fin nos volvió insensibles al peligro a que nos exponíamos saltando en lugares escarpados. No faltaron, sin embargo, ocasiones en que habríamos perdido la paciencia y renunciado a la empresa si el honor no hubiese sostenido a nuestro valor”.

Estas impresiones de carácter humano, sentidas por los expedicionarios españoles y franceses, hacían añorar a éstos la geografía de Francia transformada por la labor constante de sus hijos. Oigamos el sentir de La Condamine. “La altura media de los valles en que están situadas las ciudades de Quito, Cuenca, Riobamba, Latacunga, Ibarra y cantidad de pueblos, es de 1.500 a 1.600 toezas sobre el nivel del mar; es decir que excede a la de las más altas montañas de los Pirineos. Y este suelo ya de suyo elevado sirve

de base a montañas que se alzan al cielo. El **Cayamburo**, situado bajo el Ecuador y el **Antisana**, que no está sino a cinco leguas hacia el sur, están a más de 3.000 toezas sobre el mar, y el **Chimborazo**, a 3.220 toezas, sobrepasa con más de un tercio al Pico de Tenerife, la más alta montaña del antiguo hemisferio. La sola parte del Chimborazo cubierta de nieve tiene 800 toezas de altura perpendicular. El **Pichincha** y el **Corazón**, a cuyas cimas habíamos llevado los barómetros, están respectivamente a 2.430 y 2.470 toezas de altura absoluta, es decir, a la más elevada que nunca se haya ascendido. La nieve perpetua ha hecho hasta aquí inaccesibles, estas cimas. Descendiendo de este término, que es de suyo uno en que no se forma la nieve ni en la zona tórrida, no se observan, de 150 a 200 toezas abajo, sino rocas desnudas o arenales áridos. Desde aquí comienzan a verse uno que otro musgo que tapiza las rocas, diversas especies de matorrales que aunque verdes y mojados dan un fuego claro, motas de tierra esponjosa sobre las que crecen plantitas radiadas y estelíferas, semejantes a las hojas del Tejo. En este espacio, la nieve no es más que pasajera, pero se conserva con frecuencia durante algunas semanas y hasta meses enteros. Más abajo, en una zona de más o menos 300 toezas de altura, el suelo está cubierto de pajonal y corresponde a la parte que se llaman **páramos**. Descendiendo, se da ya con arbustos, hasta que más abajo se encuentra el bosque en los terrenos no desmontados, como lo son los que forman las dos pendientes de las cordilleras que se extienden hacia la región interandina”.

La medición de los triángulos se concluyó en Agosto de 1739. No hacía falta sino medir una segunda base para

verificar la exactitud de las operaciones y cálculos ya realizados. Pero los instrumentos habían sufrido menoscabo y fué preciso, para componerlos y fabricar otros nuevos, regresar a Quito. En este trabajo se ocuparon hasta Agosto de 1740. Entonces se dirigieron otra vez a Cuenca, donde tuvieron que detenerse hasta fines de Septiembre. Ardua fué la labor que realizaron. La atmósfera de esa región no es favorable a los astrónomos. Y hubo que esperarse con paciencia que el pabellón de nubes abriera una ventana al azul del firmamento. Concluidas las observaciones, los geodésicos tornaron a Quito para practicarlas al otro extremo del meridiano.

Antes de salir de Francia los académicos, La Condamine había propuesto el proyecto de perpetuar los dos términos de la base fundamental de las operaciones, mediante una inscripción que debía contenerse en una columna, un obelisco o una pirámide, según las circunstancias. La Academia de Ciencias aprobó la idea y la de Bellas Artes redactó el texto de la inscripción. La diligencia del autor del proyecto trató de llevarla a cabo con el interés que ponía en todas sus empresas. Por desgracia la susceptibilidad española entabló un proceso que impidió que se escribiera lapidariamente esta página de hazaña científica. Consiguamos siquiera en nota el texto de las inscripciones, que sintetizan los resultados prácticos de la ímproba labor de los Académicos.



La justa apreciación de la labor científica de los Académicos demanda un enfoque previo del problema que ellos, por su parte, resolvieron. Tratábase de determinar la

forma y dimensiones de la tierra. La cuestión implicaba dos aspectos: La Geodesia propiamente dicha y la Astronomía Geodésica. La trascendencia era inapreciable, por una parte, para Topografía, Cartografía, Hidrografía y Navegación, y por otra para la Mecánica celeste, ya que el radio terrestre medio sirve de unidad de longitud en la apreciación de las distancias entre los astros.

Teóricamente el problema se contraía a la determinación del radio de una inmensa esfera, cuyo centro era inaccesible. Para los técnicos ello se resolvía a una simple regla de tres, conociendo en metros de longitud de un arco de gran círculo trazado sobre la esfera y el valor del ángulo que forman los radios llegando a las extremidades de este arco.

A los académicos correspondía en primer lugar obtener el largo del arco, por el procedimiento indirecto de las triangulaciones; lo que realizaron en el tiempo de dos años, yendo de norte a sur, desde Quito hasta Cuenca, venciendo toda suerte de penalidades. Científicamente lo más difícil era determinar la amplitud total del arco. La determinación de la latitud exigía la observación de distancias cenitales meridianas de estrellas y el conocimiento de sus declinaciones al instante de la observación. Para lo primero no había aún instrumentos de absoluta precisión; para lo segundo, no se conocía sino la precisión, la aberración acabada de ser descubierta por Bradley, quien muchos años más tarde, en 1748, descubrió la nutación, es decir las causas que hacen variar la declinación.

Los resultados fueron dos en realidad. El arco de Bouguer y La Condamine, de $3^{\circ} 7'$ de amplitud, entre Cochasquí al norte y Tarqui al sur; y el arco de Godin y de los oficiales españoles, de $3^{\circ} 27'$ de amplitud, entre Mira al norte y Cuenca al sur. Dividiendo la longitud del arco obtenido por medio de la triangulación, por su amplitud —dife-

rencia de latitudes de las estaciones extremas— nuestros académicos obtuvieron que la longitud del grado de latitud bajo el Ecuador era de 110.600 metros. En 1924, la Asociación Internacional de Geodesia adoptó por medida internacional para longitud de un grado del elipsoide la extensión de 110.576 metros. La diferencia era, pues, de 24 metros, desvío no muy notable ciertamente, teniendo en cuenta los instrumentos y métodos del Siglo XVIII.

La Comisión general de Pesos y Medidas decidió, en 1799, relacionar la antigua toeza con la nueva unidad de longitud, el metro, o sea la diezmillonésima parte del Cuadrante del meridiano del elipsoide terrestre. Para ello, tomó en cuenta, tanto la meridiana de Delambre como el arco de Quito — Cochasquí — Tarquí—, aceptando los datos de Bouguer. El arco de nuestro suelo ecuatorial se encuentra, pues, a la base del Sistema Métrico.

Además de este servicio a la ciencia, en la resolución de un problema de interés mundial, los Académicos pusieron ante la vista de la Europa culta las riquezas del Nuevo Mundo, en su flora y su fauna, en sus recursos agrícolas y mineros, en sus monumentos y recuerdos arqueológicos y en las modalidades de sus pobladores. Sus relaciones del viaje y sus obras de carácter técnico contienen datos inapreciables sobre Astronomía, Topografía, Física, Historia, Etnografía, Antropología, Náutica, etc. La Condamine descubrió el caucho y fué el primero que describió y analizó el árbol de la Quina. Godin sacó a lucir nuevas especies de plantas. Bouguer estudió problemas completamente nuevos en Geodesia y Fotometría.



Antes de verlos alejarse de nuestro suelo, oigamos su sentir de la acogida que brindaron los quiteños capacitados para comprender la misión que realizaban. Don Antonio de Ulloa habla del interés que puso el Presidente de la Audiencia, que lo era D. Dionisio de Alcedo y Herrera, para recibirlos con honor y proporcionarles las facilidades en las primeras labores de la empresa. La Condamine recuerda con gratitud el hospedaje acogedor y comprensivo que le ofrecieron los Jesuítas. Al mismo académico pertenecen las expresiones que siguen: "Creemos deber nuestro hacer el elogio de la nobleza criolla, compuesta, en la provincia de Quito, de un buen número de antiguas familias nobles de España, que pasaron allá desde hace dos siglos y poseen grandes tierras y desempeñan los primeros empleos del país. Muchos se empeñaron en ofrecer a los Académicos sus casas de campo, cuando se hallaban cerca de los lugares donde trabajaban, los visitaron en sus campamentos o por lo menos les enviaban provisiones y refrescos. De este número fué el Marqués de Maenza, Don Gregorio Matheu y Escaleras; D. Ramón Maldonado, que después llegó a ser Marqués de Lises, hermano de Don Pedro Maldonado, entonces Gobernador de la Provincia de Esmeraldas; Don José Dávalos, General de Caballería; Don José de Villavicencio, Alférez Real de Riobamba; Don Fernando de Guerrero, antiguo Gobernador de Popayán". La permanencia de La Condamine en los Elenes, en casa de Don José Dávalos, fué halagueña por especiales motivos. No había encontrado en Quito, sino tres o cuatro jesuítas, alemanes o italianos, que supiesen la lengua francesa: nadie hablaba tampoco en los Elenes, cosa que no era de extrañar, pero lo raro era que todos lo entendían, a lo menos por escrito. El dueño de casa tenía libros franceses y sin hablar la len-

gua, la había enseñado a sus hijos. La Condamine en persona fué testigo de que su hijo único, Don Antonio Dávalos, joven de grandes esperanzas, muerto trágicamente en la flor de la edad, tradujo en dos días al castellano el Prefacio de las Memorias de la Academia de Ciencias de Fontenelle. Don Antonio tenía tres hermanas, de las cuales la segunda, de diez años de edad, traducía a Moreri a primera vista y pronunciaba correctamente en español todo lo que leía en francés. Véase en la misma casa un departamento alto y allí muchas obras delicadas muy bien ejecutadas, por la mano de estas tres jóvenes. La mayor reunía en sí todos los talentos: tocaba el arpa, el clavicordio, la guitarra, el violín y la flauta. Pintaba miniaturas y cuadros al óleo, sin haber tenido ningún maestro. Entre muchos de estos cuadros, los Académicos vieron uno de caballete que representaba la conversión de San Pablo, que contenía como unas treinta figuras correctamente dibujadas, en las que había aprovechado de los malos colores del país. Con tantos recursos para agradar en el mundo, su única ambición era entrarse de carmelita. No lo hacía entonces sino por la ternura que sentía para con su padre, hasta que después de una larga resistencia logró obtener su consentimiento para realizarlo”.

El mismo La Condamine recuerda con delicadeza una escena, que dice muy alto de la cultura de Quito colonial. “El 25 de mayo de 1742; todos los Académicos fueron invitados a una tesis de Teología, dedicada a la Academia de Ciencias de París. (1) Godin tuvo ocasión de participar en

(1) Véase el texto de la dedicatoria y de la tesis, que dice así:

“Parisiansi Academiae, Matheseos amplificatrici, Physices instauratrici, cui Scientiae nomen, Galliae Regias Aedes, Regia munera, Europa Vectigales plausus dedere: Tenuissimum ex America Munusculum, etc. --- Theses: Actus divinus liber est realiter identificatus cum Deo, et defectibilis realiter solum quoad terminationem; vel possibilis est creatura adeo rebellis, qual praevideatur a Deo omnibus auxiliis dissensura. Refcenduntur in Gregoriana Quintensi Miciorsitate.

el certamen. El autor de la tesis fué el Padre Milanesio, Jesuíta de Turín, profesor de filosofía y Procurador de las Misiones de Mainas, que había ofrecido servicios inapreciables a los académicos. Tuvo el buen acuerdo de entregar en manos de La Condamine la tesis y la dedicatoria de parte de su Universidad, una y otra grabadas en una placa de plata, con una Minerva acompañada de los Genios en figura de niños, que formaban dos grupos con los atributos de las ciencias matemáticas y físicas, objeto de las diferentes clases de la Academia. Un hermano jesuíta del mismo Colegio, que tenía una habilidad singular para el grabado, se había encargado de la placa, pero su avanzada edad y sus ocupaciones no le habían permitido concluirlo. Le dió la última mano Morainville, quien suplió su falta de ejercicio en el manejo del buril, con la facilidad que tuvo siempre para todas las Artes. Este mensaje destinado a la Academia junto con una carta en latín, fué entregada por La Condamine en París. El Padre Milanesio recibió una honrosa respuesta de los Académicos”.

Finalmente, el tan citado La Condamine revela dos nombres que merecen recordarse en la historia del cultivo de la ciencia en Quito. “Un canónigo de Quito —dice— que tenía gusto especial por las máquinas, hizo la adquisición del Cuadrante. Se lo vendí en 1.500 libras a provecho de la Academia, a la que no le costó sino 900, según el inventario de Louville. He llegado a saber que después de la muerte de este canónigo, pasó el instrumento a manos del Padre Magnin, Jesuíta, capaz de hacer buen uso de él. Este Padre, entonces misionero y cura de Borja, de quien he obtenido muchas luces sobre la Topografía de Mainas, es ahora Profesor de Derecho Canónico en Quito y Correspondiente de la Academia de Ciencias. El péndulo del célebre Graham, que Godin había traído de Londres, cayó tam-

bién en buenas manos: pertenece hoy día al Padre Terol, Rector del Colegio de la Universidad de los Dominicanos de Quito, digno por su gusto y su caro talento para las obras de Relojería, de poseer ese magnífico ejemplar. De este modo, en un país, en que las ciencias y las artes se cultivan muy poco, hay un reducido número de personas, que son las depositarias de este fuego sagrado”.



Pero hay un nombre que representó a Quito frente a la ciencia, que se honró con el aprecio de los Académicos, que compartió con ellos algunos trabajos de carácter técnico, que viajó a Europa con la idea de traer instrumentos para establecer entre nosotros la facultad de ciencias, y que una vez allá, fué aceptado como miembro de las Academias de Ciencias de Londres y París. ¿Quién no recuerda a Don Pedro Vicente Maldonado?

Su nombre había oído La Condamine al surcar el río Esmeraldas. Una vez en Quito se vinculó en estrecha amistad con la familia, en cuyo seno se había aclimatado la afición a la ciencia. Don José Maldonado, sacerdote de Quito, cultivaba las ciencias físicas y, entre sus rasgos de carácter, se le reconocía el de la beneficencia para con los enfermos, a quienes los curaba con sus conocimientos de medicina. Fué el primero en aprovechar las aguas termales de Baños del Tungurahua como remedio catártico. No menos aficionado a la ciencia era su hermano Don Ramón, que llegó a ser Marqués de Lises. Pero el especialista fué Don Pedro Vicente.

Durante el proceso de la labor de los Académicos, él había seguido de cerca los resultados y muchas veces cooperado en los trabajos. Desde mucho tiempo atrás había convenido con La Condamine viajar a Europa, por el curso del Marañón. Cuando el sabio francés salió de Quito para devolverse a su patria, se detuvo en la hacienda de la Ciénaga con el fin de despedirse del Marqués de Maenza y se encaminó a Ambato, a la hacienda de su amigo.

Allí se pusieron los dos de acuerdo para el viaje. La Condamine iría por Loja para reconocer el Pongo de Manseriche y seguir desde allí el curso del Marañón y Maldonado descendería por el Bobonaza hasta su unión con el Pastaza y por éste al mismo Marañón. Las Lagunas sería el lugar de cita para juntos continuar el viaje. De este modo, se reconocería las principales zonas de la región oriental.

Pero oigamos a La Condamine el relato que consagra a la última etapa de la vida de su amigo. Con el académico francés, "Maldonado llegó a Pará y partió de allí el 3 de Diciembre de 1743 en una flota portuguesa, que le condujo a Lisboa a fines de Febrero del año siguiente. Por ausencia de Chavigny, Embajador de Francia, para quien llevaba cartas de recomendación, fué recibido por Beauchamp, encargado de los negocios de Francia. Pero, obligado por sus asuntos, dejó Lisboa y se trasladó a Madrid. Aunque por punto general un criollo pase por extraño en la corte, Maldonado no tardó en abrirse campo. Según la costumbre cortesana, hizo imprimir una memoria, que contenía el detalle de sus servicios, con la prueba auténtica de que él había establecido un nuevo puerto sobre el río Esmeraldas y hecho practicable, en una región cubierta de bosques inaccesibles, un camino utilísimo al comercio de Panamá con

la Provincia de Quito, que no tenía hasta entonces otro puerto que Guayaquil. En una empresa tantas veces intentada y desistida siempre, había triunfado sólo el vigor de su carácter. Su mérito y talento se impusieron a la perspicacia de los Ministros Españoles: consiguió para su hermano mayor el título de Marqués de Lises y para sí la confirmación de Gobernador de Esmeraldas, con derecho de sucesión para dos de sus familiares elegidos por él, 5.000 pesos de renta de la aduana del nuevo puerto, la llave de oro y el título de Gentilhombre de S. M. C.

Fué a Francia a fines de 1746. Asistió con frecuencia a las Asambleas de la Academia de Ciencias, que le nombró Miembro Correspondiente. En 1747, estuvo en la campaña de Flandes con el Duque de Huescar, Embajador de España y acompañó allí a la persona del Rey en todas sus marchas, vió de cerca la batalla de Lawfeld y el sitio de Berg-op-zoom, espectáculos demasiado extraños, para los ojos de un criollo recién salido de su país, en donde los grandes acontecimientos de Europa son apenas conocidos por uno que otro lector, como los de la antigüedad griega o romana. En ese mismo año recorrió la Holanda y fué a pasar el invierno en París.

Le hacía falta conocer Inglaterra y se le facilitó el medio con la suspensión de las armas. En Agosto de mil setecientos cuarenta y ocho se dirigió a Londres, que en verdad no ofrecía mayores sorpresas a su insaciable curiosidad científica. Desafortunadamente, a la mitad de su curso se vió detenido por una fiebre ardiente y una fluxión de pecho, de las que no le pudieron librar ni la fuerza de su temperamento ni el arte del famoso Doctor Mead. A la edad de cuarenta años dejó de existir, el día 17 de Noviem-

bre. Su última salida había sido para concurrir a la Asamblea de la Sociedad Real, que le había nombrado su miembro correspondiente. Los amigos, que su mérito había conquistado en Londres, le prodigaron toda suerte de atenciones y sellaron todas sus cosas para enviarlas a La Condamine, como lo había dispuesto el extinto. Maldonado había dejado en París dos cajas llenas de diseños, modelos de máquinas e instrumentos de varias clases, que pensaba llevar a su patria, donde tenía ilusión de despertar la afición a las ciencias y las artes y que indudablemente lo habría conseguido.

Su pasión por instruirse se extendía a todos los géneros y su facilidad de concebir suplía la imposibilidad en que se había visto de poder estudiar desde su juventud. Su fisonomía era atractiva, su carácter suave e insinuante y extremada su cultura. Tenía por amigos todas las personas de mérito que le habían conocido. La Historia de la Academia de Ciencias honró con un elogio su memoria.

Al consagrar este elogio a Maldonado, debió recordar La Condamine la grata compañía de su amigo en el viaje de regreso a Francia, de la que estuvo ausente cerca de diez años y a la que volvía con el acopio de sus conquistas científicas. El trazo de la Carta del Amazonas, que publicó aprovechando de las notas de Maldonado, nos pone ante la vista la ruta de su retorno.

Bouguer salió de Quito el 20 de febrero de 1742. Tomó la dirección de la actual Colombia y fué a Cartajena y luego a Santo Domingo, desde donde se dirigió a Francia, a la que le fué dado ver de nuevo en junio de 1744. En la sesión de la Academia de Noviembre dió cuenta de los tra-

bajos de la Expedición. Después de la partida de Bouguer y La Condamine, Verguin se quedó en Quito para ayudar a Godin en sus últimas operaciones trigonométricas. Por exceso de trabajo, cayó gravemente enfermo, hasta hacer desconfiar de la vida. Una vez reaccionado, salió de Quito en 1745 y por la ruta Guayaquil, Panamá, Portovelo y Santo Domingo, llegó a París, a principios de 1746.

Godin se había encargado de la administración de los fondos de la empresa y recibió la orden de no dejar ninguna deuda en América. Por las que había contraído en Quito, permaneció aún tres años más, después del viaje de sus compañeros. En 1744 se dirigió a Lima para hacerse cargo de la cátedra de Matemáticas y luego de la de Ciencias, en las que el Virrey del Perú deseaba que se especializaran algunos estudiantes. En agosto de 1748 salió de Lima con Jussieu y juntos visitaron el Cuzco y el lago Titicaca, donde se separaron. Godin salió para Buenos Aires y Río de Janeiro y llegó a Francia en noviembre de 1752. Al año siguiente se trasladó a España, donde se estableció con su familia.

Jussieu, por insinuación de La Condamine, tenía el propósito de hacer su viaje de regreso por el Amazonas, donde podría aumentar su colección con especies nuevas. Al disponerse a salir de Quito le sorprendió la Audiencia con el ruego de que no abandonara la ciudad hasta que no desapareciera el flagelo de la viruela que por entonces diez-maba la población. Entretanto recibió de Francia la orden de ir a juntarse a Godin y rescatar de su poder la toeza que había servido de unidad de longitud a los Académicos. Con Godin viajó hasta Bolivia, donde se separó para recorrer la Argentina y el Paraguay siempre en busca de nuevos ejemplares con qué acrecentar su colección de plantas, de simientes, de fósiles, de minerales, de animales y de hallaz-

gos útiles a la Historia Natural. En 1771 regresó recién a Francia, físicamente agotado por el esfuerzo y el trabajo.

Godin de Odonais, primo hermano del Académico, tuvo el designio de establecerse en Quito, donde se casó con Isabel Grandmaison, hija de un francés nacido en Cádiz que llegó a ser Corregidor de Otavalo. Pero la añoranza de la patria le obligó a dirigirse a ella por el Pará, en 1749. Después de una larga comedia llena de episodios de él y de su esposa pudieron ambos llegar a Francia en 1773.

Morainville y Hugo permanecieron en Quito hasta 1751. En 1756 escribieron a Francia pidiendo apoyo para su regreso. Sus habilidades les proporcionaban la defensa económica y parecía que hasta les hacía olvidar un tanto de su patria.

De los dos franceses restantes del personal de la Expedición, Couplet murió en el campo de trabajo y Seniergues trágicamente en la ciudad de Cuenca.

En cuanto a los marinos españoles, ambos se embarcaron en el Callao cada uno en un barco francés diferente y doblaron el Cabo de Hornos. D. Jorge Juan estuvo a pique de perecer por averías de su navío, que tuvo que separarse del otro y regresar a las Antillas. Desde Santo Domingo pudo juntarse a un convoy, protegido por la escuadra francesa y llegó a Brest el 21 de octubre de 1746. El barco de Ulloa se vió obligado a sostener combate sangriento con un corsario inglés. En Louisbourg (Canadá) se entregó voluntariamente a los ingleses que tomaron la plaza. Conducido a Londres, consiguió por fin hacerse libertar y llegó a Madrid el 25 de junio de 1746.

Tal fué el desenlace del personal de la Expedición. Vieron juntos y animados del mismo ideal. En el campo

de trabajo, nadie escatimó su cooperación, casi siempre a costa de esfuerzos y sacrificios. El encargo de la Real Academia de Ciencias de París fué cumplido a conciencia. Cuando vieron satisfecha su comisión, cada cual tomó diferente rumbo para regresar a su patria. Bouguer y La Condamine entregaron al mundo de la ciencia el fruto exuberante de la labor realizada en el territorio de Quito.

Fueron inapreciables los beneficios que la Expedición reportó a la Audiencia Real de Quito. Desde luego el de la propaganda. Su geografía, su etnografía, su botánica, su meteorología, su cultura y aún su historia salieron a lucir a la faz de la Europa culta. Como provecho concreto, Quito fué el primer país sudamericano que tuvo su carta geográfica con detalles científicos. Desde entonces el nombre de Ecuador se escuchó con insistencia, como expresión de una realidad que interesaba a la ciencia. Los informes oficiales para Roma y Madrid se realizaron ya con la designación del grado de longitud y latitud que ocupaba cada pueblo. Las personas cultas pudieron darse cuenta que además de la filosofía, teología y literatura que se enseñaban en los Colegios y Universidades, había la facultad de ciencias naturales, que les podía hacer apreciar las riquezas del suelo y utilizarlas para la vida. Sobre todo se ofreció la cultura de Francia como un ideal. No vino Francia, desfigurada por la rapacidad de la piratería o por la terquedad de un funcionario público. Vino en misión desinteresada y pacífica de cultura. En recompensa, vió surgir del alma quiteña (ecuatoriana) un sentimiento de afecto para con ella, que no se marchitaria en adelante.

Quito, a 30 de Enero de 1945.

DR. EDUARDO RIOFRIO VILLAGOMEZ

CONSIDERACIONES FINANCIERAS Y ECONOMICAS

Escaso ha sido el provecho que he obtenido con la publicación de Manuales de Ciencia de Hacienda, esta Ciencia de la que alguien dijo, con sobrado acierto y no poca ironía, que en el Ecuador pertenecía al grupo de las Ciencias Ocultas, e inútiles han sido también tantos artículos escritos y publicados sobre tópicos de actualidad financiera o económica.

En el prólogo a la segunda edición de mi Manual de Ciencia de Hacienda, obra que ha sido aceptada como texto de consulta en las Universidades de la República, decía en noviembre de 1.935: "Sin duda no es para estimular al autor el resultado práctico de sus enseñanzas. Ahí está el último Presupuesto que dictó el Congreso (y eso que no se parece en nada al dictado en el año actual), y allí están los proyectos de leyes financieras que aprobó la Legislatura de 1.933, y los que formuló la de 1.934. Se diría que los principios y las leyes financieras son cosa muy buena para otros países, y que nosotros bien podemos hacer impuestos y presupuestos sin preocuparnos mayor cosa por teorías que no sirven sino para fastidiar con sus engorro-

sas prescripciones a quienes gustan endilgar leyes sin poner las barbas a remojo, ni molestarse en averiguar antecedentes ni en preveer consecuencias”.

Desde octubre de 1.944 vengo advirtiendo los peligros que encierra el olvido de los principios técnicos que rigen la formulación de los presupuestos, y advertía las graves consecuencias que se podían entrever para las finanzas públicas de este año. “Uno de los más pesados fardos que se va a arrojar sobre los hombros del Gobierno, decía, va a ser el presupuesto para 1.945; y luego de recordar las enseñanzas que podemos desprender de las teorías acerca de la coyuntura económica, formulaba estas inquietantes preguntas:

“Es indudable que estos años han sido para nosotros de prosperidad financiera, pero las preguntas inquietantes son éstas: ¿hasta cuándo durarán?. ¿Cuándo se iniciarán los años de la crisis fiscal?. ¿Qué se hará, entonces, si en los años en los que se debieron acumular reservas sólo se aumentaron gastos y se crearon nuevas necesidades fiscales?...”

Toda esa larga serie de artículos fué inútil, se quebrantaron todos los principios que los financistas apuntamos para la elaboración y aprobación del presupuesto, y, a la postre, sólo logré, por mi preocupación acerca de las finanzas nacionales, que en una nota algo destemplada se me suprimiese el título de doctor, y se me acusase de que propagaba nociones falsas; por lo que colegí que si continuaba tomando a lo serio nuestros problemas financieros, sólo corría el riesgo de fastidiar a las gentes y perder hasta el título de bachiller:

Mejor será, pues, cambiar de sistema y tomar el lado divertido de las finanzas públicas, por aquello de que enseñar deleitando es el mejor método de enseñanza. Ahí van, pues, ciertas teorías, principios y aforismos curiosos

en la historia de las Finanzas, que pueden divertir a no pocos, y que quizás conduzcan también a proseguir en la lectura de su explicación y fundamento, con lo que insensiblemente se penetrará en el dominio de esta tan árida y maltratada Ciencia de las Finanzas Públicas.

UN REY DEBE HACER LIMOSNAS GASTANDO MUCHO

Cuenta el Cardenal de Noailles, en una carta a Madame de Maintenon, que un día, al exhortar a Luis XIV para que hiciera limosnas, obtuvo la respuesta que antecede. Al pregonar el Rey Sol la bondad de los gastos generosos, no hacía otra cosa que seguir la corriente de la opinión pública de entonces, y repetir la teoría financiera que sustentaban economistas y financistas acerca de los gastos públicos, que se tenían por cosa buena y recomendable, ya que ponían el dinero en circulación. **“Todo gasto es bueno, decía Bodin, porque hace circular el dinero”**, e iguales teorías tenían en aquella época filósofos como Voltaire, publicistas como Galiano, hombres de Estado y políticos como Pit. Se pensaba que no había perjuicio para la economía de un pueblo cuando se cobraban muchos impuestos, siempre que se pusiera inmediatamente en circulación los dineros que los contribuyentes pagaban, pues lo que salía de un bolsillo entraba por otro, con lo que no había pérdida ni ganancia alguna. Fácil es de comprender cómo esta teoría y esta política justificaban los gastos más improductivos, como los que se destinaban a la construcción de villas, palacios, jardines y a mantener todo el costoso tren de la casa real y sus numerosos parásitos. Entonces no se había elaborado la teoría de la **utilidad relativa** de los gastos públicos que, por lo demás, parece que preocupa todavía muy poco a muchos políticos

y a los representantes de los numerosos intereses seccionales.

Señores, saludad esa cifra porque no la volveréis a ver.

Dicen las malas lenguas que los profetas que aciertan en sus profecías son los que pensaron cosa diversa de lo que sucede más tarde. Quizás este juicio encierre mucha malevolencia, pero fué lo que le sucedió al Ministro de Finanzas francés, Monsieur de Villele, cuando en el año de 1819 presentó al Congreso el primer presupuesto que pasó el Rubicón presupuestario de los **mil millones de francos**. La cifra pareció muy gruesa a los Honorables Diputados y los signos de desaprobación aparecieron en todos los rostros, por lo que el Ministro les ofreció, con esas frases proféticas, que no se preocupen demasiado pues no volvería a aparecer en las finanzas de Francia un presupuesto de mil millones.

El Ministro quiso decir que todos los demás presupuestos volverían a registrar cantidades inferiores a esa que entonces pareció fantástica; pero su profecía se cumplió como la de los más inspirados que figuran en el Libro de los Profetas. Francia ya no volvió a ver presupuestos de mil millones de francos porque todos ellos superaron esa cifra, y siguieron la carrera histórica hasta alcanzar casi los CINCO mil millones en 1913 y pasar de 50 mil millones en 1934. Así se cumplió esta profecía, como se realizan tantas otras, como sonó la flauta.

El fenómeno de la continua e ininterrumpida elevación de los gastos públicos ha llegado a constituir una ley financiera que ya nadie discute, de la que todos protestan y que todos tienen que aceptarla como un hecho irremediable.

En 1928, cuando nuestro presupuesto había llegado a

los 58 millones, la opinión pública se alarmó sobremanera, y las críticas y comentarios abundaban, en letras de molde, y en frases sin letras, que bien podían pasar por iletradas. Entonces me atreví a hablar de esa ley del constante aumento de los gastos públicos y profeticé que no tardaría el año en que el presupuesto pasaría de los 80 millones. Mi profecía me causó muchos dolores de cabeza, y llegaron a decirme, también en letras de molde, que haría muy bien en callarme y en no hablar de cosas disparatadas. **E pur si muove**, como también dijo otro cuya manía de hablar de las verdades científicas por poco no le cuesta el pellejo. En 1937 alcanzamos los 97 millones, en 1938 llegamos a 139, en 1943 pasamos de 186, en el año anterior estuvimos por encima de los 200 millones, y en este año hemos comentado la respetable cifra de 350 millones.

Muchas causas existen para la explicación de este fenómeno y los financistas las clasifican en dos grupos fundamentales: **aparentes** y **reales**. Las primeras reciben ese nombre porque provocan una alteración numérica en todos los presupuestos, tanto públicos como privados, sin que corresponda a un volumen mayor de servicios ni de necesidades, ni obedezca el correlativo incremento de las rentas a mayor capacidad adquisitiva, ni a un volumen más grande de negocios, ni a incremento efectivo en la riqueza pública, sino que todo ello proviene de alteraciones en los sistemas de contabilidad, o a modificación de la medida de los valores, esto es: la moneda, en modo que todas las rentas, de todas las personas, crecen numéricamente al ser medidas con una unidad que ha perdido una parte de su antigua dimensión.

La depreciación de la moneda es una de las causas más típicas de este grupo, gracias a ella el valor de una renta, expresado en una unidad de cuenta estable, puede seguir siendo el mismo, pero expresado en moneda depreciada ex-

perimentará alteraciones numéricas de carácter puramente nominal. El presupuesto del Estado, en 1930 era de \$ 64.037.000 y en 1944 pasó a 210 millones, poco más o menos, sin que por eso se pueda afirmar que realmente ha experimentado un aumento de 3 veces su propio valor, pues que si hacemos la comparación en dólares, a pesar de que en 1930 se trataba de dólares oro y ahora sólo circulan dólares papel, que valen algo más de la mitad de los áureos, la anterior evolución apenas significa que antes gastábamos 12.164.000 dólares mientras en 1944 los egresos fiscales ascendieron a 15 millones.

Otra de las causas más generalizadas de aumento aparente en los gastos públicos es la reforma en la contabilidad que consiste en centralizar rentas que antes se entregaban a entidades autónomas y luego se incorporan en el presupuesto general, o bien en hacer figurar entre los egresos, gastos de gestión de empresas o negocios fiscales que antes no constaban presupuestariamente. Por este motivo, por ejemplo, el presupuesto que en 1937 era de unos 80 millones pasa a 120.500.000 sucres en el año siguiente, con escaso aumento efectivo de los gastos públicos.

“Para conservar tranquilo al pueblo es preciso que el Estado, esto es el príncipe, no demande demasiados tributos al pueblo”.

Parecerá algo curioso que entre los pocos méritos que se pueden atribuir a los poderes absolutos figure el del ahorro financiero, mientras se habla de los generosos egresos de los regímenes democráticos; pero la explicación es bastante sencilla. El príncipe se preocupaba menos de lo que ahora inquieta, de la indispensable norma que recomienda que se atienda a la utilidad relativa de los gastos públicos, de manera que no escatimen gastos cuando lo exigen nece-

sidades imperiosas y servicios públicos de reproductividad económica directa o indirecta; pero que se procure graduar sabiamente esa reproductividad de las inversiones fiscales en forma que no se emprenda en obras de secundaria importancia dejando relegadas otras de mayor urgencia, ni se diluyan los dineros públicos en muchas empresas sin dar cima a ninguna de ellas.

El príncipe se preocupaba mucho de sus gastos personales y de los de su corte, pero para evitar la impopularidad dejaba de exigir impuestos para atender servicios urgentes. El buen gobernante financiero no es el que da satisfacción al egoísmo tributario de los ciudadanos cuya felicidad se realizaría si no pagasen contribuciones, sino el que afronta la crítica, la oposición, el disgusto de los ciudadanos, exigiéndoles los tributos que demandan las obras y los servicios que han de cimentar la prosperidad económica de un país. A la postre, y pasado el descontento que todo impuesto suele motivar, las indiscutibles ventajas de que gozarán productores y consumidores, y en vista de beneficios que se reciben en contraprestación de los sacrificios que se han soportado, el impuesto parecerá una buena inversión.

“Hacer pagar poco y gastar poco, era la divisa del despotismo”, dice con sobrada razón De Maestri al juzgar las finanzas de los señores absolutos; y más tarde el Príncipe de Remusat, comparando los gastos públicos de las democracias con los de las antiguas monarquías, en su volumen absoluto y no en su reproductividad económica, dirá lo que más tarde han de repetir todos los financistas en sus Manuales de Ciencia de Hacienda: “Un poder Nacional Democrático, a menudo resulta antieconómico”.

“El medio más eficaz para que sólo se autoricen gastos útiles y para garantizar el equilibrio presupuestario, es el de rehusar radicalmente a los diputados el poder de proponer nuevos gastos y solicitar el aumento de los créditos”.

Me apresuraré a denunciar al reputado financista y publicista Gaston Jeze como autor de esta sentencia, a cuyo cargo dejaré también la explicación y justificación de la misma, pues no quiero correr el riesgo de ser clasificado entre los reaccionarios enemigos de la democracia.

“Una de las causas del aumento real de los gastos públicos, en todos los países, es la forma democrática de los gobiernos”, dice el financista, al igual que todos los demás financistas, cuando tratan de las causas de aumento real de las expensas nacionales, sin que por ello se pueda tacharles de antidemócratas, ni mucho menos de simpatías nazifacistas, pues denunciar una característica poco recomendable de un régimen, que tiene otros méritos en suficiente número para asegurar su bondad, no es de enemigos sino de amigos.

“¿Cómo explicar que en las democracias las Asambleas sean gastadoras?”, pregunta el profesor de la Universidad de París, y halla la respuesta diciendo: “Esto obedece a la situación peculiar de los diputados, pues se deben a los electores. Y como los electores son muy partidarios de las economías presupuestarias, cuando se habla de ellas en general y sin precisar las que conviene realizar, siempre hay electores que se oponen a las que se desea llevar a la práctica, pues afectarían a sus intereses particulares, he ahí por qué los representantes de esos electores proponen muchos gastos de simple interés electoral. Así se forman las coaliciones de intereses ante los cuales fracasan los Ministros de Finanzas mejor intencionados. He ahí por qué las Asambleas en los regímenes democráticos son gastadoras, despilfarradoras”.

“El parlamento inglés lo puede todo menos transformar en hombre una mujer”, célebre aforismo para expresar los poderes del Parlamento frente a la majestuosa debilidad del monarca inglés. El Parlamento lo puede todo, pe-

ro qué autolimitación cuando la técnica del servicio público impone que se respete los postulados de la ciencia, o que la responsabilidad se sitúe ahí donde debe estar. En el Parlamento inglés sólo hablan en materia de finanzas los que entienden de ellas, nos dice un comentarista financiero, y por acaso parezca exagerada esta aseveración compárense nuestras tropicales discusiones del Presupuesto, y las de todos los países latino americanos, con la fría tradición de los legisladores ingleses. En Inglaterra, sólo la Cámara de los Comunes aprueba los gastos públicos, y qué orden en la discusión, y qué rápidamente se pone término a esta engorrosa práctica que entre nosotros conduce indefectiblemente a la inflación de los gastos públicos.

Allá no se admite que un Diputado sugiera nuevos gastos, o aumente los que constan en la Proforma del Ejecutivo, a no ser con esta severa práctica: El Presidente tiene el deber de oponer a tales peticiones lo que se llama la **cuestión previa**. Se trata de un simple pretexto para comentar o criticar la política de alguno de los Ministros, pues, por ejemplo, si se trata de reducción de gastos, apenas se apuntan unas 100 libras, y luego de escuchar al Ministro, y de que la Cámara ha hecho una revisión de los servicios públicos y ha manifestado sus deseos y apuntado las enmiendas que se han de introducir en el Presupuesto del año próximo, pues jamás desequilibran el que se está discutiendo, el diputado retira su petición. "Los ingleses ven en esta práctica la inestimable ventaja de **no debilitar la responsabilidad del Ejecutivo al dividirla con el Legislativo**, dice el profesor Jeze. Entonces, el Ejecutivo tiene la iniciativa presupuestaria en toda su amplitud y él es el responsable por los errores presupuestarios, por su equilibrio, por el plan administrativo que comporta el presupuesto, y la Cámara no quiere intervenir en el plan ya elaborado sino en el que está por elaborarse para el año próximo, a fin de

no contraer la responsabilidad de reformas desatinadas, de desequilibrios y déficits que en otras partes no hay mayor repugnancia en provocar.

“Ningún gasto se pagará de mis tesoros, ni de los dominios fiscales por los que atraviere”, ordena Clotario I cuando emprende su viaje a España. Muy vieja es, pues, la costumbre de hacer pagar a los habitantes de las regiones invadidas, y aún de aquellas por las que pasan los ejércitos del Rey, todos los gastos que exige la movilización. Así los soldados saqueaban, talaban y robaban a los propios como si fuesen enemigos, y a los enemigos como si se tratase de los propios. Cuando la Cruzada que partió de Francia para reconquistar el sepulcro de Cristo, recorrió los países extranjeros en su tránsito hasta Grecia, cometió tantas depredaciones que los sufridos cristianos de los territorios visitados terminaron por tomar el partido de los musulmanes y acometieron a los adalides del cristianismo.

Cuando los soldados de Federico, El Emperador, debieron atravesar el Milanésado en el año de 1629, no dejaron mies por cosechar, ni vitualla alguna en las desoladas despensas de los vasallos del Ducado de Milán; y como las huestes se sucedían a las huestes, y las que venían después ya no encontraban qué tomar ni qué robar, desahogaban sus iras en los bienes muebles e inmuebles de sus aliados, y en pago de estas depredaciones les dejaron la famosa peste negra que cortó por la mitad la población de Milán, de los campos y ciudades vecinas y remotas. De ahí que el sistema ordenado de los tributos para cubrir esas cargas resulte menos oneroso que el del sistema amoneterario y anti-financiero de que los ejércitos tomen a su paso lo que necesitan para su alimentación y movilización. (1)

(1) Para el lector que interese conocer cómo procedían esas huestes guerreras que pasaban por tierras amigas, traduciré una elocuente narración de un príncipe de las letras italianas, Alessandro Manzoni.

“Los impuestos, según su cuantía, vuelven a los hombres industriuos, emprendedores y ricos, o indolentes, desconfiados o pobres”. Mac Culloch.

Un economista y financista escocés, fundándose en hechos parciales y circunstanciales, de notoria importancia sin embargo, pero que no cabe generalizar hasta dar origen a una teoría especial del impuesto, nos dió una que posiblemente subleve la bilis de los contribuyentes, sobre todo cuando son tan poco amigos de las contribuciones como sucede con los nuestros. Mac-Culloch ha hecho la apología de los tributos con la misma justicia que muchos hacen de las guerras, cuando nos cuentan lo que a ellas debe la ciencia y el progreso de la humanidad.

“Una gran parte de los habitantes se refugiaban en los montes: llevando consigo lo que pedían, ahuyentando por delante las bestias; otros se quedaban, ya por no abandonar a un enfermo, o por librar la casa del incendio, o para no perder de vista cosas que enterraron, para ellos preciosas; y otros porque nada tenían que perder y esperaban pescar a río revuelto. Cuando llegaba la primera escuadra al lugar de su primera parada, se desparramaba súbitamente por el territorio y lo saqueaba a conciencia: todo lo que se podía consumir o transportar, desaparecía, y el resto se arruinaba o destruía. De los muebles se hacía leña, de las casas pesebreras; sin hablar de los golpes, de las heridas, de los estupros. Todas las invenciones, todas las astucias para salvar los bienes, resultaban inútiles y a menudo conducían a daños mayores. Los soldados, gente práctica también en las estratagemas de esta guerra, hurgaban todos los huecos de las casas, desmoronaban y tumbaban las paredes. Fácilmente conocían en los huertos la tierra recientemente removida, e iban hasta a los montes para robar las bestias; iban a las grutas, guiados por algún bandido de la región, en busca de algún rico que ahí había creído encontrar refugio, lo arrastraban a su casa, y con amenazas y torturas, le constreñían a descubrir los ocultos tesoros.

Finalmente se marchaban, se oía a lo lejos morir el sonido de los tambores y de las trompetas, seguían unas horas de asustada quietud, y luego nuevamente el maldito batir de los tambores, y el maldito atronar de las trompetas, anunciaba la llegada de otra escuadra. Los soldados ya no encontraban que saquear, y en su furor destruían lo que había quedado en pie, quemaban las pipas arrojadas por aquellos, los umbrales de las casas, en las que nada había, y hasta las propias casas; y con mayor rabia maltrataban a las personas. Así, de mal en peor, durante veinte días, pues en otras tantas escuadras se dividía el ejército”.

Nos dice que el impuesto es como el rocío fecundante, estímulo de actividades dormidas, adicé de la voluntad, despertador de iniciativas creadoras, forjador del progreso industrial; y cita ejemplos curiosos para justificar su tesis, como la de la famosa empresa de destiladores escoceses; que necesitaban una semana para terminar el proceso industrial de destilación, a quienes se les impuso un impuesto que se debía cobrar de acuerdo con el contenido de los barcos que transportaban el licor. El impuesto era fuerte, y las utilidades tenían que mermar muy considerablemente, a menos que se pudiera trasladar el gravamen, lo que no siempre es fácil y a menudo es peligroso por las reacciones que provoca un éxito de breve duración. Entonces idearon un procedimiento salvador mediante el cual necesitaron 3 minutos para terminar lo que antes exigía una semana, y así pudieron pagar el impuesto y duplicar sus utilidades. Sin el impuesto, dice Mac-Culloch ni habría adelantado la industria, ni los destiladores del cuento hubiesen obtenido mayores utilidades.

Invoca también el economista en favor de su tesis, junto con otros y curiosos ejemplos, como el de las guerras contra Francia y América, y hace ver cómo los impuestos que fué preciso establecer provocaron el gran desenvolvimiento de la riqueza inglesa.

Es indudable que una persona, una industria o negocio, cuyas utilidades van a ser recortadas por el impuesto, busca la forma de **compensar** el perjuicio o daño económico del tributo, y esta compensación no puede venir sino de uno de estos tres recursos, a menos de que se recurra al cuarto, o de una combinación inteligente de todos ellos: a) **La traslación del impuesto**, o sea transferir a otras economías o a los consumidores el peso efectivo de la contribución, mediante la elevación de los precios; pero aún cuando la simplicidad del vulgo, en el sentido que don Francisco de Que-

vedo da a esta palabra, cree que sólo depende de la voluntad de los productores elevar el precio de sus productos, no siempre es posible esta actitud de la OFERTA, y, además, se presenta el escollo de la reacción de la DEMANDA, cuyas rentas siguen siendo las mismas que antes de la mencionada elevación, por lo que algunos consumos tienen que reducirse, y así se presenta el fenómeno de la DIFUSION del impuesto, al que con sobrada razón compara su más célebre mantenedor, el Marqués financiero De Viti De Marco, con los círculos que en un lago o en un estanque forma una piedra que se arroja en sus aguas;

b) La disminución negativa en el costo de producción mediante la reducción de los gastos, casi siempre en los salarios; y

c) La investigación de los métodos que se pueden emplear para aumentar la producción, lo que a veces conduce a inventos como los que nos cuenta Mac-Culloch. Así indolencias injustificables pueden desaparecer por el castigo del impuesto, y la voluntad puede moverse ante la fustigación del castigo. Ocurre entonces lo que sucede cuando el dolor, la desgracia, una calamidad presentan a la inteligencia nuevos problemas que resolver, problemas que antes no se conocían, y que la ciencia, o simplemente la inteligencia, resuelven satisfactoriamente. Pero estos triunfos de la inteligencia o de la técnica no siempre son factibles, ni es aconsejable que tamaña falacia conduzca a la extraña política de acumular impuesto tras impuesto con el pretexto de que se va a levantar de su apatía a un pueblo, o de que los contribuyentes se ingeniarán para compensar la pérdida que produce el gravamen, y aún a sacar provecho de la pérdida. Además, se corre el riesgo de que el contribuyente apele al cuarto recurso: la evasión del tributo mediante la ocultación, el contrabando o el soborno de los agentes del Fisco.

Es inútil pretensión la de querer asignar al impuesto funciones que no tiene por su naturaleza, y el profesor Bastable observa con sobrada razón, que no se ha demostrado en forma alguna que el progreso de la invención sea más notorio en un país agobiado de tributos que en otro que soporte una tributación holgada. Ciertamente que podría decir Mac-Culloch que el Ecuador es el país que paga menos impuestos en el mundo, y que no marcha a la cabeza en el escalafón del progreso económico; pero no por ello hemos de confundir lo accidental con lo esencial ni las simples concomitancias con las causas efectivas de los fenómenos económicos.

EL CAPITAL ES COMO ESOS COMICOS

En todos los países los contribuyentes amenazan con la fuga de los capitales cuando se crea un impuesto, y si en algo los ecuatorianos podemos dar clases a los extranjeros, es en materia de resistencia tributaria; pero si la tesis de Mac-Culloch la hemos desechado por falsa, igual cosa tenemos que hacer con esta doctrina de los contribuyentes, que sólo puede realizarse cuando concurren raras condiciones favorables o determinantes, como éstas:

a) Que el impuesto sea efectivamente tan fuerte que haya agotado, o esté por agotar, la capacidad tributaria, cosa que siempre afirman los causantes del impuesto, pero que muy rara vez es cierta;

b) Que en los países a donde se dice que va a emigrar el capital se paguen impuestos inferiores, y en ellos, si se cumple esta condición, se encuentren tantas comodidades y garantías para el capital, que resulta atractiva la tal fuga;

c) Que el rendimiento del capital en esos países de promisión para los contribuyentes del otro, sea tan satisfactorio que resulte lucrativa la referida fuga; y, por último:

d) Que la movilización del capital sea realizable sin mayor daño ni pérdida, lo que a menudo es más fácil de decir que de hacer.

La concurrencia de todas estas condiciones es cosa tan rara, que pese a todas las protestas y amenazas de los contribuyentes, el capital sigue radicado en el país que ha aumentado sus tributos, y de ahí el satírico comentario del profesor Francisco Nitti, a quien pertenecen las frases anteriores.

La misma mano no puede alcanzar a la bolsa y a la espada. Bastante célebre era esa distribución de los impuestos directos en la Francia del antiguo régimen, según la cual el clero servía al Estado con sus plegarias, la nobleza con su espada y el estado llano con sus dineros.

Uno de esos tributos era la **Talla**, viejo gravamen directo que reglamentó Carlos VII, no de acuerdo con los principios de la justicia tributaria, pues aún no los había expuesto y razonado Adam Smith, sino de conformidad con los principios de la organización feudal, muy justificables en el tiempo en que el señor servía al Príncipe y al Rey con plata y persona, defendía con su espada al siervo, y le prestaba ayuda y protección contra bandoleros, depredadores y enemigos; pero que más tarde perdió toda su razón de ser, y fué uno de los motivos que mayores quejas anotaron en los famosos **Cahiers** de 1789, y que peores comentarios han sufrido de los críticos del **Ancien Régime**, como Hipólito Taine.

La talla se dividía en real y personal, y ésta afectaba a los plebeyos en proporción a sus bienes, mientras los nobles se hallaban exentos, pues la **misma mano no podía alcanzar a la bolsa y a la espada**. La talla real afectaba a la propiedad de los primeros, dejando igualmente libre a la poseída por la nobleza.

EL IMPUESTO DEBE ESTABLECERSE ÚNICAMENTE SOBRE EL PRODUCTO DE LAS TIERRAS

Este principio, que era defendido por Quesnay y por los Fisiócratas, debería parecer muy lógico a los agricultores, ya que ellos sostienen que todo tributo se traslada a los consumidores, y como los productos de la agricultura son consumidos por todos los habitantes de una nación, parece sumamente práctico, conforme a esta teoría, establecer un impuesto único a las tierras, antes que la multiplicidad de impuestos, pues así los agricultores se encargarían de la distribución del gravamen entre todos los ciudadanos. Sin embargo, creo que los señores agricultores no estarán muy de acuerdo con semejante principio.

Los Fisiócratas, sin ser agricultores, razonaban científicamente como lo hacen aquí los agricultores, y todos los contribuyentes que, con lágrimas de cocodrilo, abogan por los consumidores cada vez que el Estado establece un impuesto. La única diferencia estriba en que mientras los contribuyentes ecuatorianos sostienen que todo impuesto se traslada al consumidor, por lo que en defensa de éste piden que no se establezcan más impuestos, los fisiócratas enseñaban que todo impuesto se traslada a los propietarios de tierras, por lo que es perder el tiempo y el dinero pensar en otros gravámenes que no sean sobre las tierras. Sus fundamentos eran los siguientes:

1) **Todas las riquezas provienen de una riqueza única: la Tierra;**

2) **Sólo la tierra rinde un producto neto o renta. Las demás industrias no crean riquezas y se limitan a transformar las originarias de la tierra, a las que incorporan trabajo, exclusiva razón de cualquier aumento de valor; y**

3) **Todo gravamen viene, en definitiva, a pesar sobre la agricultura, de donde se difunde sobre todo los consu-**

midores. En tal virtud, como los propietarios de tierras operan como verdaderos distribuidores del impuesto, es perder el tiempo, y aumentar gastos inútiles, crear otra clase de impuestos, y la lógica tributaria aconseja el IMPUESTO UNICO SOBRE LAS TIERRAS.

Quesnay elaboró su famoso Cuadro Económico, en el que comprueba por a más b, al menos él lo creyó así, los graves perjuicios que para los propios agricultores resultan al seguirse una política fiscal diversa. Si un Estado necesita 800 millones de pesos para la satisfacción de las necesidades públicas, y en vez de demandarlos directamente a los propietarios de tierras, exige al impuesto predial 300 millones, e impone tributos indirectos que rindan los 500 millones restantes, lo que sucede es lo siguiente, según los cálculos de este economista: Los propietarios pagarán, en definitiva los 800 millones, y otros 235 por cuenta de gastos de recaudación. El Estado perderá 379 millones y los salarios disminuirán en 318 millones. He ahí porque para los propietarios, para los consumidores, para los trabajadores y para el Estado, según las teorías de los Fisiócratas, era cuestión de conveniencia el IMPUESTO UNICO SOBRE LAS TIERRAS.

TODOS LOS IMPUESTOS, DIRECTOS O INDIRECTOS, SE DEBEN SUSTITUIR Y CONSOLIDAR EN EL IMPUESTO UNICO SOBRE LAS TIERRAS.

Ya hemos visto cómo opinaban los Fisiócratas sobre esta materia, y en el Ecuador a muchos de esos contribuyentes que pagan dos o tres tributos directos se les oye a menudo decir: ¡"Qué fastidio con tanto impuesto!, ¿por qué no nos ponen un IMPUESTO UNICO?"

Claro que nuestros contribuyentes no hablan propiamente del IMPUESTO UNICO, que sería estrictamente el

que afecta a una sola fuente de riquezas, de modo que vendría a ser, como el nombre lo indica, el **único impuesto** y también el **exclusivo**, ya que elimina y excluye a todos los demás.

Estoy seguro que nuestros quejosos no pretenden esta sustitución, pues menudo susto se llevaría el agricultor si se realizase su deseo y se crease el **impuesto único sobre las tierras**. Lo que piden, seguramente, es el **impuesto general único**, que afecta a una serie de fuentes de riqueza, agrupadas sistemáticamente, en forma que se llegue a una combinación de gravámenes de la misma naturaleza. Tal sería el impuesto general único sobre la renta, que afectaría únicamente a las de la agricultura, comercio, industria, negocios varios, y a todas las demás utilidades, así sean ocasionales.

Creo que tampoco la realización de este deseo dejaría muy satisfechos a los contribuyentes. En efecto, habría que obtener del impuesto a la renta unos 200 millones de sucres, y como ahora no llega a 36 millones el rendimiento del impuesto a la renta, engrosado con el que afecta a la propiedad rural, la alícuota tendría que graduarse del 20 al 80 por ciento.

Mercier de la Rivière, otro de los más célebres entre los economistas fisiócratas defendió la tesis del impuesto único sobre las tierras con su teoría del **hombre de los 40 escudos**; y más tarde el leader del socialismo agrario, Henry George, fundándose en la teoría ricardiana de la renta, y en la que hace al trabajo el fundamento único del valor y de la propiedad, sostuvo igualmente el derecho del Estado para absorber todo aumento de valor de la tierra con el impuesto único sobre la misma.

Mucho se ha discutido acerca del tributo único a las tierras, y es cuestión obligada en todo Manual de Ciencia de Hacienda dedicar no pocos renglones a la refutación de

esta doctrina, siempre, claro está, que su autor no sea un simpatizante del socialismo agrario. Pero yo creo que después de la aguda crítica de Voltaire a la teoría de Mercier de la Rivière, con su fábula del hombre de los 40 escudos, huelgan todas las refutaciones. He aquí, en síntesis, el cuento volteriano, "El hombre de los 40 escudos".

Voltaire describe con tinta muy negra la mísera situación de los campesinos franceses en el siglo XVIII, y nos cuenta cómo un laborioso labriego logró, a fuerza de sudores y amargos sacrificios, obtener de su escasa tierra una renta neta de 40 escudos, cantidad apenas suficiente para llevar una vida muy modesta. Pero aparecen los recaudadores del famoso impuesto único a las tierras, y resuelven que nuestro campesino puede vivir con 20 escudos, e incautan los 20 restantes para las necesidades del Rey y de la Hacienda Pública.

Cierto día el Hombre de los 40 escudos encuentra en su camino a un antiguo compadre, que fuera antaño tan pobre como las ratas y como él, pero que gracias a los favores de la fortuna había logrado amasar una gran fortuna, no en tierras sino en dinero y en otros valores, que le producían una apreciable renta neta de 400 mil escudos al año. El hombre afortunado marchaba, muy ufano, en una rica carroza halada por varios caballos, que conducían por la brida seis lacayos lujosamente vestidos, que ganaban salarios dos veces más cuantiosos que los de nuestro Hombre con sus 40 escudos.

Saludan los antiguos compadres, hablan de sus aventuras, e inquieren acerca de sus rentas, y al oír el que tenía 40 escudos que el otro poseía 400 mil de renta, pregunta: —¿Usted pagará al Rey la mitad de sus 400 mil escudos?

Usted bromea, amigo, dice el acaudalado rentista, yo no soy propietario de tierras como usted, y el recaudador obraría como un imbécil si a mí me exigiese impuesto, por-

que todo lo que yo tengo proviene de la tierra, y alguien ha pagado ya el impuesto. Si a mí también me lo exigiesen, incurrirían en una lamentable duplicación de los impuestos. — Ta, ta, amigo mío, paga tu impuesto único, disfruta en paz de tus 20 coronas de renta, sirve a tu país, y de vez en cuando ven a comer con mis lacayos. — Sí, indudablemente, el impuesto único a las tierras es un descubrimiento maravilloso”.

La igualdad tributaria significa igualdad de sacrificio. Es decir que todo individuo ha de contribuir para los gastos fiscales de modo que nadie sienta ni más ni menos los inconvenientes del esfuerzo, y la situación económica de dos contribuyentes, con igual capacidad, quede después del tributo en la misma posición que antes de él. Stuart Mill.

He aquí planteada la famosa norma jurídico-financiera que encierra la igualdad tributaria, la uniformidad del impuesto, y la que conduce lógicamente a la fórmula de una progresión razonable, problema al que no pretendo referirme ahora. No siempre se ha pensado en esa forma, ni se ha procedido en la repartición de las contribuciones de conformidad con este concepto en el “acertamiento” fiscal, como dicen con tanta propiedad los juristas-financistas italianos. Escuchemos algunas críticas del gran pensador de la contrarrevolución, que si fustigó y dejó en la nada tanto falso prestigio revolucionario, no fué tampoco muy benigno al comentar los fundamentos del antiguo régimen, el notable historiador **Hipólito Taine**:

He aquí las frases que pone en boca de un **roturado**, de un plebeyo sujeto a la talla: “Soy miserable porque se me cobra mucho. Se me cobra mucho porque no se demanda lo suficiente a los privilegiados. No solamente éstos me hacen pagar, en su lugar, sino que, a su vez, me cobran los derechos feudales y eclesiásticos. Cuando de mi renta de 100 francos he dado 53 al colector de impuestos, es preciso que

dé más de 14 al señor, y todavía debo 14 más por el diezmo; y sobre los 10 o 18 francos que me sobran debo satisfacer todavía las gabelas. Yo sólo, hombre pobre, pago dos gobiernos: el uno antiguo, local, que ahora está ausente y es inútil, incómodo y humillante. El otro reciente, central, omnipresente, que se encarga de todos los servicios, y tiene necesidades inmensas que recaen, con su peso enorme, sobre mis pobres hombros”.

“Tal conde o marqués, o jefe de requisiciones, que según la tarifa de 1.695 debería pagar de 1.700 a 2.500 libras, no paga sino 400; y tal burgués con 6 mil libras de renta, que según la misma tarifa no debería pagar sino 70, paga 720. Bajo este régimen, se arruina a los débiles para aliviar a los fuertes. Mientras menor capacidad existe, menor carga tributaria.” “No sólo se desgrava a los ricos en perjuicio de los tallables, sino que también entre éstos se alivia a los ricos en perjuicio de los pobres, de suerte que la mayor parte del fardo termina por pesar sobre la clase más indigente y más laboriosa, sobre el pequeño propietario que cultiva el campo, sobre el artesano que no tiene sino sus útiles manuales”.

Boisguillebert decía: “Si por casualidad un plebeyo tiene dinero, que lo guarde, porque si llegan a olfatearlo es hombre perdido”.

Du Pont de Nemours, escribe: “Será difícil de creer que bastaba ser rico para ser noble, y ser noble para dejar de pagar, de manera que no existía otro medio para escapar a la tributación que tener fortuna”.

En 1356 los Estados Generales de Francia crearon un impuesto regresivo, cuya regresión era la siguiente: 10% de la renta debían los más pobres; del 4 al 5%, los de mediana fortuna; y 2% los más ricos.

En esto de distribuir justicieramente el tributo, graduarlo a la verdadera facultad de los contribuyentes, y

preocuparse de que se realice la igualdad en el sacrificio, y se mantenga inalterada la relación o posición económica, después del impuesto, como lo fué antes de él, no éramos los ecuatorianos, hasta hace poco, quienes podíamos lanzar la primera piedra. Casi 20 años he venido denunciando la desigualdad que comporta la escala progresiva del Impuesto a la Propiedad Urbana, y he comprobado en todas sus formas la injusticia que significa el **salto**, o supergravamen que determina, en esas escalas mal consultadas, un suceso más de materia imponible, sin que expertos nacionales o extranjeros se diesen por notificados, a pesar de que éstos debían saber que en el exterior, ya no hay país que incurra en ese lamentable defecto.

Supongamos dos propietarios urbanos, dueños de una casa avaluada en 100 mil sucres. El uno es un respetable burgués, que no debe a nadie y más bien le deben a él. El otro es un atormentado empleado, que ha realizado el sueño de ser propietario, así sea con un préstamo que obtuvo en la Caja del Seguro, cuyo monto llega a 75.000 sucres, y por el cual paga \$ 4.500 anuales.

Antes de pagar el impuesto, ambos disponen de una renta anual de \$ 8.000, ya que el uno tiene otra vivienda, para satisfacer la necesidad del alojamiento, y el empleado vive en la casa de su padre, y con la utilidad que le deja el arriendo apuntala sus endémicas finanzas. El impuesto resta 500 sucres a esas rentas, y el burgués soporta así un sacrificio del 6,25% de su renta, mientras el empleado, que dispone sólo de \$ 3.500 de renta, pues únicamente el 25% de la casa le pertenece en la realidad mientras no pague su deuda, debe abonar el 14,27%. No hemos adelantado, pues, mucho sobre la mentalidad de los Estados Generales de 1356, pero siquiera sus miembros podrían justificarse observando que aún no nacían ni Adam Smith ni Stuart Mill.

Un pequeño negociante vende 5.000 sucres, y no debe

impuesto a las ventas; pero su vecino vende 5.001 sucres, y el Fiscalizador le exige \$ 150,03. La diferencia económica entre ambos, antes del tributo, era de UN CENTAVO; pero después de pagar el gravamen, el vecino que tenía un centavo más de renta, supuesta la igualdad de utilidad en idéntico negocio, tendrá después de haber cumplido la deslayada obligación tributaria, \$ 150,02 menos de renta.

Un propietario tiene un millón de sucres en tierras, y otro 1.000.100 sucres. La renta, para establecer la igualdad anterior al tributo, era de \$ 60.000, para el primero, y \$ 60.006, para el segundo, que así tenía 6 sucres más que el otro. Pero según la escala del impuesto, y a pesar de que había escrito el milésimo artículo contra este sistema, se impuso un gravamen de \$ 10.500 al uno y \$ 11.001,20 al otro. Así, ni para el rico ni para el pobre, se realiza en el Ecuador la norma de la igualdad tributaria. En las reformas de agosto de 1944 se extirpó este defecto para el Impuesto a la Renta, el que afecta a la Propiedad Rural y en el tributo de timbres, pero todavía subsiste en el impuesto a las ventas, si bien ya se ha sugerido su reforma, y en los impuestos municipales; pero he presentado también un proyecto de reforma de la escala del más importante de ellos, el que recae sobre la propiedad urbana.

“Todo impuesto está viciado de iniquidad, y el impuesto único sería la iniquidad única”. Proudhon. El célebre autor de la celeberrima frase **“LA PROPIEDAD ES UN ROBO”**, no ha denunciado la iniquidad del impuesto porque afecte a la propiedad, pues que entonces habría repetido el conocido aforismo: **Quien roba a un ladrón...** Proudhon se refiere a los vicios inevitables en la repartición del tributo, a las injusticias del **“accertamento”**, esto es, el proceso desde la declaración o investigación oficial de la materia imponible, hasta el cobro del tributo, a la regresividad de muchos de ellos, a la traslación de los mismos, que

convierten en injusto un tributo que en teoría parece justo. En el impuesto único, según este economista, se sumarían todos los defectos, todas las injusticias de los impuestos aislados y llegaríamos así a la iniquidad global, suma de las iniquidades parciales.

Los sistemas tributarios no se inventan sino que evolucionan, dice el profesor Flora. Vaya que tiene razón, y esta sentencia debería ser bien meditada por los diplomáticos, los economistas sentimentales y los economistas amateurs que nos hablan de la **ELIMINACION DE LAS BARRERAS ADUANERAS**, como uno de los ideales a realizarse en la economía de la post-guerra.

No hemos de pretender que cada país ha de seguir forzosamente la evolución histórica de las ideas, de los principios y de los procedimientos administrativos, al par que la de la legislación positiva, en la creación, sustitución y aplicación de los impuestos. Las generaciones presentes tienen que aprovechar de las enseñanzas y los ejemplos de las pasadas, y el Legislador moderno ha de aceptar los principios ya elaborados acerca de la justicia tributaria, y ha de aprovechar las experiencias sobre las mejores combinaciones de tributos.

Pero la selección de los mejores y más recomendables impuestos no depende sólo del progreso que ha alcanzado la ciencia financiera, y no puede basarse únicamente en la experiencia y en la jurisprudencia de los países más adelantados, pues forzosamente ha de acomodarse al grado de desenvolvimiento económico y también el de la educación tributaria de los pueblos, por más que la falta de educación no pueda argüirse en contra de la justicia de una tributación mejor.

Pero así como no basta saber del confort que han alcanzado las viviendas modernas en los Estados Unidos para que en todo país, toda casa se construya de acuerdo con ese

patrón, y se halle provista de todas las comodidades que puede proveer la mecánica moderna, ya que también se ha de consultar la capacidad del bolsillo de su propietario, así mismo no todo país puede implantar el impuesto a la renta global, o el general sobre el patrimonio, en los mismos términos que establecen la fisonomía financiera de iguales tributos en Inglaterra o los Estados Unidos, ni cualquier país puede ponerse a cambiar impuestos indirectos por directos, así como se cambia de camisa.

Dejando de lado las exageraciones de los amateurs acerca de la bondad de los tributos directos y de la iniquidad de los indirectos, y aceptando que la evolución tributaria debe seguir el progresivo sendero que conduce a la primacía de aquellos sobre éstos, el ritmo de la evolución ha de depender de las posibilidades económicas de cada país, de la distribución de su riqueza entre los contribuyentes, de la capacidad de control de la administración, no sólo porque un sistema de tributos directos puede ser mucho menos productivo que el que repose en una sabia combinación de indirectos y directos, sino porque la evasión es mucho más fácil en éstos últimos, y a menudo un tributo directo se traslada a personas que no debieran soportar su peso de acuerdo con la intención de la ley y la realidad financiera, de manera que las desigualdades y las injusticias, la **iniquidad**, en suma, de que habla Proudhon resulta, así, mayor en los gravámenes directos que en los indirectos.

Bastante hay que meditar antes de aceptar la supresión de las barreras aduaneras, y en esta materia **querer no es poder**. Podemos descartar la tesis de un arancel protector como norma de conducta, pero siempre quedará en pie el grave problema de los países con una industria débil frente al de las naciones industriales, con una organización económica potente. ¿Deben los países atrasados económi-

camente renunciar a sus industrias? La respuesta es afirmativa para estos señores que nos hablan de la supresión de los aranceles aduaneros; pero en uno de los países atrasados entre esos que lo son en comparación con las grandes potencias industriales, México está seriamente preocupado con el problema industrial de la post-guerra, y en todas sus revistas económicas se deja entrever el fundado temor de que la industria que ha nacido, o se ha reforzado en los años de guerra, por las circunstancias peculiares de la economía de guerra. Muchos hablan de protección necesaria; oficialmente no se quiere pronunciar esa frase, que parece ahora sospechosa, pero se alude a una protección directa del Estado mediante primas y subsidios; algunos apelan a una generosidad ilusoria de la industria del gran país vecino que no querrá inundar de mercaderías a los Estados Mexicanos, hasta arruinar sus industrias; y no pocos están preocupados con el dumping actual de las grandes fundiciones norteamericanas que ofrecen la tonelada de hierro a un precio inferior en más de cien pesos de lo que se puede vender en la gran instalación de Monterrey.

Pero sin extenderme demasiado en este grave problema, y sin preguntarnos que sería de la industria del vidrio en Colombia, y de la textil en el Ecuador, y de la de cemento en Guayaquil, si amén de los actuales bajos costos de producción en los grandes países industriales, se viniese a acentuar la desproporción con la ausencia de tarifas aduaneras que operen financieramente como impuestos al consumo, y económicamente como una ligera o apreciable protección indirecta, ni del arma de guerra que se llama **dumping**, contra la cual están luchando desproporcionadamente nuestra industria del jabón, apuntemos sólo el problema financiero.

¿Cómo obtendría el Ecuador, de otros impuestos indirectos los cuarenta millones que le producen las Aduanas?

o, ¿cuáles impuestos indirectos se podrían establecer en substitución de los desaparecidos aduaneros? He ahí una grave pregunta que ni los economistas ecuatorianos, ni los de muchos países de América podrán responder. No olvidemos que no todo arancel es protector y que existe el arancel simplemente fiscal, aún cuando hay muchos que confunden éste con aquél, cuyo propósito es gravar indirectamente la renta de los consumidores. Los economistas no nacionalistas han condenado la teoría de la protección como *modus vivendi* de los países que se empeñan en producir uvas en Alaska, pero han aceptado el proteccionismo educador, como los médicos aceptan las muletas mientras el enfermo no puede andar, y nunca han condenado el propósito fiscal de gravar el consumo mediante las Aduanas, pues jamás han olvidado que si las grandes potencias económicas no pueden prescindir de ellas, mucho menor será la posibilidad para los débiles organismos económicos de los países atrasados.

Los economistas que han esbozado la nueva política monetaria y arancelaria para el futuro, denuncian el nacionalismo individualista que se adoptó por la generalidad de los países después de la Gran Guerra, y condenan el equivocado punto de vista de querer fortalecer una economía nacional con detrimento de las demás, la manía de las políticas individuales, las formidables barreras aduaneras, pecado mortal económico, del que abusaron los propios Estados Unidos, y que en el fondo es una gran petición de principio, germen de la crisis económica mundial; pero no han preconizado la desaparición de las tarifas arancelarias, simplemente porque **barrera aduanera** es algo muy diverso de **derechos arancelarios**.

Henry Morgentau condensa en estas frases la condenación de la actual política proteccionista a ultranza: "Esta es la consecuencia de la desesperada y temeraria política

del pasado: competencia en la depreciación de la moneda, tarifas que levantan excesivas barreras aduaneras, anti-económicos sistemas de contingentes o trueques, con los que vanamente pretendían los gobiernos mantener la ocupación plena y el standard de la vida. En último término, estas tácticas únicamente han conducido a exasperar la depresión mundial y aún a la misma guerra". La nueva política que patrocina el Fondo Monetario Internacional persigue el propósito de poner término a estas políticas anti-económicas y el de establecer la solidaridad económica internacional, pero no a suprimir el impuesto indirecto sobre el consumo, que se recauda por medio de las Aduanas.

Por último, no olvidemos que para la política desleal, o por lo menos desigual, que implica el **dumping**, no cabe otra medida que una elevación de las tarifas aduaneras para restablecer el equilibrio alterado entre los legítimos costos de producción. Citaré un ejemplo de actualidad en el Ecuador. En la República Argentina se proporciona cebo con 40% de descuento para la industria de exportación, y por añadidura, instalaciones más completas obtienen la glicerina como subproducto, de manera que pueden ofrecer sus jabones a precios sin competencia, lo que ha motivado la paralización y desaparición de algunas fábricas en el Ecuador, cuyos propietarios encuentran más provechoso comprar jabón argentino para venderlo en el país con notable utilidad, antes que producir un artículo que debe soportar tan notoria competencia; y las utilidades de las empresas que continúan en la brecha han rebajado considerablemente.

En tales condiciones el impuesto aduanero sólo es una respuesta contra un ataque económico, y el consumidor pagará el legítimo precio, ya que no habrá perjuicio si se limita a restablecer el que habría regido en el mercado si no hubiera aparecido el **dumping**.

DIVERSIDAD DE OPINIONES ACERCA DEL IMPUESTO Y DIFERENTES DEFINICIONES DEL MISMO

Las opiniones acerca del impuesto y las definiciones que concuerdan, poco más o menos, con esos estados mentales, son tan variados que el ciudadano más exigente puede encontrar entre las que voy a citar la que mejor le acomode.

El Impuesto es la mejor de las inversiones, pues crea trabajo en favor de los operarios desocupados, y nada ni nadie pierde con él, que el dinero que se paga en forma de impuestos, retorna como sueldos, salarios, intereses y precios que paga el Estado a los propios contribuyentes.

El impuesto que se recauda es dinero perdido para el contribuyente, y cuando el Estado lo gasta es dinero perdido para todos.

El impuesto es la deuda común de los ciudadanos y el precio de las ventajas que la sociedad les proporciona. Esta es la definición aceptada por la Asamblea Constituyente, bajo la influencia de las doctrinas del pacto social de Rousseau.

El impuesto como consecuencia de un intercambio de servicios. — Proudhon, discípulo también de Juan Jacobo, dió esta definición del impuesto, que es la más aceptada por los ciudadanos: "Así como para ciertas utilidades el intercambio se hace de persona a persona, así también el intercambio, para ciertas utilidades, no puede realizarse sino de los particulares a una persona colectiva que se llama Estado".

"El impuesto es un anticipo para obtener la protección social", decía Mirabeau, apuntando así la teoría del seguro político, que es una variante de la anterior concepción contractual, por lo que el impuesto se debería pagar en proporción a los bienes o los servicios que se aseguran.

Para Menier y el duque de Broglie, el Estado es un gran sindicato de producción de bienes y servicios públicos, cuyos gastos se dividen en **individuales y generales**. Los primeros corren de cuenta de los sindicalizados y los segundos, a saber la administración de justicia, la defensa, la educación, etc., son también costeados por los socios, pero su gestión corresponde al Gerente del Sindicato, esto es, el Estado, que percibe de sus miembros unas cuotas que se llaman **impuestos**, y que estarían en relación con el capital aportado. El impuesto viene a ser, según esta concepción, **la cuota que pagan los miembros de un Sindicato especial, en virtud de un contrato de producción de servicios generales llamados públicos.**

El impuesto es un derecho que corresponde **JURE IMPERI** al Estado; su fundamento es la soberanía de éste y la entrega de dinero que el individuo hace al Estado es, por ende, **INCONDICIONAL**, y nace de una **sumisión incondicional del contribuyente**. A tal grado de exageración ha llevado esta teoría el profesor Vocke, que niega la calidad de impuesto a los derechos aduaneros porque no corresponden a una obligación incondicional del importador.

“El impuesto es una contribución obligatoria, sobre la riqueza, o de acuerdo con la facultad económica de una persona, que se debe al Estado para la satisfacción de las necesidades públicas”.

Según esta concepción, que es la más generalizada entre los financistas modernos, el impuesto es una consecuencia inmediata de la convivencia social, tiene su causa o fundamento en el hecho social que ha dado origen al Estado; la imposibilidad de cumplir y satisfacer aisladamente ciertas necesidades que por tal motivo se denominan colectivas o públicas, pues requieren del asocio de voluntades y esfuerzos; su medida es la capacidad económica de los ciuda-

danos, y es la condición financiera para que el Estado cumpla sus fines.

Tan lejano está el origen de las sociedades, que el hombre ha olvidado que el impuesto es un gasto semejante al que efectúa para satisfacer sus necesidades diarias. Si pudiéramos mantener la vida moderna fuera de la sociedad que se llama Estado, cada uno vería que no sólo, ha de gastar para comer, y ha de pagar para ser servido en su propia casa, sino que deberá hacerlo para guardar la casa y asegurar la vida, ya contratando un guarda-espaldas, que a lo mejor resulta más caro que la parte de la contribución que abona por el servicio de policía. Pagará por la escuela y la universidad, deberá abonar una cuota a alguna empresa que se encargará de efectuar servicios sanitarios preventivos o curativos, o gastará personalmente gruesas sumas para obtener esos propósitos. Será indispensable que construya caminos, y así se verá en el caso de organizar empresas para su construcción, financiando su capital. Deberá atender a la defensa contra los merodeadores de lejanas regiones, en la misma forma que ahora se paga para mantener el ejército para la seguridad internacional, y así, por este orden, se efectuarían gastos individuales por los mismos conceptos que ahora se pagan impuestos para que el Estado financie los servicios públicos.

Las características del impuesto y los elementos de la obligación tributaria serían los siguientes:

- 1) El impuesto es una **obligación de derecho público**;
- 2) El impuesto es una **obligación indeterminada** de los ciudadanos, anterior a la ley que la determina;
- 3) La **causa sociológica**, o **fundamento** de la obligación tributaria, es la satisfacción de las necesidades colectivas o públicas, o sea la financiación de los servicios públicos que debe prestar el Estado para la realización de sus fines;

4) La **causa o fundamento económico** es la capacidad económica o tributaria de los ciudadanos, por aquello de que **SI NO HAY HACIENDA EL REY PIERDE SUS DE-RECHOS**;

5) La **fente jurídica** de la obligación es la Ley y sólo la Ley;

6) El **sujeto activo** es el Estado, pues él ejerce la soberanía política y la financiera;

7) **Sujeto pasivo** es la persona obligada a pagar el tributo. Aquí es preciso distinguir la teoría financiera de la teoría positiva en el Derecho Financiero.

En la teoría financiera debemos distinguir el **sujeto obligado** a efectuar el pago del impuesto; el **sujeto jurídico de la obligación**; el **sujeto financiero** y el **sujeto efectivo de la misma**.

El **sujeto** de la **obligación** puede ser distinto de la **persona** que **debe satisfacer** el impuesto, de acuerdo con la naturaleza del mismo y la voluntad de la Ley, expresa o tácita; y también de la persona que en realidad soportó el peso del tributo. Es simplemente la persona que está obligada a depositar el tanto del impuesto en la oficina de recaudación, pues el pago puede ser por cuenta propia o por cuenta ajena, como ocurre con los **Agentes de retención** en el impuesto a la renta, extraños financieramente al impuesto, pero obligados administrativamente.

El **sujeto jurídico** es la persona a quien la Ley impone la obligación de pagar el tributo, por cuenta propia, por ejemplo, el prestamista; sin perjuicio de que pueda legalmente exigirlo con posterioridad al **sujeto financiero**, como ocurre en el impuesto a las ventas, y en otros sobre el consumo. Se diferencia del anterior sujeto en que se halla obligado directamente, por la naturaleza del impuesto, pudiendo suceder que lo soporte en la realidad, en todo o en

parte, si no puede trasladarlo al que debiera ser el **sujeito de hecho**.

Sujeto financiero es el que debería en la realidad pagar el impuesto porque es el dueño de la materia imponible, o el que realiza el acto que es materia de la imposición. En el impuesto a la renta el sujeto financiero es el dueño de la misma, coincidiendo el sujeto jurídico con el financiero. En el impuesto a las ventas, el **sujeto financiero** es el comprador, porque él debería soportar el peso del tributo, de conformidad con la teoría financiera, mientras el **sujeto jurídico o de derecho** es el vendedor, porque a él impone la Ley la obligación de pagar el impuesto.

Finalmente, el **sujeto de hecho, llevador o cargador del impuesto**, es la persona que en la realidad económica soporta el peso del impuesto, aun cuando no lo haya depositado en la oficina de recaudación. A veces este **sujeto de hecho** es el que debe el tributo según su naturaleza y la voluntad de la Ley, como ocurre con el consumidor cuando el vendedor puede exigirle la devolución de la cantidad que entregó al Fisco. A veces es una persona diversa del sujeto jurídico, esto es de la persona obligada al pago, y del financiero, es decir, del que debería cargar en definitiva con la obligación, como ocurre cuando el tributo a la renta del prestamista se traslada al prestatario, o cuando el consumidor, mediante la contracción de la demanda obliga al productor a tomar el tributo, en todo o en parte.

En el Derecho positivo financiero sólo debemos distinguir el **sujeto obligado** del **sujeto jurídico de la obligación**. Estrictamente podríamos decir que no existe sino éste, ya que la Ley indica la persona que ha de pagarlo al Fisco, pero como puede hacerlo por su cuenta o por cuenta ajena, distinguo los dos sujetos. El primero sería el **agente de retención** o persona que por su situación administrativa retiene el impuesto que deben otras personas y lo entrega al

Tesoro por cuenta de ellas, sin que se trate de una obligación financiera suya; y el segundo, como ya se dijo, es la persona que soporta la obligación legal de pagar el tributo, sin perjuicio de que pueda luego trasladarlo conforme a la voluntad de la Ley o contra su voluntad, y a menudo contrariando su prohibición expresa.

8) **Objeto o materia de imposición**, es el acto, el bien, la renta que sirven de materia imponible, de unidad de cuenta para el cómputo del tributo, cuyo contenido, u objeto, desde el punto de vista de la prestación, es una **prestación pecuniaria**, en la organización financiera moderna, pudiendo serlo, accidentalmente, una prestación en especies.

9) **Fuente del impuesto** es, como lo indica la palabra, aquella de donde se toma efectivamente para pagar el impuesto. La renta cuando no es preciso consumir una parte del capital para satisfacer la obligación tributaria; y el capital, si el contribuyente se ve en el caso de mermarlo para obtener el dinero que requiere el pago del impuesto.

“En los fenómenos económicos hay lo que se le ve y lo que no se ve”. Al célebre economista Bastiat, uno de los adalides de la escuela clásica, corresponde esta aguda observación, que es más profunda y más cierta de lo que parece; pues no vaya a creerse que sólo el vulgo, las personas no dedicadas al estudio de los hechos económicos, no ven, sino que los mismos economistas y financieros desconocen hechos fundamentales de la realidad económico-social. La observación incompleta, o el orgullo científico son las dos causas que inducen a error a los expertos que tampoco ven todo lo que podrían haber visto.

Los fanáticos de la escuela matemática, y los que creen que es posible encerrar en una fórmula matemática todos los factores determinantes de los fenómenos económicos y financieros, ven algunos de esos factores, quizás los principales, pero no ven que el desarrollo de sus fórmulas es un

simple turismo, porque la ecuación última no encierra nada más de lo que contiene la primera, y el problema está en haber encerrado en la primera fórmula todos los factores económicos y sociales que determinan un efecto económico.

Cuando en 1929 el profesor Kemmerer fué consultado, a su paso por Guayaquil, por el Presidente de la República, acerca de nuestro problema monetario, sólo preguntó por la cotización del dólar, y como se le dijera que estaba a 5.05, cuando la paridad era 5,00, vió únicamente la tesis monetaria conforme a la cual todo fenómeno monetario tiene por causa el estado de la circulación, y falló: "**Hay inflación, sigan una política de deflación**"; y no quizo ver todos los demás factores que anunciaban una crisis económica, cuyo análisis le habrían conducido a abandonar su teoría monista.

Todos los partidarios de que se valorice violentamente el sucre, hasta ponerlo a razón de 10 sucres el dólar, o quizás en mejor posición internacional, han visto muchos efectos, pero han dejado en el olvido muchas causas. Han pesado ciertos factores del problema monetario y económico, pero no han visto los correlativos y otros más que unos dejaron de considerar porque no les convenía, y otros porque no los conocían. El comerciante sólo consideraba la valorización, en dólares, de sus existencias, el menor costo de sus futuros pedidos, y la posible utilidad adicional que obtendrían, pero olvidaba que no podía mantener los mismos gastos administrativos, y que si todos los gastos administrativos bajaban en la República, disminuirían también todas las capacidades adquisitivas.

El industrial podía halagarse con el menor costo de la materia prima, pero no meditaba en la competencia de productos similares extranjeros, 30% más baratos que antes, mientras la baja de los salarios, consecuencia indispensable de la baja del dólar, no se hubiera podido operar con la fa-

ilidad que exigía la rebaja del alto costo de producción con altos salarios.

El agricultor esperaba, confiado, la reducción de los precios en todos los artículos importados, pero no contaba con la huésped, que era la consiguiente reducción de los precios agrícolas, a menos que fallase la concatenación de causa a efecto que se había construido, entre el dólar a 10 sucres y precios más bajos.

Todos los que clamaban contra la carestía de la vida, o se preocupaban de los precios altos, preconizaban la baja del dólar para que bajasen los precios, pero no veían que jamás en la República se habían sufrido precios tan altos con una moneda tan valorizada, relativamente, en comparación con el valor del dólar en 1939, y el nivel de precios en ese año.

Los que achacaban a la inflación la causa de la carestía de la vida, esperaban refrenarla, y ún disminuirla, si por cada dólar que nos pagaban nuestros compradores, y los diferentes inmigrantes o turistas, les entregábamos 10 sucres en lugar de 14. Si cada año, razonaban, entran al país, o se le acreditan, 10 millones de dólares, por todos esos conceptos, la circulación AUMENTARIA sólo en 100 millones de sucres anuales, en lugar de 140; pero olvidaban que en una ecuación, si se reduce un factor, en uno de sus brazos, tiene que reducirse, correlativamente, otro factor en el segundo brazo, pues de lo contrario no puede haber ecuación.

No se veía, tampoco, que si se mantenía el mismo circulante, con un aumento de los 10/14 del incremento que determinaba anualmente el exceso favorable de la balanza de pagos, ese volumen de circulación encerraba un grado de inflación mayor, para el nuevo desequilibrio monetario, que el anterior; de manera que era imposible esperar una baja en los precios; o, si ésta se efectuaba en el primer mo-

mento, en el segundo tenía que aparecer una tendencia al alza.

En efecto, si para un equilibrio de precios y transacciones, en relación con el dólar a 15, era de 500 millones de sucres, por ejemplo, si se valoriza el sucre hasta una paridad de 10 sucres el dólar, es claro que para mantenerla había que reducir la circulación correlativamente, hasta un máximo de 100 millones. Si, pues, lejos de disminuir la circulación en 100 millones, o algo menos, aumenta en otros 100 millones, por la adquisición de 10 millones de dólares, el argumento de que si no se hubiera valorizado el sucre habría incrementado la circulación con 150 millones, es bastante mediocre; pues el grado de una inflación de 500 millones, más 150 millones, esto es, 650 millones, cuando se tiene el dólar a 15 sucres, es inferior al que significan 600 millones cuando el dólar está a 10 sucres, por la misma razón que $\frac{600}{10}$ es mayor que $\frac{650}{15}$.

10

15

Hay otras medidas más adecuadas para contrarrestar o moderar inflaciones de origen externo, como la **venta anticipada de divisas para importaciones futuras**, y otras que pueden verse en el proyecto del Ministerio de Hacienda para el **Consejo Nacional de Post-guerra**.

Finalmente, todos los que creían que el Ecuador pondría una pica en Flandes, con un decreto que diga: "**en adelante el dólar valdrá en el Ecuador DIEZ SUCRES**", ya porque encontraban el momento propicio, ya porque relacionaban estrechamente la dignidad nacional con una moneda más alta, olvidaban que no está el problema en **PONER LA PICA EN FLANDES SINO EN MANTENER LA PICA EN FLANDES**. Olvidaban que así como los dineros de San Juan **cantando vienen y cantando se van**, así los dólares que nos trajeron los inmigrantes tenían que regresar en gran parte

a su lugar de origen; que las exportaciones debían disminuir después de la guerra, mientras las importaciones y salidas de divisas habrían de aumentar por las necesidades comerciales, agrícolas e industriales. No veían tampoco que los años de prosperidad fiscal no son eternos, y que después de los buenos vienen los malos, y que en tales condiciones la administración exigiría muchos empréstitos al Banco Central, con un motivo o con otro, lo que sería un contratiempo muy grave para mantener una paridad optimista como la del dólar a 10 sucres.

En fin tan pocas cosas se veían entre las que deben verse y meditarse, antes de entrar en una aventura como ésta de la valorización monetaria en una época caracterizada por fenómenos que todos temen que no continúen iguales en el futuro, que bien vale la pena de reproducir la opinión del reputado economista alemán, Dr. Max, uno de los Asesores del Banco Central de Chile: "MIENTRAS MAS VALORICEN USTEDES SU MONEDA MAS TENDRAN QUE DESVALORIZARLA DESPUES DE LA GUERRA".

Muchos de los lectores no estarán de acuerdo con estas opiniones mías y con la del Dr. Max, porque . . . como ya lo dijo Bastiat: "EN LOS FENOMENOS ECONOMICOS HAY LO QUE SE VE Y LO QUE NO SE VE".

DR. ANGEL MODESTO PAREDES

LA NUEVA FILOSOFIA DE LA VIDA Y DE LAS RELACIONES HUMANAS

1^o—La doble naturaleza del espacio mental atribuido al hombre, en las antiguas teorías y en las modernas concepciones.

La concepción de la vida y de los seres, de sus relaciones y de su destino, todo bajo el punto de vista del observador que contempla y se sitúa como centro del universo que percibe; fueron los supuestos de las teorías individualistas que rigieron hasta el advenimiento de la Sociología. Esta ciencia desplaza el centro de gravedad del pensamiento filosófico, formulando la noción fundamental del grupo humano: causa y origen de toda vida social, que configura, moldea y califica al hombre, como agente social que vive por y para la comunidad de que forma parte. La integridad de las existencias se refiere y aprecia en tal caso, en función del papel humano que a la persona racional le corresponde cumplir. Aún las meras especulaciones tienen sus atingencias y son, en determinado sentido, de práctica aplicación. No puede el individuo abstraerse de su ser y de su sentir.

Por virtud del cambio anunciado, desvía su caudal la cultura: remueve los más arraigados sentimientos del egoísmo individual; socava los cimientos de civilizaciones rudas e inmisericordes, donde el contraste del bien propio conseguido a cualquier precio, se opuso a los mayores sacrificios ajenos.

El proceso actual es hacia la humanización del hombre, desindividualizándolo.

Tal fué la gran lucha sobre la que se han empeñado, durante el último siglo, los constructores de la nueva filosofía —los sociólogos— contra los tradicionales métodos y sistemas, soberbiamente abroquelados en la virtud del pasado y en el mérito de su duración: las fórmulas silogísticas, principios, apotegmas, hipótesis y construcciones de mero razonamiento. Mas, en los nuevos tiempos: lo que fué una verdad inconcusa, que tenía que admitirse a ciegas y sin demostración, tuvo que someterse a análisis y discusión. Y desde ese momento se vió licuarse y descomponerse los pilares de tal arquitectura, la que por consecuencia se vino a tierra.

Así iba apareciendo en su plenitud, lo ficticio e irreal de las antiguas enseñanzas, que habían nacido en un acto de fe en su promulgador y que se esfumaban con el desvanecimiento de esa creencia. Y no fueron puramente las religiones las que exigieron de sus adeptos tan ciega confianza, sino la filosofía secular y la misma ciencia, sustentadas sobre axiomas, las que reclamaron fe en los formuladores de sus principios, no demostrados ni demostrables.

¿Acaso la más libre, primitiva y extensa de las disciplinas humanas, la que debió ser flexible, con todas las flexibilidades del pensamiento, y mudable y progresista como la vida, no se halla regida, atada y cohibida por un sinnúmero de reglas cuya suprema razón es haberlas empleado

sus más prestigiosos cultores? Me refiero a las reglas del idioma.

Ha sido necesaria la amplitud de un siglo de recias contiendas doctrinarias y numerosas transacciones en los propios métodos empleados, para que penetren con la abundancia de sus convicciones en el cerebro de los hombres los nuevos conceptos de la vida humana y sus relaciones. Y parece que será necesario el prestigio inmenso de una revolución triunfante, que sustituya una cultura nueva a las desprestigiadas formas del mundo en decadencia, para que la filosofía socialista vivifique y transforme las instituciones.

Pero eso sí, apreciamos evidente, que tales transformaciones afectarán en su integridad a la existencia humana y lo complejo de las relaciones entre los hombres; penetrando, para conocerlos e inspirarlos: los procesos psicológicos, las normas de moralidad, los deberes sociales y políticos, las manifestaciones del arte y las demás de la inteligencia y de la sensibilidad, e, incluso, la propia religión. Y de esfera de sugerencias, a las que parecen más desinteresadas y objetivas entre las ciencias, porque el observador las anima en fuerza y función de su pensamiento.

2º—La apreciación actual de los procesos psicológicos.

La antigua psicología —bien se la contemple desde el punto de vista escolástico y de introspección, o con los métodos propios de la psicología positivista y experimental—: aisló al hombre de todo el panorama dentro del que transcurría su existencia, para verlo como una unidad o individualidad precisa, con sus atributos y potencias espirituales y corporales. Sólo que además hubo de reconocerse que el individuo pertenecía a un género y especie, a los que debía calificarse por ciertos caracteres, que venían preformados en la mente del especulador, con trozos o retazos de

nuestra compleja vida interna. Entonces, al sujeto se lo representaba dotado de las potencias que la especie a que pertenecía implica, pero ejercitándolas de modo peculiar y característico. Así la individualidad se establecía: ante todo y sobre todo de las calidades que a cada carácter corresponde y del modo como se las ejercita.

En algún tanto se modificó esa arbitraria concepción de las facultades humanas, desde el momento en que la psicología comparada y la genética inquirieron por las raíces más hondas de nuestro acervo personal y diseñaron las notas del proceso hereditario, para darnos la impresión de que somos la configuración sedimentaria de continuas y largas adaptaciones de la especie a los condicionantes de su existencia. Pero aún entonces estuvo incompleto el sistema de apreciaciones, pues faltó situar al sujeto ancestral en el medio en el cual actúa.

De esa manera podemos apreciar en la antigua psicología: que lo complejo se simplifica y desnaturaliza, lo genérico se limita y restringe; mientras la acción, que es lo particular y único, es tomada como calidad y género.

El resultado puede reconocerse con mérito equivalente al de las biografías del pasado, si se las contrasta con los métodos nuevos de escribir la historia de un hombre: antes, una sucesión de datos y noticias, sin conexiones biológicas; extractos sucesivos de estados de conciencia y superposición de años y días, con recuento de lo hecho, aspirado y perdido por el sujeto. Hoy, por obra de los biógrafos mejor calificados: descripción de una época en un país determinado, destacando la clase de actividades en las que se ejercitan sus héroes, y colocándolos en medio de la escena para contemplarlos actuar. El tránsito simula aquel de la pintura del renacimiento: que desde el mero trazo de la figura, pasó a su modelado y perfecto dibujo y colorido, para luego situarla en su ambiente, conferirle un fondo.

Una vez situada la persona humana en el verdadero escenario donde actúa y en su legítima condición, se aprecian sus atributos psicológicos en forma plenamente diversa de como los calificaba la antigua ciencia del espíritu. Ante todo, deja de ser una unidad matemática la conciencia, para apreciarla en la complejidad de elementos y contingentes que la constituyen: entre los que se han de anotar los atributos personales —adquiridos o congénitos, que en este segundo caso ya no son en su plenitud individuales— y los del grupo que le rodea, estrecha impresiona e impone; los de las circunstancias de todo género, incluso físicas, que le circundan.

Cualquier fenómeno de la vida personal entonces es una resultante y no un acto simple u operación de exclusiva decisión individual. Pero estemos prevenidos desde luego sobre esta realidad: toda impresión, influencia, interposición o coerción se ejercita a través de un temperamento particular. Y así como es ficticio interpretar al hombre por sólo la introspección y el recuento externo de sus reacciones, lo será explicarlo exclusivamente por el ambiente que lo circunda.

3º—Las transformaciones en cuanto al criterio psicológico del hombre, se reflejan en todas las disciplinas del espíritu y desde luego en los preceptos pedagógicos y morales.

Con las características atribuidas a la psicología marchan a compás las demás ciencias auxiliares, dependientes y de aplicación de aquella. Y más aún, influye en forma indirecta, pero no por eso menos importante y calificadora, en todos los órdenes del conocimiento a que aplicamos nuestra mente. Por eso el íntegro panorama intelectual viene saturándose del significado que tenga y del papel que se

atribuye al hombre, por mérito de las concepciones psicológicas.

Entre las ramas que fué costumbre tradicional dividir la filosofía, el resultado es manifiesto: así en la ética, o disciplina que estudia los preceptos a que se somete la conducta humana; la propia lógica, que señaló al pensamiento las reglas a que se ha de ceñir la investigación y la exposición de sus conclusiones; y hasta la metafísica y ontología, que se abisman en el laberinto de las abstracciones, para hacernos concebir lo intangible y hasta formular realidades casi inconcebibles.

En los modernos tiempos se ha enriquecido notablemente el número de miembros de aquella división; y en primer término ha tomado una categoría predominante la ciencia de la educación: relacionada, tanto con la teoría del conocimiento, como con la psicología experimental y práctica, y la ética de la conducta humana.

Comienza la labor educadora por el conocimiento del sujeto, doble en su contenido experimental: el del educador que va a dirigir la conducta ajena y la del sujeto de la experiencia. El educador inquiere, excita y descubre las aptitudes personales; para trabarlas y dirigir las en el mejor sentido. El niño se va revelando y descubriendo a sí propia a medida de los estímulos puestos en su camino; a la acción espontánea, sucede la reflexiva.

He dicho descubrir, que equivale a comprender, para dirigir. Pero la dirección puede hacerse: o sólo con el propósito limitado de la perfección individual —extremo equivocado del individualismo tradicional— o con extensas perspectivas, las de conferirle una situación dentro del grupo humano de que forma parte.

En otro lugar y ocasión hube de formular en muy breves y extensos trazos, lo que conceptuaba el programa de la educación impuesto por la época en que vivimos. Hoy de-

bo hacer algunas reflexiones, sobre aquello que pertenece a lo que en el Ecuador denominamos educación secundaria.

En los primeros grados de cultivo del infante, señalamos la preocupación del maestro como orientada a dibujar la fisonomía original del niño: a fijar las aristas, determinar los rasgos esenciales y, con un sólo término, descubrir el boceto primordial. Vamos a explorar un campo psicológico y sus posibilidades; a apreciar sus congénitos atributos, para saber el partido que puede obtenerse de ellos. Es mostrar al discípulo en perspectiva el mundo, hacerle palpar la realidad e inquirir por la forma de reaccionar a ella. A tiempo que el maestro observa, el niño aprende, y aprende lo que es él y de lo que es capaz: juega, apetece y reclama, teme y rechaza. Encuentra frente a él el mundo, que al revelarse como una entidad aparte, le proporciona placeres y dolores.

De lo que el observador contempla o infiere, se forma el juicio sobre las aptitudes del sujeto y de la ocasión y forma de intervenir en ellas para estimularlas, restringirlas u oponerlas. De lo que el niño siente y quiere, de lo que aprende, le seduce y atrae, le inquieta, perturba o aterra, se va formando su experiencia, a la que reaccionará a medida de los atributos temperamentales congénitos.

Pero hasta ahí el individuo y sus posibilidades. Al comenzar el período de la instrucción secundaria, vamos a configurar un individuo socialmente útil, bueno y sano: útil, en la medida de sus aptitudes; bueno, por el cumplimiento del deber colectivo que se le impone; y sano, por su adaptación perfecta al medio en el que actúa.

49.—Las calidades que debe tener la Educación Secundaria.

En el ciclo de la educación que en el Ecuador deno-

minamos la Instrucción Secundaria, debiendo prevalecer el propósito y fin sociales; hace falta poner todos los medios conducentes a formar el individuo como un elemento socialmente útil, o sea, dispuesto y colocado en el sitio más conveniente para que dé su máximo rendimiento, hacia los fines colectivos de la sociedad en que actúa.

En el adulto se han fijado poco a poco los perfiles fundamentales de la fisonomía del hombre, que antes sólo se apreciaron como apunte de brotes aislados; y sobre todo ha conquistado el joven su madurez sexual, origen de tantas perturbaciones, desasociados e impulsos. El sentido de la existencia se enriquece y matiza, con esta suprema función, y la vida de relación se amplía, saliendo de los puros límites de la familia y de la escuela, para hacerse externa y múltiple.

Pero la atracción y placer biológicos que representan, unidos al misterio y encanto de que se les ha rodeado en las sociedades modernas, por las mismas sanciones de temor y amenazas a que van unidos, circundan de lazos y trampas innumerables, de vicios y peligros, a la que debiera ser fácil y noble función. Nada más atroz en la educación sexual de nuestros tiempos que la idea que la inspira, tan llena de reticencias y alarmas, tan mezclada a la tragedia y la amenaza. ¡Cuál será el hombre superior que dé su puro sentido a la vida y su justo papel a las relaciones entre los sexos! La educación en este orden es detestable en todos los regímenes: es preciso ennoblecer la procreación y reglamentarla.

No deben ni pueden marchar en divorcio y en pugna, la ética de las relaciones entre los sexos y el contenido biológico de la existencia, pues, es éste el fundamento y el límite de contenido de aquélla. Todo lo demás es artificial y fuera de la naturaleza humana, que al verse contrariada, irrum-

pe por inesperados cauces, sembrando entre todos la confusión y la alarma.



Lo peligroso o benévolo de su temperamento se demuestra ya en el adulto con datos inequívocos, y su influencia va extendiéndose: toma un puesto dentro de la comunidad que habita.

La educación y el aprendizaje reivindican un sentido preciso y una orientación clara; y en los tiempos que se precipitan sobre el mundo, serán socializadores y no individualizantes.

Todavía las iniciativas particulares deben señalar predilecciones y las vocaciones deben ponerse de manifiesto. Vamos a formar ciudadanos útiles y su utilidad, será tanto mayor cuanto mejor empleo se haga de las aptitudes del sujeto, a quien le corresponde demostrarlas. A la elección arbitraria o por tradición de familia o casta, que han originado tantas equivocaciones profesionales, se reemplazará por la aptitud demostrada y la preferencia consciente.

Desde este instante de la vida del particular, insisto, la educación toda habrá de orientarse a preparar al ciudadano, mejor dicho, al factor social de la vida de una comunidad, para el papel que le corresponde en ella: sugerirle las más variadas posibilidades para que se determinen mediante su predilección, comprobada y controlada con la aptitud que se demuestre.

Por eso el aprendizaje meramente teórico y científico es insuficiente, porque no revela todas las aptitudes del sujeto ni le señala las íntegras posibilidades vocacionales. Debe completarse con el aprendizaje manual de artes e industrias.

Si es indispensable ampliar los horizontes culturales

para todos, sin embargo me parece que es función individual del sujeto, alcanzar las más altas cumbres del pensamiento o el arte. En esa virtud, la enseñanza oficial obligatoria debiera ser acaso menos humanista y de más realismo político-social: el cultivo de la Literatura por ejemplo, de menos extensión en los Colegios Secundarios de lo que es actualmente; debiera ser materia predilecta de Instituciones y Academias Especializadas.

En las Democracias actuales hay un deber ineludible y bastante descuidado en la práctica de nuestros tiempos, el de perfeccionar el sentimiento artístico de la masa ciudadana, el de elevar su espíritu y sentimiento. El arte para el pueblo y por el pueblo, debe desenvolverse; y esta es obra de las instituciones generales de enseñanza. Pero semejante arte por su propia naturaleza, no es el arte refinado y de élite de intelectuales, que debe ser conquistado por esfuerzo permanente pero individual, de quienes se sienten atraídos por él. Esta perfección del espíritu no ha de ser desdeñada por los Poderes Públicos, por el contrario, se la ha de estimular, se la ha de facilitar, mediante Instituciones adecuadas. Todo el apoyo para ellas, pero se les ha de tener como Instituciones Especializadas: ahí el gran humanista hallará los medios de desenvolver su vocación; allí el poeta, podrá elevarse a las más sublimes regiones de la poesía.

El joven que ha completado su educación secundaria, ha de estar apto para elegir el camino que seguirá en la existencia para cumplir sus deberes ciudadanos; y a permitir tal elección sin errores ni vacilaciones, deben prepararlo las Instituciones educacionales y las pruebas de aptitud que se los exija.

EDMUNDO CARBO

EDUCACION DEL HOMBRE LIBRE

No perdamos de vista que las fuerzas del reaccionarismo derrotadas en los campos de batalla buscan su supervivencia en formas disimuladas y al amparo de la ingenuidad de las masas populares incultas. Los pueblos y los hombres libres tienen ante sí la gran responsabilidad de oponer a este peligro el valor creador de una democracia efectiva y organizada. La democracia mítica y verbalista tendrá que trocarse en conciencia perdurable en los hombres americanos. Parte de los medios para conseguir ese fin lo constituyen la labor cultural, social y educativa. La democracia como forma de vida racional es una necesidad de la hora presente y ha sido una aspiración constante de los pueblos americanos.

Los procedimientos coercitivos, dogmáticos del nazismo y sus secuaces puestos en práctica en sus "escuelas para bárbaros" dinamizaron los odios, exaltaron las bajas pasiones, fomentaron el poderío y la fuerza bruta hasta hacer del hombre un autómatas en quien los más nobles sentimientos de humanidad se atrofian y la animalidad se exalta hasta límites increíbles. Esa experiencia trágica de criminalidad impasible, de sevicia depravada que acaba de presenciar aterrorizado el mundo desde los días de las inmola-

ciones de los "rojos" republicanos españoles hasta las masacres de civiles en los pueblos y aldeas ocupados por la un día arrogante "Wermacht", ha puesto de relieve que el hombre — si hombre puede llamarse a tales especímenes— es mucho más moldeable que lo que hasta aquí se había supuesto. Lo que han podido lograr los impulsos bajos y la fuerza para bestializarlo, no podrán hacerlo los procedimientos racionales para dignificarlo. Y así, de este caos, ha surgido una vez más la fe renovada en la bondad de la naturaleza humana y en el valor positivo de la educación. La empresa educativa y cultural promete tomar un gran impulso en el futuro y se apresta a ser más dinámica, más decidida y más generosa en la orientación y reorientación espiritual de los pueblos.

Ante el presente y con miras al porvenir, la educación con espíritu democrático se convierte en imperativo para marchar hacia adelante por la ruta que deben seguir los pueblos libres. Una educación abstencionista en orientaciones espirituales, medrosa en el análisis de los problemas sociales, es antidemocrática. Las generaciones sueltas e indiferentes en medio del desconcierto de ideas, sin ideales, no son aptas para la convivencia humana elevada. La educación con espíritu democrático es necesaria para que los hombres aprendan a discurrir con equidad, para que sepan afrontar el porvenir con inteligente comprensión de sus problemas, con suficiente capacidad de colaboración. A través de nuestra historia, ya en forma de impulsos libertarios, ya en la bravía oposición a las tiranías y al caudillismo, ya en la dramática pugna por acabar con las castas y los privilegios. La vida en comunidad de estos pueblos que lucharon por sus libertades, que repudiaron el despotismo, no puede subsistir y progresar hacia formas más plenas, sino mediante la educación con espíritu democrático.

La bondad, la justicia, la igualdad de oportunidades y de medios materiales de subsistencia para todos, el disfrute de la belleza de la vida en estas tierras pródigas de América, sólo podrán ser alcanzados mediante una orientación democrática.

Nuestra incipiente cultura popular es un llamado constante a la acción en grande escala, con visión de nuestra realidad, dentro de un movimiento fervoroso que englobe al pequeño poblado, al recinto y al caserío que vegetan dispersos en las selvas o en los páramos, aislados no sólo materialmente, sino también en lo espiritual.

Los diversos estadios culturales y de civilización, que caracterizan nuestro vivir nacional, entorpecen la convivencia, merman energías a nuestro impulso de producción y de progreso, obstaculizan la unificación de nuestro sentimiento de Patria y de Nación. La grandeza de la vida culta no debe ser un nuevo y más irónico privilegio; tenemos que extenderla con mano generosa y visión de porvenir.

El énfasis de una educación previsiva del futuro debemos hacerlo gravitar sobre el cultivo de los ideales humanos que han sido descuidados por los sectores democráticos y envilecidos por el nazismo. El estímulo a los atributos de la individualidad y el aprovechamiento de sus diferencias con sentido de cooperación social evitará el individualismo; el respeto y exaltación de los valores de la personalidad con la plenitud de sus deberes y sus derechos llevados a la práctica en todos los actos educativos, en todos los procesos de la enseñanza, contribuirán a la formación de la conciencia del hombre libre. Aquel principio de sana orientación democrática que recomienda conceder oportunidad a los alumnos para que experimenten y piensen por sí mismos, pero para beneficio de sí y de la colectividad, no es el vulgar consejo de una Pedagogía activa y simplemente tecnicista, sino la exigencia de orientar cada detalle de la enseñanza en

función de los ideales que se deben perseguir. Quien actúa de conformidad con sus propias experiencias estimula la autonomía y grandeza del pensamiento, afirma el sentimiento de responsabilidad; pero al mismo tiempo, al corregirlo por la experimentación, por el intercambio con el pensar ajeno, se libra del dogmatismo, desenvuelve los sentimientos de solidaridad y cooperación. Coordinar el pensamiento, la acción y la sensibilidad para percibir sus efectos en el medio social, es preparar al hombre libre para el enjuiciamiento realista, para la acción creadora y para la convivencia digna. Cuando se impone el **saber** y se impide al individuo reflexionar, estamos contraviniendo, no a un elemental principio didáctico, sino atrofiando en su germen los sentimientos de libertad, de responsabilidad y de sociabilidad que forman la conciencia del hombre libre.

V. GABRIEL GARCÉS

CONSIDERACIONES CULTURALES

EDUCACION INDIGENA

Por muchos años, por muchísimos, hemos vivido en el país pegados a una fórmula de redención de las clases indígenas ecuatorianas. La fórmula enuncia un anhelo más, que el medio de redenciones o un plan para realizarlas. "Hay que incorporar al indio a la cultura nacional", es el viejo lema incumplido. "Hay que redimir al indio", es la frase indispensable en ambientes de sentimentalismo indigenista que no denuestra otra cosa que la falsa emoción o emoción cierta pero fugaz de nuestras gentes. Cuando se ha tratado de pasar del simple enunciado teórico de estas u otras fórmulas de compasión hacia el indio de nuestras comarcas, allí asoman las dificultades. Mientras unos opinan que solamente la educación es capaz de producir un movimiento de "incorporación" espontánea inicial de los indios a la cultura, a alguna que la tengamos de modelo en el país, otros piensan que la educación por sí sola no ha de lograr semejante finalidad. Las escuelas obran en función de porvenir educativo en las colectividades porque las preparan mejor para el mañana nacional. Esto resulta innegable. Y será tanto más buena la labor escolar cuanto más se acerque

a las condiciones peculiares de una zona social que necesita de especiales cuidados educativos. El impulso educacionista que es de seguro uno de los más fuertes, arrastra opinión ecuatoriana. Yo mismo confieso que estuve ubicado en este sector humano que creía en la omnipotencia de la escuela para salvar al indio y ponerlo, una vez salvado mental y culturalmente, en caminos amplios de nacionalidad. En mi primer trabajo sobre el indio, publicado hace unos diez años en los Anales de la Universidad, esta fue mi opinión fundamental: la educación para el indio, una adecuada y especial, como base necesaria de culturización indígena, vehículo único de incorporación a la energía ecuatoriana que avanza hacia el progreso.

Una mayor constatación racionalista de los problemas ecuatorianos, me ha llevado a dudar del valor de la escuela como factor decisivo. Será oportuno manifestar algunas razones para la propia objeción a mi criterio antiguo. En primer término me es indispensable razonar acerca de lo que llamamos cultura, justamente para saber a qué atenernos sobre la cultura para el indio. La cultura es cosa que no ha llegado, que yo sepa, a concretarse en una evidencia expresiva de su contenido y esencia. A la cultura la tenemos como a un bello horizonte humano que debemos alcanzar para nuestra vida, pero no sabemos precisamente en qué ha de consistir tal horizonte. Pensamos que cultura debe ser una superación en los medios de vida actuales por otros que nos den más justicia, más derecho, más felicidad, más progreso. Pero acrece dificultad el hecho de que precisamente no acertemos a explicar lo que es la justicia, lo que es el derecho y felicidad y progreso. La justicia llamada social en lenguaje moderno ha de traducirse para unos como un criterio de equilibrio humano; pero para otros esa misma justicia resultaría una absurda negación a sus fueros tradicionales, o ha de ser solamente una fantasmagoría tal

justicia. Y así con lo restante. Pero, es posible admitir un concepto más o menos aceptable de cultura. Como quiera que se la valore, ha de responder a una necesidad de mejoramiento, por más que nos pongamos en pugna desde el momento en que tratásemos de concretar detalles para una mejoría colectiva y social. ¿Pero es verdad, entonces, que a esta cultura así generalizada y hasta teórica se pretende elevar al indio? ¿Es que podemos ufanarnos de poseer esta cultura, en qué sentido y en qué proporciones? Me resigné a quedarme yo mismo sin respuesta. Acaso es mejor

La filosofía de la historia puede interpretarse, en su más alta acepción, como una historia de la cultura. Los pueblos han sufrido largos avatares para forjar su cultura, que la entiendo yo como un camino hacia el progreso. La cultura no es ni puede ser inmutable porque tiene que acomodarse al ritmo móvil de los tiempos. Por lo mismo, las etapas de la cultura corresponden a etapas del pensamiento humano en función social, o lo que es lo mismo, a determinaciones de tiempo y de espacio. ¿Qué cultura nos ha sido dable a nuestros países y al Ecuador por consiguiente? ¿Cuál es el módulo de la cultura ecuatoriana, si sabemos que formamos un país de minorías estrechas de gente culta frente a mayorías dislocadas por analfabetismo o por la rudimentaria y menguada elevación mental que es tanta o mayor tragedia como la del analfabetismo? No puedo por menos que arredrarme con propias preguntas que demandarían profundas reflexiones para darlas respuesta satisfactoria.

Como quiera que se trate de analizar el fenómeno de la cultura en el país, la verdad es que su acción, su radio de acción ha sido siempre corto y menguado. Si en tiempos coloniales la cultura, una especial y arreglada para los menesteres políticos de servidumbre a la metrópoli, no fue sino

privilegio de españoles y apenas, con el andar de los años, privilegio de los criollos, jamás llegó a regar simientes de verdadera inquietud mental y educativa, simientes necesarias para otra categoría de progreso, entre la masa humana mayoritaria que forma substancialmente el pueblo. Por diez o cien casos esporádicos de hombres cultos, para la relatividad cultural de entonces, había cien mil gentes ignorantes de todo frescor educativo y cultural. En la república, en un siglo de vida, si es verdad que el nivel cultural ha logrado rendir mejor resultado, no obstante queda el pueblo, ese mismo pueblo eternamente atrás en sus imperativos de mejoramiento. Naturalmente quiero dar contenido a la cultura no solamente como aspecto de instrucción elemental, no solamente como apego a los principios de la ciencia o la experiencia. La cultura ha de ser una calidad activa en la vida, modos de vivir, mancras de ser y proceder de las gentes en el conglomerado en que se hace o debe hacerse la convivencia. Esta cultura con contenido integral es la que más desfallece en el país. Existe acaso en distintos grados la otra, la de afán científicista o de carácter intelectual apenas, pero existe menos su traslación al reinado de la verdad vital de nuestro pueblo. No ha de medirse la cultura por lo que son en dimensión mental cien o mil ciudadanos; ha de medirse por la actitud exacta de tipo medio de pueblo y de sociedad; ha de ponderarse por la calidad ética del grupo o por sus rasgos generales de solvencia para la vida.

No hay duda que el tiempo en que vivimos es de una profunda crisis de la misma cultura. Crisis en el sentido de revalorización de nuestra gestión humana frente a las determinantes de la existencia colectiva nacional e internacional. En todo caso la crisis alienta una esperanza en tanto no se aviene ya con moldes hechos para una edad agobiada de menesteres culturales incapaces de hacer frente a la vida misma. La crisis trata de encontrar otros matices

culturales, nuevos recursos de lucha para actuar en mayor escala en busca de mejoramiento humano. ¿Podremos negar que la época presente se caracteriza por la suprema ansiedad de equilibrio económico en el reinado social? ¿Deberemos cerrar los ojos a la verdad que nos muestra que el contenido de la cultura es y debe ser económico en esencia, sin que ello revista denegación de lo espiritual humano?

Una comprobación severa de realidades ecuatorianas nos llevaría a una conclusión desconsoladora: a expresar sinceramente que la cultura a la que queremos incorporar al indio, porque ese fue y sigue siendo nuestro lema, existe en grado y cantidad insuficientes en la nación y que, por lo mismo, estaríamos en el caso de forjar previamente la matriz cultural humana acogedora de nuevas corrientes de energía emanadas de grupos incipientes en su actual estructura. De otro lado, y ésta es la fundamental objeción, interesa que no nos proclamemos árbitros de cultura hasta el punto de suponernos necesariamente capaces de arrastrar a grupos inmensos de población por nuestro propio sendero. ¿Quién puede demostrar que es este camino y no otro el que conviene a la obra de educación indígena, como aconsejara Vasconcelos en sus viejas amonestaciones americanistas de "Indología" y "Raza Cósmica"? ¿Cómo ha de entenderse sino como un fatalismo cultural, el suponer que fuera de lo que somos los ecuatorianos que nos proclamemos cultos, fuera de este modo de ser y de vivir no hay otras maneras propias de ser y vivir de agrupaciones humanas distantes aún de nosotros mismos por la distancia considerable de la historia y de la vida, aparte de la separación intrínseca que existe entre los indios y nosotros (que también lo somos, en buena parte) por las condiciones humanas y sociales que la vida nos deparó en el tiempo y el espacio americano?

Yo creo, y mi creencia actual está reforzada por experiencias notables en otros países, que la educación escolar

indígena no puede ser finalidad, como siempre hemos pensado. No puede ni debe ser fin, meta de aspiraciones colectivas. Educar y culturizar: tal ha sido y sigue siendo el anhelo mayor, solamente como anhelo. Lo que debe ser es recurso, medio indispensable de mejorar la vida social indígena. La educación indígena tiene que ser vehículo de marcha eficiente hacia el porvenir; pero no debe ser, en sí misma, una finalidad total. No se trataría de formar hombres aptos por medio de la educación para que persistan como infelices en la economía; se trataría de integrar grupos fuertes en su propia estructura humana, fuertes en su gestión económica—social, fuertes en la eficacia para dominar su actual impasibilidad vital. La sola educación, entendida como fórmula mágica de transformaciones colectivas, no lo consigue todo: la educación sembrará inquietudes, promoverá necesidades mayores, hará crecer el fondo inmóvil del espíritu de las masas indígenas, preparará el camino mental de esos hombres hoy indefensos e inmutables para posteriores actividades útiles y buenas. Pero la educación solamente no rinde el efecto real de cambiar la fase tribal, primitiva, escasamente social, en fase nueva y firme de evoluciones económico—sociales que modelan sociológicamente a los pueblos. Esta es mi profunda rectificación: la de pensar que no solamente debemos educar a nuestros indios; la de creer que la escuela no ha de ser el cúralotodo humano hecha felicidad inmediata; la de hallarme convencido que la escuela sin la tierra para el indio, que la escuela sin la economía propia, que la escuela sin modalidades terrígenas en el sistema de trabajo indígena, que la escuela aislada del medio auténtico en que la vida del indio se desarrolla, que esa escuela ideal cuyo tipo no conocemos, no es la que ha de salvar decisivamente el problema indigenista ecuatoriano.

Por estas consideraciones, me parece que no podemos admitir ya aquello de "incorporar" al indio a la cultura

nuestra, ni aquello otro de redimir al indio ecuatoriano. De lo que debe tratarse es de procurar una íntegra transformación en la vida indígena, vale decir, de su cultura, que sí la tiene, no obstante su retraso, para que un buen día, esa gente se sienta mejor en su propia vida, se sienta distinta de lo que fue y de lo que es, se sienta renovada en sus realidades ambientales, se sienta capaz de superarse, se sienta con vigor en sus mentes y en sus brazos para tareas de mayor firmeza creadora. Lo que conviene no es cazarlos para encajarles violentamente en la cultura que decimos que es nuestra; lo que interesa no es tomar al indio por la fuerza para meterlo en la sociedad blanca o casi blanca, para que el indio esté salvado. Es otra la tarea y distinta la finalidad: debemos conseguir que el indio, en su propia zona ambiental y vital, mejore completa y ampliamente; que el indio cristalice sus energías propias y utilice medios puestos a su alcance —educación— para emprender nuevas jornadas de mejoramiento. No hace falta, a mi juicio actual, forzar al indio para que admita nuestra cultura, puesto que no sabemos, primero, si esta cultura es buena para él, y no sabemos, luego, si incluso es buena para nosotros mismos. Lo que se quiere perentoriamente es crear la cultura propia del indio, de acuerdo con sus modalidades íntimas y naturales. El indio con sistemas amplios de trabajo, con economía propia y autárquica y la educación adecuada que le quite las tristes asperezas morales y sociales de que se halla lleno, el indio es posible que adquiera cultura, la suya aumentada en calidad y cantidad. Pero la suya, lo recalco, porque es menester respetar las disposiciones éticas y psíquicas que su naturaleza humana demuestra en la vida, y porque es preciso considerar que la cultura no es copia, sino que se fortalece o desfallece, en su caso, dentro de las eternas líneas de conducta humana individual y social que a cada ser o a cada grupo le correspondió en la

historia. Es claro que la cultura se copia también, pero cuando la copia y la adaptación se realizan es que la cultura ajena se ha hecho propia. No se puede tener cultura ajena, viviendo en fondo y forma ajenos: o se adapta, o fracasa la cultura de pega! . . .

¿Cómo debe ser la educación indígena? De conformidad con las experiencias hechas en otros países americanos de sólida raigambre indígena, ¿cabrá que prosigamos por el camino estrecho de la pobre escuela rural y de la más pobre escuela predial? ¿Qué debemos hacer para comenzar —no hemos comenzado, —creo yo— la verdadera educación indígena ecuatoriana? Trataré de contestar a estas interrogaciones premiosas.

Alguna ocasión ya lejana, discutí en la prensa largamente con un educador colombiano, sobre lo que aquel entendía por escuela rural y educación rural. De resultados de aquella casi polémica, saqué en claro este resultado tristísimo: nos hallábamos perplejos sin acertar a definir lo rural, o apenas intuimos su significado por contraposición psicológica con lo que es urbano! Pero no atinábamos a dar el exacto alcance de lo que sociológicamente ha de reputarse como ambiente rural. Ambiente digo, y es claro, puesto que es ambiente para el hombre, campo de acción humana, lugar de actividad y de vida. No se trata de la tierra inhollada jamás por el ser humano, ni se ha de pensar que el ruralismo ha de hacer referencia al suelo sin hacer referencia al hombre. Es a esta conjunción de tierra y de hombre, de suelo y trabajador, de campo y de espacio o de agro, pero siempre en relación con el hombre, a lo que ha de llamarse rural. Si lo urbano tiende hacia la altitud, hacia la elevación, lo rural es extensión y llanura, si se quisiera encontrar direcciones para lo urbano y para lo rural. La vida urbana es intensa mientras la rural es extensa. La vida urbana es resultado de intercambio constante de

angustias de hombres apiñados, mientras la vida rural es la soledad de cada angustia humana. O a la inversa: el placer urbano es social, mientras el placer rural es individual. Las modalidades de lo uno son inconfundibles con las de lo otro. En especial en nuestros países de rara población, de demografía escasa, lo rural implica lejanía de un hombre a otro, energía humana atomizada en la extensión. No ocurre lo mismo en países intensa y densamente poblados y de estrecha relación territorial. En Suiza, a no ser por las montañas, no se acierta a saber en qué lugar está el campo y lo rural, para diferenciarlo de lo urbano!

Pues bien; yo entiendo que la educación rural ha de ser la preparación humana para la vida de su medio, en su ambiente. No ha de ser el ansia y la nostalgia urbanas, impresas en la educación rural, no obstante los programas nutridos de bucólicos aspectos pedagógicos. No ha de ser desvío mental de los problemas ambientales para añorar a las ciudades. Por esto he sospechado siempre, o casi siempre, que nuestras escuelas rurales lo son apenas por la presencia de campesinos, de alumnos campesinos, que se aproximan temerosamente a los centros de acción educativa; pero no lo son por la realidad afirmativa de su medio propio, es decir, del muchacho con su tierra, del niño con su ambiente. Son escuelas ilustrativas, pero no educativas, puesto que educar comporta intrínsecamente adecuar el comportamiento humano y social para la lucha mejor dentro del propio ritmo de vida, todo ello en proceso integral de superación. Las escuelas rurales han de ser focos de realización de afanes que se crean en el medio humano que las rodea; han de ser incluso lugares de amor y fervor y de prestigio por la tierra que las circunda. Allí han de prosperar los hombres sanos para la labor que les espera mañana; allí han de salir los trabajadores a quienes se les enseñó que el trabajo es escuela también, pero que se les puso en el

alma simientes de inquietud en trances de satisfacción, pero no anhelos cuya irrealidad desespera y confunde a los hombres ingenuos. En tales escuelas se ha de enseñar a los hombres a ser prácticos, honestos, cumplidos, tesoneros, constantes, emprendedores. Allí no tiene para qué brotar la espiral intelectualista que no halla nunca fin en sus espirales eternas. . . . Allí no hay para qué hacer que los muchachos se enamoren de sueños ciudadanos y sus ilusiones y sus esperanzas, como un incentivo trágico para buscar los empleos públicos más tarde. Allí tiene que hacerse la paz para el trabajo y el progreso, no sin buscar arreglo para mejorar el ambiente y buscar modos de poner confort y comodidad crecientes en el medio.

Aparte de algunos efectivos centros educacionales de características rurales en el país, yo creo que andamos atrás en cuanto a escuelas de esta clase entre nosotros. Lo que hay es semiurbanismo y semiruralismo, por lo general, en materia educativa ecuatoriana. Pero si tenemos escuelas normales rurales situadas justamente en el centro de varias ciudades del país! . . .

El campo ecuatoriano, así en la Costa como en la Sierra, se halla casi virgen de acción educativa, escolar. El verdadero ambiente rural no ha tenido influjo sino literario para la educación nacional. Nos hemos olvidado que el pueblo no solamente se halla en las ciudades y centros poblados. No hemos sabido que no obstante nuestra escasa población, 2'088:820 habitantes, de un total de 3'200.000, que dice la estadística, son habitantes rurales. La nación, pues, consiste en la población total con la tierra total en que ella se asienta. Pero no es la nación apenas la suma de ciudades y pueblos, aldeas y villorios, éstos últimos estimados como transición de lo urbano y lo rural.

Si para la gran población campesina, en la que están incluídas naturalmente todas las calidades raciales, hay sis-

temas educativos insuficientes, si quisiéramos concretar consideraciones a la indianidad de nuestras tierras, al gran conglomerado de indios ecuatorianos, ¿qué podríamos decir sobre cuestiones educacionales? Por descontacto que la significación sociológica de indio, de indígena, no se radica apenas en la raza, sino en los recursos culturales de vida; de tal manera que bajo este aspecto indios lo son no solamente los que racialmente se reputen tales, sino además los que culturalmente vivan como ellos. La población campesina y rural, por consiguiente, se acerca al denominador común indígena nacional.

Por cierto, seamos justos. Debo apuntar unas cuantas cifras expresivas de los esfuerzos que se han hecho y se hacen para dotar al país de escuelas rurales y prediales en acatamiento a la ley que así lo ordena. Se me han entregado en las oficinas respectivas del Ministerio de Educación, estos datos: existen en la actualidad (los datos se refieren al año 1940. Con posterioridad se ha modificado esto. Por ejemplo, se suprimen los Normales Rurales salvándose del naufragio el de Uyumbicho). 1.905 escuelas rurales con 2.642 maestros y 96.883 alumnos. El Ministro de Educación, en su Informe presentado a la Nación, en 1943, anota estas cifras: 2.247 escuelas rurales, 4.077 profesores y 157.290 alumnos. Existen asimismo, 200 escuelas prediales con 203 maestros y 4.689 alumnos. Hay, además, 11 escuelas normales rurales con 102 profesores y 955 alumnos, y finalmente, existe y funciona una denominada Misión Cultural Indigenista, integrada por un matrimonio de maestros. Por la importancia que debe revestir esta misión, he de volver luego a analizar este aspecto. No quiero entrar en discusiones sobre la política educacional en el país y al análisis de los distintos momentos administrativos, entre los cuales sí hubo reacciones favorables para un mejor impulso cultural rural en la República. Cuando deba decirse en de-

talle estas cosas, habrá que decírselas incluyendo nombres y señalando directivas buenas, que sí las hubo. Por ahora, debo atenerme a lo actual, a lo que existe en estos momentos. La escuela rural, por ejemplo, debe valorarse por esta definición que da la ley (1938), que dice textualmente: "Art. 41.—Escuelas rurales son las que funcionan en los pequeños poblados y en el campo, de acuerdo con la carta escolar, aprobada por el Ministerio, y se rigen por programas especiales". Claro que a continuación se encuadra mejor el contenido específico de la escuela rural porque en el Art. 42 se expresa la finalidad de este tipo de escuela. Queda, pues, en pie la circunstancia que anoté antes, de que lo rural se reputaba, entre nosotros, generalmente a lo semiurbano y, consecuentemente, a lo semirural legítimo; y la escuela en tal medio ambiguo termina por adquirir esa misma ambigüedad estructural conforme al medio: no es ni rural ni es urbana. Esta escuela que está y no está en el campo, tendrá su eficacia relativa para el campesino cuya sociabilidad le permite vivir en centros pequeños de población, o lo que es lo mismo, a aquel tipo de hombre que avanza hacia lo urbano; pero será menos eficaz para el hombre ampliamente del campo y cuya tendencia vital fuere hacia tal medio. La escuela predial, que es la más pobre en todos los sentidos de pobreza, es la que pudo y debió hallarse más cerca del verdadero medio campesino y agrario e indígena por lo mismo. ¿Pero quién no supo la tragedia de esta escuela, el dolor de esta escuela y de sus maestros, la agonía de esta escuela siempre lejana y remota y siempre dependiendo de las cuotas económicas que los patronos pagan para tales fines?

Las escuelas normales rurales tienen una noble finalidad: la de preparar maestros para la ruralidad ecuatoriana. No se debe olvidar que fué Carlos Zambrano, en tiempos dictatoriales, que dió la primera gestión en este sentido

creador de orientaciones ruralistas en la educación. Tampoco trato ahora de discutir la actual obra, porque apenas anoté que la mayor parte de tales escuelas normales rurales se hallan en ciudades, funcionan en medio urbano y con todo lo urbano que se halló a tiempo. Debo hacer especial excepción de la escuela de Uyumbicho, a la que estimo como única legítima escuela rural ecuatoriana.

En cuanto a la Misión Indigenista, de lo que me satisface el nombre por ser acertado, sé que un matrimonio heroico de maestros ha ensayado su misión de desanalfabetización de cuatro meses (así dice el estatuto regulador de tal Misión), en algún lugar de estas serranías indígenas de Pichincha. Pero es una obra descoyuntada, huérfana de coordinaciones educativas, dislocada, de un régimen cultural integral en el país. ¿Qué podrán un par de maestros abnegados en una gira de cuatro meses, tratando de hacer censo de analfabetos y ensayando a hacerlos alfabetos con no sé qué milagros de pedagogía y de técnica indigenista? . . .

Por estas ligeras anotaciones, es fácil darse cuenta que la educación rural ecuatoriana, así llamada, no es aún genuina y esencialmente rural. El impulso educativo se ha quedado en la entrada de lo rural, en sus comienzos. El campo no recibe sino desde el poblado la obra protectora de la escuela. Se ha dejado que del campo affluya el niño campesino al centro de enseñanza. Es natural que así sea, además, cuando no poseemos recursos de gestión cultural realista que pueda proyectarse hacia todo lado humano nacional. Por esto la escuela no es para el indio socialmente reputado como tipo propenso a la esquivéz ciudadana, a sus furtivas penetraciones a la urbe, casi siempre por menesteres comerciales y económicos, pero no por razones de convivencia efectiva. Convivir es hacer influenciar recíprocamente el espíritu de las gentes para el resultado social, para el efecto social. Así, por lo menos, creía Sinmel, el psicólogo de la

sociología alemana. El indio no convive con el blanco, justamente porque éste se niega a la influencia bienhechora y buena. En este aspecto, el blanco y el mestizo con "hiperestusias de aspirabilidad", vieja frase de Bunge, requieren más que el indio propiamente de una reeducación especialísima para la nueva sociabilidad que debemos procurar en el país, cuando tratamos de educar al indio, apartando —claro está— el negativismo intransigente de quienes creen que el indio es ineducable.

La escuela ecuatoriana es urbana, porque la política educativa es urbana esencialmente. La escuela rural es corta aún en sus alcances y se dirige especialmente a las zonas humanas mestizas que el villorrio supone en el Ecuador. El villorrio y la aldea, el anexo y el caserío son expresiones iniciales de sociabilidad, tendencias al urbanismo y sus pasos primeros en escala ascendente. Puedo asegurar que la significación precisa de pueblo o pueblos de indios, como se comprende en México, por ejemplo, en el Ecuador no existe o si existe debe ser en mínima expresión de verdad social. La formación de centros poblados es una cosa sumamente importante para un país como el nuestro, ya que su desarrollo evolutivo enseña los ciclos lentos de integración humana y de constitución de grupos, a lo que el indio es amigo también pero a su manera tradicionalista. No dejaré pasar la oportunidad de analizar, brevemente, estos problemas no obstante que son una interferencia a lo específicamente educativo que debía tratar en este capítulo de mi estudio. Pero el análisis exacto de la realidad indígena nacional en sus calidades que me atrevería a llamar, si no antisociales para el concepto que tenemos de lo social, siquiera puede decirse antiurbanas, asimismo para el criterio que tenemos de lo que es urbano; la realidad indígena nacional —repito— nos revelaría que la educación especialmente dedicada al indio no debe tener los caracteres

urbanos que queremos darle. Ni siquiera los rurales que propugnamos tímidamente hasta ahora.

Si educar es adecuar al hombre para que halle asideros de mejor gestión vital, hay que educar en tal forma que hacerlo no implique la brusca transformación, la súbita sacudida de los espíritus para el allanamiento fatalista a nuevos moldes de vida. Esto debe ser todo menos educar. Por esto estimo que educar al indio ha de significar otorgarle vigencia cultural a su propia vida para que la vida se imponga luego con sus reparos a cuanto no se conforme con la nueva conducta que la educación obliga. Por lo mismo, educar es mejorar lo presente para que el mañana sea sensiblemente mejor que lo actual. Pero no ha de ser educar forzar en la apariencia inmediata, violentar, compulsar a mostrarse cultos sin estarlo virtualmente. Si para el individuo no cabe compelerlo a disfrazarse eventualmente de culto, a guisa de educación, para la colectividad debe suceder lo mismo. De allí derivó mis conclusiones negativas a los empeños de cultura urbanista o semiurbanista, puesto que el indio no hace su vida bajo estos moldes de convivencia blanca o mestiza. La cultura indígena es agraria por naturaleza y por impulso de misteriosa télesis vital. Su modo de convivir es un poco a distancia. La vecindad no es inmediata como en lo urbano, sino mediata con la tierra que es nexo pero es protección al mismo tiempo. La sociabilidad indígena, por consiguiente, es otra de la que podemos apreciar en distintas calidades humanas y culturales en el propio medio. (*)

(*) El estudio "Sociabilidad del Indio" en mis "Estudios Sociológicos", explica mis puntos de vista al respecto.

Hacer pueblo indio, yo no sé como se haría. Pueblo, sinónimo de centro poblado, urbano. Si en las Leyes de Indias hay referencias a esta posición, debe entenderse que las medidas que las autoridades de la Colonia tomaban para asegurar la permanencia de las gentes indígenas en determinado asiento territorial, debían ser medidas o de coacción o de conformidad con sistemas de hacer pueblos sin vecindad inmediata entre los pobladores, como he dicho. El mitimae incásico debió ser necesariamente sobre la base de trueque obligatorio de tierras, no solamente de viviendas y casas. El mitimae lastimaba la honda querencia indígena a su suelo, al nativo suelo, pero no debió lastimar la verdadera característica del indio a vivir en la mitad de la parcela, propia o ajena, pero en todo caso en la parcela. No acierto, pues, a pensar cómo se haría de improviso población, pueblo, centro poblado —nombres que pueden escogerse— con los indios nuestros, si no se permite la manera histórica suya de vivir entre su chacra, a distancia de sus vecinos. Esta vecindad, repito, no tiene caracteres de urbanismo porque tiene, en cambio, condiciones de ruralidad, lo cual comporta que la vecindad en sus relaciones jurídicas recaiga en la proximidad de las tierras, en la continuidad del suelo, pero no de las casas o habitaciones. En este aspecto, entonces, la sociabilidad es siempre una fluencia de sentimientos indígenas para con los hombres de su "parcialidad". Sociabilidad que se traduce en comunidad de afanes y comunidad de trabajo, muchas veces, a consecuencia de las vinculaciones de cercanía o vecindad interhumana. El poblado de indios, entre nosotros, rara vez se muestra como grupo próximo y continuo de viviendas y sus moradores; y esta rara vez en que el poblado existe, es que emerge ya la célula social inicial y nace el deseo asociativo, tendencia vaga de urbanismo. Allí podría observarse, entonces, la exactitud de un anexo indígena o caserío

idem. De seguro, esto obedece a que los pobladores, sin dejar la agricultura, optan por hacerse comerciantes o industriales en pequeña escala, actividades éstas que recurren forzosamente a buscar la aproximación entre los hombres para el logro de eficacia en las nuevas labores. Quien quiera puede anotar estas peculiaridades interesantes, por ejemplo, en Guangopolo o en El Tingo, tan cercanos a Quito, aunque a decir verdad aquellos lugares han dado origen para la creciente prosperidad de un indio-mestizo caracterizado, como lo hay en diversas secciones del país.

La escuela educadora —y no mera y superficialmente ilustrativa— tiene que acordar un plan de acción en un ambiente indígena, tal como he procurado describir a grandes rasgos. Solamente es admisible la escuela semiurbana o, para el caso, semirural, en los lugares en dónde ha iniciado su obra este primer impulso asociativo, derivación de causas económicas en los habitantes de determinada región en el país. Allí donde emerge lo que en la actualidad administrativa ecuatoriana se denomina una "comuna" indígena, más propiamente campesina puesto que no siempre es indígena pura, que hay que interpretarla como el primer paso hacia la agrupación evidenciada en intereses comunes, pues allí hay que crear una escuela adecuada y conveniente. Una escuela típicamente misional, si vale decir de esta manera, antes que rígidamente pedagógica. Una misión cultural, no solamente para motivos censísticos absolutamente improbables respecto al analfabetismo; no solamente para enseñar a leer y escribir en cuatro meses; no solamente para hacer escuela, sino para hacer ensayo de interferencia cordial y amistosa de las misiones hacia el ambiente indígena nacional. Maestros que no solamente lo sean para el menester docente, sino que fuesen amigos, hombres activos para propiciar ventajas al grupo indígena de que se trate. Gente que se aliste para curar enfermos, para remediar

problemas inmediatos en la agricultura del indio, para curar a sus animales, para resolver dificultades inherentes a la vida meticulosa y desconfiada de los moradores de un sector territorial preciso. Esto, para las "comunidades" que me parecen los mejores puntos de ensayo educativo en el país. Para las "parcialidades" en general, en donde el indio florece en indiferencias, florece en ignorancias, allí el asunto debe hacerse más serio y metódicamente.

No emplear medios como el que me permito enunciar, sería coacción educativa, rigor impuesto, violencia, cultura a la fuerza, que jamás prospera y que nunca da resultados satisfactorios. Al indio que se le pesquiza para "culturizarle" enérgicamente, conminándole a cortarse el pelo, a cambiar de vestimenta, sin que el proceso fuese natural y lógico, de convencimiento o siquiera de imitación psicológicamente adquirida, lo cual se traduce en hábito, a tal indio no se lo hace sino sufrir e incomodarse, y al menor descuido ha de reintegrarse a su medio y ha de volver a sus costumbres. Tengo motivos para afirmar en esta forma y me ratifico en mis antiguas opiniones al respecto. Es que, en tales casos, aconsejados nutridamente por indigenistas de apuro en nuestro país, lo que se hace es invadir —esta es la palabra— invadir tercamente con lo que proclamamos que es cultura, la nuestra de invasores cultos, en pos de la "incorporación" del indio. Individualmente es difícil conseguirlo con eficacia, a no ser que medie el tiempo y la adaptación lenta a la nueva vida que se le ha impuesto al indio. Colectivamente este procedimiento me parece, a más de imposible en sí mismo, inadecuado y hasta absurdo. Ya expliqué por qué conviene negar vigencia cultural a los sistemas "incorporativos", con o sin bayonetas, con o sin cadenas, pero siempre a la fuerza.

Declaro que en forma intencional no quiero referirme a los posibles métodos de cultura adecuada para los grandes

grupos de indios ecuatorianos en donde se conserva integralmente la eterna pasividad suya en lo relativo a maneras de iniciación progresista. No quiero referirme, hasta tanto no haya expuesto cómo México y Bolivia explican sus procedimientos: vasto y completo el mexicano; ensayo aislado pero fecundo el boliviano; en relación con sus indios. (Me cupo el honor de discutir extensamente en México, en abril de 1940 con varios profesores y sociólogos mexicanos y con el profesor Elizardo Pérez, creador y animador de la escuela indígenal de Warisata, en Bolivia).

Es obvio que mi estimación integral del problema educativo indigenista para nuestro país descansa en sistemas escolares adecuados. Sistemas pre y post-escolares naturalmente. Porque no es posible abandonar a la suerte aquello que implica esfuerzo constante de superación humana en trances de progreso social. Pero en primer término mi criterio actual, rectificatorio de anteriores ideas, implica el reconocimiento de que la escuela no es fin sino medio eficaz de acción cultural. Ya lo dije al iniciar este capítulo y hoy lo recalco: la escuela tiene que cooperar con los nuevos sistemas de transformación económico-social para que el indio modele su nueva vida. Debo insistir sobre este máximo problema ecuatoriano, como lo fué mexicano y como acaso habrá de serlo en los restantes países de raíz indígena exacta. Si, como he tratado de demostrar, la vida indígena es agraria preponderantemente, terrígena, de sustentación económica precisa y directa en el trabajo de la tierra, hay que pensar que la educación para el indio ha de participar justamente de estas modalidades. No cabría enrolar al indio, diré mejor en plural, porque se expresa así magnitudes sociales del problema, enrolar a los indios en preocupaciones distintas, apartando la base agraria fundamental que es su característica, a fuer de educadores nuevos. No cabría aislar al indio de la tierra pretendiendo darle nueva sensi-

bilidad a pretexto de cultura. Hay —creo yo— una eterna adherencia, casi diría fatalista, del indio hacia la tierra. La tierra es sustento y es necesidad indiscutible para constituir su vida individual, familiar y colectiva. La industria, el arte popular, el comercio, el negocio de otro carácter pueden ser complementarios de la economía indígena, pero no llegan a sustituir totalmente la aptitud humana suya como para subestimar al agro como sostén enérgico e irremplazable en la vida del indio.

El indio sin tierra, como los hay en cantidad en el país, aquel se halla en peores condiciones de incultura. Hay una torva inclemencia vital en el indio que no tiene el pedazo de suelo. El indio asalariado puro, jornalero ambulante, trabajador incumplido casi siempre, envuelto en miles de llos económicos con sus patronos, aquel sale de entre quienes no tienen tierras. Al estudiar el aspecto trascendental de la economía indígena del país, he analizado las condiciones de los indios en atención al reparto de la tierra en el Ecuador. Es fácil constatar que la Provincia del Chimborazo acusa la mayor falla humana indígena, justamente porque allí el indio se halla en mayor número como asalariado y no posee tierras.

¿Cómo hacer educación indigenista, la auténtica, me pregunto, si por una parte se enseña a trabajar, pero de otro lado, el lado real de la existencia, no hay los recursos necesarios para hacer cuajar al trabajo en hechos y en verdades? ¿Cómo formar, cómo reagrar la formación de nutridos proletarios indígenas, que los vamos a suponer culturizados incluso, pero infelices en la materialización de su vida, nuevos tipos de erranza económica nacional en pos de trabajo? ¿Cómo hurtar a la tierra gentes aptas para su cultivo, si hemos de proseguir dando cultura verbal y teórica, pero no la realidad legítima de un trozo de tierra en donde asentar al hombre para su esfuerzo creador de riquezas?

Es claro que es posible iniciar una obra de veras educativa, allí donde pienso que los indios se hallan en mejores condiciones de vida, lo que equivale a manifestar que la materia prima para la cultura se halla más bien dispuesta. Por esto he propugnado a la "Comuna" en especial la que puede y debe estimarse como comunidad indígena, con tierras en común o con tierras en cuotas individuales, como el centro humano de halagadoras perspectivas educacionales en el país. Yo sé perfectamente que el desarrollo administrativo actual de las "comunidades" implica un interés manifiesto en las gentes rurales, mestizas e indiomestizas, para integrar un centro de defensa común de esos mismos intereses. ¿Por qué no hacer que se integre a ese interés el interés cultural, educativo? Conozco, además, por mi experiencia personal en el Ministerio de Previsión Social, que hay Cabildos, o sea la organización oficial de las Comunidades, cuyas solicitudes al Ministerio, en estilo sencillo y pobre, pero sincero y significativo, pedían las escuelas para lo cual ofrecían terrenos suficientes y su apoyo necesario. Este pedido había que hacerlo trascendental al Departamento de Educación. (En los archivos de la Sección de Economía Social del Ministerio del Ramo deben reposar originales de solicitud que, a mi juicio, son la voz rural ecuatoriana, el clamor de justicia del pueblo y la mejor argumentación en favor de su anhelo de mejoramiento cultural).

Por cierto, me es indispensable anotar una advertencia capitalísima. Cuando me refiero a la tierra como necesidad indígena para fomentar su vida, lo hago bajo un múltiple modo de reputar a la tierra como fuente nutricia de energías naturales que requieren, para su amplio desarrollo, de un integral proceso de trabajo. La tierra por sí sola ante el hombre desposeído de recursos que la experiencia y la ciencia solicitan, rinde poco y rinde mal. De allí que al indio, al nuevo indio, que hemos de soñar para un Ecuador

después de muchos años, culto y fuerte, renovado y regenerado, ha de dotársele de capital tierra juntamente con capitales complementarios de un proceso intenso de trabajo moderno. Yo no puedo creer que la educación indígena ha de irse por otros senderos, por ejemplo; por senderos de cultura teórica y hasta libresca: esto no lo creo. Esa cultura indígena ha de ser siempre, si ha de ser efectiva, inclinada a la realidad, ya que ésta no se halla por las nubes sino a ras de tierras eternamente! . . .

Una ligera síntesis de estos puntos de apreciación personal, daría estas conclusiones de orden crítico: primero, la educación ecuatoriana es preponderantemente urbana; segundo, la educación rural se ha quedado apenas en la zona humana semirural propiamente en el país, sin avanzar al campo en donde está su sitio efectivo; tercero, esta educación rural solamente acoge en su esfera de acción al campesino mestizo e indio-mestizo que integran ya sus medios de vida asociativa inicial, y todo esto en escala inmensamente reducida en relación a la cuantía de esta categoría ecuatoriana de población; cuarto, la educación indígena específica no existe en el país, puesto que a mi juicio no hay una escuela típicamente indígena con métodos especiales para la cultura del indio, salvo el único caso de la Escuela Normal Rural de Uyumbicho; y, quinto, las misiones culturales para los grandes grupos indígenas del país no se han ensayado jamás. Ni ego eficacia porque le ni ego solvencia técnica y pedagógica a las misiones consistentes en cortos grupos de maestros, sin recursos, sin ayudas, sin estímulos para hacer una obra fecunda y valiosa. La misión cultural debe hacerse en otra forma más amplia y más intensa, puesto que su papel no se concreta puramente a enseñar el alfabeto, sino previamente a captar la confianza de los indios para un posterior ambiente de veras educativo. La misión ha de entenderse como un adelantado de fervores, como una avan-

zada de servicios humanos en pro del indio, acaso el único camino de entrar en contacto cordial con la gente evasiva y huraña como es la gente indígena de los grandes grupos nativos del país.

INDIOS SELVICOLAS

Interesa decir algo sobre los indios selvícolas ecuatorianos cuyo número es considerable y constituye, por lo mismo, buena porción de triste y desolada humanidad ecuatoriana. Estos indios se hallan en las regiones orientales y, en menor número, en las occidentales del país. Es claro que sus características étnicas y sociales son diversas de las demás colectividades indígenas de la serranía y, por desgracia, poco se conoce dentro de nuestros propios medios científicos y de investigación ecuatoriana. Han sido casi siempre los turistas, unos turistas extraños de entre nuestros hombres de viaje hacia el Oriente, los que algo nos han contado al respecto, pero más en forma fantasiosa y casi literaria que en forma seria y sistemática. Y han sido los extranjeros, hombres de ciencia muchos de ellos, los que se han infiltrado por las selvas en busca de datos para la antropología, para la sociología, para la historia de la cultura, etc., pero para servicio exclusivo de los centros de estudio o universidades internacionales, antes que para regalarnos graciosamente sus referencias y experiencias en suelo ecuatoriano. (*)

(*) Tan poco han interesado los indios selvícolas de nuestro país, que es necesario recordar que, al cederse extensos territorios orientales en el Protocolo de Río de Janeiro, de 29 de enero de 1941, nada se estipuló acerca de los pobladores de tan grandes regiones antes ecuatorianas. Como si los hombres hubiesen sido cosas adheridas a la tierra e inamovibles sin remedio, al cambiar sobre el suelo el dominio político y nacional, automáticamente habían de cambiar de nacionalidad y de patria aquellos hombres. . . . Cuando insistentemente se interrogó por la prensa sobre este asunto, nadie contestó una sola palabra. ¿Pero, qué podía contestarse?

En la labor educativa entre las jibarías orientales comparte su obra la misión religiosa y la actitud fiscal del país. No obstante el *tabú* en que se ha mantenido todo lo relativo al Oriente, se sabe que las escuelas orientales son algunas, ubicadas en los centros poblados de aquella extensa región oriental ecuatoriana.

En el cantón Napo hay estas escuelas: Tena, escuela misional para jibaros con 33 alumnos; "Dos Ríos", escuela misional para jibaros con 37 alumnos; Talac, escuela misional para jibaros con 6 alumnos; Shandia, escuela particular para jibaros (?) con 10 alumnos; Ila, escuela fiscal para jibaros con 29 alumnos. Pertenecen todas a la parroquia Tena. En la parroquia Papallacta-Baeza, existen: Papallacta, escuela fiscal para indígenas con 21 alumnos hombres; Papallacta, escuela fiscal para indígenas mujeres con 18 alumnos; Cuyuja, escuela fiscal para indígenas con 32 alumnos; Las Pampas, escuela fiscal para negros con 6 alumnos; Chaco, escuela fiscal para indígenas con 22 alumnos. Parroquia Archidona: Archidona, escuela misional para jibaros con 23 alumnos; Cotundo, escuela misional para jibaros con 24 alumnos. Parroquia Loreto: Loreto, escuela fiscal para jibaros con 20 alumnos; Concepción, escuela fiscal de jibaros con 16 alumnos. Cantón Sucumbíos: — Parroquia Santa Rosa de Sucumbíos: No hay escuela para indios. Parroquia Rocafuerte: tampoco. Cantón Pastaza. — Parroquia Canelos: Canelos, escuela fiscal de jibaros con 23 alumnos; Canelos, escuela misional de jibaros con 20 alumnos. Parroquia Mera: Moravia, escuela fiscal de mestizos con 25 alumnos. Parroquia Puyo: no existe para indígenas. Parroquia Andoas: Andoas, escuela fiscal de jibaros con 20 alumnos; Montalvo, escuela fiscal de mestizos con 19 alumnos; Montalvo, escuela fiscal para alumnas mestizas con 16. Parroquia Sarayacu: Sarayacu, escuela fiscal de jibaros con 42 alumnos; Pacayacu, escuela fiscal de jibaros con 50

alumnos. Parroquia Macas: Macas, escuela misional para jíbaros con 50 alumnas. Parroquia Arapicos: Llushin, escuela fiscal de jíbaros con 20 alumnos; Chañalá, escuela fiscal de mestizos con 19 alumnos. Parroquia General Proaño: no existe escuela indígena. Cantón Santiago. Parroquia Gualaquiza, escuela misional de jíbaros con 58 alumnos; Gualaquiza, escuela misional de jíbaras con 27 alumnas; Parroquia Méndez: Méndez, escuela misional de jíbaras con 40 alumnas; Copal, escuela fiscal de jíbaros con 20 alumnos. Parroquia Rosario: no hay escuela indígena. Parroquia Indanza: Peña Blanca, escuela misional de jíbaros con 51 alumnos. Cantón Zamora. Parroquia Zamora: no hay escuela indígena; parroquia San José: Yacuambi, escuela misional de jíbaros con 20 alumnos. Cantón Chinchipe. Parroquia Zumba: Cesama, escuela fiscal de mestizos con 32 alumnos. Parroquia Chito: no hay escuela indígena. (**).

He apuntado en detalle estas informaciones porque me han sido, hasta ahora, totalmente desconocidas. Jamás las supe ni nadie me las ha indicado hasta la fecha. De los datos que poseo he descartado la escuela misional o fiscal para alumnos blancos, por más que estimo que el blanco en el oriente cobra matiz social de otra naturaleza, ya que el medio vital se desquita y el desquite tiende a una rara nivelación humana. No sé nada sobre sistemas de enseñanza y métodos de aplicarla en aquel medio humano arisco y bravío que es la jibaría, aunque presumo que el indio salvaje que admite la escuela es que a su salvajismo lo dejó en la selva!...

En las zonas selváticas occidentales existen también grupos de indios muy poco conocidos en realidad. Suelen salir pocas ocasiones a los centros poblados en busca de alguna provisión o en general por razones de índole económi-

(**) Los datos consignados se refieren a 1939, dos años antes del Protocolo de Río de Janeiro.

ca. De entre estos grupos ariscos, acaso el más conocido y valioso no obstante que numéricamente tiende a desaparecer paulatinamente, hay que citar a los indios llamados "colorados" que viven justamente en la región que recoge su nombre: Santo Domingo de los Colorados. He tenido oportunidad de conocer siquiera fotografías en que se muestran ejemplares interesantes de aquellos indios vigorosos y trabajadores y aún se puede apreciar en parte sus costumbres. Las referencias que he recibido de parte de personas que han llegado hasta sus casas o sitios de su trabajo manifiestan que este tipo indígena disminuye en número cada vez mayor, porque las enfermedades y las taras a que se hallan sometidos, sin protección alguna, merma día a día su grupo. Se colorean el rostro estos indios seguramente con achiote, lo que justifica la denominación con que se los distingue.

Que yo sepa, nada se ha hecho en el país en favor de este grupo indígena. Al contrario, lo que se ha hecho es explotar su trabajo sobre todo en tiempos en los que el caucho es apreciado inmensamente. Además, la penetración de colonos, blancos y mestizos, lleva consigo la penetración de un comercio indispensable de estancos de alcohol que sirve magníficamente para lograr la destrucción inexorable de su raza. Jamás se ha pensado siquiera en defender la vitalidad, en defender la permanencia humana de estos indios que corren peligro de desaparecer.

EXPERIENCIA EDUCATIVA INDIGENA EN MEXICO

Bueno será ahora examinar rápidamente lo que han hecho México y Bolivia. Comenzaré por México aunque resulta cosa muy seria tratar de hacer síntesis de un movimiento inmenso y radical de transformación social de todo un pueblo mediante la acción combinada y sistemática de

la escuela y los sistemas económico-agrarios que la Revolución estableciera. Por cierto, la acción educativa mexicana arranca desde viejas edades en el país. Ya Benito Juárez, el gran indio, afirmaba en 1861 su voluntad férrea de impulsar la educación de su pueblo, preferentemente la escolar. Y desde entonces la obra colosal de dar educación a las masas ha seguido un ritmo creciente, así en la esfera de la cultura urbana como en la genuinamente rural. Esta sobre todo, que es la que marca el grado de elevación educativa de los pueblos, cuya estructura étnica, económica y social tiene profundos arraigos agrarios. La educación rural mexicana tiene su período de excelencias creadoras a partir del año 1925, hasta la fecha. Justo es citar la referencia que sobre este asunto hace Frank Tennembaum, Profesor de la Universidad de Columbia en su obra "Peace by Revolution". Dice así este autor: "La educación rural de México es la más moderna, el más delicado y el más comprensivo movimiento, en amplia escala, de estímulo cultural y de despertamiento social, que puede registrarse en América y, talvez, en el mundo".

Pero es preciso explicar algo más del éxito de la escuela rural y de la educación campesina general en México. "En honor a la verdad, la escuela rural no ha estado sola,—expresa el Profesor Ramón García Ruiz—. Si logró triunfar, identificada íntimamente con el pueblo, fué porque alrededor de ella, como Institución que busca un porvenir mejor, se agruparon, desde sus orígenes, las masas campesinas e indígenas sedientas de saber. No han sido pues circunstancias fortuitas las que contribuyeron a su auge, sino su arraigo popular, su identificación substancial con las aspiraciones de mejoramiento y de progreso de las comunidades campesinas, antes abandonadas, sin escuela y sin pan; fué su sentido vital, su propósito constructivo lo que la enaltecíó y le dió renombre". Y Amanda Labarca,

en su obra "Mejoramiento de la vida campesina", dice: "Cualesquiera que sean las fallas, limitaciones y errores del experimento escolar mexicano y, naturalmente, los tiene como toda obra humana, constituye el ensayo más coherente, claro y decidido que se ha efectuado en los países de América indoespañola para sustraer a las masas indígenas y rurales de su rutina indolente de siglos, incorporarlas al impulso progresista de nuestra época y darles medios de vaciar su contenido anímico en formas culturales propias".

Quiero recalcar especialmente en las afirmaciones del Profesor García Ruiz respecto a la clave fundamental del éxito de la escuela rural. Se trata del arraigo de la escuela en el pueblo, en la masa y del apoyo que éstos le prestan a la institución educativa mexicana. Todos los educadores mexicanos, e incluso sus estadistas y sociólogos, saben justamente que la escuela tiene que hacer una primera obra básica: crearse confianza en el medio social en donde ha de desplegar su gestión más tarde. La escuela sorpresiva, la escuela súbita, aquella fracasa o su acción es retardada y morosa. Pero aquello de que las masas indígenas se hallen sedientas de saber y no muertas de indiferencia o acaso agresivas y hostiles en su actitud habitual, aquello tiene para mí un valor representativo de los grandes móviles sociales que los pueblos necesitan despertar para modelarse mejor. Más adelante me serviré algo más a fondo de estas expresiones de maestros mexicanos para comparar posiciones sociales de aquel país con el nuestro, en donde las masas tienen sed, si, y hambre incluso, pero fundamentalmente en el sentido biológico y humano, pero no demuestran tener, no aparece, no se observa aún con claridad el acicate educativo en el pueblo, aparte de casos excepcionales que seguramente no hacen sino confirmar la regla general de la indiferencia colectiva para con los sistemas y recursos cul-

turales. Y quizás esto es muy lógico. Primero es vivir, luego filosofar.

La escuela rural mexicana, pues, ha sido un medio eficiente de progreso social. La política educativa de aquel gran país se ha orientado, preponderantemente, desde la Revolución, hacia el campo. Bueno será que anotemos algunos datos numéricos que nos expliquen este avance cultural, sobre todo en los últimos años que se marca un récord de acción educativa mexicana. Las cifras del Presupuesto de Educación señalan en el año 1938 la suma de \$ 67.260.000 de un total financiero de 431.100.870 pesos, lo que equivale al 15,6 por ciento de la suma total. En el año siguiente las proporciones aumentaron.

Además, es preciso señalar que hace más de diez años, en el censo general realizado en México, se acusó la cifra de 38,5 por ciento de población alfabeta para toda la República, contada su totalidad en relación con la edad mínima de diez años, y de allí en adelante. Espero conocer el resultado del último censo para apreciar el grado de aumento de este porcentaje, revelador de la obra educativa mexicana. En el año de 1940, existían en México 14.139 escuelas rurales con una población escolar de 1'020.046 alumnos. Para tal número de escuelas y de estudiantes, había 17,895 maestros rurales mexicanos. Por estas cortas referencias numéricas, es posible darse cuenta de la intensidad del movimiento escolar rural en México. Ciertamente que en ese empeño formidable aquel país se va adelante respecto de todos los demás países americanos. En cuanto a lo genuinamente indígena que no es en México lo mismo que rural, veamos algunos detalles al respecto. Pero antes, me es indispensable anotar algunas condiciones excepcionalmente difíciles en México, sobre la población india de aquel país. Allí hay que tomar en cuenta que hay no menos de cincuenta grupos humanos de distinta raza, de dis-

tinto idioma, de distintas calidades sociales y económicas. La acción educativa escolar, pues, no puede unificarse como en países de una sola o de dos o cuando más tres calidades étnicas e idiomáticas indígenas. La educación acusa en México esta suprema posición que exige recursos pedagógicos especiales para cada grupo humano.

El movimiento educativo propiamente indígena, dedicado a las agrupaciones que convencionalmente las llamaré puras, (puras, no las hay de seguro), arranca desde 1922 en que se crea un Departamento Especial al nacer la Secretaría de Educación Pública. Es claro que existen antecedentes históricos, aún desde los tiempos de la Colonia en los que los misioneros religiosos con Pedro de Gante, Bernardino de Sahagún y el ilustre don Vasco de Quiroga, para no citar sino a pocos de entre los más caracterizados misioneros, iniciaron su obra de penetración metódica y lenta entre los indios para evangelizarlos. "El trabajo de los misioneros, tanto franciscanos como jesuitas, dominicos y fernandinos, estuvo inspirado en el más alto sentido social" —dice a este respecto el distinguido educador mexicano, Profesor Luis Alvarez Barret—. Y continúa: "Los jesuitas sobre todo, realizaron notables trabajos en la formación de hábitos agrícolas y sedentarios entre los indios del norte del país, nómadas en su mayor parte. Pero la figura más destacada en este aspecto del trabajo educativo de los misioneros fué sin duda Don Vasco de Quiroga, cuyo plan educativo, fundado en el descubrimiento y desenvolvimiento de las aptitudes artísticas y manuales de los indios, originó ese asombroso florecimiento de las artes populares de Michoacán, que aún no hemos podido superar, ni siquiera igualar". De la obra ciertamente educativa de los misioneros hay que pasar a períodos de decadencia al finalizar la Colonia y al entrar en tiempos de libertad política en México respecto a su tutelaje español; que la otra independencia de verdad no

la adquirió entonces sino más tarde". "Los primeros tiempos de nuestra vida independiente —escribe Alvarez Barret— no registran esfuerzo alguno en el sentido de una educación pública adecuada para los indígenas. El concepto liberal de igualdad ante la Ley, teóricamente justo y en este aspecto la más grande conquista política del indio, fué, sin embargo, más bien perjudicial que favorable para ellos (los indios) que no estaban en condiciones de entenderla ni de usarla en su beneficio. Y así no volvemos a encontrar ningún esfuerzo estimable por educarlos, hasta el año 1911, con la aparición de la escuela rudimentaria. No se pierda de vista que en 1910 triunfa la Revolución que significaba, entonces, el éxito sobre la etapa porfiriana de exterminio y dominación cruel sobre el indio, para referirme solamente a este aspecto. Parece evidente que en lo que va de 1910 a 1922, la escuela rural tiende a castellanizar al indio mexicano, poniendo el denominador común del idioma único a las numerosas calidades raciales, sociales e incluso idiomáticas que, como he dicho, existen fundamentalmente en México. La escuela quiere ilustración, como iniciación educativa, comenzando por el alfabeto de Castilla. . .

"En 1922, la Secretaría de Educación actualizó el problema de la educación indígena con un nuevo sentido. A la actitud brutal del porfirismo, la revolución opuso la tesis de la incorporación. Considerados los indios como pueblos desintegrados, de atrasadas culturas, fué fácil plantear su absorción, como antes se procuró su aniquilamiento. Sin embargo, fué esto un avance considerable en la evolución de la actitud del Estado frente al indio. Se recordaron las misiones de la época colonial y se creó un nuevo tipo de maestro al que se llamó maestro misionero". Así nos narra Luis Alvarez Barret. Naturalmente, del misionero aislado se debió pasar a las misiones culturales integradas por pro-

motores o maestros encargados de realizar una obra acaso semejante a las misiones religiosas del siglo XVII. Se les reconoce en México alto valor educativo a estas misiones, no obstante sus escasos quince años de subsistencia. Simultáneamente, el Departamento de Incorporación Cultural Indígena amplió el programa hacia el campesino en general, es decir hacia indios mestizos y blancos que pueblan el agro mexicano. "Era natural —opina Alvarez Barret— que las urgentes demandas del campesinaje mestizo y su mayor importancia numérica (hay que tomar nota de este dato, apunto de mi cuenta), arrastrasen al Departamento hacia la atención de este importantísimo sector de nuestro pueblo, convirtiéndolo en el Departamento de Escuelas Rurales, cuya tarea más importante fue, desde entonces, la fundación de escuelas para los campesinos. Esta circunstancia desvió la atención del problema educativo intrínsecamente indígena hacia el campesino en general que sin lugar a duda era mucho más importante; pero que no era, de ningún modo, el problema de la educación de los indios". Es absolutamente preciso dar toda la importancia a estas afirmaciones que, de seguro, para mi objeto, van a dar la clave de nuestras equivocaciones ecuatorianas, o diré mejor, a nuestros desvíos de la educación solamente en el sentido de dirigirse hacia otros planos rurales que no los propiamente indígenas, como anoté ya a su debido tiempo.

Por el año de 1925 se establece en México la Casa del Estudiante Indígena que dura hasta 1933. En 1927 en el Estado de Chihuahua y en el de Guerrero en 1930, se experimentan los "Internados Indígenas" que dieron valiosos datos de referencia para la pedagogía indígena. En 1933 se reemplaza la Casa del Estudiante Indígena con planteles educativos que reciben el nombre de Escuelas Vocacionales de Agricultura para Indígenas, establecidos en las comunidades de indios. Hasta 1934 se habían establecido siete

de estas instituciones nuevas y en los seis años de administración del General Cárdenas se establecen 22 más. Las 29 escuelas de agricultura están dotadas en total de 1.349 66.89 hectáreas de tierra, clasificada en la siguiente forma: de riego, 278.25.09 hectáreas; de temporal, 397.61.78 hectáreas, y de agotadero, 698.00.00 hectáreas. Es decir, hay un promedio de 22.61,61 hectáreas para cada escuela, siendo todas de cultivo, de las cuales el 42 por ciento son tierras de riego. Los datos los he tomado de un importante estudio del Profesor mexicano Ramón G. Bonfil, quien hace además estas otras referencias: las escuelas tienen a la fecha (se refiere a octubre de 1940) una dotación de 577 aves de corral y de 1.262 cabezas de ganado entre bovino, caprino, porcino y mular. Las 29 escuelas están dotadas de 125 talleres, lo que da un promedio de cuatro para cada escuela, siendo de preferencia los de carpintería, mecánica, herrería, albañilería, zapatería, curtiduría y textilera. El promedio anual de gastos que demanda cada escuela asciende a 80.654,19 pesos. El alumnado es generalmente indígena puro. "Durante el régimen cardenista —dice Bonfil— se quiso que para no hacer esos planteles lugares de "reservación" y para facilitar el trato y el conocimiento mutuo entre indígenas y mestizos, se aceptaran algunos de éstos últimos en las escuelas. Es muy valiosa esta observación y es mucho más importante esta tesis de la "reservación" y sus peligros, tomando la palabra de las instituciones indígenas de los Estados Unidos en donde realmente se han hecho tales "reservaciones", o sea, centros experimentales o de ensayo de vida indígena, zonas especiales, como si dijéramos un invernadero para indios.

El total de matrículas en las 29 escuelas alcanza en el año 1940 a 2.644 alumnos, de las cuales 648 son mujeres indígenas. El propósito fundamental de estas escuelas se halla consignado en estas expresiones de la Secretaría de

Educación, que dice: "... Se establecen con el propósito de intentar la rehabilitación de los indios, tomándolos en su propio ambiente y en el mismo medio en que se desenvuelve su vida familiar y social".

Por desgracia, no tengo datos referentes a la organización moderna del Departamento de Asuntos Indígenas de México, cuya amplia obra integral me fué dado observar, siquiera de paso y más referencialmente que en persona, cuando asistí a México al primer Congreso Indigenista.

EXPERIENCIA EDUCATIVA INDIGENA EN BOLIVIA. ESCUELA INDIGENAL EN WARISATA

De entre los grandes esfuerzos que en América se han realizado a favor de la cultura indígena, hay que contar necesariamente al movimiento boliviano traducido en la organización escolar de Warisata. Elizardo Pérez, maestro y apóstol, tiene el mérito de haber puesto en Bolivia el empeño primero en Sudamérica, para encauzar como es preciso el verdadero anhelo culturizador. En estas líneas justo es tributar un homenaje a aquel hombre modesto y sencillo a quien pude conocer en el Congreso Indigenista de México: Elizardo Pérez, creador de la escuela indigenal en Bolivia.

En el año de 1931, Elizardo Pérez y un grupo de hombres de sacrificio y esperanza aparecen por la altura andina de Warisata, sierra altísima a 3.800 metros sobre el nivel del mar, entre las cordilleras Occidental y la Real. Aparecen allí con el deseo de fundar una escuela. Acaso para la mirada extraña de los aimarás que pueblan tan inhóspita zona boliviana, la aventura de aquel grupo de blancos haya parecido misteriosa y extravagante. Adolfo Velasco, un Profesor mexicano que visitó en compañía de un nutrido

grupo de maestros aztecas la escuela indígenal boliviana, nos narra extensamente todo aquel proceso de formación de aquel centro, el primero, de proyecciones culturales, en favor de los indios del altiplano de Bolivia. El libro "La Escuela Indígenal de Warisata" es por demás instructivo y fecundo.

"Pérez y sus acompañantes llegaron a esta inclemente estepa de Warisata —dice Velasco—, provistos solamente de escasos recursos económicos, pero de un gran amor para la causa de la redención del indio y de una fe incommensurable en el buen éxito de sus miras como la de los apóstoles legendarios". Creo indispensable copiar algunos párrafos del libro de Velasco en donde se describe esta admirable obra de Elizardo Pérez, en la etapa inicial de sus esfuerzos. Dice de esta manera: "Ya hemos dicho que el altiplano está a una altura media de 3.800 metros sobre el nivel del mar y que tiene una temperatura media ordinaria de 5 a 10 grados; pero en invierno el alcohol baja hasta 15 y 20 grados bajo cero, lo que desde luego supone el sufrimiento material de los habitantes de esta región. Pero Warisata tiene dos causas para ser más impío en su clima: está a 4.157 metros de altitud y a no más de cinco kilómetros en línea recta del nevado del Illampu. Fácil es comprender cuánto no sufrirían los conquistadores de este ideal: LA EDUCACION DEL INDIO". "Desde luego —prosigue Velasco— se alojaron en chozas que construyeron provisionalmente con piedra, lodo y paja; pero por los resquicios se filtraba el viento frío de la pampa inmisericorde; no obstante, ellos estoicamente iniciaron sus trabajos, mirando con desdén la oposición de la naturaleza a su obra redentora". "El primer paso dado por el Profesor Pérez fué reunir al elemento indígena para exponerle la trascendencia de la obra que se quería realizar; y como domina la lengua aimará, en el propio idioma de ellos los invitó a que

le ayudaran en los trabajos materiales que iban a emprenderse. Desde luego, les pidió el sitio necesario para levantar el edificio, a lo que accedieron los indios, designándole el lugar que de antemano ya había elegido. Contando ya con el terreno indispensable, el Profesor Pérez con sus acompañantes y con los indígenas Avelino Siñari, Mariano Ramos, Apolinar Rojas, Valentín Choque, Gregorio Churata, Belisario Cosmes y otros, inició los trabajos de construcción (de la escuela) el 2 de agosto de 1931. "La construcción de los cimientos se hizo con grandes dificultades por falta de brazos; pues la cooperación de los indígenas cada vez iba dificultándose más y más en virtud de que los latifundistas del lugar impedían a sus colonos, mediante amenazas, flagelos o prisión el que colaboraran en el trabajo susodicho. Ahora bien, si por una parte no fue muy intensa la ayuda de los adultos indios, en cambio la nueva escuela inscribió a no menos de quinientos alumnos aimaras de distintas edades, que al mismo tiempo que iban desalfabetizándose contribuían con su trabajo material a la construcción de la escuela, acarreando arena, piedra, agua y madera para dar cima a tan gran obra. Estos alumnos, mientras no tuvieron edificio propio, recibieron sus clases en la capilla del lugar". "Si es verdad que el Gobierno había autorizado la creación de la primera escuela indígenal y que las mismas autoridades de Achacachi concurren a la colocación de la primera piedra (2 de agosto de 1931), también es cierto que sólo se concretó a pagar los sueldos del director de ella, Prof. Pérez y de sus otros tres colaboradores. Para la construcción del edificio no hubo presupuesto, por eso es más notable la labor del educador a que nos referimos, porque mediante su tesón y su esfuerzo logró hacer una escuela de alto costo, arrancando casi todo el material del medio circundante. Pero es verdad también que en ella ha invertido casi todo su sueldo y aún

sacrificado sus intereses económicos adquiridos con anterioridad. Hasta la fecha (22 de setiembre de 1939) existe en la escuela a que nos referimos un rebaño de veinte ovejas finas, traídas del rancho que antes perteneció al apóstol de la educación indígena en Bolivia". "Cuando el primer edificio quedó concluído, y pudo ya alojar a ciento cincuenta alumnos internos, el Profesor Pérez pensó en la necesidad de alojar mayor número de alumnos indígenas, y desde luego, dado su temperamento dinámico, entusiasta y de acción, inició incontinenti la construcción de los pabellones México, Colombia, Perú; el primero con toda la magnificencia que su imaginación pudo concebir. Toda esta labor agotadora, grandiosa y de mérito indiscutible, la realizó el maestro Elizardo Pérez, de mediados de 1931 a fines de 1936".

He transcrito estos párrafos por la subida importancia informativa que tienen. Después de este proceso, el gobierno boliviano nombró al Profesor Pérez, Director General de Educación Indígenal y Campesina. Más tarde, el que estas líneas escribe halló al maestro Pérez en México. No sé lo que haya acontecido luego, no obstante que he buscado informaciones al respecto y yo no tengo seguridad de que nuestros representantes ecuatorianos ante la nación boliviana alguna vez han informado sobre estas cosas al Gobierno del Ecuador.

La escuela de Warisata es el tipo de la escuela que combina armoniosamente la labor mental y cultural con la obra manual y de trabajo activo. No puedo, por desgracia, transcribir más párrafos del libro de Velasco ni me es posible detenerme mayormente en el análisis de programas, planes de estudios y más documentos que prueban la naturaleza especial de aquella escuela boliviana. Quede sentado que la escuela de Warisata es de tipo indígena o indígenal como llaman los bolivianos.

Por cierto, no debo dejar pasar sin comentario crítico dos circunstancias esenciales que se desprenden de la narración hecha por un maestro mexicano y, para mí, de las exposiciones repetidas que en persona hizo en México el Profesor Elizardo Pérez. Me refiero exclusivamente al hecho de que el creador de Warisata y su grupo de acompañantes entraron de lleno a tratar con los indios de aquella región aimará, sobre la escuela, sobre la tierra necesaria para edificarla, sobre la ayuda que requerían, etc. La otra anotación se refiere al internado de alumnos indígenas. Ambos detalles son para mí de un interés manifiesto que debo tomar nota y tratar de analizarlos, sobre todo para comparar con lo que en el Ecuador podría acontecer si se tratara alguna vez de imitar el bello ejemplo boliviano. Por esta razón, es preciso estudiar lo que significa un ambiente humano en que fue posible entrar de lleno a hacer escuela. Yo me pongo a pensar que si un Warisata ecuatoriano estuviese, por ejemplo, en aquel grupo indígena de los Salasacas, difícilmente habría un apóstol que entrase a discutir con los indios sobre la necesidad de la escuela y pedirles de inmediato tierras y cooperación, sin que previamente no haya mediado una labor de convencimiento, de incitación primera a aceptar esta clase de obras. O en Warisata el aimará es hombre sumiso y apto para conquistas espirituales, cosa que lo dudo, o allí fué menester una gestión inicial anterior a la creación de la escuela. Justamente sobre estos particulares pedí insistentemente al Profesor Pérez, en México, que se sirviera explicar este proceso, pues que para mí, en calidad de ecuatoriano y, por lo mismo, de un país virgen de esta clase de esfuerzos, me era totalmente indispensable saber la forma en que se logra esta clase de éxitos. Presumo que mi ignorancia en materias pedagógicas hizo que nunca me satisficieran las explicaciones que se dieron a estas interrogaciones por mí planteadas!

Debo manifestar que se trata de grupos indígenas distantes de influjos educativos de verdad y cuya vida permanece hosca aún a los beneficios de toda cultura. Así supuse a Warisata, a juzgar por la descripción de su ambiente físico y humano. Se trataría, entonces, de establecer un centro escolar en la mitad de una zona indígena completa, allí donde nunca existió cosa parecida. No se trataría de valorar un esfuerzo por implantar solamente una escuela rural, con el sentido que entre nosotros poseemos de la rural, sino de una escuela realmente indígena, asentada en su propio ambiente colectivo. ¿Cómo fué posible, me preguntaba siempre y me pregunto ahora, que pocos maestros decididos coarten milagrosamente la hosquedad furtiva de los indios y les capten para la empresa de crear una escuela? ¿Cómo sería dado en el Ecuador arriesgar una empresa parecida en el corazón de una parcialidad de indios ariscos, acaso bravos contra las empresas del blanco?

RELATOS

1910-1915

1916-1920

1921-1925

1926-1930

1931-1935

1936-1940

1941-1945

1946-1950

1951-1955

1956-1960

1961-1965

1966-1970

1971-1975

1976-1980

1981-1985

1986-1990

1991-1995

1996-2000

2001-2005

2006-2010

2011-2015

2016-2020

2021-2025

2026-2030

2031-2035

2036-2040

2041-2045

2046-2050

2051-2055

2056-2060

2061-2065

2066-2070

2071-2075

2076-2080

2081-2085

2086-2090

2091-2095

2096-2100

2101-2105

2106-2110

2111-2115

2116-2120

2121-2125

2126-2130

2131-2135

2136-2140

2141-2145

2146-2150

2151-2155

2156-2160

2161-2165

2166-2170

2171-2175

2176-2180

2181-2185

2186-2190

2191-2195

2196-2200

2201-2205

2206-2210

2211-2215

2216-2220

2221-2225

2226-2230

2231-2235

2236-2240

2241-2245

2246-2250

2251-2255

2256-2260

2261-2265

2266-2270

2271-2275

2276-2280

2281-2285

2286-2290

2291-2295

2296-2300

2301-2305

2306-2310

2311-2315

2316-2320

2321-2325

2326-2330

2331-2335

2336-2340

2341-2345

2346-2350

2351-2355

2356-2360

2361-2365

2366-2370

2371-2375

2376-2380

2381-2385

2386-2390

2391-2395

2396-2400

2401-2405

2406-2410

2411-2415

2416-2420

2421-2425

2426-2430

2431-2435

2436-2440

2441-2445

2446-2450

2451-2455

2456-2460

2461-2465

2466-2470

2471-2475

2476-2480

2481-2485

2486-2490

2491-2495

2496-2500

2501-2505

2506-2510

2511-2515

2516-2520

2521-2525

2526-2530

2531-2535

2536-2540

2541-2545

2546-2550

2551-2555

2556-2560

2561-2565

2566-2570

2571-2575

2576-2580

2581-2585

2586-2590

2591-2595

2596-2600

2601-2605

2606-2610

2611-2615

2616-2620

2621-2625

2626-2630

2631-2635

2636-2640

2641-2645

2646-2650

2651-2655

2656-2660

2661-2665

2666-2670

2671-2675

2676-2680

2681-2685

2686-2690

2691-2695

2696-2700

2701-2705

2706-2710

2711-2715

2716-2720

2721-2725

2726-2730

2731-2735

2736-2740

2741-2745

2746-2750

2751-2755

2756-2760

2761-2765

2766-2770

2771-2775

2776-2780

2781-2785

2786-2790

2791-2795

2796-2800

2801-2805

2806-2810

2811-2815

2816-2820

2821-2825

2826-2830

2831-2835

2836-2840

2841-2845

2846-2850

2851-2855

2856-2860

2861-2865

2866-2870

2871-2875

2876-2880

2881-2885

2886-2890

2891-2895

2896-2900

2901-2905

2906-2910

2911-2915

2916-2920

2921-2925

2926-2930

2931-2935

2936-2940

2941-2945

2946-2950

2951-2955

2956-2960

2961-2965

2966-2970

2971-2975

2976-2980

2981-2985

2986-2990

2991-2995

2996-3000

3001-3005

3006-3010

3011-3015

3016-3020

3021-3025

3026-3030

3031-3035

3036-3040

3041-3045

3046-3050

3051-3055

3056-3060

3061-3065

3066-3070

3071-3075

3076-3080

3081-3085

3086-3090

3091-3095

3096-3100

3101-3105

3106-3110

3111-3115

3116-3120

3121-3125

3126-3130

3131-3135

3136-3140

3141-3145

3146-3150

3151-3155

3156-3160

3161-3165

3166-3170

3171-3175

3176-3180

3181-3185

3186-3190

3191-3195

3196-3200

3201-3205

3206-3210

3211-3215

3216-3220

3221-3225

3226-3230

3231-3235

3236-3240

3241-3245

3246-3250

3251-3255

3256-3260

3261-3265

3266-3270

3271-3275

3276-3280

3281-3285

3286-3290

3291-3295

3296-3300

3301-3305

3306-3310

3311-3315

ALFONSO CUESTA Y CUESTA

EL SOMBRERO DE LA VIRGEN

Al norte de la ciudad, en sus últimas calles, ya en las faldas de la colina, está el barrio de las tejedoras de sombreros. El maceteo de los hombres sobre el sombrero ya tejido, suena todo el día, y en las puertas de las tiendas, las cholitas, con su vestido típico y sus guaguas semidesnudas, tejen desde el alba.

El barrio amanece alegre. Pencas, nopales, algún nogal o capulí, ponen su cuña de campo en las esquinas de adobe; mas a las ocho la miseria lo inunda: sube callada a los tejados, a las cercas, en las bayetas de las guaguas, en la paja, como el agua por los poros del azúcar.

.....

Ahora es domingo y la cuña de campo estará fresca hasta la noche. A las siete comenzaron a salir a las puertas de las tiendas las cholitas, afanosas. Del molinó cercano baja el agua, brillante. Pasa por media calle en fuerte arro-

yo que curva en la esquina y sigue, blanco por la gradiente, hacia el centro.

—Endominguémonos!

Y las cholos se lavan las manos, la cara y los pies en el agua soleada. Luego, en las aceras, en las puertas, crúzanse rebosos, paños de Gualaceo, largos flecos de hilo.

—Apúrense... cansándose están las campanitas!

La María chica sale a la puerta de su tienda, en polca.

—Dichosas! —dice— Yo a las diez he de ir.

—Por qué pes? Calle!

Se aglomeran a sus puertas.

—Qué ha sabido del marido?

—Nada... Le ha tragado la tierra.

—Vamos ahora mismo... Yo le presto mi paño! —dice la María grande, y camina hacia su tienda.

—Póngase —ruega, regresando—; por eso es que no quiere irse...

—Póngase, señora María! —insisten todas. Y cuando les complace exclaman:

—Ele... hasta donosa queda... Vamos! Ciudarán a los guaguas!

Esta orden es para los hijos mayores, niños también, que deben vigilar a los más tiernos, que todavía gatean.

—Atrancar las puertas!

Y se fueron. Las más iban descalzas, pero limpias. La calle misma era una chola, con las piedras lavadas como talones, descalza.

Algunas ancianas y los niños les despidieron en la esquina:

—Qué les vaya bien! Que vengan pronto!

—Traeráme un pancito!

Alguien grita desde una tienda:

—No me vayan botando!

—La Juana es— dicen las cholos, deteniéndose.

Sale la retrasada, con el gran paño flecado en los brazos.

—Por hacerse más buena moza se atrasa... Apúrese!

No dejan de alabarla mientras se acerca:

—Ella dichosa! Solterita!

—Peinada con raya al lado!

Salta la acequia y se une a sus compañeras. No marchitada aún por la labor del tejido, es alta y derecha. Pelo castaño claro en largas trenzas caídas tras la espalda: fina cintura, tallo de la gran mata de polleras de amplia comba.

—Zapato de taco alto!

Anda rítmicamente, ciñéndose el gran paño de manera que el fleco va arrastrándose, blancoazulado, con mil figuras de hilo en forma de anclas, estrellas y pollos al salirse de la cáscara, con los picos abiertos.

—Mire los pollitos, seño Juana, van siguiéndole!
—grita el hijo de la María chica.

—Ele!... Hasta él!

Y siguen. Ya están abajo y dan la vuelta la esquina. Suenan una campana, a lo lejos.

—Ya están tocando la campana grande!

Las ancianas se sientan al sol, en los umbrales, y esperan. Pasan indios con cargas de rojas tejas y ladrillos, sonoras las ojotas y los sombreros ahormados la vispera, contenidos apenas en los cabellos lacios. Los niños juegan en el agua.

—Cuidado lleguen a la esquina!

Pero el juego consiste en ir allá precisamente, donde el agua es bravía y se quiebra en torrente espumoso. Sueltan en él pedazos de madera, corchos, bautizándoles con nombres de caballos de carrera y bajan hasta la boca misma del zocabón en que se pierde, apostando.

—No cogen experiencia! —siguen las abuelas— Ya vamos a encerrarles!

El otro día la corriente arrastró a una niña de pechos.

—Todavía llora de noche la almita de la guagua y ellos no entienden!— Siguen, aunque sin levantarse.

Dos guaguas, semidesnudas, con anaco, hacen esfuerzos por pasar sobre la tabla colocada a manera de tranca entre las puertas.

El burro del molino pasa con su harina cotidiana hacia el centro, seguido por el molinero.

La campaná grande hace olas azules.

Las doce ya. En la esquina grupos de chicos esperan a las madres, con hambre.

Llega un muchacho —ya en edad de oír misa— y cuenta:

—Viniendo están. Llegó un pueblo enterito con sombreros para mamita Virgen.

—Chordeleg —dice una anciana. —El domingo pasado fué el Sígsig, con oro. Y el que viene, ¿cuál será?

—Sinincay —contesta otra. —Esos traen ladrillos.

Son donativos para la coronación de la Virgen, que se llevará a cabo en este año, con proyecciones continentales.

Asoma en la esquina de abajo un cañamazo joven y se queda junto al poste. Viste ropa cara pero de colores chillones. Fuma en pipa.

—Vean, vean —dice una abuela —yan de estar viniendo porque ya llega el cañamazo de la Juana. Vean, vean, brillándole está el hocico con los dientes de oro. Recién llegado de Nuevayork dicen que está.

—Longo atrevido! —dice otra—. De vigilarle está a la chica, éstos sólo burlarse no más quieren.

El cañamazo escupe, silba. Luego, se arregla la corbata. Ya asoman las primeras tejedoras, en grupo. De-

trás —pasos menudos, andar rítmico— viene la Juana. El cañamazo se la acerca, le dice algo.

—Longo hocicón!— le contesta élla.

—Okey! . . . Pero te quiero!

La chola se alza de hombros.

El hombre es hijo del famoso exportador Oñate, uno de los muchos magnates de la industria toquillera.

—No le harás caso Juanita— le dicen las otras, esperándole — éstos sólo burlarse quieren, para lo serio niñas de buenos apellidos no más buscan.

—Dios me libre . . . ¡A qué cuenta pes!

Siguen llegando tejedoras que desaparecen en las tiendas y la calle va quedando desierta. Al fin, ya no anda en ella sino Miguel, hijo mayor de la María chica, mirando de reojo el interior de las tiendas, con una rueda de máquina de coser en el brazo. El mote que adentro humea llena de saliva su boca.

—Vecina . . . ¿No le vió a mamita?

—Ayer ya te dimos— le contestan— donde los Torres ándate!

—Si no digo eso . . .

Y va hacia otra tienda.

—Ahora sí, ahora sí —piensa— y toma la rueda en las dos manos y con la derecha la empuja de manera que el juguete entra a la tienda, rodando.

—Vean el hambriento!

Un hombre se levanta. El chico va a correr pero sale una tejedora con una cuchara de palo llena de mote.

—De veras —le dice— la Virgen le está ayudando a tu mama. Le regalaron paja unas conocidas. Ahora en la Iglesia ha de estar, agradeciendo. ¡Dichosa! Toma, convidarás a tus ñaños.

Se le colman las manos. Sopla los granos húmedos, calientes, mientras dá las gracias.

—Te presto la rueda— le dice al hijo de la chola que estaba ya escondiendo.

Y se aleja, alegre. Espanta un gallo blanco que trata de asaltarle y se llena la boca. El gallo le sigue. En ese instante, su hermana menor —a horcajadas sobre la tabla— va a salir a la calle. Miguel le dá tres granos de mote, le ordena entrar y pasa. Pero el gallo y la chica, tambaleándose ésta, con anaco de bayeta, le siguen. De pronto Miguel se detiene. Le llama al gallo:

—Tuc, tuc...

Y le extiende un grano en la palma de la mano.

Sobre una pared erizada de pencas ha visto un gallo rojo. Poco a poco el muchacho consigue acercarlos. Gasta un grano, dos, y los gallos cantan. El rojo baja. Pican los dos la tierra, la distancia, y, de repente, saltan. La guagua, asombrada, con las piernas muy separadas, contempla la escena. Está a un paso de la acequia. Los gallos chocan en el aire y caen de nuevo —frente a frente— con los cuellos erizados. Miguel, en cuclillas, los anima. Otro salto y la guagua se ríe y se agita. Al fin, se cae. Trata de levantarse, pero ha quedado tan cerca del torrente que la espuma le moja y le arrebató la bayeta. Grita, oblicua... El gallo rojo cae al agua y baja entre la espuma, velózmente, como por el aire. El blanco canta.

La campana grande hace olas azules.

Así termina la mañana.

Por la tarde las tejedoras tienden en la calle los haces de paja.

—De lograr está el sol —dicen— Aprovechemos.

Algunas bañan a sus hijos. Otras sacan a las aceras esteróas con maíz y las bayetas y cueros de chivo de las guaguas, para secarlas. Mientras trabajan, charlan. Cuando

alguna nube tapa la luz y el agua se ensombrece, los chicos desnudos miran al cielo y gritan:

Sol solano
dame la mano!

Sol solano
dame la mano!

La María chica no se cansa de contar que, milagrosamente, logró salvar bayeta y gallo, en el momento preciso en que iban a sumirse en la alcantarilla. Miguel está serio todavía, con los párpados hinchados. La guagua había caído no sé cómo a la orilla y llegado, a gatas, a los umbrales de la tienda, pero desnuda y chillando.

Las niñas buscan pajas rotas y aprenden el tejido, esbozando sombreros diminutos.

—Este ya está!—grita una.

Luego, con un lápiz, dibuja ojos, nariz y boca en la uña de su índice y sobre la yema del dedo coloca su obra.

—Una monjita catalina con sombrero! —exclama—
Vean!

—Por qué no haces en el dedo grande? —dice una chola— Que sea Superiora...

—Gordota— añade— la María grande. Vieran las madres...

Y, de pronto, se interrumpe:

—Cojan un palo de leña! —grita— El burro viene, la plaga!

El borrico regresa, como desde hace muchos años, a la hora en punto. Y, como siempre, solo... Con el cuello extendido, incontenible, suele asaltar las esteras de maíz de todo el barrio. Y, ahora, ante la sorpresa de las cholitas, pasa, desdeñoso.

—¿Qué milagro?

—De veras... Qué ha de comer! —dice la María grande— Hartadote está... ¿No han sabido?

—Cuente...

—Esta mañana don Pangol me llama. Vendrá, me dice, a amarrarle las quijadas, a cerrarle los ojos... ya murió mama Dolores! Ay calle! ¿cómo?—grito. De muerte repentina, me contesta. Por el burro supimos. Todos los días peleaba con la mayor por comerse la jora de la chicha. Ella con un palo de leña le esperaba. Esta mañana a las once el burro se ha acercado calladito... Estando ella sentada en la puerta, junto a la estera, con el palo ya listo. Primero el burro comiéndose ha estado, apuradísimo, y después, al ver que la viejita no se movía, despacio ha seguido, como en batea propia. En eso llego yo a la esquina y veo... —“mama Dolores!” —grito— y no me contesta “Creo que se ha dormido”, pienso y me acerco y viera... casi me accidente: muerta!

—Seño María!... ¿Y el burro?

—Bien comidote se ha ido, moviendo las orejas... jorita ya madura —digan— con patitas, creciendo!

—Unos mueren para que otros vivan...

—Así es...

El burro dobla la esquina, sin mirarlas.

.....
Otra vez la calle va quedando vacía

—Ya hemos descansado, hagamos algo...

Lentas, a veces rapidísimas, las moscas vuelan sobre las bayetas. El sol alumbra y no alumbra, como si entrase y saliese de un túnel.

La María grande sale a la puerta de la tienda, alarmada. Como una gran gallina, mira el cielo.

—Creo que va a llover! —dice— Ave María!

Y corre de puerta en puerta:

—Recojan pronto la paja —grita— Llueve... ya mismo!

La calle se llena a estas voces y todas las cholás y los niños corren hacia las fibras tendidas en las aceras.

—Aunque se moje la pajita, que llueva.

—Dios quiera!

—Bendición fuera del cielo!... Desde las raíces secándose está todo.

En las tiendas oscuras palidece la paja recogida, en grandes haces.

Goterones de lluvia comienzan a caer en media calle, en el torrente, pero claros, dorados.

—Aura verán! —dice la María— Dios no quiera!

—Qué pasa?

—No creo es buena lluvia, vamos a la esquina.

Y avanza hasta ese sitio que es como un balcón sobre la hoya.

—No les dije? —grita, contrariada— Vengan! La bruja con el diablo están casándose!

—¿Y el ángel?

—Ya llega!

Se llena de gente la esquina:

—Ya vino el ángel, pero escondan a las guaguas!

La luz tiembla. Media ciudad bajo el sol, media ciudad bajo la lluvia. Cae ésta en haces desde nubes altísimas y el sol la hiere de costado.

—San Miguel Arcángel, rómpele los cuernos!

Espadas largas y brillantes se cruzan sobre las torres. Huyen la lluvia y la sombra.

—Ya corren! ya corren!

Mas otra vez avanzan, poderosas, y quiebran la luz, desde los cerros.

—Se casan! Se casan!

Telas de araña gigantescas hacen de velo de la bruja.
Todo el horizonte es su escoba.

—Ya no griten, ya es tarde! — dice la María.

Pronto ya no hay sol sino en una sementera de maíz lejana, hacia el oriente.

La lluvia arrecia unos instantes y decae.

—Velo de novia no más es, páramo blanco. Más lo que provoca a las plantitas. Les hace tener gana. . . . y pasa.

Ahora la lluvia es sólo un páramo fino, apenas perceptible y todo ha quedado bajo una gran bóveda gris, abierta solamente al fondo, donde el fenómeno persiste —lluvia y luz entrelazados— en ventanal enorme, semejante al del vitral con el dragón y el ángel de las Catedrales.

Las tejedoras vuelven a las aceras pues las tiendas están casi a oscuras. Conversan, mientras sus dedos ágiles ordenan la paja. De cuando en cuando echan las gruesas trenzas a la espalda.

—Jesús! Ya casi no se ve!

Y ahuecan el tejido, recogiendo la luz de la calle.

—Vamos hasta la esquina, el foco ya no más se enciende.

Se levantan y avanzan. Una de ellas trabaja todavía, mientras anda.

—Seño María chica —le dicen— espere a que se encienda el foco, no se mate, pronto ha de quedar ciega.

—Si supieran para quien voy a tejer!— les contesta.

Y enseña orgullosa a sus compañeras el haz de pajas finas, como hilos de araña.

—Si supieran para quien! —repite— y vean:

Les muestra sus ojos irritados, bajándose con el índice el ribete encendido, paja en ascua.

—Y eso que aún no empiezo!

—Lávese con agüita de rosas de Castilla, eso alivia.

—Ya sé —dice otra— para la Virgen va a tejer, el

sombrero que pidieron los padres. . . . Dichosa! ¿Y los de venta a qué horas teje?

—Los ordinarios? De noche, de día, todo el día; pero para esto las horas más claritas. La Virgen va a salir con sombrerito de paja para coronarse. . . . Ella, el niño!

Se queda pensativa.

—Y así, regresará mi marido— concluye, optimista.

—Qué vuelva él y libre, creo —comenta otra— pero que mama Virgen se ponga su sombrero. . . . ni viendo! Alguna niña de buena familia ha de estar ya tejiendo. . . . ¿usted cree? Loca, loca es usted, señor María, con razón sueña tanto!

Y dirigiéndose a todas:

—La otra noche ha soñado que ha vendido un sombrero en cien sures!

Pero la María grande le defiende:

—Se sueña mismo maravillas —dice— Cuando una está enferma sobre todo. . . . Ave María! Hasta en mil sures se vende un sombrerito!. . . . Tanto, que sonando queda la cabeza!

Ya están en la esquina, junto a la enorme puerta. Como siempre, se sientan en las gradas y esperan, bajo el foco. Algunos niños vienen a sus faldas. Uno de ellos se tapa el ojo izquierdo y con el otro muy abierto recorre una abra de la puerta.

—Quítate! Si le ves has de llorar como el otro día.

El chico obedece y de pronto grita:

—La luz!

La ciudad se ilumina por los cuatro costados. Las esquinas se doran, desde la del río hasta la de las cholos.

—Ahora sí — exclaman, aprovecharemos, poco ha de durar. A las nueve han de cortar ahora esos ladrones.

—No tienen la culpa, los ríos están secos, no pueden mover ninguna máquina.

—Entonces deben cobrarnos menos, lo que gastamos en velas deben descontarnos.

—Cierto.

—Ya llega mi marido! — dice alguna.

—Y el mío — sigue otra.

Se levantan. Por las aceras levemente iluminadas suben grupos de obreros, silenciosos.

Pronto no queda en las gradas sino la soñadora, con la vista perdida.

Y siempre la María grande:

—No se entristezca . . . Ya ha de volver . . . Un mes, a lo más había dicho.

La pequeña chola se levanta, enjugándose los ojos irritados, húmedos ahora, con el borde de la pollera.

—Pero las guaguas, viera, ya no mismo puedo!

—Venga.

Y la María grande le lleva de la mano.

—Muestre la pollerita— le dice ya en la puerta de su tienda.

Y entra. Sale después con un plato de barro rebosante de mote, e iba ya a vaciarlo en la raída pollera de la amiga, cuando exclamó ¡Ave María!, señalando la esquina de abajo.

Las dos cholas se inmovilizaron.

Oñate, el mayor, había entrado en casa de los Argudos.

*

* * *

Su madre — la del magnate exportador — tejía ya cuando niña; cuando muchacha, chola agraciada, también allá en Biblián, pequeño pueblo de la provincia de Cañar, prendido a los peñascos, bajo el Santuario de la Virgen del

Rocío, tierra de los sombreros finos. Tejía una mañana en el pilancón de la soleada plaza, con otras muchachas, cuando en las puertas de la casa posada hubo gran alboroto. Corrió con las compañeras hasta la calle y todas pudieron ver todavía al pequeño mudo del pueblo, sangrante, entre las patas de un gran caballo blanco ya sin jinete, pues éste recogía en ese momento a la víctima.

—A la botica, a la botica llévenle! Pobre mudito!

Le llevó en efecto el del caballo a la botica, en brazos, seguido de abigarrado grupo, y, de repente, las voces crecieron: había hablado el niño mudo.

—Habló! Dijo ayau! Repite, repite!

Se formó ancho grupo. En el centro, el hombre no salía aún de su sorpresa, con el chico en sus brazos. Este había dejado de llorar, con la sien derecha sangrante todavía, pero también él sorprendido, como sin darse crédito.

—Ayau! — repitió, a conciencia, despacio.

—Dí otra cosita!

—Qué cosita?

—Ele! Ya contestó, ya sigue hablando!

El grupo creció más todavía y el chico siguió hablando, mientras el boticario, afanoso, excitado, le aplicaba las vendas.

—No le apriete mucho, no sea que calle!

El señor Cura que había llegado ya, miró hacia arriba, hacia el Santuario:

—Milagro de María — afirmó solemnemente.

—La que ha hecho el milagro es usted — le dijo el hombre del caballo a la graciosa chola, que adentraba en ese instante el busto dentro del círculo, con las trenzas caídas entre los redondos senos.

A lo que rió ella, y contestó, muy salamera:

—Qué dice el alumbramudos?

El matrimonio se hizo. El hombre, joven intermedia-

rio de la industria, que apenas se iniciaba en ese entonces, le trajo a su mujer a Cuenca y se instaló en el barrio. Mu-
rió en plena prosperidad, rotó eso sí el corazón del pueblo
en su pecho, trocado en dura arca de billetes. Naturalmente,
su hijo heredó el arca, y hoy es una de las cajas fuertes
de la industria, hombre de cincuenta años. Vive aún su
madre, viejecita rugosa, con la eterna visión de la gruta de
la Virgen de su tierra nativa, y con el corazón intacto.

—Serán las diez? —dice— y la tejedora se apresu-
ra—Ya duerman! —sigue— mirando a sus hijos tras la
mampara— Los dos más grandes son los dos más habla-
dores. Qué horas serán?

Bosteza, y la llama de la vela suena al doblarse, pero
resurge clara. Ahora sólo se oye el crugido de la paja y a-
fuera, perenne, el deslizarse del agua en la acequia. De
cuando en cuando una tos llega de adentro y paraliza los
dedos sobre la obra. La tos cesa. El enfermo escupe, se que-
ja y todo queda como antes.

—No duermes?

—No todavía.

Desde el sitio en que la chola teje puede verse, al fon-
do, un lecho cubierto de niños. Cuando la luz se mueve,
sube hasta sus rostros.

Vuelven los dedos a moverse.

—Ya llevo a la falda de éste —piensa la chola— Si
voy a avanzar a la del otro. . . Y entonces!

Mira el haz del que saldrá el sombrero de la Virgen.
Pero el ribete rojo del ojo quema como paja encendida.

La tos, otra vez.

La madre se levanta y entra. En una estrecha tarima, el hijo mayor se incorpora con el busto convulso entre polleras rotas que hacen de cobijas. Una rueda brillante está al alcance de su mano, junto a la almohada.

Vuelve a tenderse el chico, ante la madre, ya tranquilo, con los ojos brillantes.

—Recemos —le dice ésta— otra vecita. Cuando aprendas, verás, la tos ha de irse. . . . No sabes bien todavía, por eso. . . . Repite:

—“Angel de mi guarda

El niño repite.

—“dulce compañía. . . . —sigue la mujer—

Repite.

Obedece el niño y la oración continúa:

—“Dulce compañía,

—no me desampares

—no me desampares

—ni de noche ni de día

— . . . de día.

—Hasta que me dejes

en paz y alegría”. Repite, vos solito!

Y se alza la oración, intacta, sin la soldadura de la voz de la madre, hasta el último verso.

—Ele así! . . . Verás: si repites siempre, el ángel. . . . y papá ha de volver. Al lado de cada guagua hay un ángel, ya te he dicho. Cuidándole se pasa, día y noche, con las alas abiertas. Sólo cuando el niño no le gusta se tapa la carita con las manos. . . . Ele! . . . Y se vá! Ya cuantas veces te he dicho. Y cuando sepas bien, bien, sin atrancarte, para que enseñes a tus hermanitos. Ya duerme!

Y vuelve junto a la vela cuya llama se alza leve y tranquila ante el sombrero inconcluso, fija, como la huella digital del ángel.

Ya, ya mismo, pero la llama hiere como espina. Ahora la chola no trabaja sentada sino que, de rodillas, apoya su vientre a un banquillo, mientras su busto avanza sobre el tejido, más que nunca agitado, girante entre sus dedos. Una pollera le cubre a la tejedora desde los hombros a manera de capa.

Ya mismo... Unos segundos más, y la última paja obedece.

—Ahora sí, ahora sí...

Y se levanta. Distiende luego el talle, retorciéndolo y se enjuga los ojos con el dorso de la mano. Luego, pega el oído a las puertas. Silencio —piensa— y recoge el haz de pajas finas y lo alza hasta la luz. Lo besa y mira a la Virgen y al Niño en un pequeño cuadro enmarcado de lata que cuelga de la mampara. Ahora sueña despierta: Sí... Sonríe la Virgen, y el Niño señala con su índice la paja preparada, mientras se vuelve hacia su madre:

—Para nosotros —dice.

Y ríe. Tiene un hoyuelo en la quijada.

Algo cac detrás de la mampara, con ruido metálico. La chola mira hacia allá, y en ese instante la rueda deja de rodar, y se inmoviliza en la tierra.

—Estás despierto? — pregunta la chola.

—Sí, pero usted duerma un poquito— le contesta el hijo.

—Todavía es temprano, sólo dos noches he velado. Vos duermes, si te viene la tos, reza, bien clarito.

—No me viene.

La madre coloca otra vez el juguete junto a la oscura almohada. Luego arropa al niño y se dirige a un baúl, muy cuidadosamente, por no despertar a los dos hijos menores,

que duermen abrazados. Sobre ellos cuelga una pequeña hamaca con la última guagua, estrechamente fajada. Abre la chola el baúl, y saca un gran sombrero amarillento, inconcluso.

—Sólo el remate falta —le dice al hijo—, como disculpándose, y vuelve a la tarea, pasando antes sobre el tejido una tusa humedecida. Esta descansaba a manera de hisopo en una pequeña escudilla de fierro con agua.

Tres horas.

La llama vieja y fuerte llega al fin. Crepita. El sombrero ha crecido como cáncer junto al estómago. Llegan de una torre lejana campanadas profundas: dos... tres... cuatro. La tejedora duda. Suspende el trabajo en espera de la voz del reloj municipal que por las noches llega clara hasta el barrio. Se sobresalta: afuera hay ebrios. Avanzan ruidosos; golpeándose a los muros. Pasan. La tos se despierta, adentro, ronca, repétida. La tarima cruje. Luego, un quejido, unas palabras opacas, y otra vez todo queda como antes.

Afuera, el ruido de la acequia se hace lúgubre. La llama va a extinguirse. Es apenas una pata de araña con vello azul y trémulo. Muere. La tejedora entra a tientas al desván de los niños. Con sumo cuidado palpa la hamaca y descuelga un paño de la percha. Ya dá el primer paso de regreso, cuando la guagua llora. Le pone un instante el dedo meñique entre los labios. La guagua lo chupa y se calla. Luego la madre mece la hamaca y se alza otra vez el chillido que va y viene por el aire, como un péndulo. No espera más la madre y se aleja. Oye, lejana, la voz de los borrachos y abre la puerta. Es como si el torrente saltara los umbrales: la tienda se llena de ruidos. La calle está negra, fría. Sólo allá, junto a la otra esquina, hay tres tiendas con luz.

—Ya las otras han acabado —piensa —sólo tres están velando.

La ciudad duerme con las calles extendidas. Focos, esquinas, soledad. La calle transversal se hunde en las sombras. La otra baja desde la negra colina y sigue, recta, con las esquinas luminosas hacia el río lejano. Los borrachos doblan una de ellas. Un viento áspero, salpicado de agua, azota a la mujer a cada paso. Abajo hay una cantina abierta.

Llega.

—Buenas noches, vecina —dice, entrando— déme otra esperma.

La cantinera se levanta.

—Buenos días debe decir, ya las cuatro dieron. No se maté, usted y yo pronto hemos de enterrarnos.

—Para la feria de mañana. Velando he estado estas tres noches. Mañana de Sidcay dizque traen todos los sombreros para la Virgen. No ha de haber competencia.

—Qué ha sabido del marido?

—Nada...

—Tranquila estése, no han de cogerle... Al oriente ha debido irse. Y aura que digo Oriente... ¿Ya sabe? El mudo Manuel de la otra esquina se ha hallado un trozo de oro de una libra.

—Ay calle!

—Mudo viejo! De verle dizqué es, con botas... Manuel Torres se ha llamado.

—Ave María!

—Cansado de rascarse la barriga se vá al Oriente a lavar oro, y ahora... caballero!

—¿Qué le parece, vecina?, hasta los mudos, pero nosotros qué... ni mudos somos!

—Así es.

Y la cantinera acompaña hasta la puerta a la tejedora que de pronto se detiene, indecisa.

—Vaya, hágame un favor —dice, por fin.

—¿Qué será pes?

La cara de la cantinera se endurece. En su torno, en latas viejas de gasolina hay habas, arvejas y panes de real y de a medio, con los redondos bordes a flor del tarro, gruesos.

—Fíeme hasta mañana no más un pancito —sigue la la María— Ahora, volviendo de la plaza he de ir pagándole.

—No, no, otro día . . .

—Para no más de un medio, —vecina— insiste la chola— ¿No me conoce?

—Ya digo, otro día, a cerrar voy.

Y avanza hacia las puertas.

—Bueno, no se enoje —dice la tejedora.

Está avergonzada. Juega con la aldaba. Raya el piso de tierra con el dedo grueso del pie.

—Hasta mañana . . . ¿Ha de ir a misa? —dice por fin, para salir del paso, y sale.

Desde los cuatro extremos de la noche llegan las primeras campanadas. Un ebrio duerme en la acera, con las manos entre los muslos. Tres beatas bajan hacia el centro. Blanquean las medallas en sus mantas, péndulos de azules cintas, como gotas de estearina. Tras las mujeres camina un doméstico cocolo, tiritando, con dos alfombrillas y un reclinatorio sobre los hombros.

Las señoras miran de reojo al ebrio y a la tejedora.

—Persígnate . . . pasó una mujer mala! —le ordenan al sirviente, cuando la chola se aleja. Y ellas le dan el ejemplo, sacando en cruz blanquisca las manos de bajo las mantas.

En un momento la tejedora está arriba. Cierra las puertas de su tienda, y prende la nueva luz. La hamaca —péndulo del hambre— ha parado.

Ahora son frecuentes los pasos en la calle. Se despier-

ta otra campana más cercana. Luego ótra, ótra, ótra. La luz del alba raya las puertas.

El hijo mayor se incorpora.

—Ya acaba? —pregunta—. Duerma un poquito.

—Ya, ya, pero vos sigue durmiendo, la noche entera has tosido.

Y abre las puertas, apagando la luz, y se sienta a los umbrales, con el pálido haz ya listo y un frasco entre las manos. El frasco contiene agua de rosas. Lo vacía con cuidado en la cuenca de la mano y se enjuga los ojos. Parpadea, aliviada.

El filo de la colina está clarísimo, pero la calle y las casa se arrebujan aún en ese ambiente indeciso de la amanecida, gris como hoja de diario. Ya salen de algunas tiendas, canillitas descalzos, rumbo a los talleres de “El Mercurio”.

Sale una mendiga ciega, “mama Luz”, con su nieto que le hace de lazarillo, niño cojo y flacucho, pero de ojos vivaces.

—Se ha amanecido, seño María! —dice— Buenos días!

Y conduce a la abuela ante la chola.

—Vida! . . . No se mate! — dice la anciana, saludándola.

—Quisiera que vea! —le contesta la chola —pero to- que . . .

Y levanta el haz de paja hasta los dedos de la mendiga.

La aciana palpa la paja y dice:

—Ah! sombrero fino . . . No es negocio, vida, no es negocio; en mí debe fijarse. ¿Qué he sacado? Hasta para el Santo Papa hice uno de joven, por encargo. Taita Arzobispo había pedido desde Quito, porque iba irse a Roma.

—Es que no sabe para quién voy a tejer! —contesta la María— Si supiera! . . .

—Cuenta.

—Adivine...

—Cuenta pronto!

El cojo en tanto, llega al arroyo y comienza a orinar; mas, de repente, se contiene y llega hasta la esquina. Allí termina el acto, en la parte más brava del torrente, levantando una pierna, por imitar a un pequeño perro negro que en ese instante hace lo mismo junto al poste.

—Chachay! —dice después el chico. Le lanza un guijarro al perro y vuelve a agarrarse al zurrón de la abuela. Ya ella está contenta:

—Quisiera poder ver lo que empieza! —exclama— Dichosa! Verá... Seguro que se ha de poner mama Virgen! Vaya... Adelante! —concluye. Y se aleja con el chico. Todavía en la esquina vuelve la cabeza:

—Por usted —dice— la Virgen ha de premiar a todo el barrio.

Y desaparece.

Ya el fino tejido despunta, mínimo aún, como semilla de arroz, entre los dedos de la María chica.

El sol ha apoyado el pico junto al foco apagado y se está bajando por el poste como un loro. Dora el ángulo alto de la puerta, sobre la chola, y pasa al vértice de la mampara. Allí se quiebra, dorando el polvo del aire.

La chola deja el umbral y se sienta en el andén de la acera para poder, así, tejer más tiempo, pues cuando el sol llegue a sus brazos, correrá peligro de trizarse la delicada paja.

La tos viene desde adentro, rasgada, cortante, dos, tres veces más, y cesa. La chola escucha:

—Hasta que me dejes

hasta que me dejes

en paz y alegría...

oye después. Y de repente un grito:

—El ángel!

Entra corriendo, con el tejido en la mano.

—Qué dices?— pregunta, alarmada.

Su hijo está de pie junto al lecho, semidesnudo.

—El ángel! —dice— El ángel! le ví, con las alitas, estando rezando!

—Dónde?, pero dónde?

—Aurita, allí!

Señala un ángulo del cuarto. El sol ya no pasa de la mampara, dorándola ahora, con luz fuerte y amarilla.

—Dónde? —sigue la chola— No te dije? Repite... Reza!

Y mira a todos los ángulos, ya oscuros. Telas de araña blanquean junto al tumbado, con moscas secas presas en sus hilos.

(Capítulo de "Paja Toquilla" de la novela "LOS HIJOS")

ALEJANDRO CARRIÓN

EL PEQUEÑO INSTRUMENTO DE LA MUERTE**CAPITULO I**

**Donde se hace la crónica de la fundación de un Museo
y se llega a la conclusión de que el cazador
nace y no se hace.**

Talvez porque era hijo único y se crió solitario; talvez porque su padre era ya un viejo de bigotes blancos; talvez porque su madre era tan joven y risueña; talvez porque era su casa una casa sombría, con grandes enredaderas escalando los blancos muros enyesados. Talvez. O, acaso, simplemente, porque era una antigua voz que le subía de la sangre y que él no podía desoír, ya que desde el fondo de sí mismo lo llamaba. El hecho es que Segundo Rivera, cuando fué mi compañero de escuela y tenía solamente unos doce años, amaba ya las formas de producir la muerte. Soñaba poseer armas de fuego y este sueño era el mejor aliciente de su vida. Comenzó con pequeños revólveres de fulminante, inofensivos y ruidosos, que se vendían a ocho reales en la tienda de comercio de su padre. Siguió con una escopeta que disparaba flechas contra un blanco

de grandes círculos negros, en los cuales acertaba su pulso firme y rápido. Y, muy pronto, gracias a la condescendencia de su padre, a pesar de tener únicamente doce años y de estar en la Escuela de los Hermanos Cristianos, apóstoles de la piedad hacia los hombres y de la compasión por los pequeños animales inofensivos, criaturas de Dios como nosotros, llegó a ser el propietario feliz de una verdadera carabina, dotada de pequeñas municiones capaces de causar la muerte. Una carabina Remington, modelo U, que se quebraba en la mitad para cargarla; una carabina pequeña y liviana, cuyo disparo producía un ruido seco y discreto, que podía llamar muy escasa atención si se escuchaba.

Cuando la tuvo en su poder, Segundo fué el más orgulloso y feliz muchacho de la ciudad. Nos llevó a su casa, a que la conociéramos. Tenía la parte de acero brillante y azulada y la madera era de un color caoba cálido y amable.

—Fíjate, ¡qué bien la puntería que tengo!

Y disparaba.

Llegaba siempre el disparo en la tercera o segunda rueda del blanco.

—Algún día solamente haré centros.

Su voz temblaba con un júbilo limpio, claro, verdadero. Era la voz de quién ha descubierto el secreto de su alegría.

Pero éste era un secreto hosco. Segundo no se contentaba ya con disparar al blanco. Al principio este entretenimiento le pareció suficiente, pero, luego, le gustó disparar sobre animales vivos, acecharlos, caminando en silencioso sigilo; mirando cómo se quedaban inmóviles en su media carrera, sintiendo la quemadura de la muerte agujerearles el delgado pellejo. Le gustaba acercárseles y mirarlos temblar desesperadamente, envueltos en la cálida

fuga de la sangre, mientras un frío rígido les congelaba los miembros y los ojos se les volvían turbios como pequeñas piedras empañadas.

Le gustaba también sorprender el descanso de las aves, sobre las ramas más elevadas de los árboles, junto a los suaves nidos tejidos de pajuelas, mullidos de plumones. Era muy grande su júbilo ante la caída del pájaro herido, agitando en inútil despliegue de plumas moribundas, ajustando fuertemente las pequeñas garras sobre la fría rama invisible de la muerte. Los pequeños cadáveres merecían su especial atención. Los llevaba a su casa y, después de vaciarlos cuidadosamente, los sometía a un escrupuloso lavado. Embalsamados, los sostenía sobre alambres retorcidos que prestaban a la piel rellena de aserrín una rigidez semejante a la que tuvo el cuerpo después del asalto de la muerte. Los ojos eran sustituidos por botones de cristal brillante, de esos que tienen en el centro una mancha negra ovalada, a modo de pupila.

En la escuela, esta inclinación de Segundo fué ampliamente estimulada. Nos gobernaba entonces el Querido Hermanito Ireneo. Era un músico innato, que no sabía tocar ningún instrumento y que se pasaba tarareando y desesperándose de lo mal que tocaban los otros. En una ocasión, el Hermano Ireneo descubrió en la biblioteca de la escuela un viejo tratado de zoología que le inspiró el entusiasta proyecto de fundar un museo de animales corrientes debidamente embalsamados. Nos explicó su plan y nos dió la obligación de cazar cuántos pudiésemos y nos ofreció enseñarnos a embalsamarlos, por un procedimiento que él recientemente, había aprendido. Yo no pude llevarle ningún animal y por ello terminé de perder la poca simpatía que me tenía. Algunos muchachos, para complacer al maestro, mataron sus gatos, sus pequeños perros. Yo carecía de toda iniciativa cinegética —me he conservado así y es éste uno

de mis mejores orgullos— y no pude tomar en serio la orden del Querido Hermanito. En cambio, Segundo vió el cielo abierto. Casi todos los días llevó pequeños animales cazados por él y aprendió rápidamente el arte de embalsamarlos. Pronto lo hacía ya sin intervención del maestro, en su casa, y enviaba a la escuela los ejemplares debidamente acondicionados para el museo. Conejos blancos de largas orejas, liebreçillas grises, zorros de larga cola terrosa y finos hociquillos, sachamizhis de ojillos angustiados, guanachacas con la bolsa de los hijos repleta de pequeñas cabeçitas peladas. . . Casi todo el museo se pobló con el trabajo de su mano incansable.

Prefería hacer solo sus viajes de cazador. Pero, en ciertas ocasiones, deseoso de ser admirado, nos invitaba:

—Ven, ven a verme matar una sachapava, esta tarde.

Nos íbamos. Era en la laguna del Pucará, fangosa, con sus aguas cenicientas pobladas de juncos y totoras. Las pesadas aves transitaban por las orillas lodosas y se acercaban, cautelosamente, al límite de la pequeña laguna, a llenarse el buche con sus aguas oleaginosas. Segundo las observaba atento, brillantes los ojos, inmóvil el cuerpo, tendido entre las altas gramíneas del potrero inmediato y conservando siempre apuntada sobre la laguna la carabina.

—Cuidado hagás bulla, bruto—cuchicheaba.

—Chiss . . . chiss . . . ya viene una.

Y disparaba.

Generalmente le daba en la pata, en una de las alas, en la cabeza. Muchas veces la muerte no era instantánea y había que ultimarla con un cuchillo fino, casi un puñalito, que siempre llevaba consigo para estos fines.

Nos íbamos a embalsamarla.

Yo pasaba los útiles, el cuchillo, las estaquillas para extender la piel cuidadosamente despegada del cuerpo, de manera que conservase intactas todas sus plumas, la aguja

almadara para coser la panza rellena de aserrín, los alambres que harían la armazón y la tablita que serviría de pedestal. Ya entregado el ejemplar al museo, el Querido Hermanito, después de escrupulosa consulta al tratado de zoología, se encargaba de pegarle un papelito en la base, con el nombre de la sachapava en latín.

Segundo era feliz. Tenía, en función de soledad o de alegría, la misión de matar. Era curioso que ningún placer pudiera compararse, para él, con el sangriento placer. Su padre estaba contento, pues en ello veía la señal de que su hijo sería "todo un hombre". Porque parece ser que, para tener derecho a que los demás lo encuentren a uno "todo un hombre", es necesario saber, no solamente herir —que eso lo sabemos todos—, sino también matar. Segundo cumplía su cometido con una especie de fe jubilosa y decía:

—¡Ya le llegué!

Y lo que en realidad le llegaba al pequeño animal tembloroso era una muerte quemante y angustiada, lenta en desangrarse continuo, mientras el muchacho reía su alegría triunfadora y gozaba con la sangre caliente que en sus manos caía.

Poco a poco su fiebre de cazador le dominó por completo. Iba a la escuela cada vez con menos puntualidad y su sueño crecía en pos de mayores hazañas. Quería matar grandes venados, correrlos con jaurías de feroces mastines, como lo habíamos leído en una novela de Salgari, donde los Tigres de la Malasia destrozaban a los venados ágiles y a los leopardos traidores en las montañas de Bengala, cerca del bungalow, mientras esperaban el ataque de los ingleses y la llegada de los refuerzos que Tremal-Naik y Kammamuar iban a traerles, a bordo del "Terror de los Mares" desde las lejanas islas de Borneo, de color de aceituna. El quería ser así, luchador de montaña contra el hombre y la fiera y le era fácil soñarse en plenitud de ambicionada aventura, ca-

zando los venados huidizos, de espeso bosque sobre la frente fina, mientras sus oídos esperaban la llegada del rugido profundo del tigre y la emoción era un nudo de fuego en la garganta al disparar el arma infalible, cuando la garra de la fiera casi rozaba el pecho poderoso. Nada sería comparable al placer de mirarlo morir, rebotando, saltador, como una pelota de caucho.

Nacido bajo el signo de la caza, comprendió, a mi ver, desde muy niño, que hay dos clases de muerte. Una, pálida, agotadora, que se anuncia con grandes dolores y postra al ser viviente mucho antes de apagarle para siempre el respiro. Otra, gozosa, tenaz, que no enferma, que huye al enfermo, que acorrjala al ser en plenitud, que corretea, vuela, salta, sorprende y corta, vívida y quemante: la muerte que llega en medio de la lucha, de la fuga o del grito: la muerte de la guerra, del asesinato o de la caza: la muerte heroica: la muerte de la cual él era agente: la muerte que él amaba.

Había nacido para traer esa muerte a la tierra. Para sembrarla, pródigo, tras los árboles, sobre los trigales tupidos, cuando mejor ardía el sol, cuando estaba clara y tibia el agua del río. Además de su muerte, su propia muerte intransferible, esa que todos portamos en las venas, que nace en nosotros cuando nosotros nacemos y que crece en nosotros a medida que nosotros crecemos, llevaba allí, en el recóndito sitio de la materia donde el alma reside, como el cruel rector de su destino, la muerte de los otros, de la cual era dócil instrumento. El era "el cazador". El hombre al que la muerte da alegría.

CAPITULO II

**Donde el cazador gana un premio, tiene un mal pensamiento,
descubre la ternura y, en consecuencia,
siente vacilar su fe.**

—Nuestro museo está muy adelantado—nos dijo aquel día el Querido Hermanito—. Desgraciadamente no todos los niños son capaces de trabajar con decisión para que nuestra escuela, como las de otras partes, tenga un buen museo, con el mérito, más grande todavía, de ser formado por los mismos alumnos. Solamente el niño Rivera ha sido un entusiasta del museo. Por ello tengo mucho gusto en darle la medalla al mérito y cien notas.

Segundo se adelantó tembloroso. El era un mal alumno y lo sabía. Jamás una medalla, mucho menos cien notas, le rozaron las manos. Le ardía el rubor en la cara gozosa cuando el Querido Hermanito le prendió la cinta tricolor en el pecho. La medalla tomó un movimiento de péndulo y comenzó a chocar suavemente con los botones del saco cruzado. Sus manos, ahuecadas en barquillo, se llenaron con los rosados cartoncitos de las notas, en los que iba impreso un consejo de San Juan Bautista de la Salle a los niños.

Alegre y orgulloso, ya de vuelta a su sitio de clase, Segundo se perdió en pensamientos felices. Sí, era verdad, nunca daría las lecciones que daba el Turco Maguá, ni haría mapas como los del Tocho Peñarera, ni podría escribir una plana de caligrafía como Julio Palacios. Pero, en la medida de su capacidad de cazador—y, en eso. ¿quién iba a ganarle?— había contribuido como nadie a la fundación del museo, se podía decir que el museo era su obra y por

ello, sin haberlo esperado, lucía en su pecho la efímera medalla de cobre, el mayor triunfo que podía lograrse en la escuela. Poco a poco, el curso de sus pensamientos lo fué llevando lejos de la clase, de esa su realidad transitoria, a su verdadera, su única realidad: la caza. Se veía en su cuarto, vistiendo su traje de campo, tomando la reluciente carabina, que reposaba apoyada en el costado del viejo Pleyel negro, donde su madre ejecutaba dulces cancioncillas vulgares para los amigos de su marido. Los sábados y domingos eran sus días de felicidad. Madrugaba mucho, y cuando salía del dormitorio ya tenía cruzado al pecho el morral de kaki en el que traería los cobros de su jornada. Duro trabajo le costaba a su madre el hacerle tomar el desayuno. Salía de casa a pasos precipitados, calzando sus hermosas botas rodilleras de cuero rojo, con la carabina al brazo, y se encaminaba a la Colina del Calvario, cruzando el Zamora por un puente hecho de un solo y ancho tronco de eucalipto. Al cruzarlo, miraba atentamente a las lavanderas, abatidas sobre las blancas telas, en la húmeda arena de la orilla. Acariciaba pensativo su carabina.

—¡Que buen blanco son!, pensaba. Y se arrepentía del ligero, malvado pensamiento. Porque era, en verdad, malvado muy grave pecado el pensar aquello. Un ser humano no era un blanco, solamente los pequeños animales podían serlo. Pero, la verdad, esa lavandera allí, tan cerca, tan voluminosa, tan descuidada, tan lejana de todo peligro, sí, no sería posible errar el tiro, ni aún estando vendado. Y caería sobre el agua, manchando la blanca tela que lavaba. La sangre se iría extendiendo en el agua, en largos y perezosos hilillos. Gritaría, ahogándose, porque desde aquí la bala le agujerearía la garganta. Asustadas hasta la palidez más blanca, se arremolinarían en su tornío las demás lavanderas...

Avergonzándose del mal pensamiento, seguía el cami-

no hacia la Colina del Calvario, su pequeño paraíso de cazador. Se avergonzaba de haber estado cerca de un minuto detenido en el puente, con su mal pensamiento. Sacudía la morena cabeza de pelo ensortijado. Sí, ese pensamiento era criminal, en verdad. El era un cazador, no un asesino. Pero... y aquí surgía ese su oscuro impulso permanente: ¿acaso ante la muerte no eran iguales todos los seres vivientes? ¿Acaso esa lavandera no saltaría al recibir la bala, lo mismo que una sachapava o un conejillo tímido? ¿Acaso no se desataría en temblores, acaso no se irían tornando turbias sus pupilas dilatadas de horror, acaso un frío eterno no la iría envolviendo, tornándola rígida, en el mortal calambre perpetuo? Sí, todo eso era cierto, pero no había permiso para matar. El tigre tiene permiso para matar al tigre, el hombre no tiene permiso para matar al hombre. El era solamente un cazador. El no era un soldado. Porque sí hay hombres que tienen permiso para matar a otros hombres, sin que ello sea criminal: esos hombres son los soldados y pueden hacer su oficio en los tiempos de guerra. Después, aquellos que más hombres mataron son los héroes y sus hazañas, a lo largo de los siglos, se enseñan como gloria de la patria a los niños en todas las escuelas.

Fué un viejo poeta agricultor el que hace años plantó los miles de eucaliptos que hoy cubren la loma del Calvario con su fuerza dasafiadora de los años. La loma está frente a la del Pedestal, es un poco más alta y desde allí se domina la ciudad, colimbrándose, al fondo, tras las últimas casas del lado occidental, la línea blanca de la columna enyesada de la Virgen de Bronce. Cuando los eucaliptos crecieron sobre lo que había sido pelada colina, poblada apenas de raquíticas chamanas, multitud de pequeños animales fueron a refugiarse en ella. Añangos de preciosas pieles blanquinegras y nauseabundo olor; sachamizhis amarillos y romanos, salteadores de gallineros; tumulles acorazados en su escamo-

sa armadura reluciente; chucurillos ágiles, de ojillos vivaces y encendidos; tímidos conejillos; ayamalas de enormes hocicos y gruesa pelambre; pesadas y succulentas sachapavas; alegres bichauches y picotudos lapos amarillos: la colina se convirtió en el paraíso de los cazadores urbanos. Como nadie se cuidó de mantenerla desmontada, los espacios entre cada árbol se llenaron de grandes matorrales espesos, cuajados de nidos de torcaes y codornices, y, bajo ellos, una tupida yerbecilla daba el diario sustento a los conejos, los tumulles y las ayamalas. Alguien decía que ya habían venados en la colina: Muchos cazadores habían ido a buscarlos por aquellos días, sin éxito. Segundo, ansioso de ser el primero en encontrarlos, iba allí casi todos los días, cauteloso, como tigre en acecho —el buen cazador tiene que tener siempre presente en su ser el modelo del tigre, rey de los cazadores—. Nada igualaría a su orgullo si lograba cazar aún cuando fuera un triste venadillo recién nacido.

Aquel fué un día inolvidable y extraño, en el que la suerte se puso de su lado y el corazón le jugó la primera mala partida. Se había tendido bajo un seto de moras, en el más recóndito rincón del bosque, frente a un claro pequeño y apacible, en el que la yerba era más fresca y la sombra más tenue. Su oído, fino y atento, conocedor de todos los ruidos, sabía distinguir los pequeños movimientos del viento entre la yerba, el sonido de las hojas crujiendo bajo las múltiples patas de los insectos y el lento despegarse de las zarzas que aprisionaron a un animal en fuga. Captaba toda la vida del bosque. Pronto se dió cuenta de que un ser avanzaba. Sí, algo cuyo paso él desconocía, algo nuevo en el bosque familiar, algo desconocido y rápido, que batía secamente la tierra, que destrozaba las ramas superiores del zarzal. Minutos después, en el claro que su ojo dominaba y su arma cubría, aparecieron dos venados. Estaban seguros de su soledad; en sus movimientos no había el

más vago recelo. Segundo inmovilizó su cuerpo y apuntó la segura carabina contra el más grande. Sentía no poder matarlos a ambos y se resolvió a cobrar esa gran pieza, magnífica, como nadie hasta entonces había cazado en las inmediaciones de la ciudad. Era una hembra vieja, en plenitud de desarrollo, alta como un ternero, que movía los maxilares incansables con pausado ritmo. A su lado, maravilla de la más grácil línea, un venadillo gris, no mayor de tres semanas de vida, saltaba sin cesar. Mordisqueaba las tiernas yerbecillas, travieso, desbordando la feliz alegría de los niños que juegan. Era tan bello, tan puro, tan vital el espectáculo que el pequeño cazador insensiblemente, se quedó contemplándolo. Nada hacía sospechar que los dos animales presintiesen la cercanía de la muerte. Estaban poseídos de la alegría elemental de vivir, gozaban su luz, su fresca sombra, sus yerbecillas suaves, su sangre, sus músculos elásticos y fuertes. De vez en cuando el pequeño se acercaba a la madre y se restregaba suavemente contra los fuertes miembros delanteros. La madre, con cariñoso movimiento, le alisaba con su lengua la sedosa pelambre y le sobaba con su cuello el lomo fino y delicado. Había tanto y tan eterno amor en la caricia de los dos animales, que los dedos implacables del pequeño cazador se quedaron inmóviles: no acertaron a oprimir el gatillo que soltaba la cadena a la muerte. Una desconocida humedad le visitó los ojos y, con un ritmo más ligero en el duro corazón enternecido, hizo, voluntariamente, un movimiento torpe. Se movieron las ramas de la zarza y los hermosos animales desaparecieron en veloz carrera.

El pequeño cazador retornó a casa con las manos vacías.

CAPITULO III

En el que se verá como la muerte amanece algunos días más activa.

Segundo despertó muy de mañana, lleno de una grande alegría. Un sol desnudo y poderoso, sol de verano, seco y varonil, brillaba sobre los rojos tejados de mi pequeña ciudad. Saltaba el umbral de la ventanita, jugaba, perezoso, sobre su cama, cubierta con la colcha inmaculada que su madre tejió con hilo de Escocia y grandes agujones de carey de color de manzana. En la mesilla de noche, un ramillete de rojos claveles deslumbraba. Y, junto a la cabecera, fiel amigo guardián, recibiendo el más alegre rayo de sol, estaba la carabina, brillante, infatigable, invitándolo al esfuerzo y al aseo. Era domingo. Las campanas de una iglesia cercana llamaban a misa con singular alegría. Tan pronto como abrió los ojos, la voz de su madre, llena de juventud robusta, lo llamó al desayuno. Media hora después, arrodillado entre nosotros, bajo las frescas naves de la iglesia de la escuela, esquivando las sombrías miradas severas de los Hermanos Cristianos, contaba los minutos que lo separaban de su carabina, de su sol, de su perro, de fino olfato rastreador y silencioso paso, de su día libre, en el que iría a buscar a esos bellos venados que, tan inexplicablemente, había dejado escapar la tarde anterior.

Lentamente fué declinando la solemne voz del capellán y la señal de la cruz pobló las frentes de los muchachos. En "rango" de dos filas nos encaminamos, bulliciosamente, a nuestras casas. El sol brillaba sobre las piedras de la calle, sobre los vidrios sembrados en la vía con el maligno objeto de reventar las llantas del único automóvil que por entonces —1921— había en la ciudad.

Segundo, como de costumbre, nos dejó. Había pasado ya el tiempo en que su pequeña vanidad de muchacho nos permitía, en ocasiones, presenciár sus hazañas. El cazador es el hombre que anda siempre solo. Su única compañía, además del arma en que duerme la muerte, es el perro, el animal que arrastra el cadáver, que acórrala a la víctima. El amigo inexperto espanta la pieza codiciada con sus movimientos torpes y, en cualquier momento, puede volverse blando y compasivo y arrebatár al cazador la mejor alegría: la de mirar cómo la muerte torna en rígido frío la alegría cálida y elástica del animal herido. El cazador solamente puede lograr en soledad la plenitud de su turbia alegría. Segundo fué a casa, se vistió de campo y se armó en menos de un minuto. Cantando una cancioncilla, que había oído a su madre, la carabina al brazo, el morral terciado, el perro tras sus huellas, tomó el camino del Zamora.

Con él iba la muerte, más no a su blanco acostumbrado. No a un venado raudo. No a un conejillo tímido. No. Ese día, la muerte encaminaba el silencioso paso hacia el blanco mejor, el blanco humano. La presa que iba a cobrar el pequeño cazador en esa cacería era la más preciada y él lo ignoraba. Su destino había madurado, su turbio conductor le presentaría una vez más la tentación terrible y contra ella ya no habría defensa. Ya no temblaría de emoción compasiva, como cuando perdonó a los hermosos venaditos del bosque. Cegado por una sombra roja, tendría firme el pulso, certera la mirada. Mataría. Dentro de él llevaba una turbia guiadora, y, desde allí, desde lo más profundo de su sangre, desde la misteriosa sangre sagrada que nutre el corazón, Ella lo había dispuesto todo. Había retrasado el sábado el trabajo de una lavandera cansada, de frías manos y ojos soñolientos. Ese domingo, había la hecho triunfar contra el escrúpulo de que lavar ropa en día santo era pecado. Para la llegada del pequeño cazador, implacable,

ya todo estaba listo. Bajo el puente, la mujercilla trabajaba afanosa, queriendo dar pronto fin a ese trabajo extraordinario. Junto a ella, un niño, su hijo pequeñito, iniciaba la eterna ingeniería de los niños en las playas de arena. El río estaba desierto. Sobre sus piedras grandes, las que emergían en media corriente y las de la orilla, no blanqueaban las ropas puestas a secar. El ruido de las aguas se oía limpio, sin el murmullo tupido de las voces de las lavanderas charlatanas. Confiados en la tranquilidad del río desierto, se acercaban a beber de sus aguas lentas vacas y asnos soñolientos. Pero ese domingo, además de la tranquila jubilosa luz, además de las piedras desnudas, de los pausados animales sedientos, el río tenía dos visitantes desusados: una mujercilla afanosa, que violaba el precepto divino trabajando en día santo y un moreno muchacho de altas botas rojas y carabina al brazo, en el fondo de cuyos ojos, agazapada e implacable, moraba la muerte.

Reflejada en el estanque que construyó en la arena y llenó de fría agua limpia con sus manos, vió el niño la figura del pequeño cazador, arrodillado en el puente, con la carabina tendida, apoyada la culata en el pecho. Alzando los ojos, el niño vió brillar una estrella, clara, de simpar alegría, en la boca del cañón que guiaba a la muerte. Maquinalmente, sin entender lo que pasaba, sus ojos tan recientes siguieron el camino entre la estrellita brillante y la agobiada espalda de su madre. En ese momento, sintiendo el frío aletazo de la muerte cercana, el niño lanzó un grito. Hubo un estampido seco y un ladrido. La lavandera se desplomó sobre la corriente y una rosa incesante le creció en la espalda y descendió en hilillos hasta el agua, tiéndola de un suave color rojo.

CAPITULO IV

Donde el pequeño cazador se da a la fuga, hace el descubrimiento de sí mismo, llora y se liberta.

Perseguido por un loco terror, Segundo corrió al bosque de la Colina del Calvario. Tras él, urgiéndole los pasos, soplándole en la nuca su aliento helado, venía la muerte. Era Ella la que lo hacía tiritar bajo ese sol tan firme y era contra Ella que buscaba desesperado refugio en la paz de la sombra, entre los árboles. Allí, como para que Ella no pudiera encontrarlo, tendió su pobre cuerpecito extenuado, tras el seto más espeso, más oculto, más escondidamente crecido, en el más lejano límite del bosque. Junto a él se tendieron el perro y la carabina. Allí, con la pálida cara apegada a la tierra, hundida en la yerba fina, se escondía, no de los hombres, no de Dios, acaso ni siquiera de sí mismo. Se escondía de Ella, que había estado dentro de él, que había sido la conductora diaria de sus pasos, hasta la espantosa cacería del domingo, sobre el puente, en medio de la tranquilidad jubilosa del riachuelo desierto. Poco a poco, como una suave marea, que va creciendo hasta tornarse arrodalladora y llenarlo todo, le subió desde el pecho, desde el alma diría, un sollozo que lo copaba hasta la última fibra, hasta la totalidad de su aliento vital. Primero, era un sollozar bajito, suave, tímido, un llanto avergonzado, temeroso de ser escuchado por alguien, no importaba quién, aún cuando fuesen los animalillos del bosque, que él tanto perseguía. Luego, era un quejido ronco de herida profunda, irrellenable, herida llagadora para toda la vida, afincada en la más tierna entraña, en el cogollo doloroso del corazón, en el sagrado nido de los sueños, de la tierna alegría, del elemental goce de vivir.

Allí, en el centro mismo de su frente morena, donde recibía cada noche el beso alegre de su madre, donde el miércoles de ceniza el cura le colocaba el gris recuerdo de la muerte; de su muerte suya, la que llevaba dentro de sí y crecía con él, para él y no para los otros; allí, quemante, como la señal del dedo de Dios en la frente del primer asesino, estaría la huella de su cacería terrible. La sentía. Se le hundía hasta el alma. Se le alzaba en las lágrimas. Le corría, quemante, por las venas, le entraba al corazón, se alzaba en sus latidos, le entrecortaba la rítmica perennidad del respiro. Allí estaba la huella. Sí, era verdad, no estaba en el reino de la pesadilla, estaba despierto, en plena y jubilosa mañana de domingo. Su perro le lamía las manos. El lo sentía. El lo sabía. Pero eso no era todo, eso no era nada. Tenía que mirarse hacia adentro y llorar y era aún muy niño para ello y se arañaba y se hería y solamente ese sollozo que le crecía y se tornaba ronco y esas lágrimas con uñas que le destrozaban los ojos...

El no lo había hecho. Había sido su mano, pero no él. Había sido su cuerpo, pero no él. Habían sido sus ojos, pero no él. Había sido su carabina, pero no él. El estaba ausente. En ese instante, dentro de ese cuerpo suyo, sólo habitaba Ella, la dueña, la que arbitraba y dirigía su destino. Solamente así podía explicarse cómo pudo asechar, incansable, el momento preciso, sin que le temblara el pulso, sin que le flaqueara el alma un solo instante. Ya otras veces, sí, él lo recordaba, Ella, la terrible, intentó dominarlo, pero la venció, porque estuvo en sí mismo. El sabía que una lavandera era un ser humano, como él mismo, como su madre. El sabía que esa mujercilla no era un blanco y que él era un cazador y que gustaba de la muerte de los pequeños habitantes del bosque y que en ella nada de malo había. Sí, nada de malo había, pero era la semilla y así fue que Ella entró en él y por caminos insensibles, haciéndolo rodar una

jubilosa pendiente de sueño y de sangre, lo llevó ese domingo a realizar la muerte, la única muerte verdadera, la muerte grande: la muerte del ser humano.

Pero aquello jamás lo olvidaría. Ese movimiento de la mujercilla herida encogiéndose, buscándose, la brecha ardiente por donde se le iba la vida, queriendo taparla con los dedos ansiosos, sin gritar, y ese manso derrumbarse sobre la corriente, esa derrota resignada ante la muerte que llegó segura, rápida, certera como el rayo, no, no se le olvidaría. No se le olvidaría esa cabeza asombrada, hundida en el agua clara, ni esos cabellos que la corriente extendía y encogía. No se le olvidaría el pequeño andrajoso, agarrado a la madre; ni esa mancha roja, de sangre, esa rosa incansable, que crecía, que llenaba la espalda abatida, que se desgajaba en hilillos, que se deshacía en el río, alegremente, mezclándose a sus ondas. ¡Oh! ¡En qué sueño suyo no estarían! Ya para siempre. Para el sueño del amor y para el de la pena, para el del cansancio y para el de la tristeza. Ya para siempre. Su dedo índice ya nunca olvidaría la presión fatal que le arrancó esa mañana la cadena a la muerte. Ya para siempre le quedaría el dedo arqueado, hosco, vuelto leña, acusador incesante, habitando en su propia mano matadora.

Sí, era verdad, nadie lo creería, pero era verdad, no fué él, fué una fuerza oscura, ajena, que residía tiempo atrás dentro de su sangre, que se le había entrado a las venas, insensiblemente, sin que él lo notara hasta ese domingo terrible. Y, con una claridad borrosa, viendo ya todavía imprecisa, la realidad verdadera, como se ven las cosas a través de los cristales bañados por la lluvia, con un terror que le penetraba los huesos, le paralizaba el corazón, le detenía —súbitamente helada— la sangre en las arterias, comprendió que la muerte andaba con él, dentro de él, asechando los pasos de los animales y de los hombres. El, tan

sólo había sido, tan sólo era, un pequeño instrumento de la muerte incesante. Un cazador... Un asesino... Y, al llegar a este extremo de descubrimiento terrible, sintió que ese sollozo agotador, que le atenzaba la garganta, esas lágrimas con uñas que le lastimaban las pupilas, cediendo en un respiro de vida, en ese respiro del bochorno angustioso que precede a la lluvia, se fundía en un llanto purificador, que era fé y era descanso y era sed saciada y conciencia de estar ya libre, de regreso a sí mismo. El oscuro inquilino por fin se había ausentado. Tenía la conciencia de que la muerte por fin lo abandonaba, permitiéndole ser él mismo. Segundo Rivera, un moreno y alegre muchacho de ojos serenos y pelo ensortijado, nacido para la vida. Su perro, con mansedumbre tierna, le volvió a lamer las manos, y un sueño dulce, matinal, le cerró quedamente los párpados haciéndole apoyar la cabeza en la tierra, mientras la noche, reina de mil ruidos, llegaba sobre su cuerpecito enfermo y sus nervios trizados.

Alta noche era ya cuando el frío hubo de despertarlo. Estaba ya tranquilo, fuerte, y pensó en volver a su casa. Cerca de él, el perro le saltaba a las manos, alborozado como si no lo hubiera visto largo tiempo. Y era verdad: acababa de volver de la más terrible de todas sus ausencias. El bosque estaba oscuro, la luna no lograba vencer el espeso follaje y solamente daba una tenue claridad indecisa. A pesar de los ruidos misteriosos e incesantes, estaba tranquilo, tenía el pecho libre de un peso antiguo y ominoso, los ojos muy frescos, como la madre tierra después de recibir el rocío, y en el alma una loca alegría. Una piedra enorme se había levantado de su alma y el aire entraba, claro y fluido, a sus pulmones de niño sano y fuerte. No tenía miedo. ¿Qué miedo puede tener quién acaba de vencer a la muerte? Al ponerse de pie la carabina, insensiblemente, se le resbaló de las manos y se quedó, escondida, avergon-

zada, miserable, entre las espesas hierbas. Un orín implacable la iría consumiendo a través de los años y llegaría el día feliz en que por sobre ella saltarían, confiados, los conejillos tímidos que antes destrozaba. Ella ya no sería sino inmundada chatarra.

Al cruzar el puente de la muerte, tampoco tuvo miedo. El pálido fulgor de la luna bañaba el río y ya habían retirado el cadáver. Horas antes lo habían descubierto y estaba ya en la tenducha pobre, tendido entre cuatro altos cirios, rodeado de los hijos y del hombre, mientras los vecinos conjeturaban sobre las causas de tan extraño crimen. Cuando Segundo llegó a su casa encontró a sus padres alarmados, sin explicarse la causa de tal retardo en volver, y de mirarlo tan húmedo el cabello, tan enrojecidos los ojos, tan lleno de girones el vestido. Les dijo que, persiguiendo unos venados, se había extraviado en el bosque y que, ya de noche, se le cayó accidentalmente la carabina y le fué imposible encontrarla. Sus explicaciones fueron fácilmente creídas y vuelto al lecho, durmió como el náufrago feliz, que al fin logra con vida retornar a su puerto.

No fué posible descubrir el asesino de la lavandera. La policía buscó el arma por todas partes y no pudo encontrarla. Se hicieron muchas conjeturas: celos, crimen sexual, algún demente, una bala perdida... Nadie sospechó del pequeño del señor Rivera. Segundo no volvió a ir de cacería. Se tornó piadoso y dulce, gustaba de permanecer largas horas al lado de su madre, oyéndola tocar el piano y cantar sus tiernas cancioncillas vulgares. Sus ojos, de tan duro y acerado reflejo, se volvieron suaves y tristes. Poco a poco descubrió que tenía una voz firme y profunda, de extraña ternura. En la escuela se fué olvidando el rudo prestigio de cazador que lo aureolaba y, en torno de su voz, que nos hacía llorar llenándonos el alma de un tristeza hon-

da y antigua, se fué haciendo un amable y cálido ambiente de simpatía.

Había desaparecido el pequeño instrumento de la muerte. Entre nosotros tan sólo había un muchacho moreno que cantaba.

Este relato forma parte del libro
"La Manzana Dañada".

HUMBERTO SALVADOR

LA CASCADA Y EL RIO

(Capítulo de la Novela
"La Fuente Clara")

El tiempo se había deslizado con monotonía. En la pensión, los huéspedes seguían pasando en los baños la mayor parte de la mañana; almorzaban con lentitud; charlaban largamente en la sobremesa; se dormían quizá durante una media hora; salían de paseo por la tarde; volvían a la hora del crepúsculo; esperaban con indolencia la hora de la merienda, y después de la cena, se dedicaban a oír la radio, conversar o hacer cualquier juego de salón.

Aquel día, Jaime se levantó temprano. Al salir, sintió cómo la mañana penetraba en el cuerpo suyo, y llenaba de una cálida voluptuosidad a su sangre. Tenía el campo una clara sonrisa. Aún las augustas montañas, parecían estremecerse con una lozana ráfaga de adolescencia. El pueblecito de Baños se encontraba, en sus horas de infancia. Era como si las praderas y los árboles; las flores y el agua; el aire y el sol, hubieran sido de nuevo creados. Hay en Jaime un ardiente fervor... La alegría de vivir penetra

a través de los poros de la piel, y una espléndida emoción de juventud vibra en su espíritu. Avanza con lentitud por el camino que conduce a la fuente clara. Surge en el interior suyo la impresión de que una parte considerable de la vida ha sido malograda. ¡Tanta lucha y sufrimiento; tantos esfuerzos y estudios, para encontrar al final la desilusión! Pudo haber sido un niño campesino. Nacer dentro de una de estas familias pobres, que en el pueblecillo llevan una humilde existencia. Su niñez y mocedad pudieron haberse deslizado en estos campos. Cuando pequeñín, iría a la escuela. Le enseñarían algunas nociones de las ciencias elementales, y le darían fervor religioso. En la adolescencia, amaría quizá a una de estas muchachas, tan espléndidas y sencillas, en cuya sangre hay torrentes de pasión. Quizá se habría casado temprano. Su energía, esa magnífica fuerza vital que poseen los hombres de campo, habría sido vertida, casi íntegramente, en el cultivo de la tierra. Acaso lograría conquistar una modesta pero independiente situación económica. Sin embargo, la suerte quiso que fuera hombre de ciudad. En él se despertaron inquietudes culturales. Le fué dado conocer el afán científico, y en su alma se estremecieron emociones artísticas. Fué fascinado por la política, y vivió, con una intensidad dramática, los anhelos y esperanzas de su generación. Hubo ocasiones en las cuales creyó encontrarse predestinado para realizar algo grande en la vida. Y el tiempo pasaba, sin que él satisficiera las más hondas ilusiones. Todo aquello que de creador había en su alma, parecía destrozarse al chocar con la realidad. Sin embargo, otros espíritus también se estrellaron, y en ocasiones en forma trágica, contra las múltiples dificultades de la vida, y a pesar de esos violentos obstáculos, lograron realizar grandes creaciones. Fué porque en ellos resplandeció la llamarada del genio; porque estuvieron iluminados por una fe, que llegó hasta el fanatismo, o

porque nacieron con una sublime capacidad para el sacrificio. Nada de eso existió en él. Sus ideales; los sueños artísticos; los anhelos de ser el jefe y director de una honda renovación social, y todo aquello, en fin, que sintió de grande en su alma cuando fué adolescente, se perdió a través de una vida oscura y monótona, en la cual la única verdad parecía ser la del fracaso. Pero la virtud que encierra este maravilloso pueblecito, que es como una joya oculta en el relicario de la Cordillera, es la de hacer olvidar, siquiera fugazmente, las preocupaciones de la ciudad. Sin embargo, ese olvido no se mantiene constantemente, porque los recuerdos surgen a cada momento en el alma. Tiene la ciudad un poder de atracción inmenso, que desafía a las galas de la Naturaleza. Y, justamente, ahí viene la ciudad, representada por aquello que de más hermoso hay en todas las ciudades. Un grupo de muchachas, se dirige hacia la fuente. Llevan pantalones de verano. Sus formas han adquirido un encanto singular. Hay dos o tres que son muy lindas. Las otras parecen formar una corte galana, para que resalte el esplendor de las mejores. Por un instante, Jaime cree que el centro del grupo está ocupado por María Teresa, y su corazón salta emocionado. Pero no es ella. Quizá ella está aún dormida, o se encuentra en la difícil tarea de preparar su presentación para aquel día. Al llegar a la piscina, Jaime permanece inmóvil. Por una rara casualidad, en este momento nadie está bañándose. Tiene la fuente una apariencia serena. El color del agua, en el cual forman una síntesis de armonía el amarillo y el verde, encierra una rara fascinación. Es como si desde la superficie del agua se desprendieran ondas de luz y esperanza, que envolvieran el corazón de Jaime en una enredadera de encanto. Guarda la fuente el don de crear belleza. Y la más extraordinaria de sus maravillas, es el hecho de encontrarse al pie de una gigantesca montaña, que une a la tierra con los cielos. Porque

allá, en la espléndida cumbre, parece nacer lo divino, y es como si el Infinito hablara desde esa elevación que estremece el alma. Algunas de las muchachas del grupo, han salido de los cancelos en traje de baño, y sonriendo entran a la piscina. En ella se desparraman, y es como si se desuniera un ramo de flores. Hay una melena rubia, que flota en el centro de cabelleras morenas. Aquellos bucles de oro, riman en melodía con el agua. Da la impresión de que en ella se habrían formado; que fueran un lozano fruto del manantial, y que al dejar de ser líneas de agua, para transfigurarse en cabellos, perdieron la esperanza y únicamente conservaron el resplandor de oro. En la fuente clara se forman áureas cabelleras, así como en la espuma del mar fué creado el cuerpo de Afrodita. Siente Jaime que un mágico encanto hay en esta romanza de música y color, que crea el cuerpo de la mujer, al sumergirse en el agua. Y aquel ritmo de movimientos que ejecutan las formas en el fino arte de la natación, encierra la armonía de un conjunto orquestal, cuyos instrumentos ejecutaran la belleza al compás de una dirección del espíritu.

Esta música que encierra el cuerpo humano, que es de energía en el hombre y de dulzura en la mujer, ha sido formada por un largo proceso de selección y perfeccionamiento, en el cual la Naturaleza ha vertido sus más hondas melodías. Acordes de esta música, que es una milagrosa creación, brotan del espíritu de Jaime al mirar a las muchachas, y esos ritmos, llevados por las trémulas vibraciones del aire, se dirigen hacia los cuerpos femeninos, como una voz coral que fluyera hacia la orquesta. Un conjunto de amor y fantasía, nace de la fuente clara, se desparrama en el paisaje y llena de emoción a la mañana. En el fondo del ensueño, canta la grave voz de la cordillera, y su color da al conjunto los matices oscuros y profundos. La risa de la muchacha rubia, semejante a la

canción de los pájaros, se transfigura en la orquesta de los gorgoros de una flauta. Aquellas formas de mujeres, que aladamente se mueven al compás de la natación, semejan los acordes de los violines, que cantan la lírica romanza del amor. A lo lejos, desde más allá del tiempo y de la vida, responde la honda voz de lo masculino, que parece brotar desde las entrañas de los volcanes. El conjunto de las florecillas silvestres, forma el mágico teclado de un piano. Cada una de ellas guarda una nota. Las más trémulas, calladas y pequeñitas, son las notas imperceptibles y silenciosas, cuyo sonido sólo se puede escuchar con el alma. Y desde la Naturaleza se desprenden los colores, para formar una mágica sinfonía de luz en torno a la fuente. El azul es el ensueño, que vierte ilusión sobre los corazones, y que pone alas a los espíritus, para que puedan volar hasta los cielos. La pasión está encarnada en el rojo. Un caprichoso matiz de su tonalidad leve, vibra en los labios de las muchachas, y es así como aquellas bocas son las cálidas amapolas del amor. Y el verde de la esperanza, el oscuro de la muerte, el amarillo de la fortuna y el blanco de la vida, se combinan mágicamente en un coro de armonía. El viento lleva y trae los acordes; está desde aquí hasta allá; se divide y multiplica en finas ráfagas musicales, a través del paisaje y la Cordillera. En la sublime lejanía, el sol es como el director de la gran orquesta de la tierra y los cielos.

Hacia la fuente avanza María Teresa. Jaime, al mirarla sorpresivamente, tiene una honda emoción, que no acierta a expresarse sino en vacilantes palabras. Conversan en forma breve. Pero mientras los labios murmuran casi indiferentes, los corazones expresan la auténtica emoción, y el diálogo surge entre los espíritus.

—“Soñaste conmigo?” —pregunta la voz interior de Jaime—. Yo te ví en sueños como una virgen de luz, que nacía en la fuente clara. Me conmovió hasta el fondo de

las entrañas el sabor de tu beso. Cuando salí de tu casa, tuve la impresión de que en tus manos quedaba mi querer. ¡Que hermosa eres! ¡Cómo encierra tu cuerpo la dulzura del campo, y cómo canta en tus cabellos el rubio resplandor del trigo! Estuve caminando en la noche, pero no estaba solo, porque me acompañaba tu recuerdo. Los pasos míos me llevaron de nuevo cerca de tí. Anduve con el movimiento del amor, y fué por eso que estuviste otra vez a mi lado. El cansancio de la vida hizo que me refugiara en el ensueño, y la fantasía eres tú. Mi corazón te ama a través de la distancia, más allá de la vida, donde te encuentras transfigurada en un símbolo de dulzura”.

“También yo estuve pensando en tí, —responde la voz interior de ella—. Comprendo que soy amada, y surge en mi alma. Fué como si volvieran a mi corazón las ilusiones sentimiento que me das? Siento un aletazo de frío en mi alma. Fuí devorada por una pasión, y quizás ahora ya no quedan sino los recuerdos de aquello que en otro tiempo fué mi tesoro emocional. Cuando saliste de mi casa, después de besarme en la boca, yo estuve desorientada. Durante algunos momentos, creí que la felicidad retornaba a mi alma. Fué como si volvieran a mi corazón las ilusiones que en otro tiempo hicieron que me sintiera llena de inefable ventura. Tú traías a mi corazón el recuerdo de aquel amanecer en el que floreció mi adolescencia. Pero cuando me inclinaba a quererte, el pasado surgió en mí con una energía potente. Yo quise a un hombre al que talvez conoces, porque también vive en Quito. ¡Sólo desearía que tú comprendieras cuanto sufrí por él! Pero sé que sería imposible. Un hombre nunca puede sentir como siente una mujer, ni llegar hasta aquella dulzura que nos fué dada antes de nacer, y que nos permite ser hermanas, amantes, esposas y madres. Esa tierna dulzura es el privilegio triste que tenemos las mujeres, y que lo vertimos como un chorro

de luz sobre los hijos, o que lo derramamos llevadas por un frenesí de encanto, sobre el hombre que conquistó nuestro amor. Siento la impresión de que tú has llegado tarde. Hay en mi alma un aletazo de frío. Hay también un tímido miedo de amar. Y tengo temor de confesarte que un oculto anhelo me induce hacia una experiencia, que acaso resultaría dolorosa para tí. Quiero saber qué siente una muchacha cuando ella permanece indiferente, y es amada con pasión. Porque creo que tú estás próximo a apasionarte de mí. Ese aire soñador que flota en tu mirada; esa actitud de bondad que con frecuencia aparece en tí; ese leve desconcierto que tienes cuando estás a mi lado, todo lo que dices y lo que haces, indica que llegarás a quererme hasta el límite en el que surge la obsesión. Cuando hemos sido víctimas de un desengaño, las mujeres, casi instintivamente, somos inclinadas a insinuarnos a los hombres, hasta encontrar uno que nos quiera de verdad. Y cuando éste aparece, lo hacemos sufrir. Algo de terrible brota en nuestro corazón, y nos lleva a sentir un fatídico placer en torturar a aquel que nos ama. Es como una venganza que nos ofrece la vida, a cambio de lo mucho que nos ha hecho padecer. Siempre es un error del hombre, el amar a una mujer desilusionada; a una que hace poco tiempo ha pasado por una honda crisis sentimental, y tú has venido hasta mí en el momento menos oportuno. Yo desearía que te fueras, y si tuvieras una profunda intuición humana, te alejarías de mí, antes de que el amarme se transforme en un dolor. Pero quizá yo no quiero que te vayas, porque necesito algo que traiga interés a la vida. Tengo un inmenso vacío en mi alma, acaso tú pudieras darme alguna emoción”.

—¿Quere usted bañarse?, —pregunta a media voz Jaime.

Ambos se dirigen a los cancelos. María Teresa, le envía una sonrisa y entra al suyo. En el interior del minúscu-

lo refugio, ella se desviste lentamente. Al palpar sus formas, y sentir la tibia voluptuosidad del propio cuerpo, piensa que el amor fué un tesoro que ella lo arrojó hacia la ingratitud. ¿Dónde estará Eduardo en este momento? ¡Que lejano lo ve! Parece que le hubiera conocido a través de una distancia infinita. En realidad ha pasado poco tiempo desde cuando se amaron. Bruscamente le invade una reacción extraña. Tiene el fantástico temor de que Jaime, al mirar su cuerpo semidesnudo, al ver sus formas cubiertas apenas por el traje de baño, comprenda que ella había sido amante de otro hombre. La razón le dice que aquel recelo es vano, pero el sentimiento se encoge en su alma, con algo semejante al miedo. Habría querido no entrar a la piscina, huir a su casa sin que nadie la viera, y ocultarse en el sitio más íntimo de la alcoba. Un leve estremecimiento recorre su cuerpo. Siente la impresión de que se repite aquella escena fundamental en su vida, y de que vuelve a sentir ese instante en el que ella dejó de ser una virgen, para transformarse en una mujer. Algo vibra en sus entrañas, y ella permanece tímida y quieta, en la actitud de una sacerdotisa, que espera ser poseída por un dios. Las risas de las muchachas, que llegan desde la piscina, como el gorjeo de la adolescencia, adquieren en el alma suya, la armonía de un coro del querer. Es como si todas ellas, con sus gargantas musicales, formaran una orquesta que ejecutara el himno de su felicidad. Pero aquella ventura, sólo es un recuerdo. De lo que en otro tiempo fué su dicha, lo único que permanece es una entrañable huella en su cuerpo, y una cruel herida en el corazón. Lentamente va volviendo al dominio de sí misma, y al recuperar el ritmo normal, piensa que la vida era una constante y dolorosa adaptación, al deslizarse monótono de los días, y a la lucha contra los múltiples obstáculos que la realidad crea en una forma implacable.

Deliciosa y tentadora en su vestido de baño, sale del cancel, y se arroja a la piscina. Ya Jaime está en ella. En el primer momento que María Teresa flota en el agua, tiene la alucinante impresión de que es Eduardo quien la espera, y todo su ser vibra con un ritmo de angustia. Está a punto de precipitarse frenética hacia aquella fascinadora imagen que la mira desde un ángulo del baño, pero hace un esfuerzo para serenarse, y comienza a nadar con un acompasado ritmo. Está cierta de que se fastidiaría junto a Jaime, y se aleja de él. Las muchachas la rodean, dirigiéndole preguntas, a las cuales ella responde en forma breve, y sonrisas de una simpatía fugaz. Caras hermosas se hunden y flotan en el agua. Alternativamente aparecen y desaparecen en aquel fondo ondulante amarillo y verde, que es semejante a una pantalla mágica.

Sumergido en el agua, Jaime siente la dulzura del vivir. Desearía que esta impresión de suave voluptuosidad se prolongara durante mucho tiempo, que fuera indefinida, y que en ella no aparecieran el hastío y el cansancio. Hay alegría en su interior al mirar la sonrisa de la mañana. Todo el paisaje es una espléndida tempestad de luz. La tierra está embriagada y los chorros de claridad se precipitan desde los cielos, como un maravilloso torrente de vida. Vuela la frescura como una mariposa, y el rumor de sus alas ejecuta una sonata en el teclado del viento. Es el tiempo quien se ha transfigurado en luz, quietud y paz. Las pasiones humanas parecen haber quedado inmóviles ante el prodigio de la mañana. Y allá, donde el paisaje se desmaya, los magníficos nevados de la Cordillera están inmóviles y sublimes, como gigantes coronados de plata. En sus blancas cabelleras resplandece la luz. Son como dioses petrificados en el tiempo, y cuyas sienes estuvieran formadas por los fulgores de las perlas y la pureza de los diamantes. El alma de Jaime se siente empequeñecida ante el milagro

andino. En el interior de él, se arrodilla su propio corazón, para adorar a las poderosas montañas, que son un símbolo de eternidad.

En el fondo de este escenario de maravilla, la imagen de María Teresa adquiere en Jaime la apariencia de una flor que estuviera en movimiento, y que se habría desprendido de su tallo para sumergirse en la fuente clara. Y cuando la mirada de él va de un sitio a otro del agua, y mira a las muchachas, la piscina es semejante a un ramo de flores rubias y morenas, que estuvieran dotadas de placer, ilusión y amor. La fuente parece ser la creadora de la feminidad, y aprisionar entre aguas el fuego de la pasión. El verde y el amarillo, artísticamente combinados, armoniosamente unidos, han producido esta cisterna en donde se refugia el amor, y en la cual la adolescencia canta un himno de resurrección. En la mañana está celebrándose un sacrificio. El poder de los cielos ha descendido hasta la tierra, en forma de rayos de sol, y todos los seres están maravillados al sentir el sublime prodigio. Más allá de la fuente, el espíritu de los seres se desparrama en forma de ondas luminosas. Aún las humildes florecillas tienen alma. Es la suya una suavísima ráfaga de claridad, que se desprende como átomos de oro. Hay una inefable dulzura en el ambiente, y todo el paisaje es una mágica sinfonía. ¡Que lejana aparece en este instante la ciudad! En el interior de Jaime, la realidad de su vida en Quito, se diluye como un sueño. Sólo fragmentariamente surgen tipos, escenas y recuerdos. Aquí o allá, en la ciudadela de su espíritu, brotan imágenes aisladas de tiempos cercanos o distantes. Y él piensa en lo mísero que es el hecho de que, en un momento dado, todos los años del peregrinar por la vida, parezcan reducirse a un manojo de miserables evocaciones. Tiene conciencia de que en horas como la actual, la vida pasada adquiere contornos de irrealidad. Las personas a las cuales se conoció,

quizá de cerca, se esfuman en el alma, como si fueran volutas de humo. Las mujeres a las que se amó, surgen incompletas y vacilantes, como si únicamente habrían sido hechiceros fantasmas de un mundo de fantasía. Y en la infinita complejidad que en el ser humano adquiere el fenómeno del recuerdo, de cada escena de la vida, o bien de cada persona, sólo queda lo esencial. Pero aún en el concepto de la esencia, es lo más impresionante aquello que permanece, sea físico o espiritual. Mientras mira a las muchachas nadar en la fuente, Jaime contempla leves imágenes de lo que fué la existencia suya, a través de la mirada que hay en su alma. De una mujer, ya perdida en el laberinto interior, surgen hermosas líneas que fueron las que comunicaron a su cuerpo aquel ritmo de voluptuosidad que hizo que él la quisiera. De otra, aparece apenas el fulgor de la mirada, porque amó aquellos ojos negros y profundos, que miraban con una intensidad irresistible, y cuya atracción tenía un hechizo soberano. Y de aquella novia que tuvo en algún año en el que fué estudiante, recuerda la boca que sabía besar con frenesí. El corazón de esa muchacha, parecía encontrarse prisionero en los labios. Y de ella, más que un recuerdo plástico, Jaime mantiene una evocación gustativa. Es el sabor del beso suyo, de aquel besó incomparable, lo que a él acude al sugerir su imagen. ¡Que hermosa fué la vida, en la época de aquellos besos! ¡Cómo floreció la adolescencia, semejante a una explosión de vida! Allá en el fondo del alma humana, está el santuario del dios de la fantasía. Es una divinidad que se formó mediante una armoniosa síntesis del sol y la luna. Todas las estrellas del cielo interior, hacen una guirnalda de pálidos diamantes, para el trono de ese dios. Y continúa la dolorosa erranza por la vida, y pasan los años, y brotan los cabellos blancos, y se acaba lentamente el tesoro de la energía, pero en aquella divinidad celeste mantiene su esplendor el al-

ma. Ella representa lo inefable, lo creador y eterno. Ella siempre promete la seductora ofrenda del mañana. Aquel dios, que brotó del dulce seno de la esperanza, y que fué alimentado con el néctar del ensueño, da a los seres humanos una voluptuosa y alada embriaguez, que mitiga su dolor, les hace olvidar, así sea por breves instantes, su mísero origen, oculta piadosamente lo que de efímero y vil hay en ellos, para elevar sus corazones al mágico reino de la imaginación, donde todo es hermoso, donde existe la perfección y donde el amor guarda una gracia soberana. Así, mediante las mágicas combinaciones del ensueño, el hombre puede ser dichoso dentro de sí mismo. Dejando que lo fascine la ilusión, él es capaz de sentirse más fuerte que el dolor, más poderoso que la realidad y más resplandeciente que los astros. Algo hay en la fuente clara que la hace semejante a una cisterna de la ilusión. Es como si de ella se desprendieran rayos de fantasía, que llegaran hasta las fibras más sensibles de los corazones. El mágico paisaje que a la fuente rodea; los colores que se combinan armoniosamente en sus aguas; la cordillera que junto a ella se eleva con una majestad soberana; aquellos hermosos cuerpos de mujer que están sumergidos en su seno, y todo el ambiente, en fin, en el que está el manantial, parece haber sido creado para que en él florecieran las ilusiones.

Es lento el avanzar de la mañana. Es la mañana una doncella rubia cuya paso fuera el ritmo de los cielos. ¡Y como penetra la mañana en las almas! Ella está en la piel y en la mirada; en las formas y en la sangre de todos aquellos a quienes el paisaje junta entre sus brazos. Más allá de la mañana de la que gozan los seres humanos, está la espléndida mañana de la cordillera, y en armonioso contraste con esta augusta manifestación del día, se desliza, tímida y silenciosa, la mañana de las florecillas, que es una romanza en tono menor, donde la luz canta valiéndose de un tí-

mido acento y donde el aire se desliza con inefable murmullo. Y también está más allá de la mañana conocida por el hombre, aquella mañana de la que gozan los pájaros, y la que fué hecha para los caminos, y la que se creó para que los campos tuvieran adolescencia en los días de sol.

Después del baño, Jaime vuelve junto con un grupo de muchachas. María Teresa es el centro de ellas. Es como si involuntariamente, se impusiera sobre las demás. Tácitamente ellas le han aceptado como directora. Y este bouquet de mujeres avanza por el camino alegremente. Hay un coro de risas que se extiende a través del aire como una onda musical. Se desarrolla el diálogo de las voces femeninas. Es una conversación frívola, que se desenvuelve siguiendo las oscilaciones de cada momento. Se habla de los recuerdos. Son evocados aquellos nombres que en otras épocas despertaron interés. Las imágenes de los ausentes tienen un fascinador poder de sugerencia. Los días pasados en compañía de ellos, parecen haber sido más hermosos que los inmediatamente anteriores. Y Jaime, al escuchar los diálogos, en los cuales casi no interviene, vuelve la mirada hacia sus propios recuerdos. Es como si habrían retrocedido los años, y volviera a su propia adolescencia. Ráfagas de mocedad cruzan por el espíritu, iluminándolo con la espléndida claridad del amanecer. Vuelven a su alma aquellas breves temporadas de vacaciones, que pasó en algún pueblecillo cercano a la capital, y es como si en esta espléndida mañana viviera de nuevo aquella época en la que fué estudiante, y que, juzgada a través de la distancia, se presenta como la mejor de su vida.

Ha llegado el grupo a la plaza del pueblo. Hay animación y alegría en este sitio, que presenta una variedad de escenas. Aquí, allá y más lejos, están los sitios de venta de fruta. Cada uno de ellos es como un alarde de la fecundidad de la tierra. De la pila, colocada al centro de la plaza,

salta un diáfano chorro de agua, que se descompone en el aire, y al dividirse, va transfigurándose en un haz de luz. Los rayos del sol pierden sus colores al llegar hasta el agua, y brevísimas tonalidades del verde y el azul; del amarillo y el rojo, se estremecen en las diminutas gotas. Pero esos matices no son sido insinuaciones fugaces, que resplandecen por un instante, y de inmediato se pierden. Las gotitas de agua, vuelven a resplandecer con el brillo y la energía que les envía el sol, y entonces se transforman en minúsculos diamantes, que caen tímidos sobre la clara superficie de la fuente. El pequeño comercio del pueblo, desarrolla en esta mañana su actividad. Las covachas y almacenes atienden a los parroquianos. Muchos de ellos son indígenas que han venido desde las haciendas o las aldeas, y en un castellano primitivo, discuten con los dueños el precio de cada artículo. En varios lugares de la plaza están refugiadas las cantinas. Ahí se dan cita los desilusionados. El alcohol hace olvidar las realidades de la vida. Sirve para celebrar las alegrías, así como para cubrir a los sufrimientos con una bruma de consuelo. Y este alcohol de Baños es singular. Hay en el pueblo extensas plantaciones de caña. Allá, aquí, un poco más lejos, en el camino de la cascada, y en otros sitios, existen extraños laboratorios, llamados trapiches, en los cuales la caña se transfigura en alcohol, después de ser sometida a los suplicios de la maceración y el fuego. De la boca del alambique fluyen lindas gotas de una incomparable pureza. Las primeras, aquellas que tienen emoción y fragancia, y que se parecen a las lágrimas, encierran también el mágico hechizo de la embriaguez, elevado hasta el grado superlativo. A esas gotillas immaculadas, semejantes al rocío, se les llama "perlas". Ellas son recogidas con cuidado y quizá con amor. Se las junta en una copa. Son ofrecidas voluptuosamente. Y al beberlas, el espíritu de la caña, el cálido aroma de la tierra, y pálidas lla-

mas de fuego, llegan silenciosamente hasta las entrañas. Van a la sangre, se acercan hasta el corazón y tienden sus redes a través del sistema nervioso. Las "perlas" son las joyas que la caña oculta entre la dulzura del jugo. Así como en el mar, en las plantaciones hay un collar de maravilla. Las perlas del mar, dan la fortuna. Las perlas de la caña, producen la embriaguez.

Los cuadros que ofrece la plaza, tienen una vida personal. Ellos son como una realidad estilizada, y encierran un palpitante colorido popular. En la peluquería, el barbero cuenta los últimos chismes a los viejos amigos. En la sastrería, los operarios silban la canción de moda, y el ruido de la máquina es como el acorde de un instrumento desafinado, que sirviera de fondo a los ritmos de aquel cantar. En la herrería se retuerce el fuego, y el martillo lanza su voz grave, semejante al toque de una campana profunda. La iglesia es la señora del pueblo. En el patio del convento, el cura tiene entre sus manos el rosario, que es como un racimo de uvas. Y las avemarías se desgranán dulcemente entre sus labios. En la puerta del templo está el mendigo centenario, cuya mano busca las flores de misericordia que ocasionalmente brotan en la áspera selva de la vida. Hay momentos en los cuales los tristes ojos del anciano se fijan en el campanario. Ese es el nido de las golondrinas de bronce. Desde allí vuela el toque de las campanas, como un ramillete de pájaros musicales. Y las aves de lírico plumaje se desparrañan a través del aire. Llegan hasta las blancas sienes de los nevados. Van hacia la cabellera de los árboles. Bajan a la tierra y rozan la piel del agua. Aquellos sonos de las campanas son un murmullo de dulzura entre las ondas de la fuente, y un rumor de caricia en los pétalos de las flores. El campanario es el refugio de las ilusiones. El simboliza la esperanza. Parece estar más allá de la vida, encerrar en su seno a las almas de los que se

fueron, y tener un corazón amante que derrama consuelo sobre la tristeza. El campanario cambia de faz mientras corre el día. En la madrugada, él se perfila vacilante a la pálida luz de la aurora. Tiene entonces la apariencia de un espectro. Cuando a estas horas sollozan las campanas, él parece un fantasma que volviera de la tumba. Hay algo de alucinante y extraño en esa vieja torre que se estremece de frío. Pero se desgarran las nubes, y en la lejanía brota la rubia cabellera del sol. Se produce el milagro de la luz; y transparentes rayos de oro descenden sobre la tierra. Tiene el campanario una sonrisa de claridad, y está dichoso ante la fiesta de la mañana. La adolescencia lo sorprende cuando las muchachas regresan de la fuente. Durante el mediodía, hay en él un hondo cansancio. Y mientras avanza la tarde, se orienta hacia la melancolía. A la hora del ángelus siente una dulce tristeza que flota entre las ráfagas del ensueño. Y cuando llega la noche, se aleja hacia lo desconocido.

A las tres de la tarde, el grupo de amigos y amigas, que solían reunirse en casa de María Teresa, ocupó la camioneta de uno de los muchachos, y salió de paseo por la carretera que se dirige al Oriente. Pronto se perdieron las últimas casas del pueblo, y los campos se desarrollaron en todo su esplendor. La adolescencia estaba de fiesta. Jaime sintió con honda intensidad la belleza que encerraba esa juventud, que tejía ensueños de amor y de fortuna, en aquel pueblecillo que tímidamente se refugiaba al pie de las montañas. Los jóvenes reían. Bromas picarésacas fluían de los labios. Insinuaciones del querer volaban de corazón a corazón; y el cálido ambiente de la tarde llegaba hasta la san-

gre, dándole un voluptuoso ardor. Ese coro de risas era un torrente de vida. Al paso del carro huían los caminos con una loca rapidez. Era como si desde lejos viniera el delirio de la velocidad. Corrían los árboles, y en su fantástica fuga, iban hasta más allá del sitio donde podían alcanzarlos las pupilas. El andar de las montañas era lento. Se deslizaban con una majestad incomparable, y parecían encontrarse más lejos de la velocidad que alcanza la mirada.

En medio del bullicio que producía el alegre conjunto, María Teresa y Jaime permanecían silenciosos. Entre ellos se cruzaban hondas emociones, y el diálogo de sus almas, se desenvolvía en una callada zona del sentimiento.

—“¡Cuanto daría por comprenderte!, —murmura la voz espiritual de Jaime—. Tienes para mí la apariencia de un enigma. Te veo en medio de todas, y mientras ellas presentan mayor simplicidad, tú encierras algo de misterioso, que me sugestiona, y que despierta en mí un vago temor. Yo no podría decirte cuanto te quiero, pero estoy fascinado por tí”.

—“Yo comprendo cuanto me amas; —contesta la voz interior de María Teresa—. Hay una tendencia en mí, que me inclina a responder a tu sentimiento, pero temo que acaso pierdas interés, porque te ofreces demasiado. Noto que hay desencanto en tí, y te digo que tienes razón, porque las mujeres somos difíciles de comprender. Recuerdo que otra tarde, con un grupo de amigos y amigas, a semejanza de ahora, vine de paseo con un hombre. Cruzamos por esta ruta, y fuimos hasta “Río Verde”. Pero entonces yo despertaba a la ilusión. Mi alma se encontraba en la aurora, y una maravillosa ventura llenaba todo mi ser. En este instante, el pasado vuelve a mí. En el sitio en el que tú estás creo mirar a la imagen de él. ¿Cómo reaccionarías tú, si supieras que entregé la flor de mi adolescencia al hombre que tanto quise? ¡No me mires con intensidad! Me da

temor de tí, porque es como si estuvieras adivinando mi secreto. Pero, ¡cómo puedes intuir lo que sucede en el alma mía!"

—“Siento la impresión de que estás ausente, —continúa la íntima voz de Jaime—. Te encuentras quizá en una distancia espiritual a donde yo no puedo llegar. ¿Qué es lo que debo hacer para acercarme a tí? No basta el que te ofrezca mi amor, y el que tuya sea mi juventud. ¡Cómo miras hacia la lejanía! ¡Qué expresión de incertidumbre hay en tí! Yo sé que algo te entristece. No estás contenta, y quizá preferirías encontrarte a solas. ¡Comienzas, acaso, a quererme? ¿Se desarrolla, talvez, alguna lucha en el fondo de tu alma? ¡Cómo quisiera estar solo contigo! ¡Cuánto me fastidia la gente que nos acompaña! ¡Con cuánta ilusión besaría tu linda boca!”

El camino comienza a ser impresionante. A un lado de la ruta, amenaza constantemente el abismo. Es un precipicio tremendo, que llega hasta una profundidad desconocida, y en el seno del cual se estremece el terror. A través de esa caída, crece una vegetación semisalvaje, con un inmenso brío. En aquellas simas sombrías, la tierra hace alarde de su fecundidad.

Dentro del carro se desarrolla la alegría. El grupo de adolescentes, está ebrio de buen humor. Entre aquella explosión de primera juventud, Jaime y María Teresa, son los mayores, y representan un paso más hacia la madurez interior. Los muchachos cantan. Y un coro de voluptuosa melodía deja su ráfaga musical a lo largo del sendero. Las hermanas Cordovez, desde que fueron niñas, aprendieron a cantar juntas. Ellas constituyeron las delicias de aquellas melancólicas veladas de provincia, que de vez en cuando se desarrollaban en la casilla coquetona que la familia poseía en Ambato. Julia, la madre, que no pudo venir a este paseo, porque tuvo trabajo en el almacén, sintió

en sus años mozos veleidades musicales. Aprendió algunas piezas en el piano. La mayor parte le fueron enseñadas en el campestre colegio de monjas en donde se educó. Y también supo cantar, con una voz desafinada y melancólica, que conmovió a los galanes provincianos. Los vecinos del barrio aplaudieron aquellos tristes cantares, y le auguraron un brillante porvenir en el arte. En largas horas de ocio, durante las cuales se entretuvo con algún fútil quehacer doméstico, ella soñó con ser una magnífica cantante. Se vió a sí misma apareciendo en los teatros de la capital, para interpretar las creaciones de los grandes maestros. Y cuando sus ambiciones adquirieron mayor vuelo, forjó la quimera de ser una cantatriz internacionalmente célebre, que obtenía éxitos brillantes en el cine y en las tablas. Pero todas las bellas ilusiones de arte, gloria y amor, fueron ahogándose lentamente en la monotonía del asfixiante vivir. Vino el matrimonio. Ella fué absorbida por las complicaciones del hogar. Llegó un momento en el cual tuvo tres chiquitinas, a las cuales juzgó adorables. El piano y el canto quedaron olvidados, y Julia escuchó el coro de esas vocecillas que para su corazón fué una música inefable. Y con el pasar de los años, las niñas ingresaron también al colegio de monjas, y así como ella aprendieron a cantar, y ejecutaron alguna pieza de moda, en el infortunado piano de la familia. La vida parecía repetir las mismas escenas, con una analogía desesperante, en cada generación. Cuando Julia oyó los cantares de sus hijas se emocionó, y unas indiscretas lágrimas fluyeron de sus ojos. Fué entonces cuando puso especial cuidado en cultivar aquel coro de hogar, para que hiciera las delicias de la parentela y el vecindario. Y ahora, en este alegre paseo de verano, el grupo de adolescentes calla, para escuchar a las hermanas Cordovez. Ellas interpretan una pieza cuyos versos lloran por un apasionado querer. En esta canción, como en casi todas las canciones

del mundo, es el amor quien deja brotar una llama de su fuego. Luisa, la hermana mayor, tiene una voz cuya tonalidad se desliza hacia el acento grave. Su boca pintada al rojo carmín, es una fruta tentadora, que oscila en la rama del cuerpo, siguiendo el compás del acorde musical. Violeta, la segunda hermana, hace derroche de aquella rara simpatía que fluye de todo su sér, con un mágico encanto. La voz de la chiquilla, que se orienta hacia la tonalidad aguda, tiene un acento conmovedor. Es fascinante el verla mientras canta. Su mirada se pierde en un paisaje que está dentro del alma, y que forma un armonioso contraste con el paisaje andino a través del cual avanza el carro. Jaime recuerda que cuando bailó con esta muchacha en aquel salón llamado "El Agoyán", ella le dijo que sentía vocación hacia la música, y que desearía ser violinista. Tal vez una llamarada del genio artístico, se estremece en el interior de esta muchacha. Al escucharla, y sentir el milagro de su belleza morena, Jaime sugiere el drama que lentamente se desarrollará en Violeta. También sus anhelos artísticos, que acaso sean el síntoma de una gran personalidad, serán implacablemente ahogados por el monótono vivir de la provincia. Hay un momento en el cual él siente que su emoción se aleja de María Teresa, para orientarse hacia Violeta. La mira como el símbolo de una nueva generación que trae a lo femenino nuevos aportes de la belleza, delicadas tonalidades de superación espiritual y finos matices de origen estético. Anita, la hermanilla menor, la adorable chiquitina en quien apenas se inicia el florecer de la adolescencia, es la más tierna voz del coro. Al fluir de su boca ingenua, la canción adquiere un aire de virtud y un aroma de pureza. Y el coro llena el interior del carro. Llega el coro hasta las fibras de los corazones, y al escucharlo brota en los espíritus el sortilegio de las evocaciones. Surgen los recuerdos como cantares perdidos en el abismo musical

que hay en cada una de las almas. Vuelven a la conciencia imágenes que parecían estar perdidas, y que representan algún momento entrañable de los años que pasaron. A través de las ventanas del carro, el coro llega hasta el seno del viento. Se desparrama en las alas del aire, y sus compases son repetidos por el eco. Huellas musicales alcanzan a las copas de los árboles, y tienen allí un instantáneo resplandor de melodía. Son como pajarillos armónicos, cuyo plumaje brillara por un momento. Otros compases ondulan en la falda de la montaña, y se pierden tierna y lentamente, dejando a su paso una levísima vibración sonora.

A un lado del camino el abismo se desarrolla en intensidad. Es constante la emoción del peligro. Allá, en ese fondo misterioso, es donde habita la muerte. La profundidad se presenta como una fiera de honda tonalidad oscura. Es un monstruo complejo y multiforme, que tiene millores de garras. Desde la tremenda sima, se levanta un potente rugido. Es la voz del río, que se retuerce cerca de las entrañas de la tierra. Y mientras el carro avanza, se ensancha el abismo. La lluvia de luz enviada por el sol, se precipita hacia el fondo, y lo baña de esplendor. Los rizos de rubia vibración ondulan en el aire, creando una mágica sinfonía de claridad. Allá, en lo profundo, sigue entonando el río su bárbara canción. Sorpresivamente, apercibe el prodigio. Las aguas prisioneras, al precipitarse desde una gran altura, forman la cascada del "Agoyán". Es un inmenso chorro blanco, que resplandece entre los rayos del sol, y que encierra una lírica majestad. El carro se detiene. Cesa el coro y las miradas se dilatan de asombro. El camino está situado a una considerable distancia de la cascada, y desde el borde de aquella ruta audaz, se mira al "Agoyán", como un espléndido monstruo que se retorciera en el abismo. La gigantesca caída brilla como un chorro de plata, cubierto por ondas de espuma. Ráfagas de agua se desprende

del torrente y huyen hacia el viento, que las mece durante una mínima huella de tiempo. Las ráfagas se desparraman. De ellas surgen diminutas gotillas de agua, que brillan como minúsculos diamantes, y que son como las lágrimas de la caída. En su adorable pequeñez, cada gotita encierra un prodigio de color. En ellas se estremecen ínfimas tonalidades azules, verdes, rojas y amarillas, que son las notas de tono menor, que cantan en el magnífico teclado del viento. En aquellas ráfagas de agua, que vuelan hacia el aire, está oculta una romanza de ensueño. Es allí donde la tarde modula su más tierna canción. Al caer en el lecho del río, la catarata produce un inmenso remolino. Copos de blanca espuma, se levantan desde el fondo, y se elevan en el aire con una gracia incomparable. Allí el agua se transforma en racimos de un algodón, cuya pureza es semejante a la de aquella nieve que corona las sienes de los volcanes. Y más allá, el río va recuperando con lentitud su calma. Las aguas se deslizan con un ritmo acompasado y sereno. Se ensancha el cauce. Una dulce vegetación florece en las orillas. El paisaje adquiere una soberbia plenitud.

El grupo de los muchachos vuelve al carro, y avanza un breve trecho. En un fascinante sitio del camino, cae una sorpresiva lluvia sobre la cubierta. Alguna de las voces femeninas, exclama:

—¡“La Puerta del Cielo”!

Unos pasos más allá, se detiene de nuevo el carro, y el grupo descende. Pueden contemplar entonces, el capricho que la Naturaleza ha creado en la roca viva. Así como en otros sitios, y en diferentes horas, el paisaje presentó prodigos pictóricos y maravillas musicales, ostenta en este momento una extraordinaria ejecución escultórica, finamente combinada con matices de color y tonalidades de armonía. En una roca de colores profundos, que se inclina hacia el abismo, está esculpida una extraordinaria creación, seme-

jante a una puerta. Pero es una puerta, majestuosa y fascinante; patética y bárbara. En el sitio superior, sobresale la roca en forma de un capricho, que tiene líneas curvas y angulosas, que se alternan siguiendo el ritmo de una asombrosa fantasía. Y el agua, que viene desde las elevaciones de la montaña, cae al camino en la forma de un río que estuviera colgado. Dispersa está el agua aquí. Se precipita al azar, en una forma desordenada y confusa. Mirada en conjunto, "La Puerta del Cielo", es de una magnífica belleza. Lo espléndido de la creación escultórica, rima en ella con el soberbio fondo de la montaña y también hace compás con la melodía del agua que cae.

De nuevo el grupo vuelve al carro, y el viaje continúa. María Teresa recuerda las diferentes épocas de su vida, en las cuales contempló estos panoramas. En las primeras ocasiones era una niña, que miró al paisaje con asombro. En ese entonces sintió miedo ante la formidable majestad que tenía aquella Naturaleza soberana. Recuerda que en una ocasión lloró al mirar desde el camino a la cascada del "Agoyán", que bramaba en el fondo. Las evocaciones de su infancia son imprecisas, vagas y brumosas. En el alma suya, se confunden con las imágenes del padre, de la mamá y de algunas amigas, cuyos cuerpecillos y facciones son borrosos, y se combinan entre sí. En las temporadas de vacaciones, ella vino a Baños, pero en cada ocasión, el paisaje tuvo una apariencia diferente. A medida que avanzaba por la ruta de la vida, también la Naturaleza parecía modificarse, como si estuviera siguiendo la línea de evolución que experimentaban su cuerpo y alma. Llegó la adolescencia, y florecieron las ilusiones. El paisaje tuvo entonces tonalidades de amor. La Naturaleza toda pareció elevar un himno a la vida, semejante a la romanza que brotaba en su propio corazón. Y cuando Eduardo apareció en su vida, el paisaje adquirió una belleza que tuvo la magia de lo mara-

villosa. En alguna tarde, cuyo recuerdo se insinúa como una flor de encanto, juntos contemplaron lo espléndido del "Agoyán" y el prodigio de "Inés María". ¡Que hermosas parecieron las cascadas, cuando fueron sentidas a través del amor! Todo el paisaje fué entonces una orquesta apasionada, en la cual las montañas y los ríos; las praderas y los árboles; las hojas y las flores, se transfiguraron en divinos instrumentos, dirigidos por el sol, y ejecutaron una sinfonía de eternidad, en cuyo desarrollo el querer dialogó con los placeres; el cielo habló a la tierra; la adolescencia estuvo rimando con la luz; hasta el corazón descendió el fuego de los volcanes; rayos de claridad penetraron en la sangre, y la vida desafió a la muerte! Pero más tarde llegó anoecer del desengaño. También la Naturaleza estuvo triste. El paisaje adquirió las tonalidades de la melancolía. Aquel verdor brillante de la vegetación, se transformó en verde oscuro. El rojo de la pasión, que parecía estar prisionero entre los rayos del sol y producir en la sangre llamaradas de amor, evolucionó hacia una coloración profunda, y se transfiguró en un púrpura que encerraba la misma pasión, pero que se había envenenado con la crueldad del sufrimiento. Y cuando pasaron los primeros arrebatos de angustia, a semejanza de lo que sucedía en su alma, el paisaje ya no tuvo desesperación, pero conservó una honda tristeza, y este desengaño es el que mantiene ahora. María Teresa lo mira a través de una trémula desilusión. ¡Que hermoso fuera retornar hacia los albores de la adolescencia, y ser de nuevo aquella colegiala, que encontró en el paisaje el despertar de las emociones y en cuyo corazón floreció la esperanza con todo su esplendor! Llevada por el anhelo de encontrar un refugio para el alma, ella contempla a Jaime. También él ha pasado mirándola, quien sabe desde cuando. Tiene la muchacha la impresión de que los ojos suyos han permanecido fijos en su cuerpo desde el instante

en que la conoció. Pero la imagen de él no despierta en ella un hondo estremecimiento. Casi la deja fría, porque hay en su alma la tendencia de fugar hacia el pasado.

En Jaime fluye el diálogo interior. Habla consigo mismo, y las palabras son un murmullo que se desliza por el fondo de su ser, sin llegar hasta los labios.

—“¿Qué distinto eres ahora de lo que sueles ser en la ciudad!, —exclama una emotiva voz—. En estos días ha surgido el poeta que siempre llevaste en el fondo de tí mismo. Es como si hubieras ocultado dentro de tí a un hombre lírico y brumoso, que se ha descubierto por el hechizo de la Naturaleza. Es la adolescencia que ha vuelto hacia tí”.

—“Es muy natural que así suceda, —responde el grave acento de la reflexión—. ¿No sabes que en cada ser humano existen varias personalidades? El “yo” tuyo más sensible, está adquiriendo desarrollo, y te dejas sugestionar por él”.

—“Te encuentras flotando cerca del ensueño, —advierte un susurro de tipo intelectual—. Es la tuya una fantasía que está dirigida por el sentimiento”.

—“¡No impidas que sea el sentimiento quien te arrastre!, —grita la apasionada voz del corazón—. Siguiendo la ruta que yo te señalo, encontrarás el amor, y entonces serás dichoso”.

—“O quizá muy desgraciado, —contesta la reflexión—. Tu querer está orientándose hacia una muchacha a la que apenas conoces. ¿Qué sabes tú de ella? ¿Crees que te comprenderá? ¡Cuanta esperanza hay en tí!”

—“Ella dijo que me quería y me besó en los labios”, —murmura tembloroso el corazón, y en este momento palpita al compás de un venturoso recuerdo”.

—“¡Que ingenuo eres!, —advierte la tendencia reflexiva—. ¿Desde cuándo tienes fé en las palabras de una mu-

jer? ¿Y qué significa un beso? ¡A cuantos hombres habrá besado en su vida!”

—“¡No!, —exclama con violenta energía la pasión—. Ella no puede ser una muchacha vulgar. Es distinta de las demás”.

—“Cuando somos víctimas del amor, siempre encontramos que la persona amada es distinta de las otras”, —replika la voz grave de la razón.

—“¡No, ella es única!”

—“¿Por qué?”

—“¡Tiene una belleza inefable, y su alma es de una refinada distinción!”

El diálogo interior crece y va multiplicándose. Es un surgir y desaparecer de voces, cuya duración no puede estar sujeta a una referencia de tiempo, porque son instantáneas en grado sumo. En el mundo espiritual de Jaime, ellas son semejantes a relámpagos de emoción, cuyo resplandor iluminara como una ráfaga pasional. Y mientras el carro avanza por aquella ruta audaz, que es una herida en el cuerpo de la montaña, la vida espiritual suya adquiere una sorprendente actividad. Sujeto a reacciones afines y contrarias, él se encuentra cerca de la angustia. Y el símbolo doloroso, en esta resplandeciente tarde de verano, son los ojos de María Teresa, que parecen encontrarse perdidos en una misteriosa lejanía. Esas pupilas de un fascinante color verde claro, encierran para Jaime un enigma en el cual una trémula esperanza se combina con una misteriosa ilusión que parece encontrarse más allá del amor humano.

Al lado opuesto del camino, y desde el diáfano lecho del río, se levanta otra montaña gigantesca, cuya frente se pierde entre las nubes. Esa montaña tiene bosques vírgenes, cuyas imágenes están próximas a ser alucinantes. Los rayos del sol llegan hasta las cabelleras de los árboles, y en

ellas se detienen con asombro. Luego se deslizan hacia lo desconocido, y vacilantes penetran en ese mundo de enigma y espanto que oculta la montaña. Pero aquel paisaje sombrío, guarda un detalle encantador. En el vagar de la cordillera a través de los siglos, la poderosa elevación andina parece sonreír por un instante. Y esta resplandeciente alegría, tiene una tonalidad de blanca pureza.

—¡“El manto de la novia”!, —gritan las voces de las muchachas en el interior del carro.

Y las miradas se dirigen hacia aquel resplandor de alegría, en el cual la montaña adquiere la coloración de una pureza blanca. Desde una boca oculta entre los árboles, salta una cascada. En su origen, ella es densa y redonda. Sus líneas armoniosas, crean una forma semejante a la de una cabeza humana, que estuviera cubierta con un manto de immaculada blancura. Luego la cascada se estrecha en dos graciosas líneas análogas a las de una garganta. Inmediatamente, las líneas traviesas forman curvas que simulan ser hombros. Y después, con magnífica elegancia y belleza incomparable, la cascada se desparrama, a semejanza de un manto, que cayera desde las espaldas de una muchacha. Mirada a la lejanía, —desde aquel sitio en que se encuentra el camino—, la cascada es una lluvia de joyas, en la cual los brillantes rimaran con las perlas, y las perlas con los diamantes. Aquellos rosarios de resplandecientes joyas, tropiezan en su descenso con las ramas y las hojas, formando una caprichosa fantasía de enredaderas. En este velo de novia, el agua y el sol, crean una maravillosa ilusión de amor, y desde la tierra se levanta hasta los cielos un romance de lírica pasión. Y después de un momento de ensueño, la montaña continúa su brumoso caminar hacia el misterio.

María Teresa contempla emocionada “El manto de la novia”. La imagen de aquella cascada mágica, se refleja en sus verdes pupilas. Y allá en el corazón, donde la sangre

forma una cascada púrpura, que se desparrama en todo su cuerpo, a través de un fino y complejo sistema de canales; la blanca cascada de la montaña, cuya contemplación la mantiene absorta, adquiere el valor de un símbolo, la melancolía de un recuerdo y el aroma de una ilusión. Instantáneamente cruza por su alma la sugerencia de aquellos momentos en los cuales sintió la esperanza de vestir un manto de novia, y dirigirse con Eduardo hacia el templo que los uniría para siempre. El brumoso pasar de los días, se transformó en sufrimiento aquella radiante ilusión. ¿Dónde estará él en este instante? La silueta suya parece insinuarse allá, en la lejanía, entre la densa vegetación de la montaña. ¡Y ella continúa viviendo después de haberlo perdido! ¡Y dió un beso a un hombre casi desconocido, que pretende conquistar su amor! Llega con violencia un instante en el cual María Teresa siente el deseo de huir o el anhelo de llorar. Casi inconscientemente, sus ojos se dirigen a Jaime, y lo miran con rencor. El es un intruso, que quiere hacerse amar de un corazón que aún sangra por aquella herida que produjo la ingratitud de otro. ¿Cómo puede inflamarse de nuevo su sangre, después de un desengaño? María Teresa quisiera que Jaime se alejara de su lado. Pero desde la profundidad opaca de su dolor, brota un murmullo que le advierte que ella debe volver la mirada de su sentimiento hacia el porvenir. Quizá aquel hombre a quien hace poco ha conocido pueda aliviar el sufrimiento y crear una nueva esperanza. Tal vez le ha enviado el destino, para que sea él quien derrame ventura en su doliente corazón. Más allá de la tristeza, acaso la aurora de un nuevo querer, le podría iluminar el alma.

El carro avanza por el camino, a través de la tarde que se desliza en las montañas y los campos. A lo lejos se oye el murmullo del agua que corre.

—¡Ya llegamos a "Río Verde"! —exclama una de las muchachas.

Se aproxima un hermoso puente. La canción del agua errante es armoniosa y clara. Al otro lado del puente se detiene el carro, y todos descienden. El espectáculo que Jaime contempla, lleva a su alma una inolvidable emoción. Desde la lejanía avanza el río con una soberana majestad. Tienen sus aguas un maravilloso brillo de color verde. Pero es en este río andino, en donde el verde color hace un múltiple alarde de todos sus matices y melodías. El río es una prodigiosa sinfonía del verde. Y el río es también sonata en la cual el verde exhibe todas sus transfiguraciones. Ahí es el verde pálido, el que canta una tierna romanza de campo. En las orillas, es el verde claro quien ejecuta una dulce balada de esperanza. Más acá, hacia el centro, es el verde profundo el que interpreta un solo apasionado, con notas aladas y oscuras, en el teclado del agua. El genio del verde está oculto en este río. El alma del verde se desliza entre las ondas. El corazón del verde canta a la esperanza. Las tonalidades del verde son como instrumentos que ejecutaran un himno de gloria a la tierra y al sol. El verde se ha transformado en violín y piano; en flauta y violonchelo; en contrabajo y cornetín, para crear una orquesta. Y el verde manto del paisaje es el fondo sobre el cual se desarrolla el coro. La orquesta coral de voces verdes brota desde el agua, y con sus alas de esperanza, vuela hacia los prados, y agoniza entre la dulce piel de la yerba. Las voces de la orquesta se elevan a las montañas, llegan hasta la cumbre, y se pierden en aquel azul del cielo, que está formado por la ilusión. Las verdes modulaciones que brotan de la orquesta del río, van a las copas de los árboles; a las corolas de las florecillas y a los rayos de la luz que viene desde el sol. Todo el río es un prodigioso desfile de esmeraldas; que están unidas en un espléndido collar, por las

mágicas manos del agua. Y esta lírica erranza de esmeraldas, parece interpretar la esperanza y la angustia que palpitan en el alma humana. Más allá del sonido y el color, el verde del río es una sublime voz de la Naturaleza. Canta la Cordillera en aquel verde que encierra el río. Su canción brota desde la tierra y va hacia la eternidad.

Es un múltiple conjunto de acordes, el que se desprende del río, y aquellas melodías hablan con un lenguaje que se pierde en el paisaje.

—“Yo tengo un resplandor de luna, y en mi tonalidad se desmaya el ensueño”, —dice el verde pálido con su alada voz.

—“Yo soy la esmeralda que vino desde el cielo, en forma de una hermosa doncella, y traje a los hombres la esperanza”, — responde el verde claro con su trémula entonación de alegría.

—“Yo soy el alma del paisaje, —canta el verde profundo—. Mi sangre circula en las hojas y en las ramas. Ella riega las praderas y asciende a las copas de los árboles. Estoy en la piel de las montañas, me elevo hacia los cielos, y llego hasta el borde del sepulcro. Soy el misterio y el símbolo. Fui yo quien puso en el alma humana la angustia de lo desconocido, y el anhelo de comprender el infinito”.

Y fascinado ante el milagro de color que encierra el río, en el alma de Jaime adquieren una prodigiosa intensidad las pupilas de María Teresa. El verdé color de los ojos de ella, parece encontrarse en una sorprendente armonía con aquel verde prodigio que ondula en el agua. Es como si del río se habrían desprendido dos maravillosas esmeraldas, para crear los ojos de ella, y como si esas esmeraldas, al aproximarse al corazón de la muchacha, habrían adquirido vida, movimiento y pasión. Y son las almas las que sienten el diálogo que se desarrolla entre la mujer y el río.

—“Yo soy la dulzura del amor, —murmura aquella

tonalidad del verde, que tiene el sollozo de un violín—. Yo estuve en tu corazón y en tus pupilas cuando los labios de aquel a quien amabas se aproximaron a los tuyos”.

—“Y tú me diste una inefable emoción de felicidad —responde el alma de María Teresa—. Por tí brotaron ramas y frutos de ventura en los jardines de mi corazón”.

—“Y fui yo quien creó la sinfonía del placer en tu cuerpo, —canta aquel verde que fluye de todo el río, y que tiene las múltiples notas del piano. Mis manos ejecutaron a través de tu piel una suprema composición de gozo y voluptuosidad. Tus formas fueron para mí un teclado, y de ellas supe arrancar una música semejante a la de los dioses, porque cuando la mujer se estremece de gozo, hay en todo su cuerpo algo divino”.

—“Tú me llevaste hasta cerca de la maternidad, y tú harás que algún día sea madre”, —contestan las entrañas de María Teresa.

—“Yo seré quien vierta una infinita dulzura en las canciones que cantes junto a la cuna de tu hijo”, —murmura aquel delicado cantar del verde que es semejante a la flauta.

—“Y al oírte, mis verdes pupilas llorarán de ternura por la dicha de ser madre”, —dice la voz interior de María Teresa.

—“Pero ante el primero de tus hijos, tú evocarás al primero de tus amores, —advierte el verde transfigurado en un sollozo de violonchelo. Entonces yo cantaré en el alma tuya la romanza del recuerdo, y al sentir las notas que se desprenderán de mí, brotarán lágrimas de aquella fuente de emoción que está oculta en tus verdes pupilas”.

—“El llanto es la llama que nos purifica a las mujeres”, —responde el sufrimiento de María Teresa.

—“Más allá del dolor está el misterio, —exclama aquel verde que se transfiguró en la profunda voz del contraba-

jo. — Yo fui quien puso en tu alma la angustia, y fué así como tú te elevaste hacia el infinito".

— "Tú estarás junto a mi en el dolor y en la agonía", — responde con la entonación del ruego el alma de ella.

En el interior de María Teresa, en el paisaje y en el río, hay una mágica combinación de verdes tonalidades. Es como si desde la tierra y de el agua brotara un torbellino verde.

— "¡Alegría, alegría!", — grita el verde con la voz del cornetín — "¡Yo soy la esperanza!"

— "¡Alegría!", — responde aquel resplandor que se desprende de las pupilas de ella.

— "¡Aleluya!", — canta el cornetín. — "Yo derramo sobre la tierra una lluvia de esmeraldas. Yo traigo desde los cielos la ilusión".

— "Yo te amaré siempre, porque tú eres la esperanza", — murmura el corazón de María Teresa.

— "¡Aleluya!", — grita el río.

— "¡Aleluya!", — respondió el coro formado por los árboles, las flores y las montañas.

Cruza por la cordillera el ángel de la esperanza.

□

Durante el regreso, todos sintieron cansancio. Una abrumadora fatiga flotaba en el ambiente, y la Naturaleza misma era invadida de un hondo sopor. María Teresa miraba a Jaime de un modo indiferente, y parecía como si las pupilas de ella le dijeran que desearían no volver a verlo.

Cuando entraron al pueblo, ya estaba próxima la noche. Los hombres invitaron a las muchachas a tomar té. El grupo se dirigió al "Salón Tropical". Algunos quisieron bailar, y pusieron un disco en la electrola. Sonaron los compases de un vals. Salió al centro un grupo de parejas.

Jaime se acercó a María Teresa, y cuando él le tendió la mano, ella accedió de mala gana. Entonces él habló. Trató de hacerle comprender cuanto la quería, pero sus palabras fueron vagas, y tuvieron algo de tímidas. La muchacha, en los primeros instantes, mantuvo baja la mirada, pero después levantó la cabeza, y sus pupilas se fijaron en él. Apareció en la faz de ella una expresión en la cual se sintetizaron el desdén y la ironía. Desconcertado, Jaime no supo qué actitud tomar. Durante unos instantes el silencio se colocó en medio de los dos. Fue un callar enigmático, que tuvo algo de hostil. Al terminar la pieza, Jaime acompañó a la muchacha, y de nuevo, le confesó su cariño. En esta ocasión ella respondió. Dijo que debían esperar. Que el conocimiento de los dos era muy reciente, y que hacía falta el que se comprendieran mejor, para llegar a un acuerdo. Jaime pensó con tristeza en lo corta que sería su permanencia en Baños, y respondió a la muchacha que siendo el caso de ellos excepcional, porque vivían en ciudades diferentes, debían resolver el futuro de sus relaciones en corto plazo. En una forma vacilante, María Teresa contestó que Ambato se encontraba cerca de Quito. Podrían escribirse con frecuencia, y quizá verse ocasionalmente. Tuvo Jaime la impresión de que las palabras de ella obedecían a un doble impulso. Era como si, al mismo tiempo, quisiera acercarse a él y alejarlo del lado suyo. Pensó que, posiblemente, la muchacha actuaba así bajo la influencia de un conflicto, y tuvo el intenso anhelo de comprender lo que sucedía en el alma de ella. Hizo una fugaz insinuación, que en forma lejana se refirió al algún hombre que acaso despertó su interés. María Teresa no replicó, pero sus pupilas adquirieron una instantánea expresión de dolor, que no fué sorprendida por Jaime. Y en María Teresa sucedió, en este instante, un extraño fenómeno emocional. Tuvo en su alma la impresión, viva y tangible, de que desde lo más

profundo de su ser se desprendía otra muchacha, que era realmente ella, y que esta mujer, hermosa y apasionada, le reprochaba por querer traicionarse a sí misma. La vió a ella besando los labios de Eduardo; vagando con la imaginación a través de países lejanos y exóticos; identificándose con el gozo del amanecer y con la melancolía del crepúsculo; ofreciendo su pureza, en un momento de frenesí, al hombre a quien amaba, y gozando infinitamente; pasando largas horas de ensueño, en la romántica soledad de su alcoba; y más tarde, cuando el desengaño llegó a su corazón, sufriendo con una intensidad terrible. Y entre aquellas dos mujeres, la primera de las cuales era una adolescente, y la segunda una desilusionada, se produjo un conflicto, que tuvo caracteres de dolor. La primera acusó a la segunda de engañarse, orientando su vida hacia un querer que no era hondo ni sincero. Y al contemplar aquella adorable imagen de ella, la muchacha sintió como se humedecían sus pupilas, y tuvo impulsos de llorar. El grupo en el cual se encontraban, todos los amigos y amigas, le parecieron extraños, y con oscura angustia, se dijo que no existía quien la comprendiera. Se encontraba a solas con su propio corazón, en una dramática lucha consigo misma, sin que nadie acudiera en su auxilio. Su mirada se dirigió a Jaime. Lo vió absorto ante ella, contemplándola casi apasionadamente, y él estuvo a punto de producirle asombro. Fué como si lo vierá por primera ocasión, y se preguntara quien era aquel extraño, a cuyo sentimiento ella conducía hasta un límite cercano al éxtasis. Habló en su espíritu la voz de la realidad, y le dijo que aquel hombre la amaba, pero esa voz pareció ser lejana, porque en ella, la realidad estaba vencida por la emoción. Brotó en su interior un impulso de antipatía hacia Jaime, y estimó que era absurdo el que un desconocido pretendiera arrebatárle el tesoro de su alma. Y llevada por una reacción enérgica, se levantó, dijo

una ligera despedida a los amigos, y venciendo todos los esfuerzos que ellos hicieron para detenerla, salió del salón, y se dirigió a su casa.

Llegó cuando los padres se disponían a cenar. Se excusó ante ellos de acompañarlos, manifestándoles que estaba cansada y algo indispuesta. Fué a su alcoba, se desvistió, y en el momento de acostarse, una ráfaga de ventura cruzó por su espíritu. Al apagar la luz, la sensación de consuelo fué más intensa. Un dulce abrigo invadió con lentitud su cuerpo, y el alma suya pareció encontrarse libre de aquellas limitaciones impuestas por el contacto con la sociedad. Era la noche la que acudía en auxilio de ella. Venía la noche como una diosa que tuviera en sus manos un chorro de dulzura, y que lo derramara sobre la desolación humana. Muy despacio, fue acercándose el silencio. Apenas algunos ecos lejanos llegaban hasta su oído. Eran como vacilantes síntomas de que más allá de sí misma y alejada del mundo que constituía su propio ser, existía otro mundo, donde los intereses y las pasiones luchaban encarnizadamente entre sí, y en el cual se destrozaba a los corazones. María Teresa anhelaba olvidarse de ese mundo, y vivir para sí misma, durante esta noche. Pero lo exterior encerraba una energía formidable. Aún en la completa soledad, y en medio de la sombra, acudía la realidad exterior, en una forma múltiple y compleja. El espíritu estaba poblado de recuerdos. Era el espíritu como una ciudad, en la cual cada barrio representara una época de la vida; cada calle una pasión, y cada casa un grupo de seres humanos que habían dejado una huella de su paso. Y en las horas de soledad, especialmente durante las noches en las cuales huía el sueño, aquella ciudad se despertaba, y hacía oír su voz. Era el lenguaje suyo de una complejidad sorprendente. Parecía imposible el que un solo espíritu tuviera tanta capacidad de juntar recuerdos; un poder tan inmenso de sentir, y una

prodigiosa soberanía para realizar la síntesis de la experiencia, los impulsos y las emociones. Durante algunos instantes, María Teresa permanece absorta ante sí misma; asombrada de la maravilla de su propia alma, y escuchando apenas el ritmo de la respiración, cuyo murmullo es como la melodía de su existencia. En este momento, parece que todo se encontrara inmóvil. Es como si la noche se habría detenido en su erranza y la vida estuviera quieta en el fondo de la oscuridad. La sombra adquiere el aspecto del velo que cubriera a una tumba. Al entrar en los dominios de la noche, y ocultarse en el regazo del sueño, los seres humanos se anticipan a su muerte. Una tímida voz que murmura en el fondo del corazón, le dice a María Teresa que su dolor es insignificante, ante el drama que se oculta en el fondo de su propia vida. Que es terrible el que ella atravesase por el mundo sin entender el enigma de su existir, y sin penetrar en el mecanismo de su cuerpo, que continúa funcionando ajeno a la voluntad. Que lleva dentro de sí misma un universo que es desconocido para ella, y que cuando llegue el final, dejará el mundo sin haberse comprendido jamás. Entonces, ¿cuál era el objeto de la existencia? Muchas veces había oído decir que las mujeres nacieron para ser virtuosas, casarse, tener hijos, y desempeñar a conciencia las funciones de una buena ama de casa. ¡Que oscura y monótona parecía la vida con un porvenir así! ¡Que falta de estímulos, de ideales, de una noble finalidad a la que podrían ser consagradas la juventud y la energía! Y la mayor parte de las mujeres vivían de tal manera. Fue ésa la existencia que llevó su madre, y las amigas de ella, y muchas parientes suyas. Algunas, las más desventuradas no podían conseguir un esposo, y envejecían en una tristeza y soledad asfixiantes. Los hombres parecían ser más afortunados. Ella pudo haber sido un hombre. ¡A cuantas cosas le habrían sido posible dedicarse! Intervendría en

la política. ¡Qué mundo extraño era ese en el que se desarrollaba lo que solían llamar "el Gobierno" del país! Lo conocía a través de las noticias de los periódicos y de los chismes del barrio. En una ocasión estuvo de visita en su casa un señor muy serio, que en aquel tiempo era Ministro de Estado, y a quien el padre recibió con amabilidad. Se quedó hasta muy tarde, y pudo oírle hablar. Tuvo la esperanza de que la conversación de él fuera interesante, pero sucedió justamente lo contrario. Decía cosas triviales, criticaba a sus compañeros de Gabinete, y de las frases suyas se desprendía la conclusión de que él era quien manejaba el Gobierno, y de que deberían hacerlo Dictador. Al fin ella se aburrió atrozmente, sintió sueño, se despidió de aquel sujeto vanidoso, y fué a refugiarse en su dormitorio.

En el caso de haber sido hombre, habría podido dedicarse a la vida aventurera. Abandonar aquella gris existencia de provincia, y lanzarse a países lejanos. Ir en busca de lo inesperado y sorprendente, de todo aquello que nunca sucedía en su pequeña ciudad. ¡Que espléndido sería el huír de aquella red de intrigas que era la vida del vecindario! ¡Que consolador el librarse de los tíos, tías, primos y primas; de todos aquellos parientes que se encargaban de amargarle los días con sus consejos y murmuraciones; ¡Cuanta tranquilidad interior, al saber que ya no tendría que ir de visita donde la tía que estaba enferma; donde el tío que había vuelto de la hacienda; donde la prima que acababa de tener un hijo, o donde el primo que se quejaba de su prolongada ausencia! En ocasiones, ella sentía la impresión de que la sociedad, los amigos superficiales y los parientes fastidiosos, formaban una red cuyo objeto era el de destruir su personalidad. Lejos de ellos, había comprensión y halago. Un matrimonio con Jaime, acaso le independizaría para siempre de la tutela familiar, pero quién sabe cuáles problemas le crearía. Y luego, ¿qué posición

le daría en la capital? Las apariencias indicaban que la situación de él era modesta. Tal vez ella pasaría necesidades. ¿Dejar la comodidad de que gozaba en su casa, los mimos de los padres, y todo cuanto había constituido hasta entonces su vida, por seguir a un extraño! Acaso sería una locura, pero, por otra parte, el tiempo pasaba y quizá era ya tiempo de buscar un esposo. ¡Muy triste era la vida de una solterona, especialmente en alguna ciudad de provincia! Y, por otra parte, había en ella, en el alma suya y en su cuerpo, un impulso irresistible que la llevaba hacia el hombre. Su unión con Eduardo, la había transformado física y espiritualmente. Si su primer amor estaba perdido para siempre, debía buscar otra ruta, y no sentirse encadenada a un pasado que se encontraba muerto. Pero, ¿había olvidado a su amante? ¿Qué difícil era el saberlo! En algunas ocasiones él se presentaba como un espectro que ya estaba perdido en el fondo de aquella romántica etapa del vivir, que fué la adolescencia. En otras, Eduardo adquiría una vitalidad sorprendente, dominaba todo su mundo interior y parecía ser el soberano del destino suyo. Y si fuera a Quito, como esposa de Jaime, ¿qué sucedería en ella, al ver de nuevo a Eduardo? En un momento inesperado lo encontraría en la calle, en el cine o donde alguna amiga. ¿Cuál sería entonces su sentir? ¿Que impresión tan violenta, la de mirarlo después de un tiempo largo, que era semejante a una eternidad de pasión y sufrimiento! Ella siente cómo del fondo de sus entrañas brota una ola de fuego. Y es el móvil de la voluptuosidad el que le advierte que al mirar otra vez a Eduardo, se arrojaría en brazos de él, llevada por el frenesí. ¿Qué amargo debe ser el casarse con un hombre, estando aún enamorada de otro! Ella deberá impedir el que le suceda semejante fracaso. Si tal desventura le ocurriese, tal vez llegaría hasta la desesperación. Quizá el único medio de evitar el desastre, sería el

de no dar una contestación definitiva a Jaime. Manifestarle cierto afecto, pero sin que él suponga que se encuentra apasionada. Hoy cometió un error. Estuvo demasiado dura, y Jaime debió quedar humillado y triste, porque parece que se ha enamorado en una forma verdadera. Pero si la quiere, sabrá esperar. Algo de hermoso tendrá el que se vaya a esa ciudad de Quito, que parece estar predestinada a darle amor. Algún interés encerrará aquello de aguardar el correo, como lo hizo en otro tiempo, si bien en el futuro ya no sentirá aquella pasión ardiente que la dominó durante la ausencia de Eduardo. ¿Y cuál será la reacción de Jaime al encontrarse lejos? ¿Qué cosas le diría en sus cartas? En un momento cualquiera, ella manifestaría deseos de ir a la capital. El padre la complacería, y durante tres o cuatro semanas viviría cerca de aquellos hombres, que quizá no se conocen, pero que están unidos en su alma. Podría sentir extrañas ráfagas emocionales, al encontrarse con Jaime y al mirar a Eduardo. ¡Qué emocionante sería el verlos juntos! Y ante la sugerencia de aquel posible encuentro, las dos imágenes surgen, cruzan y se pierden en el espíritu de ella. Adquieren una extraordinaria energía, y parece que lucharan violentamente por el dominio de su corazón. Durante algunos instantes, surge la íntima sombra, y es como si también se habría producido la oscuridad en su interior. Y ella se ahoga entre la noche que viene de fuera, y la noche que flota en su corazón. Desearía que hasta su mirada llegaran ondas de claridad, pero no se atreve a encender la luz. Parece que tuviera miedo de sí misma, y le causara un inmenso esfuerzo el dar movimiento a su cuerpo. Hay algunos instantes que se deslizan en un impresionante silencio, y durante los cuales permanece en una completa quietud. Siente que esa calma encierra sufrimiento. Dulcemente fluyen lágrimas de sus ojos, y es como si a través de la oscuridad cruzara una ráfaga de muerte.

María Teresa tiene angustia. El murmullo de dolor que desde sus entrañas brota, le dice que está marchitándose su encanto, y que se encuentra agonizante aquella adolescencia que la condujo hasta la pasión, y que hizo de su cuerpo una obra de arte.

POESIA

GONZALO ESCUDERO

ALTANOCHÉ

Este durar en el aire,
este linar en la tierra,
la pubertad de los ángeles,
la vejez de las estrellas,
la fábula de las nubes,
la rondalla de la arena,
iguales y desiguales,
¿qué son si no son apenas
presagios de eternidades
y memorias de presencias?
Este amar a nuestras mozas
para desamarlas yermas
como estatuas de ceniza
de un jolgorio de candelas,
y arroparlas con jacintos
de todas las lunas llenas
para desnudarlas pávidas
con dedos de flamas lentas,
son congojas sumergidas
en la sal del agua vieja.
Este afilar de los gozos
y enmohecer de las penas,
este osar contra los cielos
con pájaros de las flechas,
este yantar con los soles
y sosugar con tinieblas,
nos vienen como nos traen,

nos traen como nos dejan.
Este madrugar en bronce,
de campanas bisabuelas,
este anochecer en humo
de las trasnochadas ciervas,
las encinas de las madres
sobre las fogatas tiernas
de los infantes nacidos
en natividades nuevas,
¿qué pueden en los lagares
de la muerte forastera?
Este chupar a la sombra
sueños de sangre violeta
para degollar fantasmas
con alfileres de luciérnagas,
este trasegar hastios
en soledades enfermas,
andadas y desandadas
arquitecturas desiertas,
el orgullo enarbolado
en las torres ballesteras
y el soterrado lamento
en tuétanos de la piedra,
largos los días anónimos
y breves las vidas ciertas,
eruditas las preguntas
y baldías las respuestas,

Válgátelos montañares
 y magras las torrenteras,
 en la miel de los panales
 cuchillos de las abejas,
 y para vestir los astros
 las palabras harapientas.
 Y todo, por ensañado,
 acabado donde empieza.
 Y todo, por prometido,
 fallido cuando comienza.
 Mas dejen los feneceres
 las dulcedumbres ilusas:
 los poetas y los niños,
 la juguetería ciega
 de los mundos caminantes
 con el corazón de cuerda,
 para fugas inmóviles
 sobre zancos de madera.
 Válgannos los firmamentos
 mercaderes de centellas,
 la artillería de truenos
 oriundos de las tormentas
 y los paisajes lavados
 por las lluvias lavanderas.
 Válgannos los soles mozos,
 ceñidas las escarcelas
 que guardan para los días
 toda la luz en monedas,
 mientras en fogones verdes,
 las verdes noches homeras

con rescoldos de luceros
 caldean hogazas negras.
 Válgannos los abrasados
 carbones de las querencias,
 cántaros de desnudeces
 fugaces de las doncellas,
 asidos por amadores
 de las manos alfareras
 que andan por desfiladeros
 de las cinturas ceceñas,
 rondando una geografía
 fragante de cordilleras,
 en agrimensura dulce
 de las distancias de almendra.
 Válgannos vientos altanos
 de las mares altaneras,
 resacas de los recuerdos
 y resacas de ausencias,
 en esquifes de esperanzas
 estibadas las promesas,
 altas las arboladuras
 como espadas agoreras
 para los trescientos yelmos
 de tempestades trescientas,
 rosas de los pechos altos
 en las jacas de la niebla.
 Y válgannos cuatro angustias
 que en cuatro brisas nos llevan
 al destiempo de la muerte
 para el tiempo que nos queda.

Hugo MAYO.

AMISTAD DEL EUCALIPTO

Bajo el perímetro de la rama generosa,
te ubico, desde ayer,
todo viento,
todo brisa y todo perpendicularidad.
Esta es la incertidumbre que nos acompaña;
embriagada emerge
de perfume caído y frío viaje alto!

Capaz de decirnos otras cosas.
Tan altas quedan
en la voz que se agrupa como congelada agua.
Te llegas en tu venido rumor,
perifoneando el eco,
entre la claridad cenizada, desborde póstumo,
que se pinta.

Casi penúltimo el caer de las hojas.
En gandaya ruedan,
todo alegría penetrada en el bosque que incauta.
También cuando pasamos su queja aplaca,
y hasta crece
aquel decir y aquella quietud que entrevee.

Agitado en la copa su perfumar oculto,
todo será vibración
y será salto en el aire.

Siguiendo sin tuntún tantas veces,
en ruido; aquellas semillas en el eco aquel.
Tal empeño en los brotes, clamor por ser largo;
tanto más cerca recibe y resplandece.

Cerca todavía alígero escarmanando al viento.
Tan sólo perpendicular, sin conjeturas
y nacido grito.
Reciente entendimiento en el ámbito vedado,
desde distancias.

Otro ilapso en el empeño del que pasa.
De continuos turnos la sumada música viajando.
Tal sustento resplandece abajo,
en la lluvia que es continua
y moja y acude.
Nada dejo en tí en tu proyección y estatura!

Desde aquellos años en la almunia,
este abrumaco.

Jorge GUERRERO.

LIBERACION POR EL OLVIDO

Si pudiera borrar esta memoria
sería como el ángel en los primeros sueños;
sería como un árbol entre el cielo y la tierra,
y habría crecido con suavidad de lino
y estuviera mirando el vuelo de las aves
y estaría impalpable en la mitad del aire.

Si pudiera olvidar las cosas que han pasado,
si pudiera quitarme esta cubierta triste,
y estos años, y este nombre y estas cosas fingidas,
sería como el agua sin canto de gemidos.

Si en callado silencio olvidar pudiera
tanto ruido de campana suplicante,
tanto sonido de alondras pervertidas.

Si pudiera olvidar la forma inolvidable
de la espiga abatida en lucha dilatada.

Si pudiera olvidar la acerba pena impresa
en el gesto de la dalia ante la mano fría.

Si pudiera no acordarme de la ribera inhóspita
ni de la playa encanecida.

Si velar pudiera la imagen de tanta piedra castigada
y de tanto cristal martirizado.

Es que es largo el llanto en la honda vena
y es tan grande el cerco de la sombra oscura
que fugar no puede la soledad de mi tormento.

Si en mis manos quedádose no hubiera
el vecino viento de tu flanco estremecido,
si en mi despierto vello no estuviera la sombra de tu seno,
si el labio de la herida sangrado no estuviera,
si el palpitante párpado penado no quedara
talvez entonces mirar pudiera al sol abierto,
quizá el sereno y suave vuelo renovar.

(Quito, 1945).

Humberto YACAS GÓMEZ.

**POEMA AL MAR:
TRANSFIGURACION Y SIMBOLO**

Denso y primitivo, mar, estás cercano a los tumultos de la creación,
a los abismos fecundos de la vida
y a la fuerza del Universo que resuena
en las hondas trompetas de tu voz
y a los primeros instantes
cuando la sangre del mundo
quemaba en cataclismos y huracanes,
y en deformes obeliscos levantábanse
los murmullos de la muerte,
y una honda sed de vida brotaba
de la eternidad,
como la niebla entre astros quemantes
o como la noche
con túnica de alas y de fuego.

En qué mente terrible
se concibió tus destinos?
Qué voluntad inmensa
tan inmensa y perenne
agita y organiza
tus tumultos sonoros?
La voz de los desiertos
no es tan grande y potente,
la voz de las alturas
no es tan alta y tonante,

el eco de los valles
tampoco es más profundo.
Tu voz la de los astros
en llameante sombra.
Tu voz es la del mundo
en las noches sin luna,
la del mundo que enciende
sus arterias vivientes.
Tu eco el de los muertos
en retoñar de vida.

Deberíamos ignorar tu presencia,
tu eco enloquecido
lamiendo los muros de la tierra,
tu canto que no es canto
porque es salvaje música
ondulante y ciega.
¡Pero escucha!
como cerrando los ojos
se oirá una luz perdida
insistente arañando:
será la luz de acero
sólido de la vida
serán sus leves pies
que como bronce fino
encenderá luciérnagas
en tu fondo marino.

Iremos hacia tí por atmósferas puras
por vuestras aguas hondas,
hondas lustrales aguas
que lavarán nuestros cuerpos
de las briznas oscuras.
¡Oh! mar con tu sola presencia

con tu carne azul lejana
olvidamos la oscura presencia de la tierra,
sus carnavales sangrientos
la putrefacción y mundana opulencia
nutrida por millones de lánguidas arterias.
Iremos hacia tí
huyendo de los muros podridos de la tierra
de las gastadas piedras
de las viejas ciudades
donde la sangre nuestra
—en rojos surtidores—
derrámase en vanos espectáculos de feria.
Huiremos de los duros recuerdos
del gusto acre de sangre
de nuestro pan cotidiano,
de la lobreguez del hombre
más voraz y lóbrego
que un fiero horizonte
de chacales hambrientos.
El corazón se encuentra
en ocasos de sombra
porque amamos la tierra
y su humana simiente;
pero estamos perdidos
como los ciegos sin manos
más oscuros y negros
que tempestad sin relámpagos.

Y junto al mar soñamos
marino canto inmóvil,
perfil lívido y hondo
en la múltiple arena.
Proyección de los náufragos
en la playa tronchados

sin jornadas de lágrimas
ni flores enlutadas.

Cómo escondes avaro
tus secretas entrañas?

Secretas y calladas
sin la espiral del grito,
sin la carne en torturas,
sin los soles muriendo,
en derrotas lunares
y en coral de martirios.

Eres pozo terrible
en faz oscura de agua
como la noche eterna.

Eres cántaro claro
para la sed de los Dioses.

Iremos hacia tí
por atmósferas puras
en soledad la voz
y alucinado el deseo.

Relámpagos de vigilia
nuestros ojos callaron.

Nuestras manos labraron
la nieve de sus sueños.

El mar siempre devuelve
nuestros mejores sueños.

¡Oh mar! dulce y terrible
entre vuestras orillas
está el centro del mundo,
está el cristal sin límite
en formas agitado.

Están todos los rumbos
del destino y el canto,
está la sangre trémula

de los seres nonatos.

Espíritu del mar:
clamor de coros cósmicos.
Resplandor de soledades
en asombrados paraísos;
donde el espíritu estará
desnudo y batido
por la melena de Dios
y por la ira de su espada.
Abismo lírico para las ternuras
y agua para anegar las heridas
y las melodiosas palabras
porque su encrespada alegría
sube y baja en espantables latidos.

Y el mar
sobre la tierra dura ascenderá
como el viento de las profecías
o como ecos en la soledad
y será como invicto vendaval
sobre este mundo girando
locamente entre sarcófagos.
Entonces seremos briznas inertes
jugando en esa gran boca de espuma
que cubrirá los acantilados y las rocas
y los templos de la sabiduría humana;
y las rocas serán
su negro y duro corazón
y los templos obeliscos funerarios
de inofensivos enigmas.

Allí encontraremos más sencillos ritos:
en el submarino verdor

propicio a la luz de los oráculos
y al olor de légamos sagrados,
el Gran Neptuno arreglará
el pequeño y fecundo destino del limo
de las blancas y negras perlas,
el calendario de las hórridas tempestades
y la dulce voz de las sirenas
de ojos fosforescentes de berilo
y de bellos senos anhelantes
por la reptante llama de la caricia.
Y romperán el enigma de las sombras
rondas de gnomos iluminados,
de luces de puñales agudos.
Y no habrá las viejas dudas
ni las pávidas lámparas del pecado.
Habrá el agua lustral
en los tumultos fálicos.
Y esta vieja sangre
como una flor extraña
encenderá en llamas
los corales marinos,
los delgados tallos
de cristal de las lianas;
el espejo terrible
que bajo el mar se labra
para la recreación
del cósmico destino
para el tonante y grávido camino
de Dios con su palabra
que enseñará las rutas
de las siete estrellas de su sabiduría.
Y serán siete las rutas
de la sangre y las lágrimas
y serán siete los sueños

que como túnica ardiente
incendiarán al mundo.
Y serán las siete aguas
de los siete mares,
que en su encrepamiento
abarcarán la tierra
con anillos fabulosos
de fabulosos ofidios.

1941

dencias y hechos por factores constitucionales endógenos y exógenos, todos los cuales deben ser considerados. Elevar uno de ellos al primer plano, olvidando la existencia de los otros, sería unilateral y no científico. De mucha importancia son los modernos estudios sobre la correlación entre la configuración del cuerpo y la estructura de la personalidad del individuo. Fueron introducidos en la Psiquiatría por Kretschmer. El distingue tres tipos corporales: :

a) El delgado, esbelto, de cara ovalada, "asténico", con estrecho ángulo intercostal;

b) El tipo corto, grueso, de cara redonda, cuello ancho, "pícnico", con un amplio ángulo epigástrico; y

c) El tipo de huesos fuertes, miembros largos, muscular "atlético".

El célebre psiquiatría alemán encuentra que estos "tipos" constitucionales, están estrechamente asociados con rasgos generales del carácter: el grupo asténico, con una estructura fría, reservada, introvertida, soñadora, sensitiva, ambiciosa, que en el hombre normal es "esquizotímica", y en el fronterizo, "esquizoidea". El pícnico, con una personalidad ardiente, invitante, comunicativa, extravertida, práctica, de buen carácter, fácilmente excitado o deprimido, que en el hombre normal "ciclotímica", y en el fronterizo, que en el hombre normal es "ciclotímica" y en el fronterizo del asténico que del pícnico.

Los factores ambientales

El hogar surge como el primero y más importante de los factores de situación que contribuyen a modelar la personalidad del niño. Uno de los grandes adelantos modernos, ha sido la creciente conciencia de la importancia de una alimentación, ventilación y luz, adecuadas para el desarrollo físico del niño. Algo de lo más nocivo para la infancia

son el alcoholismo del padre, y las escenas de crueldad, incompreensión y celos en el hogar. Un gran número de niños que representan trastornos de la personalidad, provienen de hogares destruidos. Por otra parte, es interesante observar que la mayoría de los padres superindulgentes, ansiosos de preservar y proteger a sus niños contra peligros imaginarios, son al mismo tiempo padres que todo el tiempo los están molestando, reprendiendo y reconviniendo. Así se crea una inconsistencia en el trato, que tiene efectos perjudiciales en los niños. Así como la superprotección, con el desarrollo diferido de la responsabilidad, conduce a trastornos de la personalidad, así también pueden surgir trastornos sobrecargando a un niño con demasiadas tareas, en una edad en que no está maduro para ellas. El lugar del niño en la familia, en orden de nacimiento, puede ser de importancia en la evaluación del problema psiquiátrico. En lo que se refiere a la situación económica de la familia, hay trastornos asociados a ella. Pueden ser debidos a una constante preocupación por la pobreza, o al temor de los padres a la desocupación. Un crecido porcentaje de niños con trastornos de la personalidad, provienen de hogares en los que las condiciones de los dormitorios no son satisfactorias, porque el niño ocupa la misma pieza o la misma cama, con un pariente o hermano del mismo o de distinto sexo. En nuestra civilización, casi todos los niños, pasan varios años en la escuela. Esos años representan una importante experiencia vital, que debe ser llevada con especial cuidado por los educadores.

Síntesis diagnóstica.

El examen psiquiátrico comienza con el análisis biográfico de todos los acontecimientos, que parecen haber sido de importancia en la vida del paciente, y una recons-

trucción de las situaciones en las que esos acontecimientos han tenido lugar. La biografía conduce a un análisis de las dotes e inclinaciones, tales como aparecen en el momento de la investigación. Al tratarse de la infancia, el psiquiatra se enfrenta con todos los factores que han entrado en la formación e integración de la individualidad del niño. Todo diagnóstico médico se basa en una síntesis. En la medicina no psiquiátrica, el principal fin consiste en juntar un número de "síntomas", que suelen concurrir a menudo, para hacerlos resaltar como un cuadro nosológico definido. Pero al ocuparse del grupo de trastornos de la conducta del niño, en vano se trata de buscar la palabra única, o palabras que comprendan toda la situación, desde el punto de vista diagnóstico y terapéutico. Se han hecho esfuerzos para unir algunos problemas de la personalidad, bajo títulos colectivos. Hay sobrecargo de conceptos como "neurosis", "neuropatías", "inferioridades psicopáticas constitucionales" y simple "nerviosidad". Se debe volver a la aserción de que el diagnóstico psiquiátrico es un procedimiento sintético. Difiere del diagnóstico no psiquiátrico, en la mayor complejidad y multiplicidad de los "síntomas". En cada caso individual, se deben considerar los factores obtenidos del trastorno y en el curso del examen.

Los principios del tratamiento psiquiátrico.

El tratamiento no se limita a una consideración aislada del trastorno mismo. La perturbación de la conducta, es un indicador de una falta de adaptación general, en la que pueden entrar varios factores en diferentes combinaciones y grados. El hecho de que los trastornos llamados monosintomáticos de la conducta son tan raros, es una prueba de la complejidad de los problemas psiquiátricos.

El tratamiento mismo, consta de varias etapas, que pueden ser emprendidas simultánea o sucesivamente, enteras o en parte, dependiendo del caso individual y del tipo del trastorno. Ellas son::

- a) La labor con el niño,
- b) La labor con la familia,
- c) La labor con la comunidad,
- d) Los auxiliares terapéuticos específicos, y
- e) La labor de control posterior.

Tales son las ideas fundamentales del magnífico libro del doctor Leo Kanner, cuya lectura es de importancia, no solo para el médico, sino también para los padres, los educadores, y para todos aquellos, en fin, que se encuentran en contacto con la infancia.

Humberto SALVADOR.

LIBROS ECUATORIANOS DE 1944

- 1.—Alfredo Pareja Diez-Causeco. — LAS TRES RATAS. Editorial Losada. — Buenos Aires. — Colección Novelistas de España y América. — 1944.

Alfredo Pareja ha editado en el año 1944 dos libros: su novela "Las tres ratas", que motiva esta nota, y "Hoguera Bárbara", biografía novelada sobre don Eloy Alfaro. Y es que Pareja es el más fecundo de los escritores ecuatorianos contemporáneos. La lista de sus obras es ya imponente, a pesar de su juventud, y de la varia actividad a la cual vive dedicado.

La novela es el género preferido por Pareja. Su culto por ella y sus dotes de novelista van rindiendo frutos cada vez más lozanos. Es, entre la gente del oficio, quién mejor domina, entre nosotros, la técnica de novelar. Técnica que ha ido perfeccionando desde "Río Arriba", a través de "El Muelle" (a punto de alcanzar una nueva edición continental), de "La Beldaca", de "Baldomera", de "Don Balón de Baba", de "Hombres sin tiempo", y que en este libro, "Las tres ratas", llega a una notable precisión. Se empieza a perfilar el maestro de su arte.

La joven novela ecuatoriana no ha descollado precisamente por esta virtud de ser labrada por hombres que hayan dominado el oficio. Por el contrario: se han impuesto no obstante su falta de técnica, por razón de su sinceridad, su fuerza creadora, su violento realismo y su sentido social. No encontramos en nuestra generación al virtuoso que hace juegos malabares con el plan, con el desarrollo, con los recursos formales, con el desenlace y con la arquitectura general de la obra novelada. Casi todos los nuestros han trabajado precipitadamente con grandes bloques. Y los han tallado a medias.

Hay por ello hasta una media docena de admirables temas de novela de cantar de gesta —la gesta americana, desbordante de posibilidades— tratados así: novelas a medio desbatar, que revelan grandes dotes de descubridor en quienes los han desflorado en forma rústica y primitiva. Mas está a la vista la riqueza de la masa que han tenido entre manos. Y la garra del novelista, sin lima pero rampante. He tenido la oportunidad de ocuparme en varias ocasiones de nuestros narradores. Y he hecho notar con anterioridad cuánto tiene de poderoso balbuceo nuestra novela actual. He analizado algunas de ellas, encontrando en esa torpeza de niño desmañado que empieza a andar, al hombre que llegará a ser en el futuro. Con el cuento, por su dimensión más corta, no ha ocurrido siempre así: al contrario, es frecuente encontrar verdaderas obras maestras, confeccionadas con prolijidad de orfebre. El esfuerzo continuado y duro de hacer una novela y seguramente la impaciencia de aprehender el tema han forzado el ritmo del trabajo, con descuido evidente de la forma, si bien es verdad que en veces este descuido ha sido objeto de una deliberación previa.

No sería justo aplicar a la manera novelística de Pareja, y especialmente a la última, estas generalizaciones. Nuestro autor es, en buena parte, más bien una excepción. Ha tratado temas de primer orden a través de novelas bien trazadas y ejecutadas. No ha desperdiciado, a partir de "El Muelle", ningún tema digno de novelarse. El acervo novelístico ecuatoriano no tiene nada que reclamarle por derroche o desperdicio de material.

Pareja es un hombre que, no obstante el cuidado que pone en su estilo, escribe a gran velocidad. Sus novelas, por lo general, no le significan más de tres meses de trabajo. En realidad, parece que se sienta a escribirlas a máquina, cuando las tiene concluidas mentalmente en sus últimos detalles. Primero se las ha contado a sí mismo. Luego las pone por escrito, es decir, las cuenta a los demás. "Las tres ratas" es una novela que la escribió mientras preparaba los materiales para su biografía de Alfaro, con el fin de desperdizarse en el relato y poder concurrir, en unión de sus amigos del "grupo de Guayaquil", al concurso de novelas latinoamericanas que convocó la casa editorial norteamericana "Farrar y Rinehart", en 1940. El jurado nacional que dictaminó sobre las obras presentadas en Quito para la eliminación previa otorgó el primer sitio a "Nuestro pan", de Enrique Gil Gilbert, el segundo, a "Las tres ratas" y el tercero, a "La selva virgen", de Demetrio Aguilera Malta. Sabido es que en el concurso final, la obra de Gil

Gilbert ocupó el segundo puesto, después de "El mundo es ancho y ajeno", de Ciro Alegría. El jurado ecuatoriano dijo en su veredicto, refiriéndose a "Las tres ratas", (15 de diciembre de 1940): "que se trataba de una novela de acabada estructura en el género, notable por el verismo de sus personajes y la sostenida emoción que circula a través de sus páginas". Y eso que talvez sea ella la menos trascendental en cuanto a tema de entre las suyas. Pero sin duda es la mejor estructurada de todas ellas. Piensa uno al leerla necesariamente en el buen artista, que hace obra excelente a pesar de la calidad del material empleado. Su mano de obra es de primera. "Baldomera" roza temas más amplios y realidades de mayor extensión. "Hombres sin tiempo" tiene tal ecumenicidad que es inclusive una novela sin paisaje, es decir, sin ubicación geográfica. Y "El muelle" aborda motivos comunes a toda nuestra América mestiza. Me parece, en cambio, que el horizonte de "Las tres ratas" es más estrecho. Los sectores aludidos son de menor superficie, enfoca una realidad privativamente nuestra.

"Las tres ratas" es una novela que no llega a las doscientas páginas. Tiene veinte capítulos, en los cuales se hace el trazo de la vida de una familia liberal ecuatoriana, a través de la que puede seguirse el curso que emprendió el liberalismo, o mejor, el partido liberal ecuatoriano, desde su ascensión al poder hasta su degeneración. Las llamadas tres ratas son las hermanas Carmelina, Eugenia y Ana Luisa, huérfanas del guerrero del 95 —nuestra gran fecha política liberal— Antonio Parrales, que van a Guayaquil huyendo de muchas cosas del agro litoral y buscando otras. Su historia conjunta, de pasión, de miseria, de aventura y de fracaso es la que cuenta Pareja, animando unos pocos personajes más en el relato, que pretende girar en torno de estas tres vidas de mujer.

El joven novelista ecuatoriano nunca ha vacilado en enfrentarse con la creación de personajes femeninos en sus relatos. En el reparto de varias de sus obras encontramos a una mujer como protagonista. Baldomera, en su galería de mujeres, es probablemente su más caracterizada creación. No es fácil de olvidar la mujer joven que camina y sufre en las páginas de "El Muelle". Y ahora no es una: son tres las figuras femeninas. Aún cuando es Eugenia, la segunda de las hermanas, quién constituye la caracterización máxima de la obra.

No es tarea fácil dar con una buena caracterización femenina dada por un escritor. Se afirma que los hombres somos incapaces de calar hondo en el espíritu de la mujer, y que éstas, en el análi-

sis o retrato que hacemos, no pueden ser vistas tal cual son por la pasión que, sin quererlo, ponemos al evocarlas. Por lo tanto, al tratar, como autores, a los personajes femeninos, estamos, se dice, juzgando por nuestras reacciones sentimentales y específicas. Lo objetivo femenino tendrá siempre, como ingrediente que lo altera, falsea y deforma, el elemento subjetivo masculino.

Las mujeres son probablemente quiénes más capacitadas están para opinar sobre la forma cómo nosotros las interpretamos en la faena literaria. Verdad es que asimismo puede alegarse que sus juicios carecen de imparcialidad. Tenemos, pues, que seguir valorando a los personajes de novela o drama creados por escritores con nuestros propios medios de juicio. Por otra parte, los mayores creadores de caracteres femeninos en la literatura no han sido las mujeres, quienes, en cambio, sí han hecho a menudo críticas acerbas sobre las heroínas literarias que aquéllas no han forjado. Escollo grave para el animador de criaturas cuya verosimilitud y pervivencia está empeñado, en primer término, en asegurar.

En el presente caso, Pareja no se ha detenido en semejantes consideraciones. Ha ido, directamente, poseído de su fiebre de crear, y de su prisa temperamental, al alumbramiento de estas tres hermanas Parrales, enamorado, sin duda alguna, de la segunda de ellas. La simpatía que rebosa la mujer brava es algo que él consigue contagiar. Cuando uno menos piensa, el lector está profundamente interesado en la peripecia de esa accidentada vida.

Los personajes que desfilan por las páginas de la novela son, aparte de los tres ya indicados, nueve más. Entre ellos hay una figura retrospectiva: la del comandante Antonio Parrales, el progenitor, el fundador de la familia, de cepa liberal. Su tránsito es fugaz: nos sirve solamente como antecedente de la vida de las tres mujeres que hacen la novela. Mas nos sirve también para ubicar la época política, a través de la familia que procreara. El guerrillero admirador del viejo Alfaro muere de una mordedura de víbora, en el campo tropical que labrara con su afán: frecuente final del héroe en los relatos de la selva caliente. Desde ese cuento acaso genial de Horacio Quiroga "A la deriva", hemos asistido a varias defunciones semejantes, en el relato selvícola americano, como en "Montaña adentro", de Gil Gilbert, en la "Serpiente de Oro", de Ciro Alegría...

Al mismo concurso, lo dijimos ya, se presentaron los originales de "Nuestro Pan", de Gil Gilbert y "Las tres ratas". Sorprende la coincidencia en hallar en ambos un personaje tomado de la

hazañosa revolución del 95. En Gil ese hombre es el capitán Hermógenes Sandoval. En Pareja, don Antonio Parrales. "Nuestro Pan" se ocupa largamente del capitán Sandoval. Es quizá su más poderosa figura. El comandante Parrales es un personaje de segundo orden. Pero la cantera donde los dos han sido extraídos es la misma. Y al desprender los sendos bloques, las capas sociales dejadas al desnudo, podemos reconocer fácilmente ese origen común y catar la riqueza caracterológica y documental del yacimiento.

El capitán Sandoval demuestra la génesis del latifundio ecuatoriano. Es uno de sus símbolos. La depredación es la base de la futura riqueza agraria. Su vida de montonero fué rica en anécdota, y sigue siendo cuando entra, por el camino de la violencia, al despojo de tierras. De otro lado, destaca el contraste que, frente al mismo fenómeno, existe entre el latifundio costeño y el serrano. Para el primero, la concentración de tierras en un solo amo se hace por la propia fuerza del señor. En el segundo, el principal apoyo es la fuerza del Estado, puesta al servicio del litigio judicial. Resultado de los respectivos procesos: la víctima del despojo, en la sierra, el indio, es un litigante contumaz. Y en la costa, el montuvio, gusta de zanjar sus diferencias por medio de la sangre. El depredador, acá, tiene que jugarse por entero. El amparo del derecho escrito y consuetudinario a favor de la propiedad privada viene después. Entre los dos hombres de armas de Gil y Pareja, el comandante Antonio Parrales no es un usurpador. Ha dejado las armas para cambiarlas por un predio modesto. No las ha puesto, como Sandoval, al servicio de la rapiña. Por eso es, sin duda, hombre menos representativo que el héroe de "Nuestro Pan".

De los ocho personajes restantes de "Las tres ratas", Ernesto Carbo, jefe político de Daule, ex-estudiante de enseñanza secundaria, charlatán, lector y mal poeta, pudo haber sido una figura formidable. Acaso el más poderoso personaje masculino de la obra. Pero está tratado con mucha precipitación. Más aún: con un tanto de desmaño. Hombres como Carbo son, por desgracia, quienes han hecho y siguen haciendo, con cortas interrupciones, la vida política y social del Ecuador. A Pareja le ha faltado trabajar mejor su personaje. Verdad es que puede recurrirse al proceso sumario de la estilización, que deje solamente los rasgos esenciales. Pero éste caso no es tampoco estilización afortunada. Unos cuantos trazos pueden bastar en ocasiones. A él mismo, cuando

era menos experto novelista que ahora, le ha ocurrido eso. En "El Muelle" tiene un agitador que se inicia magníficamente, en Nueva York. Cuando empezamos a tomarle una gran simpatía, Pareja lo mata. Es difícil absolverle de ese homicidio. Yo, amigo frustrado de ese hombre, no le he perdonado todavía.

Ernesto Carbo es uno de nuestros sujetos frecuentes. Amoral, presto a las combinaciones, "vivo", trata de engatuzar a todo el mundo. Es el tipo de la "viveza criolla" de mala ley. Tras un bachillerato accidentado, no trepida en meterse en cualquier negocio oscuro. En nuestra política semibárbara, es un oportunista de la peor especie. Va al campo a hacer sus fechorías, en su condición de autoridad. Es un agente electorero decisivo. Se "palanquea" el cargo con el fin de arreglar un asunto de linderos. Cuando lo ha conseguido, vuelve a la ciudad, donde trata de llegar a ser un caballero interesante. No carece de cierta vanidad literaria, y cree en que su facilidad de palabra puede abrirle campo fácilmente. Desconoce los escrúpulos. Si viene a mano, despojará fría-mente a su mujer o a su amante de los bienes de fortuna que le encuentre. En el campo, se entiende bien con los gamonales; les sigue el juego, les divierte, y festejándoles sus hazañas, muchas veces repugnantes, se presta a ayudarles como autoridad. En la ciudad, ronda cerca de los bancos, trata de relacionarse con los comerciantes ricos y demostrar que ha triunfado en la vida. Se vende barato y con extraordinaria facilidad. Tal es el personaje que ha esbozado Pareja... y que ha dejado ir de las manos, en vez de aprisionarlo para siempre en las páginas de su novela.

Hay por allí la figura limpia, como su immaculado mandil blanco, del joven médico Jacinto Ramírez. Ah, buen Alfredo Pareja, vendedor de drogas y amigo entusiasta de los médicos! Ramírez es un médico de excepción. Es el hombre que todos quisieran que sea un médico. Su conducta frente a Eugenia, su constante mano tendida, de amigo y guía, hace de él un personaje amable, el más amable personaje masculino de "Las tres ratas". Es un médico de cine. Médico de A. J. Cronin. Médico de Munthe. Empero cuán difícil es encontrarlo en la vida corriente.

Tía Aurora tiene poco que hacer en la narración. Es una comparsa. Su breve papel está bien hecho. Es la viuda de un prestigioso liberal. En la entrada de su comedor está la efigie del Viejo Luchador. El gobierno de la República todavía recuerda al que fué marido de tía Aurora. Le hace caso cuando ella emprende alguna gestión. Está orgullosa de su pasado.

Carlos Alvarez, el segundo amante de Eugenia es uno de esos hombres que forman la hez del puerto. Al presentarnos a este personaje cínico, repugnante, ladrón, Pareja tiene la oportunidad de hacernos vislumbrar, de paso, un mundo que a él le resulta caro. El de los marinos, el de los muelles, el de las balandras, el de la navegación en cabotaje, el de los contrabandistas, el de los piratas, el de los cazadores furtivos. El autor de "El Muelle", de "La Beldaca", vuelve momentáneamente a su querido puerto fluvial, evocando una vez más esa fauna aventurera, violenta, audaz, que vive al margen de la ley y del río lodoso que desemboca en el mar. Es allí donde destaca esa verdadera rata de muelle, escodioso Carlos Alvarez, deyección de puerto, que vive, como jefe de pandilla que nada arriesga, contrabandeando mercaderías desde la ciudad. El fondo de mástiles, de velas remendadas secándose en la ensenada, de tablas podridas en el mallecón, bajo una luz brutal, ese fondo que tanto gustaba al marineró Conrad o a Pierre Mac-Orlan, aparece como escenario donde se desenvuelven las fechorías de Alvarez. Pareja está en un medio donde su obra se desvela con soltura, y en el capítulo XIII, en el que hace venir la balandra "Buena Ventura" y relata la persecución del contrabando y el contrabandista por las calles de Guayaquil, nos presenta páginas emocionantes, que son también páginas verdaderamente magistrales. Quizá podamos, con todo, reprochar a Pareja algo de lo que le objetáramos a propósito de la creación de Ernesto Carbo: no haber definido mejor los contornos de este su segundo personaje potencial. El apunte que de aquél nos hace permite medir su fuerza y hasta su condición de representativo.

Alfredo Pareja, hombre de izquierda, tiene una obsesión en su relativista: la de trazar los contornos de un revolucionario auténtico, y plantear, a través de la narración, los problemas que aquel tipo humano tiene que enfrentar y resolver en nuestro medio, en esta América semifeudal, semicolonial, beligerante. Ya le vimos metido en esta grave aventura en "Baldomera". Ahora volvemos a encontrarle luchando a solas con tremendo problema artístico de aprehender un ser tan complejo, tan contradictorio, tan apasionante como es nuestro agitador político, nuestro revolucionario. El rojo no ha tenido, hasta aquí, una interpretación que haya triunfado, en nuestra literatura. Es bastante singular este hecho, o mejor, esta carencia, porque justamente los más auténticos valores de la novela nacional contemporánea son revolucionarios. Puede creerse que nada más fácil para ellos que refle-

jar en sus producciones a este personaje que ellos tienen dentro de sí, aderezándolo con elementos que bien podrían encontrar en los amigos que les rodean, en la contienda. Pero no ocurre así. Los revolucionarios de sus relatos son mediocres, o están medio-cramente retratados. No obstante esa seductora circunstancia de tener tan cerca de sí la materia prima, o el arquetipo. ¿Cuál será la causa? Buscarla tendrá que ser objeto de un cuidadoso son-daje, que haremos en ensayo aparte.

Concretándonos a Pareja, lo que llevamos dicho adelanta lo que pensamos del revolucionario Francisco Pereira, que encontramos en páginas sustanciales de la novela. Nos parece desdibujado y un tanto convencional. No otra cosa ha ocurrido con los revolucionarios que actúan en los relatos de Pedro Jorge Vera, de Gil Gilbert, de Gallegos Lara, de Adalberto Ortiz. Acaso teme que si lo describiera con precisión se convierta en un individuo de fácil identificación en nuestro medio pequeño y cerrado. Sea lo que sea, la verdad es que Pereira no consigue convencernos, ni nos apasiona la búsqueda angustiada que hace del que cree debe ser su camino.

Esto, a pesar de que corresponde a Pereira actuar y decidir en uno de los momentos más dramáticos que haya tenido jamás que enfrentar un revolucionario: el desconcierto, la desorientación, el pavor... por decir lo menos que siguió, en una inmensa mayoría de los hombres de izquierda de todo el mundo, a la firma del pacto de Moscú, en 1939. A muchos les salvó, en el doloroso conflicto, la fe. Sé personalmente de algunos. Pereira no se plantea el problema, en forma que nos obligue a compartir su angustia y a recordar los días duros que hubo de vivirse por entonces. Entiendo que este conflicto, tan henchido de fuerza y de pasión, no se ha planteado todavía en la novela. Pareja pudo haberlo hecho, al referirse a las dudas abrasadoras de Pereira. Los tormentosos días que vivió Pereira, militante del Partido Socialista Ecuatoriano, están entrevistados apenas. El problema se resuelve tangencialmente en forma de catarsis. La fe de Ana Luisa, su novia, su mujer, su amante, le salva... hasta que los hechos posteriores del mundo, que todos conocemos, revelan la realidad profunda.

Con todo, bien vale la pena anotar algunas observaciones sobre este personaje, y su papel en la novela. Francisco Pereira se va convirtiendo gradualmente en revolucionario. En un principio hizo versos y se enamoró dulcemente de algunas prostitutas

jóvenes, a quienes trató como a seres humanos y no como a meras bestias de placer. Tuvo más adelante necesidad de recorrer el campo de la costa y conocer la tremenda realidad del hombre y su vida. Se convence de que los versos que hacía no sirven para nada. Asiste a una conferencia obrera, que le deja encendida una luz. Empieza a saber que la ciudad es otra llaga dolorosa. Y aprende a querer a los cholos, quienes a su vez le entendieron y quisieron bien, advirtiéndole en él un amigo sincero de la ciudad, que les hacía entender lo que ellos apenas vieran confusamente.

Entre la gente campesina a quién trata Pereira en su propoganda política y en sus relaciones de camaradería encontramos al montuvio descuajado del agro, inadaptado en la ciudad y manchado por el crimen pasional. Volvemos a anotar nueva coincidencia: uno de los hombres de Gil Gilbert, en "Nuestro Pan", escoge una noche de montaña para confesar su delito a uno de sus compañeros de trabajo, a favor de las sombras. El montuvio es impulsivo, celoso, fácil al hecho cruento.

"... Ay, don Francisco, le juro que la quería. Me la traje a la ciudad y se me dañó. Con esta perra mano le dí la puñalada. Pero yo la quería. La quería más que a mis perros de cacería allá en el monte... Pero qué hace un hombre cuando lo engañan? Tiene que matar, patrón... Por un traje de seda se me fué con el blanco y yo la pillé... Pobre, la Juana... Me cegó el coraje, don Francisco. Un hombre es un hombre..."

Así viene la confesión del crimen pasional en el libro de Pareja. Ocurre ella en la ciudad, en un rincón donde Pereira y ese hombre anónimo se desnudan mutuamente el alma. La luz que ilumina el cuchitril, la covachuela del bar es cruda. Pero eso no importa. El montuvio de las manos ensangrentadas ha tenido cómo contar su tragedia.

Y así dice, a favor de la negrura de la noche, bajo el rumor de la selva y en su lengua vehemente de confidencia, el hombre de Gil:

"... Ve, Manuel, a vos te lo voy a contar. A vos te he contado todo. En la luz me da miedo que me vean. Y en la noche me da más miedo porque como estoy solo, se viene ella y se me acuesta aquí... siempre viene quedita... Barajo, hermano, así es la vida! Desde entonces me ha quedado esta desazón que tengo; ando de lado a lado, mismamente como el viento... A veces me habla quedito: "Maximino, de puro jumo me mataste... por gus-

to..." Y después hora, como cuando estaba como esos palos, tunbada y sacada la vida de raíz".

Quede también para otra vez examinar con detenimiento la característica manera que tiene el hombre del campo litoral frente a los demás hombres: su temperamento predominantemente extravertido, que contrasta tan agudamente con el hermetismo del indio del altiplano. Recuerdo, a este propósito, que, hace años, cuando leía la escena parcialmente transcrita de Gil en su original, dudaba de su verosimilitud. Me parecía muy difícil encontrar un hombre que, de buenas a primeras, se confiese al amigo que estuviera a mano, tan pronto concurren circunstancias puramente accidentales. Tenía en mi mente el recuerdo de las páginas de Dostoyewsky, en las cuales, en alucinantes procesos psicológicos de preparación del momento propicio, alumbra la casi enfermiza confesión de Raskolnikoff. Y no creía posible el afán de evocar sus fantasmas ante otro hombre, en el alma del montuvio. Más adelante, por la varia oportunidad que he tenido de conocer de cerca este tipo humano, he llegado a creer en esa posibilidad. No niego la verosimilitud de la escena de Pareja ni de la de Gil Gilbert. Pero creo del caso dejar señalado todo lo que, sobre ellas, precede. Y desde luego, la elocuente coincidencia, prueba indudable de que ambos, examinando material humano similar, llegan a parecidas conclusiones.

Pero la principal figura del libro es Eugenia Parrales, la segunda de las tres ratas. Desde un principio se nos presenta tal como es: impetuosa, apasionada, ejecutiva. El autor se encarga, cual si obedeciera a los cánones clásicos, de presentarla desde las primeras páginas. La vemos en el difícil trance, para una pobre parroquiana, de ser conducida a la "pesquisa" de Guayaquil, tristemente célebre, para que dé cuenta de unas joyas que, en un ímpetu vindicativo que la pusiera fuera de la ley, había robado al gamonal que les arrebató, con la complicidad de Ernesto Carbo, el jefe político de Daule, su hacienda "Carmelina".

Antes de todo ello, no había tenido empacho de entregarse a este aventurero, y conserva de su aventura un dulce recuerdo. Más adelante, se envenena. No quiere sobrevivir, cobarde al principio, ya que la vida sólo había comenzado a castigarla, a los reproches y a la vergüenza de saberse descubierta, después de volver de su humillación en la oficina de investigaciones. Salvada a tiempo por la intervención del médico de tía Aurora, se lanza, ciega, a la ciudad grande, al puerto internacional, sin destino

fijo. Cae sin mayor reparo en una aventura sexual, que la hace conocer la repulsiva estampa de Carlos. Regresa nuevamente a casa de sus hermanas, separadas ya del discutible amparo de su tía. Se decide a trabajar en casa de la ambidextra modista doña Targelia. Un encuentro sorpresivo vuelve a hacerla caer en brazos de su primer amante. De los días en que vivieron juntos queda ella con un hijo en las entrañas. Una arrebatada escena de celos la lleva a disparar sobre su amante, a quien hiere. Los días crueles siguen, y admite ser cómplice del negocio de contrabando al cual Carlos se dedica. Ella empieza a robarle unas pocas telas, asqueada también por la repelente persona de su socio. Descubierta, tiene una escena atroz con él. En venganza, presta siempre a actuar en forma impulsiva, le denunció a los empleados de aduana. Eugenia está en cinta, y decide salvar a su hijo, por encima de todo. Quiere que nazca lejos. Donde no sepan que ella es una de las tres ratas, vilipendiadas y escarnecidas en el puerto sin corazón. Su idea fija, ante la cual no trepida, la lleva a alquilar su cuerpo. La confidente de sus últimos pasos es su hermana menor Ana Luisa, sér casi feliz, a quien nada malo ocurre. Entre las dos defienden al hijo que está por venir. Con el dinero que ha reunido de diverso modo, tiene ya cómo huir de Guayaquil. Tendrá su hijo en un lugar distante, y se asirá a aquél así como Ana Luisa y su ya marido Francisco se han abrazado a su fe revolucionaria. Con el viaje de ella, desandando, luego de una temporada de pocos meses en la ciudad, meses de pesadilla y horror, el camino fluvial recorrido. . . . principia, la escena queda solitaria.

Como solitaria queda la solterona lamentable que es Carmelina, sin tener en cambio a qué asirse, de qué medio valerse para estimar que su vida vale la pena de vivir.

Hace años, a raíz de la publicación de "Baldomera", Humberto Salvador hizo un breve estudio sobre la tipología de los personajes que Pareja presenta en su novela, y comenzaba la clasificación por la protagonista. No me atrevo a ensayar la tabla de los tipos aplicándola a los personajes principales de "Las tres ratas", por mucho que el de Eugenia, por lo menos, parece un tipo fácil de encuadrar. Sería interesante emprender este trabajo con la ya varia progenie engendrada por los relatistas ecuatorianos, no solamente para ayudarnos a entenderlos mejor, suministrándonos una suerte de clave psicológica que los defina sino también para juzgar hasta qué punto han acertado sus crea-

dores, al hacerles actuar en la sociedad, en el trabajo y en el amor.

La mayor de las hermanas, Carmelina es, después de Eugenia, el carácter femenino más acentuado de la novela. Es quizá también el más trágico. Trátase de una mujer todavía joven, que no hubiera sido insensible al amor... si el amor le hubiera llegado y cuyo genio se ha puesto agrio ante la espera inútil. Al final, tras un largo calvario, en el cual su forzada abstinencia sentimental contrasta con la facilidad de amar de sus hermanas, es víctima de ataques histéricos. No son ellos precisamente una consecuencia de la abstención, pero es probable que le señalaron el camino.

Hay una escena que se graba fuertemente en la memoria: el diálogo entre esta mujer sedienta de afecto masculino y una de las figuras fugaces de la obra: Zavala, el introductor de Francisco Pereira en la vida desolada de estas tres mujeres. Tratar un tema como ese, difícil. El resultado artístico en el libro, magnífico. Mientras sus dos hermanas van de compras, preparando un paseo campestre, Zavala y la pobre mujer quedan solos y frente a frente. Ella se le declara. Y se derrumba espiritualmente al propio tiempo. Zavala permanece impávido. La pobre mujer famélica no tiene otro recurso que tragarse en silencio su desesperación. Sentimiento que, tras ese episodio, ensombrece cada vez más su vida.

Los empeños de moralista y puritana de que hace alarde frente al desvío de las hermanas, y en particular, en relación con la conducta de Eugenia, bien se advierte que no son sino mezquinidad, envidia, despecho, desaliento. Habría sido otra mujer, de haber contado con una mano de hombre que apretara la suya. Va convirtiéndose en solterona, torturada por el hartazgo sexual de sus hermanas. Su doncellez es su "complejo". Se dedica, al fin, al culto de Dios. Un freudista podría hurgar con provecho en el fondo de la psicología rica de sentimientos y resentimientos que revela en su violenta fraseología esta beata forzada. Al ir trazando la trayectoria de este proceso de involución que sufre el alma atormentada de Carmelina, el autor hace también de delator. Denuncia, con una impasibilidad y el escalpelo a la mano, la intimidad del proceso. Duro y tragicómico sin duda. Pero también, en nuestra sociedad semifeudal, drama frecuente. Drama oscuro que nos negamos a comprender en toda su hondura en la solterona.

La última de las tres ratas es la que menos personalidad tie-

ne, la más imprecisa y desdibujada. Quizá porque no la vemos sufrir y en consecuencia, no podemos medir el temple de su alma. La vida para ella es negocio fácil. Francisco Pereira viene a tiempo y la arranca de la fauce voraz. El destino de Ana Luisa es bueno y claro. Apenas tiene peripecia. No cabe hablar, a propósito de ella, de grandes conmociones, ni siquiera de tragedias menudas. En tanto que todo en la vida de Eugenia es pasión, miseria y fracaso, Ana Luisa triunfa fácil y anodinamente. No tiene pasta de heroína. No todas las mujeres pueden tenerla. Su destino tampoco les queda grande. . . Bueno, si Julieta y Romeo se hubieran casado y vivido felices no habrían sido personajes de tragedia. Ana Luisa tampoco lo es. Niña mimada, hermosa, sana, es la hermana feliz del terceto. Su marido la salva; el revolucionario Pereira.

Artísticamente, la presencia de Ana Luisa sirve, es cierto, a los efectos del contraste. El lector compara por fuerza la diferencia entre dos destinos: juzga que Eugenia tuvo derecho a una vida mejor, menos accidentada, menos plagada de clamorosas injusticias; piensa que los dotes que formaron su carácter y su persona atrayente debieron haberle servido mejor, dándole una vida amable; se irrita uno ante tamaña injusticia y encuentra que algo tremendamente malo hay en ese sino social que permite que una mujer como Eugenia, que pudo haber sido útil, sea tratada así.

Se nos olvidaba mencionar otro personaje femenino, del breve grupo de partiquinos. Se trata de doña Targelia Antepara, la modista que hace de su taller un sitio de celestinaje. Es una de esas socorridas figuras de comparsa, uno de esos muñecos útiles para facilitar el desenvolvimiento de la trama, la alcahueta clásica. Nada más vale la pena decir de la untuosa costurera y de su ambidextra actividad, que hace conocer a Eugenia a uno de sus primeros amantes.

La acción de la novela no decae. Mantiene vivo el interés del lector, de principio a fin. Hay momento en que se advierte que Pareja ha entrado en zonas que le son familiares. Nos referimos en particular a la ciudad, donde él se mueve con gran pericia y afición. Sus breves incursiones por el campo, en la literatura y en la vida, no son su mayor deleite. Pareja es ciudadanísimo, y dudo que sienta la peripecia campesina, sino de refilón. Sin ir hasta el punto de pensar íntimamente que juzgaba al campo como "un lugar horrible donde los pollos se pasean cru-

dos", el autor de "El Muelle" prefiere y acierta en la ciudad. Su cuátrero "Lamparita", en "Baldomera", la huida por la selva que describe en "La Beldaca", las exploraciones agrarias que hace en "Las tres ratas", nos demuestran la postura incómoda de Pareja en el campo, en el cual, por el contrario, son buenos baqueanos —limitándonos solamente a los escritores del litoral— Gil Gilbert, José de la Cuadra, Aguilera Malta.

Esto de la procedencia de los personajes nos plantea, de soslayo, un interrogante. ¿Cuál es, para la novelística ecuatoriana, el filón más rico? ¿El hombre de la ciudad? ¿El hombre del campo? ¿Dónde están ubicados los más hondos conflictos? ¿Dónde encuentran nuestros novelistas los temas más dramáticos? Dejando también este punto para un estudio más esforzado, concretemonos al caso singular de que nos venimos ocupando.

La gente con la cual se bate nuestro autor es indudablemente más difícil de manejar, e inclusive, de caracterizar. En la narración tenemos que distinguir la trama o argumento y la pintura de los caracteres. Y hablar del argumento nos lleva a hablar de las situaciones dramáticas en que aquél se desenvuelve. Goethe se había preocupado ya con sobresalto, después de una cuidadosa cuenta, de que las situaciones dramáticas posibles son solamente treinta y seis. Schiller, incrédulo, hizo por su cuenta parecidos cálculos, llegando a la misma conclusión. Debí haberse pensado entonces que los resortes empleados en el arte se prestaban a pocas combinaciones básicas, y que lo que vendría después no serían sino repeticiones, variantes del mismo tema. Pero de entonces acá el porvenir de la novela ha mejorado. Acaso no ha aumentado el número de situaciones, pero ha incorporado a sus dominios nuevos territorios, algunos, a medio conquistar. Adquirió un sentido lo que se llama "documento humano" y el mundo de lo subconsciente e inconsciente empiezan a entregarse. Y en América, del Norte y la del Sur, sus novelistas entregan a la curiosidad del mundo una interpretación prístina, brutal y sincera de lo que sienten y piensan que es su realidad.

Pero volviendo al asunto, parece adecuado consignar que el nuevo mundo tiene una rica reserva de personajes que no han visitado todavía las páginas de sus novelistas. De ahí que la originalidad del relato americano puede que sea la resultante de la mezcla de esa limitada cantidad de situaciones dramáticas con los caracteres humanos nativos y con el medio social y telúrico en el cual actúan. Además, lo mejor de nuestros novelistas hace

en sus libros realismo y crítica social, disimulando más o menos bien la intención que anima sus páginas. Ello da la nota tónica en el relato contemporáneo, en el cual suele prevalecer, o la presentación implacable de una realidad social, que prefiere exhibir la pústula que el tejido sano, o el presentimiento emocionado de una vida mejor para el futuro inminente, a través de la revolución social. Todo esto arroja novedosas posibilidades para el destino ulterior del relato. ¿La ciudad? ¿El campo?

El novelista Pareja se ha decidido por contarnos la vida de la ciudad porteña. Y creemos que ha escogido bien. Pienso que ese es el mejor filón, la más considerable reserva, ya que allí se encuentra la clase media, esa clase media denostada y escarnecida pero que, en nuestra patria, es la única que viene haciendo la historia.

Se ha calumniado vivamente a esta clase, y hay revolucionarios que, no obstante pertenecer a ella, la desprecian profundamente, por el sentido pequeño burgués que le encuentran. A menudo consideran que no hay otro elemento propicio a la revolución que el proletariado... que entre nosotros, tomando la palabra en su sentido científico, apenas existe.

Sin embargo, en la historia y en la novela, esta clase media ecuatoriana es de una fuerza decisiva. En la historia, es la que ha conducido y es al propio tiempo el objetivo de la evolución y revolución ecuatoriana. En la novela, nos proporciona una materia prima vívida, fecunda en elementos creadores y en conflictos dramáticos. Es la clase que mejor conocemos, ya que formamos parte de ella. Por otra parte, su sensibilidad afinada por el roce de la cultura occidental, el contraste entre sus posibilidades y sus descos, su ambición de mejora egoísta que en veces la arrastra y en veces la eleva, su fina percepción agudizada frecuentemente por el hambre, hacen de esta clase la más voraz, heroica, mezquina, noble, odiosa, amable de cuantas forman la estratificación social del Ecuador. En otros términos, es la que mejor se presta a ser tratada por la novela. Los relatos sobre nuestro campesino, sobre nuestro indio o nuestro montuvio solamente pueden ser la narración de actos primos, de voliciones bestiales y primitivas, de impulsos irreflexivos, en los que puede más el móvil que el motivo, y lo patético estará rara vez en el conflicto psicológico sino en la tremenda y exasperante carencia de lo indispensable, en la inicua explotación del hombre por el hombre, llevada a un grado de abyección increíble. Dentro de esta forzosa limi-

tación del horizonte artístico, la gama de situaciones y creación de caracteres que puede exhibir nuestra novelística es simple, monótona y reducida. Plantea casi siempre los mismos problemas. El indio explotado, sumido en su vida subhumana. La india, tomada brutalmente por el patrono: el gamonal insolente y sádico; el montuvio que se rebela contra éste y consume el hecho de sangre; la lucha del hombre con la naturaleza tropical... No veo por qué debemos evitar deliberadamente el trato novelístico con la clase media, y, en general, con este variado y complejo elemento humano que ella constituye, en perpetuo y conmovido fluir. Por abajo, absorbiendo o rechazando al mestizo, al cholo, al montuvio, al depauperado, al-artesano, al cura indio, al soldado de fortuna, que trata de sumirse en la corriente y mejorar de condición y de clase. Y por arriba —hacia el vértice de la pirámide— recogiendo a los rezagados que defenestró la clase alta, enseñando rabiosamente los puños y agitando banderas rojas, mientras otros suspiran servilmente por alcanzar la orilla difícil, culminación pobre de su sueño.

Así parecen haberlo comprendido ya los nuestros. La novela de los últimos años lo está demostrando. El propio Jorge Icaza, celebrado autor de "Huasipungo" va acercándose cada vez más. Su última novela "Media vida deslumbrados" es un testimonio de ello.

Tornando a Pareja, encontramos que él sí, hombre de ciudad, y violentamente enamorado de ella, procura no salirse de ese marco para sus relatos. En ellos, como en "Las tres ratas", nos damos también cuenta de su pericia en el manejo del diálogo, en el cual, entre los novelistas ecuatorianos, apenas tiene rival, por mucho que incurra a veces en el pecado de atribuir frases del mismo corte, tono y medida, a todos sus interlocutores. Cabe allí una gradación, una diferenciación, ya que los periodos en que se expresa una persona impulsiva y vehemente como Eugenia, pongamos por caso, tienen que ser por fuerza distintos en la estructura que los de la amargada Carmelina, o los de la casi feliz Ana Luisa, influida, en cambio, por la inconfundible oratoria política de Pereira. Con todo, no podemos pedir más. A fuerza de diálogo, casi como en el drama, es cómo Pareja nos lleva a momentos de lo más emocionantes de su novela. No es amigo de narrarlos. Los presenta, haciendo hablar directamente a los personajes: arte difícil.

Este libro de Pareja, del cual podríamos desprender algunas

reflexiones más, pero que las tendremos que hilvanar en otra ocasión, o mejor, en otro tejido, es sin duda el resultado, por el camino de la novela, de su absorbente comercio, en los últimos años, con la época y figura de don Eloy Alfaro. Los amigos hemos podido ver cómo y cuánto ha trabajado con esta obsesionante figura, preparando su biografía novelada del Viejo Luchador. Pareja, que improvisa sus libros; Pareja, que ha escrito todas sus novelas en un trimestre y a razón de un capítulo por noche en muchas veces, ha luchado a brazo partido con Don Eloy por largo tiempo. El gran Viejo de la "Hoguera Bárbara" ha librado su postrer combate con Pareja, explicándole y deslumbrándole, en el difícil idioma de los hechos, a veces más difícil de interpretar que el de las palabras. En "Las tres ratas" se le ha desbordado Don Eloy. La familia que presenta Pareja es una familia liberal, que viene directamente de los tiempos de Alfaro. Al propio tiempo deja entrever, a través de la evocación artística, la trayectoria del liberalismo en el Ecuador, o sea, la trayectoria del más apasionante episodio vivido por la clase media de nuestro país, con todas sus derivaciones, tergiversaciones y desviaciones.

No conocemos de los propósitos literarios posteriores de Pareja. Ignoramos por dónde vaya a enderezar su arte novelesco. Juzgamos, eso sí, que no se desviará de su ruta urbana, ni saldrá de la clase media que ha venido retratando. Es posible que el plan general de la creación literaria del joven autor sea el de completar un ciclo novelesco, que vaya presentando, con orden, otros tantos sectores de la vida nacional —e hispanoamericana— con miras a ofrecer una visión de conjunto. Sería obra buena. Nosotros, que carecemos casi de historia escrita, que apenas contamos con esbozos aislados y parciales de sociología nacional, debemos ayudarnos con el documento literario para llenar estos vacíos. La historia, tan sólo comenzada a narrar, la sociología, en meros sondeos de prueba cada vez más audaces y la novela, que sale ya de su etapa matinal, serían tres magníficas referencias para inscribir con acierto y veracidad, dentro del triángulo por ellas formado, a nuestra arisca realidad nacional y americana.

Quito, mayo de 1945.

Angel F. ROJAS

"TIERRA, SON Y TAMBOR"

LA POESIA DE ADALBERTO ORTIZ

Desde hace poco tiempo se ha ido formando un grupo de jóvenes escritores y artistas ecuatorianos en México, país más próximo a su temperamento, más interesante por su dinamismo experimental. Actualmente el grupo consta de cinco nombres conocidos: Alfredo Pareja Diez-Cáñeseo y Demetrio Aguilera Malta, quienes fueron los primeros en ir con sus propios medios económicos, y a los cuales se juntaron luego Adalberto Ortiz, en un cargo diplomático; Galo Galecio y Carlos Rodríguez, apoyados por el Ministerio de Educación cuando lo dirigía Alfredo Vera. Raúl Andrade estuvo con ellos, pero ahora ya está en Colombia.

Por lo demás, todos los intelectuales que viajan del Ecuador a los Estados Unidos, se detienen en tierras de México por lo menos unos pocos días, acogidos por el núcleo de entusiastas que no saben de qué hablar primero, de su propio país o de sus aventuras en la tierra nueva. Y aunque todavía no he estado con ellos, creo que el centro y animador del grupo es Alfredo Pareja, el escritor guayaquilero con el corazón leal y generoso, la sonrisa franca, la mente clara e incorruptible, gran amigo, gran trabajador y gran patriota.

Debe ser él quien los convence y los obliga a poner lo mejor de sí mismos en su tarea creadora, porque así lo hacía en Guayaquil durante los años que le conocí allí, y no hay razón de suponer que haya cambiado en el extranjero.

Gracias a él y sus compañeros se ha creado en México un creciente interés por la producción literaria y artística del Ecuador, que fielmente reflejan nuestra realidad. Casi no pasa un mes sin que se publique una obra de autor ecuatoriano en las empresas editoriales mejicanas. En las mejores revistas se pueden leer artículos y cuentos de conocidos escritores nuestros, y exhibiciones de

pintores ecuatorianos que atraen miles de visitantes y excitan los comentarios más favorables.

Aquí en el Ecuador, nosotros recibimos muestras de esta intensa labor en catálogos y libros que en constante corriente llegan a nuestras manos. Entre los últimos se encuentran: la re-impresión de "El Muelle" de Alfredo Pareja (Edición Tezontle, México, D. F.), "Los Argonautas de la Selva" de Leopoldo Benites (Editorial Fondo de Cultura Económico), y "Tierra, Son y Tambor" de Adalberto Ortiz (Ediciones La Cigarra, México, D. F., 12 sucres).

Los dos primeros ya son ampliamente conocidos aquí y han encontrado el aplauso que merecen. Pero es la primera vez que Adalberto Ortiz se presenta al público lector después de su novela "Juyungo", "Historia de un negro, una isla y otros negros". Ganó con ella el primer premio en el Concurso de la Novela Ecuatoriana de 1942, pero no fué publicada hasta dos años más tarde en Buenos Aires.

Ahora se trata de una colección de poemas con la misma ubicación geográfica: Esmeraldas, tierra verde del trópico, hasta hoy tan olvidada en la literatura como en la política ecuatoriana.

Lógicamente, el libro se divide en dos partes: Cantares Negros, y Cantares Mulatos. Predomina en los primeros el son de exaltación que recibe su ritmo alegre de la marimba y su inexplicable tristeza del cununo, también típico de esa región. La mayoría de estos poemas están escritos en el lenguaje suave y sensual de los negros esmeraldeños, usando además una serie de palabras onomatopéyicas que, imitando la música nativa, cojen al lector con la violencia de los bailes selváticos y le obligan a buscar un auditorio para comunicarle los versos en alta voz. Este efecto tiene, por ejemplo, el

JOLGORIO

Está vomitando el bombo
su enorme bom.

Cununo que cununea:

taca, taca, tom.

taca, taca, tom.

Arrulla la guacharaca:

chaca, chaca, guasá.

Risa de un palitroque:

taraca taracató.

Va la marimba a soná:
tucu, tucu, tunn
tucu, tucu, tunn.

Canta un negro renegro,
venido del Telembí:
Zambambé, zambambú,
cachimba, cachirimba;
Negrito caracumbé,
saca cuchillo, matá mujé.
Upapé, jajejá,
aé, aú.
Seguí cantando nomá,
que el negro no baila tango,
el negro tan sólo baila
carioca, marimba y rumba:
batuque, marimba y bomba.
batuque, marimba y bomba.

Mamapunga, sudor,
tabaco y luz de candil;
patas de negro que suenan
sobre el pambil.
Los senos, la rabadilla
y el vientre bajo
que se emborracha con el olor.
Qué zamba pa tcné bamba,
metéle una zancadilla.
Zumbále el mango,
zumbále el mango.
Gira cabeza pamba,
brilla machete yambo,
que corta cambo,
que corta cambo.
Patas negras del mundo
que sólo bailan:
batuque, marimba y rumba.
Bembas de negros que cantan
candombe, marimba y conga.

Poco de este estilo se queda en los Cantares Mulatos. Cambia el tono, cambia el ritmo, cambia el vocabulario, y en vez de un ingenuo gozar o de una rebeldía a medio adivinada se siente la angustia y amargura del hombre que "casi negro, casi blanco, ya no es náa". Esto, como explica Joaquín Gallegos Lara en su inteligente introducción, no se debe a un "conflicto biológico —la especie humana es una sola— sino social. Porque se veja al negro, éste se rebela: porque se menosprecia al mulato es que él se acuerda contradictoriamente de sus abuelos opuestos. No son almas raciaics, que no las hay, las que chocan en la psiquis del mulato, sino sus reacciones frente a los criterios y valorizaciones distintos, discriminados, que la sociedad actual tiene, acerca de sus abuelos, acerca de negros y blancos..."

Y entonces Adalberto Ortiz, mulato él mismo, escribe versos como éstos:

ROMANCE DE LUZ MARINA

¡Ay de las olas que duermen
sobre la ceja del mar!

Ay, de los sueños inmensos
los que nunca llegarán,
como aquel viejo velero
que surcó la oscuridad
y en las horas de bonanza
sin ruta precisa va;
con un timón de gaviotas
y un esqualo por compás,
mil delfines por custodia
,y una mujer, Capitán.

Sobre las olas de raso
que el viento bravo nos da,
si yo tuviera otra nave,
tras ella me iría sin más,
oír sobre todas las aguas
o hasta la estrella polar.
Pero aquel barco que quiero
sólo en cuadernas está.

Y todos los días que huye
cansado, el sol tropical,
me siento al pie de la playa
para ver morir el mar.

Lo que hace de este libro una de las publicaciones más perfectas son los 28 grabados originales que Galo Galecio ha añadido a los poemas de su amigo y compatriota. Galecio, cuando todavía estaba en el Ecuador, se distinguía por sus caricaturas y era conocido en los círculos intelectuales como hombre algo difícil y áspero. Parece que la salida del país y el éxito que ha encontrado afuera, le han cambiado el ánimo y le han permitido probablemente por primera vez olvidarse de sí mismo y de sus propios problemas. Sólo así ha podido penetrar tan hondamente en el temperamento de Adalberto Ortiz, tan distinto del suyo, y expresar acaso mejor que el mismo poeta la vida de la selva esmeraldeña en su paisaje misterioso y sus hombres llenos de supersticiones que encuentran en los instintos su única guía. Cada uno de los grabados es una obra maestra que no pierde nada de su valor artístico por ser ilustrativa. Es asombrosa la perfección con la cual un medio de expresión ha sido transferido a otro, y la crecida importancia que así obtiene el conjunto. Hay que dar las gracias a los dos jóvenes ecuatorianos por su valiosa obra en el extranjero, y a los mejicanos por ofrecernos una publicación tan perfecta que enorgullece a ambos Países.

Lilo LINKE.

SENTIDO DE AMOR HUMANO EN LA POESÍA DE ALEJANDRO CARRIÓN

Notas sobre el libro: "Poesía de la soledad y el deseo"

Sin riesgo de equivocarnos, podemos afirmar que Jorge Carrera Andrade —nombre de vasta resonancia, sólidamente enraizado al movimiento literario universal— y Alejandro Carrión —uno de los más bien configurados temperamentos líricos del Ecuador de hoy— son más conocidos y admirados, estudiados y comprendidos en otras latitudes, que en su propio país.

Y no queremos citar a otros poetas, cuyo prestigio rebasó los límites del territorio patrio, para esparcirse por el mundo, como Gonzalo Escudero, Augusto Sacoto, Jorge Reyes y tantos más, porque a esta hora algunos han callado definitivamente o preparan en silencio nuevos mensajes de su vivencia artística. Y más que todo, porque los versos de Carrera Andrade y de Carrión, con específico interés, han sido exaltados por la crítica de toda América y trasladados a otros idiomas.

Y esto es ya bastante significativo. En efecto. Numerosos son los juicios y las apreciaciones que acerca de su categoría intelectual, han emitido los más altos vigías del pensamiento moderno.

En medios que nosotros, erróneamente, consideramos, si no adversos, por lo menos poco propicios para las cordiales manifestaciones del espíritu, como los Estados Unidos, se han vertido opiniones que remarcan el valor de estos dos elevados y animosos cultores de la poesía de los nuevos tiempos, dentro de las veraces y abundantes voces líricas de nuestra América. Por esto, a no dudarlo, han sido traducidos al inglés algunos de sus mejores poemas. Y aventados a la más ancha circulación, en ediciones verdaderamente grandes en número y en calidad.

La obra literaria de Carrión, en opinión de algunos de sus comentaradores, comprende dos aspectos, que quieren ser diferenciados y ubicados en dos distintas etapas de su presencia poética: la primera, a la que se le atribuye un matiz social evidente. La poesía considerada como la de su iniciación literaria. Hinchada de fermento revolucionario. Y la otra, la del humano amor. La del

hondo y casi jubiloso sentido de la bondad. La de una nueva visión del panorama terrestre, a través de una diáfana dimensión de la ternura. A la que se pretende —hasta cierto punto— hacerla incompatible, cuando no antagónica, con aquella.

A nuestro juicio, esta última característica —la del amor y la ternura— ha existido siempre y con acentuada espontaneidad en Carrión. Bien pudiera decirse que, acaso, estos sentimientos, fundidos en uno solo, le llevaron a realizar una poesía de contenido humano.

La contemplación del mundo tal como es, tal como tiene que ser justipreciado por los hombres de buena voluntad, no puede operar sino una reacción favorable al suspirado advenimiento de la justicia. Reacción más crecida, más desarrollada en los espíritus que acusan una dosis mayor de sensibilidad. Porque “es tarea del artista, es deber del artista, ver lo que surge, escuchar la música del viento”. Y bien sabemos todos que el viento —por nuestros campos y ciudades— no siempre suena melodiosamente...

La poesía de Carrión, ni en su amanecer más exaltado, insurgió violenta, enfurecidamente. Ni levantó sus ecos con estruendo de catarata. Ni lanzó gritos inverecundos y detonantes. Se ha limitado, con voz serena y perceptible, con suave acento de amargura —la amargura del hombre que quisiera residir en un mundo más comprensivo y menos hosco— a esbozar cuadros, a plasmar escenas, a diluir los colores de su íntimo, de su sincero anhelo, sobre los horizontes de la vida. De la vida tal como es: desequilibrada y contradictoria.

En un libro que aún permanece inédito —“Presencia del Pasado”— al trazar las semblanzas de Jorge Carrera Andrade y hacer un breve análisis de su tránsito humano y de su progresión lírica, decíamos que es un poeta de originalidad bien roturada. Y que había penetrado audazmente en el terreno social. Así es en realidad. Pero su poesía actual está depurada de toda algarabía. Es una poesía pletórica de imágenes. Reveladora de inmensos recursos metafóricos. Tan distante de sus primeras entonaciones de insurgencia.

Esta opinión —que ha permanecido largo tiempo silenciosa— hemos visto después que ha coincidido con la de algunos críticos que se han detenido en la consideración de su obra literaria. Y, no obstante esta confluencia de opiniones similares, no se podría sostener, ahora, que Carrera Andrade es un poeta revolucionario.

Lo que, sí ocurre es que ningún escritor que mire sin vulga-

res prejuicios, ni premeditados intereses la textura del mundo y su realidad vívida y transparente. Ningún sér dueño de un espíritu ligeramente inquieto, para decir lo menos, puede sustraerse a la visión global y al examen escueto de los errores que gravitan sobre la existencia del hombre. Y esta visión que deja de ser utópica, para tornarse una cosa objetiva, táctil, más aún, un hecho real y hárbaramente triste, conduce con avasalladora impetuosidad, en ciertas ocasiones, a la interpretación lóbrega del destino de la humanidad carcomida por la injusticia.

Esta hora de honda y expectante preocupación por ensanchar razonablemente los límites del bienestar común, está sonando con inequívocos sonos de alarma en el medroso interior de muchos afortunados mortales.

Alejandro Carrión pertenece al número de los intelectuales que no desdeñan la contemplación de las seculares cicatrices, menos aún de las llagas palpitantes del dolor humano. El se detiene a mirar, con indeclinable interés, con cierta persistencia espiritual, la tragedia del hombre. Del hombre humilde. Del laborioso campesino. Del trabajador irredento. Emulo —en un destino físico y fatal— del resignado “hermano asno”...

De la observación de esas patéticas películas de sombras —no aptas para el mercado bursátil y habitual— nacieron sus poemas de sustancia y color palpablemente reales.

Acaso, ilusamente, ha pensado alguna vez que su poesía, enfocada hacia el oriente del drama social de todos los tiempos, podría contribuir a despertar la fría y dura conciencia de los poderosos de la tierra, a “hacer las cosas de nuevo. Edificar de manera tal que todo sea nuevo, que nuestra vida falsa, baja, sórdida, brutal, se convierta en justa, pura, brillante y bella”.

Desde otro punto de vista, que converge exactamente a su línea poética y que, expresándonos mejor, no es otro punto de vista, sino el mismo que hemos observado ya, Carrión deja que su cristiana conformación espiritual —que no ha entendido jamás las usuales ficciones de la virtud— le lleve por el camino de la dulzura. Por la avenida tibia de sol, clara de armonías y saturada de la esencia del divino amor humano. Pero no de un amor egoísta, limitado, minúsculo. Sino de un sentimiento poderoso, grande, libre. Sublime, en el voluptuoso deseo de cooperar a la felicidad de los mortales. Dignos de merecerla, desde luego.

Tiene en el alma, el corazón y en la palabra, que lo interpre-

tan fielmente, un estremecimiento, un latido y una resonancia que, por sí solos, constituyen un inagotable surtidor de emociones.

Sin alaridos huecos, ni gesticulaciones dramáticas, con un espontáneo ritmo de "buen corazón" —como reza el adagio popular— y con una tenue sonrisa de inconformidad, deja que sus versos fluyan fácilmente. Melancólicamente, algunas veces. Como notas que se elevan, en espirales de arcoiris, a prenderse definitivamente en el eterno amanecer de la esperanza...

Y ponemos aquí puntos suspensivos a esta nota liminar. No nos sentimos dueños de la oportunidad, del espacio ni del tiempo requeridos para emprender en una más dilatada mensura de la vigorosa personalidad lírica de Carrión, a través del hermoso y sugerente libro que ofrecen las Ediciones de la Universidad Central.

Dejamos, más bien, expedito el trayecto del lector por los caminos amables de la Soledad y el Deseo...

Hugo ALEMAN.

UN GRAN LIBRO CONTINENTAL

"Los Argonautas de la Selva",
por Leopoldo Benites V.

La grande aventura de América, que no tiene aún su poeta nativo para la peripecia sonora de la epopeya; tiene ya, en cambio, su línea de historiadores que, descendiendo de la progenie gloriosa de Bernal Díaz del Castillo, Cieza de León, Garcilazo de la Vega, se ha ilustrado con los nombres luminosos de los cronistas de Indias.

Al afirmar que no tiene aún su poeta la aventura del descubrimiento, lo hago a sabiendas de mi aparente error, y pido que se me comprenda: lo que no aparece aún es el gran cantor que, dentro de los cánones de la preceptiva haya hecho —a la medida sobrehumana de la hazaña— el poema épico que supo inspirar la guerra de Troya al Ciego inmortal o, más cercanamente, los descubrimientos y empresas lusitanas, que hicieron llamear el genio de Camoens. Sólo la conquista de Arauco tuvo su capitán ibero que la hiciera y la cantara a la vez.

En cambio, la epopeya sin cántico metrado, continuación documentada —y poética— de la obra de los cronistas, altos poetas muchos de ellos, se está haciendo hoy, por hombres nuevos y fuertes que, comprendiendo la necesidad de exaltación de los orígenes, de historia y de leyenda, que tienen los pueblos de este continente, se han dedicado a la obra constructiva y dinámica a la vez, de resucitar el pasado.

A esta frase: "resucitar el pasado", con su prosapia evidente del lugar común, quiero yo darle su verdadero, literal, nobilísimo sentido: Resurrección. No se resucita una época, un personaje, un capítulo de la vida de un pueblo o de un hombre, con la sabia, paciente y artesana momificación del archivista, rata de biblioteca que, enamorado de lo externo, esclavo del detalle, no le pide al documento sino esto: que asome, que se deje catalogar, numerar y guardar en un anaquele o un cofre. Cuando estos artesanos utili-

simos se arrogan atribuciones definidoras y fijadoras, que corresponden a la categoría más alta del historiador, entonces realizan labor de sepultureros reflexivos y premeditados que, con misa cantada, flores y coronas, entierran en el panteón nacional al personaje, la hazaña o la época.

Entre esos hombres que, con el criterio de la historia apasionada, mantenida en la antigüedad por Tácito y la concepción moderna de Momsem y Michelet, entienden la historia como algo viviente y manejan el pasado como materia viva, articulada, por la que circula sangre de hombres, y está animada por la mente y la voluntad activa de seres humanos, transidos de dolor, de entusiasmos, de miserias y júbilos. Entre esos hombres se coloca, de lleno, por derecho de elevación y de talento, el gran escritor ecuatoriano Leopoldo Benites, con su obra LOS ARGONAUTAS DE LA SELVA.



Es la hazaña magna del descubrimiento: el encuentro del hombre, del hombre de Occidente, con el río más grande de la tierra: **El Amazonas**. Tema de anchura y vastedad magnificas, de rigurosa exigencia en la planificación, en la investigación histórica, en la selección de fuentes y de datos. Y dominado por el imperativo implacable de encontrarle un estilo que empate con la grandiosidad temática.

Leopoldo Benites, lúcido siempre en su obra anterior y actual de ensayista y de crítico, al abordar la hazaña, la verdadera hazaña de resucitar —de re-crear dijera don Miguel de Unamuno— la formidable empresa quiteña del descubrimiento, se transfigura él mismo, se le acelera y fortalece la pulsación y, como en trance de fiebre, sin perder lucidez crítica, crea dominado de avasallante inspiración.

Por todo el relato de la hazaña circula un viento sinfónico, poderosamente orquestado; se escucha el diálogo sobrehumano entre la selva, la naturaleza toda inviolada, y los hombres que pretenden dominarla. Vidas, claras vidas humanas sin la clásica maquinaria de dioses que las muevan, accionan dentro, frente y contra la naturaleza. Que unas veces es río, fruta u hombres favorables. Y otras veces, las más, es serpiente, mosquito, "vida peligrosa y confusa", enemigas voraces y traidoras. Vidas humanas que accionan dentro, frente y contra el hombre: rey, fraile, aventurero.

Y el propio yo individual, temerario o cobarde, ambicioso o heroico, de cada unidad humana, en el seno de la tremenda aventura.

Al hablar del libro de Benites, antes que expresiones de índole literaria, se asoman al canto del espíritu términos musicales y es por ello que, por poco, hemos dicho que el libro está dividido en dos movimientos, y no en dos partes, como manda el autor.



Es en Guayaquil —“puerta mayor de América al Pacífico”— donde se medita la hazaña. Ritmo lento de abrasadora calidez. El hombre que ha fundado, a orillas de un río de maravilla, desmelenado de palmeras, una villa al pie de un cerro al que ha dado el nombre —Santa Ana— de la mujer de su vida, Francisco de Orellana, quiere él también, por su cuenta, cumplir el destino ibérico de agrandar el mundo.

Y se inicia el primer movimiento de la magna epopeya. El relato aprisiona al lector dentro de su apretada y tensa urdimbre. Hay un poco del gran cuento de aventuras. Se piensa en el Zweig de Amok, con su borrachera de ginebra y de trópico. Y también: en el José Conrad de Almayer, que sabe en sus páginas reproducir la locura causada por la selva, la fiebre salvaje de lo cálido, engendradora fecunda de todo el frenesí de la naturaleza.

Es preciso —y alguna vez lo hemos intentado— insistir sobre la falsedad, tan generalizada, de tratar en forma peyorativa a la “novela de aventuras”. Incluyendo en esa denominación, y más despectivamente aún, a la “novela policial”. Novelas de aventuras: son algunas de las obras cumbres de la literatura universal: “EL EXODO, EL LIBRO DE ESTHER, LA ILIADA Y LA ODISEA, LA ENEIDA, para no citar, en la edad angua, sino los más egregios monumentos. ¿Qué son sino novelas de aventuras? ¿Y no es novela de aventuras, la novela de aventuras por antonomasia, EL QUIJOTE, expresión máxima de la raza y el idioma?

Leopoldo Benites, polemista buído, de la gran línea nacional de Solano y Calle; cuyos artículos de combate —definición política o ataque tremebundo— son esperados día tras día por la opinión nacional. Leopoldo Benites, ensayista y conferencista certamente informado de sus temas; clarificador preciso de los problemas que ataca; y dueño de una prosa límpida, elegante y dinámica a la vez, para exponerlos. Leopoldo Benites, que ha hecho y

hace eso, en un plano muy alto, hoy nos ofrece sus calidades de relatista de aventuras; y entre esas calidades advertimos, singularmente, éstas: la visión del paisaje, el clima y el poder de adentrarse, reconstruyéndolas, en las actitudes humanas.



Se inicia la aventura con un ritmo grave y poderoso: es la atracción implacable de lo desconocido, operando sobre el conquistador español, Francisco de Orellana que, si bien ha participado en muchas de las peripecias heroicas del descubrimiento y la conquista, aún no ha conseguido destacar, en todo su potente relieve, su propia personalidad, dentro de la cual, él siente hervir posibilidades aún inexpressadas. Luego es la preparación de la empresa.

Y después, el diálogo formidable, el contrapunto tremendo entre el hombre y la naturaleza. Es allí donde se manifiesta el poder pictórico y las facultades de colorista de Leopoldo Benites; su capacidad para llevar al lector frente al paisaje y comunicarle toda la emoción, veraz y exaltada a la vez, que una visión directa del escenario inmenso pudiera producir.

El clima. Acaso sea éste el obstáculo más difícil de superar en la novela de aventuras, en todo relato de acción humana en el espacio. Solamente los grandes maestros, y ni siquiera todos ellos, han conseguido comunicar a los lectores la sensación exacta del clima en que se desarrollan los acontecimientos relatados. Y sin esa sensación de clima, la acción de lo contado pierde su más firme y necesaria base; y los móviles, la agitación pasional, los reflejos anímicos, no tienen explicación válida si no tenemos ese telón de fondo de paisaje y, sobre todo, de clima.

Dostovewsky, el gran maestro eslavo que casi nunca nos comunica clara y distintamente el paisaje; en cambio llega a excelencias insospechadas con su poder de dar la sensación del clima, con tal fuerza operante que, la acción del relato obedece, está casi determinada por el aspecto térmico del clima. Recordemos, por ejemplo, esa novelita corta, perfecta en su género: **Una enojosa historia**, en la que el frío invernal de Petersburgo es el actor principal; o aquella otra: **El jugador**, en que las delicias estivales de Rullemburgo, dan las posibilidades máximas a la verdad de la acción. Y sin embargo es muy difícil, para mí por lo menos, reconstruir el paisaje visual, plástico, en que se desarrolla esa crea-

ción suprema de la novelística universal que es *El Idiota*. Acaso ocurre en las comarcas del alma, desconocidas y distintas.

Pero el paradigma diáfano de estas excelencias nos lo ofrece un novelista más cercano a nosotros por idioma y raza, el ibero Eca de Queiroz. Releamos esa obra maestra de técnica y realismo que es *La Ilustre Casa de Ramírez*. Y veremos que, a cada momento de lectura, un pintor pudiera ir esbozando el decorado de naturaleza en que vive la acción; y al mismo tiempo el lector puede, a cada página, calcular los grados de temperatura del instante.

La novelística americana ha comprendido toda la trascendencia de estos factores, y por ello, sus representativos, Rómulo Gallegos, José Eustacio Rivera, han realizado en sus obras, la expresión más cabal de clima y de paisaje.

En *Los Argonautas de la Selva*, de Benites, hay presencia de clima a lo largo de todas las páginas. Quizás es el personaje de mayor y más terrible poder. El adversario formidable, vencedor en veces, vencido en otras, de Orellana, de sus hombres; orientador de la aventura, *deus ex machina* de la epopeya. Sin embargo de esta presencia constante, e indispensable, de la expresión de clima no hay insistencia fatigosa, no hay reiteramiento que perjudique la calidad artística, que dañe al ritmo, lento o acelerado, según conviene, del relato.



Siguiendo con fidelidad constante al argumento, a la aventura en acción, Benites va planteando el contrapunto interpretativo, con hondura y originalidad a la vez. Es aquí donde la estatura de sociólogo y ensayista de Leopoldo Benites se manifiesta de muy alta talla.

Páginas de indudable maestría hermenéutica, son las de ese hondo capítulo de crítica histórica: *La Paradoja hispana*. Reconstrucción de época, sin arbitrariedades, pero de valiente y muy personal expresión. Acaso los puntos de vista de Benites, sus rutas interpretativas, con su valor polémico, esclarezcan ciertos claroscuros de la historia, o prorroguen su esclarecimiento.



Deliberadamente había dejado para el final mis observaciones sobre la fuerza patética de Benites como narrador. Que no exclu-

ye, sino más bien tonifica el sistema y el plan a que obedece la obra.

Ya algo anticipamos sobre la impresión que, en cuanto a emoción del autor ofrece el libro de Benites: nos parece que se halla **en trance**, ganado por la dominadora fuerza dramática del tema.

Leopoldo Benites no se ha dejado llevar por diletantismo, hacia la moda de las biografías noveladas. Que, por lo demás han existido siempre: Plutarco entonces, qué es, sino un biógrafo novelista? Benites, por temperamento, por signo vital, no puede ir a la historia, a la polémica, al ensayo, sino con su atributo fundamental: pasión. Lejos de él la finalidad contemplativa y algebráica de los archivistas de anaquel y vitrina. El, como Pitágoras, que le pusiera música al álgebra y a la astronomía, le pondrá su esencia vital de pasión creadora, a todo tema. Sobre la base austera de su gran amor-pasión también por la verdad, y su escrupulosa honestidad informativa.

Por ello, ese capítulo definivo: **El combate final**, es un paradigma de todas las calidades narrativas de Benites. Es la muerte del héroe, la lucha final en que triunfa la vida por medio de su "ejecutor de altas obras": la muerte. Arte y tragedia real, conjugados, para producir emoción constructiva y forzar el humedecimiento de los ojos.

Y sólo entonces puede dejarse el libro.

BENJAMIN CARRION.

ALFREDO GANGOTENA Y LA CRITICA EXTRANJERA

“¿Qué crítico, o qué poeta podría escribir un artículo sobre vuestras obras y sobre vuestra personalidad poética? ¿Supervielle, Michaux?”, —le decía en una carta a Alfredo Gangotena, P. L. Flouquet—. No soy yo, un cultivador de la Ciencia de las Finanzas, el llamado a hablar de los versos de Gangotena, de su obra, de su personalidad literaria; pero sí puedo decir algo sobre la vida del Poeta, del Ingeniero de Minas, cuyos méritos pasaron desapercibidos para la gran mayoría de los habitantes de esta Ciudad de las Aguas Muertas, que podría decir un Rodembach del Ecuador, por más de un motivo.

Desconocido casi en su patria, mereció los mejores elogios de sus grandes amigos y admiradores, los jóvenes poetas belgas y franceses, el gran filósofo Jacques Maritain, el insigne físico De Broglie, que le dedicó cariñosamente algunas de sus obras, y otros muchos intelectuales de Europa y América. Sus versos, que conmovieron a unos pocos amigos ecuatorianos, han sido leídos con unción altamente emotiva por una élite de literatos extranjeros, y no pocos amigos de las letras en el exterior.

Gangotena fué un desconocido y un postergado en su patria, un solitario a quien Supervielle, sabedor de su tragedia íntima, le dice en su MENSAJE A ALFREDO GANGOTENA: “**Je pense a toi que te trouves seul au monde en ton Equateur**”.

Muchos son los llamados y pocos los escogidos, dice el Evangelio. En 1922, Gangotena participó en el concurso de admisión a la Escuela de Minas de París, la más alta universidad de su clase en Europa, entre más de 200 aspirantes de todo el mundo, de los que sólo 20 fueron los elegidos, y a Gangotena le cupieron las primeras prerrogativas. Terminados los difíciles estudios, se graduó con alta votación y recibió la natural oferta del Gobierno Francés para alistarse entre los servidores que inician su carrera administrativa en el Lejano Oriente.

El Gobierno del Perú, al saber que Gangotena había declina-

do la oferta que habría hecho de él el hombre que pudo ser en el Ecuador, y que venía a América, le ofreció un puesto en la administración; pero el Ingeniero Poeta creyó que podía ser útil a su país, que tanto necesitaba, y necesita ahora, de ingenieros de Minas.

El Gobierno ignoró su presencia y nada quiso saber de sus estudios, ni de ciertas ofertas para la defensa del país, que Gangotena traía de una grande casa francesa. Gracias a los buenos oficios de sus pocos amigos de entonces y de siempre, se obtuvo que la Universidad le nombrase profesor en la Facultad de Ciencias. Mas Gangotena tuvo la imprudencia de enseñar con el estricto criterio científico de una universidad europea, y pretendió orientar sus cursos como se hacía en su querida Escuela de Minas. Los estudiantes encontraron oscuro al maestro que no se limitaba a los lugares comunes de la ciencia, y pidieron que se le cambiara con otro más claro; esto es, menos exigente y superficial. No faltó el pretexto para halagar a los estudiantes y la Universidad deshizo el acierto de haber nombrado profesor a un graduado de la Escuela de Minas de París.

En cierta ocasión me pidieron en la Administración del Estado que diera un candidato para la Dirección de Minas. Hice mención al título que ostentaba Gangotena, añadiendo que mejor candidato no podía sugerir; pero se me dijo que mal podría ser Director de ese Departamento un Poeta extravagante. Así se condenó al hombre que acogió con entusiasmo la idea de consagrarse a su profesión, al abandono absoluto de su mentalidad de ingeniero; y, desilusionado volvió a refugiarse en su querida poesía.

Muchos son los intelectuales que en el Ecuador creen que hay más afinidad entre el agua y fuego que entre las matemáticas y la poesía. Esos señores debieran leer "Los Cantos de Maldoror" del Conde de Lautrémont. No sabemos lo que pudo hacer Gangotena en el amplio campo de las investigaciones mineras, sólo sabemos del recio poeta. Pero ¿por qué no creer que el hombre que alcanzó tan alto sitio en las letras francesas y, por tanto, en las ecuatorianas, no pudo consagrar igual dedicación, para obtener igual éxito en la ingeniería de Minas? No sería el primer poeta científico que ha habido en el mundo.

Extraño en los círculos literarios del país, y rechazado en los científicos, recibí siempre la voz de aliento de sus amigos extranjeros para no desmayar en su obra. Residente en Quito, su espíritu tuvo que retornar a París, donde se vió obligado a fijar su domicilio espiritual. Su amigo, el gran poeta Supervielle, refleja

el sentimiento de sus colegas y lejanos amigos, y en su nombre le desagradaba con estos bellos versos que se encuentran en su Mensaje a Gangotena, y cuya traducción diría:

Yo pienso en tí, en tu pedestal de alta geología,
Tú que te abres un camino entre los indios, los volcanes,
Cabalgando al pie de los Andes, donde los espacios
Son más dilatados que en otros climas.
Pienso en tí que te encuentras solo en el mundo en tu Ecuador

.....
Pero, ¿qué sucede, Gangó, en la americana montaña,
Y por qué no respondes a la llamada de nuestros anhelos?
¿Piensas, acaso, que se te olvida
De este lado del Mar Océano?
Deja que te envíe allá lejos
Una onda del Sena, donde se refleja Vetheuil
A la hora del día en que la arena
Es más dulce que el fondo del río.
(Nosotros podemos hablar de dulzura, nosotros que conocemos las
cosas terribles
Y siempre estamos como a codo con la muerte)...

¿Sabes lo que te hace sufrir?
Es tu armadura de poeta que duele tanto con sus juntas.
Es nuestra cota de malla, tejida de venas, nervios y arterias.....

.....
Max Jacob le dice en una carta: "Que lo sepas bien, querido Alfredo, jamás serás olvidado. Nuestros amigos hablan de tí muy a menudo, y ayer no más charlaba con Tristán Tzara de tus obras, y no creo que se cuente entre tus íntimos".

L. Dubois, otro poeta atormentado, le dice: "Cuánta razón tiene Supervielle con sus versos, mi querido Alfredo:

"No estás solo en la lejanía

Que los poetas aquí.....

¿Solos...? Jamás solos... no obstante...

Cierto que jamás te he escrito... Solamente, algunas veces, mis poemas han podido hablarte de mí... Pero en el secreto, en el silencio y el olvido, cuántas veces he interrogado y suplicado: ¡Habla, Gangotena!"

Jean Cocteau, en una carta que merece un marco especial, llena una página con sus letras chinescas y estas pocas frases tan elo-

cuentes: "Pienso en el poeta enfermo. Cúrate pronto." Y la frase que mejor suena es francés: "Je t'aime bien".

¡Qué pocos leían sus versos en el Ecuador! y qué pocos de los que leían pensaban bien de ellos. Sin embargo... Jorge Escudero, a quien se otorgó una beca, como se nombró profesor a Gangotena, para que siguiese un curso en uno de los mejores centros de París, consagrado a las enfermedades del espíritu, dijo a los estudiantes que averiguaban su nacionalidad: "Soy ecuatoriano". "¡Ecuatoriano! exclamaron, de la tierra de Alfredo Gangotena el gran poeta". La amistad quedó sellada, y así la memoria del escritor ausente facilitó puesto de honor entre los compañeros que bien pronto reconocieron los méritos de otro ecuatoriano. Gangotena no era leído únicamente por los literatos de su círculo y de sus tendencias, también los estudiantes de medicina figuraban entre sus admiradores.

Regresaba Gangotena al Ecuador, y en la cubierta del barco una muchacha colombiana leía un libro. Se trabó amistad, y al saber que era ecuatoriano le preguntó si conocía al poeta cuyo libro era uno de sus predilectos, el poeta Gangotena.

Fouquet le cuenta: "Numerosos escritores interesantes me han pedido información sobre usted y sus obras. El joven poeta suizo, Jorge Borgeaud me ha arrebatado su dirección y dice que le escribirá inmediatamente. Es un alma exigente, incendiaria, un tanto misteriosa".

Cuando **Argus de la Presse**, publicó una estrofa de **Orogenie**, el crítico Furet la comentó así: "¿Cómo, cómo? Pero si son versos franceses, de un libro que acaba de aparecer y que se titula "OROGENIE". ¿Vosotros tal vez habréis dudado? Yo, ni un solo instante. Aunque es verdad que su autor se llama Alfredo Gangotena y es nativo de la ciudad de Quito, (Ecuador)".

Jorge Adoum le dice en una delicada carta: "No es poca la sorpresa que me ha dado vuestra bella colección de poemas "Absence". No podía nunca imaginar que en esas lejanías, en América del Sur, tuviérais mi dirección; pero he pensado enseguida, al mirar la dedicatoria de Michaux que, sin duda, nuestro gran Supervielle os la habría dado". Max Jacob le dice: "Esta vez nos llega, cálida aún, del Ecuador, desolado como los 6.530 metros del Chimborazo, y rojo de dolor como las piedras calcinadas por los soles odiosos, implacables".

Otro poeta, amigo suyo, le escribe: "Os pido un bello libro de versos: S. O. S. ¡Qué confusión! En los confines de un país de

gatos salvajes, de frías lejanías y de soledad amarga, sois una colina ardiente en el crepúsculo del día". Un poquito sombrío, sin duda, el cuadro que el poeta ha forjado del Ecuador, pero, ¿qué podía pensar un poeta del país donde se arroja de la Universidad a un ex-graduado de la Escuela de Minas, y se aísla al poeta que tanto admiraba?

Añade el poeta, amigo del poeta: "Por doquiera se encuentran murallas y barreras de incomprensión. Jamás os lo he dicho: mi vida es insidiosamente bella, iluminada por vuestra poesía desde hace cinco años".

Argus de la Presse dice algo que quizás levante un poco el velo que ha cubierto las obras de Gangotena: "OROGÉNIE... fuimos los primeros, ciertamente, en señalar en Francia a Alfredo Gangotena, en esta Revista, y, si no recordamos mal, traducimos algunas estrofas de un poema que apareció en una revista hispano americana, pues nos pareció nuevo. Después, M. Gangotena ha vivido en París y ha escrito en francés. Tiene en nuestra lengua un estilo duro, metálico, de contrastes violentos, que recuerda a Lautreamont. Emplea palabras raras y hace de ellas, aún las más conocidas, un agregado bárbaro que nos sorprende. Este estilo de epopeya de la edad de bronce, esas alusiones a un mundo científico, nos hacen pensar en René Ghil, que quizás leyó Gangotena, y que tenía, como él, ese gusto de hierro en la boca".

"A pesar de que los poemas de Gangotena no nos traen un poco de dulzura, a no ser los últimos, con un tono más sereno, más comprensivo, con una dolorosa serenidad, será grato conocer a este poeta que comanda con toda autoridad a los elementos, que comprende con tanta fuerza a la naturaleza. Es uno de los poetas hispano americanos más personales y más desenvueltos de los tiempos presentes", escribe Jorge Pillement.

La crítica no ha de consistir en acumular alabanzas hasta aplastar la obra que analiza. Toda obra tiene sus defectos, de lo contrario sería perfecta, y la perfección no existe en la naturaleza. Teodoro Banville, gran admirador de Baudelaire, selecciona uno de sus mejores sonetos, en un pequeño Manual de Literatura, y no obstante, empieza señalando cuatro defectos fundamentales.

Las obras artísticas que se elevan algunos codos de la vulgaridad y de la generalidad, poseen cualidades que pesan más que sus defectos y revelan la inspiración genial que consagra al artista. Los críticos han hablado mucho de la obra de Gangotena, y señalan los defectos naturales en su alma joven y tropical: cierta vaguedad,

alguna oscuridad, falta, quizás, de la unidad de conjunto, por lo que el lector se encuentra a menudo desorientado; pero mientras ciertos críticos, profanos o eruditos de estas tierras, no han alcanzado a ver sino esos defectos, los de la vieja Francia están de acuerdo en olvidar tales lunares, conmovidos por la fuerza de la expresión, la fogosidad de esa elocuencia tropical, la poderosa personalidad del poeta que se impone, así desconcierte. He aquí unas opiniones que concuerdan en este criterio general:

“...Mr. Alfredo Gangotena, Ingeniero de Minas, ha escrito los poemas “Orogenie”. Este joven americano del Sur posee el más rico vocabulario francés, y se entrega con una fantástica facilidad a las más inesperadas metáforas. Se descarta, quizás, mayor tonalidad en esta elocuencia tropical, y en este frenesí desbocado, cuya autoridad nos confunde. Pero entreguémonos a esa autoridad. Es raro encontrar una embriaguez tan poderosa y tan sostenida. Faltan a nuestro oído timbres, voces, y no se decir qué forma de emoción en la poesía de Gangotena. Por abundante y desbordante que sea, no evoca la riqueza y la composición de una gran orquesta. Pero es una bella y sonora música de piano, y su autor es de la clase de los más grandes virtuosos”. **Jean Cassou.**

“Los versos del joven poeta bilingüe Alfredo Gangotena producen una profunda impresión. Contienen un soplo épico, una riqueza y una nobleza de expresión extraordinarios. Quizás no podamos investigar el propósito. A menos que toda esa fiebre lírica no sea el efecto de la vida en las alturas, en un Continente tan vasto, un síntoma de esa extraña enfermedad andina que Keysserling ha descrito tan bien en sus **Meditaciones Sud Americanas**...”
Señor, escribe Gangotena,

“Señor, la locura nuevamente me domina,
Los Andes, desde el fondo de las edades y las selvas,
Los Andes se deshacen en un vapor
Saturado de insectos, febril y pestilente”...

“Esa manera de delirio cósmico inspira, indudablemente, a Gangotena acentos grandiosos y conmovedores, que transparentan el alma profunda de una raza nacida para el canto. Todo sudamericano es cantor, si no es poeta: carece a menudo del punto céntrico para cristalizar su canto, pero desnudo y frenético, sin guía, sin objeto y sin medida, no deja por ello de ser impresionante”.

Paul Palcen emite análogos conceptos acerca de nuestro poeta:

"No diré que en "Ausencia", a menudo no sentimos la desilusión de no ver el poema, turbados por el curso impetuoso de su elocuencia, y que nos veamos atraídos a un centro limitado, en el que el poeta y nosotros mismos sentimos la futilidad de un tormento que nos devora. En efecto, a veces no se ve bien a dónde conducen esas imprecaciones violentas a una mujer, esas invocaciones a la tierra, a Dios, los gritos apasionados, todo el delirio verbal de Gangotena. Esta poesía, no obstante, alcanza las alturas del espíritu. Se diría que viene de los grandes paisajes desiertos, donde los bloques montañosos duermen bajo la luna. Forma así una voz solemne, un poco grandilocuente, que viene, como los Andes, del "fondo de las edades y de las selvas". Está saturada de una belleza salvaje, ante la cual no se puede permanecer insensible. Y cuando descien- de a la humildad, la desnudez de su queja es conmovedora:

"Yo os digo, yo os lo aseguro,
Hay alguien que sangra aquí..."

Alfredo Gangotena pertenece al grupo privilegiado de hombres de los que no se puede hablar en pretérito sino en presente. Sus obras perdurarán y está confirmado su puesto en las letras francesas y en las ecuatorianas. Gangotena, hasta hace poco casi un desconocido aquí, empieza a vivir espiritualmente después de su muerte. Muchas son las personas que sienten el deseo de conocer algo acerca de su técnica peculiar, del por qué de esa forma tan personal de expresar sus pensamientos, y lo que de él se ha dicho en el exterior contribuirá no poco a confirmar la opinión que empieza a formarse alrededor de la memoria del poeta que partió.

He aquí algunas opiniones más, tomadas al azar, de una multitud de cartas y de recortes de periódicos y revistas, escritas por amigos y admiradores, cuyas firmas no son desconocidas en el Ecuador:

Fernández Rach dice: "Hay en esta prosa el acento de alta poesía. Me he sentido conmovido, turbado vivamente por la atención lírica del poeta".

Max Jacob agradece con estas sentidas y expresivas frases la dedicatoria de un poema. "Sería para mí una gloria tener nuestro nombre en la botonera de vuestro poema. ¿Qué decirnos, único y admirable poeta?..." En otra carta, escribe: "Vuestro libro "Ausencia" me hace el efecto de una gran campana, cuyo sonido escuchó con deleite. Me dice así: "No más entretenimientos artísticos,

ni pequeñas acuarelas. Una época trágica requiere una poesía trágica. Una época desolada, poetas martirizados. Y he aquí que de vuestras Américas nos llega vuestra voz de metal, vuestro verbo firme y perfumado y vuestro corazón lacerado por un mal atroz, el mal del país, el mal que nos ha dado el gran poeta Ovidio, y tantos otros desterrados. Esta voz nos llega cálida aún del Ecuador...”

Jean Cocteau, en esas cartas chinescas, deliciosamente originales, llena de una página con estas palabras que parecen desordenadas, y, sin embargo, guardan una armonía de situación: “Martes. — Gangotena, ¿ya almorzastes? Una desgracia, a veces, siempre maravillosa. No digas a nadie nuestro proyecto de gloria. Ven pronto con el resto. He hablado ya a Rivicié que le tengo preparada una gran sorpresa”.

El poeta belga L. Dubois (quizás haya leído mal el nombre de letra difícil): “Debo deciros cuanto me placen vuestros poemas? ¿Cómo sus voces de piedra, de arena y de sangre, y su dulzura de agua en la arena y en la sangre, me conmueven? ¿Debo deciros que os admire grandemente? ¡Sois, Alfredo Gangotena, uno de los raros poetas —uno de los diez o doce poetas vivientes— que admiro tanto y cuya amistad quisiera tener más cerca!”

En sus primeros versos Gangotena incurre en los defectos de la juventud, y cede, quizás, a la influencia de Góngora, el clásico español que tanto admiraba entonces. El Director de la Revista Mensual de Literatura y Crítica, apunta estos defectos, pero reconoce suficientes méritos para consagrar a un poeta, en su libro “Ausencia”... “Este poema es muy notable, y se trata de una obra bella, fuerte. Pasa por ella un soplo que la engrandece. Se la puede reprochar, tal vez, como a otras poesías vuestras, cierta oscuridad y el abuso de algunas palabras raras; se puede desear que os clarifiquéis un tanto, pero vuestra obra se impone desde el principio. Qué inspirado estuvo Supervielle el día que habló de vos y de vuestra obra. El mismo placer que tuve al publicar vuestros primeros versos, perfectamente esquisitos, tendré mañana al publicar vuestros cinco poemas, tan graves. No he tenido todavía tiempo para releerlos con calma, pero una sola mirada ha bastado para juzgar de la grandeza de “El Hombre de Trujillo”.

En *Zaratustra*, con la firma de Jean Eluard, apareció este comentario, algo alambicado, con esa cursilería que tanto gusta a Gómez de la Serna, pero bien expresivo: “OROGÉNIE de Alfredo Gangotena. — “Para algunos de nosotros la poesía, en su forma poética, quiero decir literaria, no podría ser sino encantamiento.

Una mitología abstracta con reflejos de terciopelo, como los del pesado mercurio, implacable como el oro alquimista que hierve en los crisoles, blanco como la soledad de los sepulcros y las auroras, que yace en el fondo de las joyas y de las pedreras. He aquí que se levanta del fondo de las edades, surgida de una selva encenizada por la luna, una voz de caballero del tiempo de San Graal:

“Id pupilas mías, barcas locas, a zozobrar incesantemente.
Id al toque fúnebre de los ahogados a tejer vuestras cortinas de plata”.

“Heráldico como la torre mallarméana, poderoso, como el órgano de tubos plurales de Paul Claudel —pero más puro—, no son propiamente estos poetas los que nos hacen soñar esta química poética sino en el metafísico de Ars Magna, O. W. Miloscz. El blasón y el calendario místico, el feudal arcaísmo y el vocabulario de los libros antiguos de la Biblia, mezclan sus lenguas en estos poemas que atraviezan las vibraciones sibilinas de las selvas, el viento en las soledades de la noche y del azur, donde se estremece un vuelo de llamas. Y siempre, cada meditación sumergida en la pálida tiniebla nos conduce a las zarzas y a la nostalgia del Edén.

“Dame, os suplico, ¡oh ciervos!
que yo escuche la égloga del azúcar en la corteza de los tallos tiernos”.

“De retorno de las provincias eólicas, el poeta encuentra sólo un diciembre bajo el signo de la estrella del silencio, atormentado por el huracán lunar. **Se tortura con el deseo de la fijeza del amor,** y el último poema, ya véis, por qué fácil razón, está dedicado al cristiano Juan Lancé”.

“Bajo la máscara verbal —quizás muy compleja pero preciososa— de estas orfebrerías gongorianas, Gangotena nos revela su nostalgia íntima de la simplicidad de los Cielos. Su mensaje, como el de todos los poetas, recuerda los reinos eternos de los Thulé y de la muerte”.

Jacques Maritain, el enorme filósofo francés, le escribe: “Estoy conmovido con el envío de vuestro poema que he leído con grande placer. Permitidme que os diga con toda sencillez, que he experimentado con esos poemas “Ausencia” un profundo sentimiento de admiración y de emoción.

"En la decadencia actual de la poesía, este sentimiento ha llegado a ser para mí tan raro, que tengo una alegría muy particular al poder expresarme en esta forma.

"Vuestro poema es de una grandeza trágica que admiro profundamente. Hay tal belleza de forma y de volumen que me conmueve. El alma liberada pasa por vuestros versos.

"Vuestra soledad debe ser muy grande en ese país "duro e ingrato". ¿Puedo decirlos que contáis aquí con amigos sinceros y fieles?"...

Alfredo Gangotena rompió con la tradicional simetría de la rima. "No vemos en América quien trate de independizarse más altaneramente de los viejos métodos de hacer versos", dice un crítico. Sus raras cualidades de independencia, de personalidad, de renovación, de alejamiento de la rutina dulzona que tanto agrada al público medio, no fueron fácilmente aceptadas ni comprendidas. Julián Lanoé nos explica el sentido difícil de "Ausencia" y Michaux nos habla de la fisiología rara, y de esa psicología tan desconcertante de Gangotena.

"No hay poesía moderna sin alguna raíz fisiológica, nos dice el primero. La piel y los huesos, las formas y las vísceras, podrían servir para clasificar sin demasiada extravagancia a la mayoría de los poetas de estos tiempos. Alfredo Gangotena pinta, como ninguno otro, los tejidos del cuerpo humano, estos tejidos que son el asiento de los sufrimientos morales, al par que físicos: la angustia, la lasitud la melancolía, el deseo o la frialdad.

"Y estas alternativas de fiebre y de hielo impiden al poeta sucumbir a sus sueños. El ve claro en medio de su desorden. Bastará que salga de sí mismo para eludir su garra.

"Una terrible palabra anida en mi espíritu
No me atrevo a marchar más allá..."

"Ausencia" significa, en primer término, privación de amor, lucha contra las potencias del olvido y de la muerte; pero también significa el destierro de la verdadera patria. ¿Cuál es, pues, la verdadera de Alfredo Gangotena?: ¿Francia, donde hizo sus primeros estudios? Yo no lo creo. Yo imagino esa patria espiritual bajo un cielo mediterráneo. Las fragantes piedras bajo el sol, las rosas, el tomillo, la resina, la claridad de las noches, el impulso medido, esa alacritud del espíritu que hiende el azul, borra la decoración y toca el centro de las cosas.

“¿Cuántos americanos del sur sueñan con la patria mediterránea? ¿Cuántos poetas en el mundo? La Grecia, esa roca polvorienta. La Palestina, con su Piedra de Horeb, su Gólgota, su Carmelo, he ahí los lugares que convienen a nuestro querido Gangotena, transportado por los Dioses insondables, pero no insensatos, a la costa americana del Pacífico, a la sombra de los grandes volcanes cubiertos de nieve...

....“Tal es la aventura, que en una prosa admirablemente rimada y plena de poesía, dice V. Moremans, después de publicar algunos poemas de “Ausencia”. Que esta aventura no tenga en sí nada de original, convengamos. Pero la obra de Mr. Gangotena es todavía más meritoria al haber dado tanto carácter a un tema tan poco original”.

“De un estado banal en sí mismo, el poeta de “Ausencia” ha sabido, en efecto, extraer tanta emoción, y pasando con sobrado arte de lo particular a lo general, dá a un caso común un alto valor de símbolo”.

“No podríamos decir qué nos agrada más en los poemas del señor Gangotena, si los sentimientos que ahí se expresan, o la lengua en la que los escribe; pero lo que no ignoramos, es que desde la primera a la última línea de la recolección, nos hemos sentido en contacto con un poeta, un auténtico poeta, que sostiene su originalidad de la expresión de un simbolismo de múltiples facetas, al par que de un lirismo alternativamente contenido y exaltado”.

Michaux, a quien debemos un interesante y extraño libro sobre el Ecuador, fué uno de los amigos que más íntimamente conocieron a Gangotena. Conozcamos, pues, a nuestro poeta al travez de la lente original que emplea el escritor francés:

“Antes de leer a la mayor parte de los escritores, ya los conocéis de memoria, y vuestros oídos están llenos de lo que os van a decir, y que ya se ha dicho y redicho, con pocas comas más o menos, para interesar y aleccionar a la innumerable raza de los espíritus que ignoran lo esencial, coleccionistas de comparaciones: La Crítica.

El hombre original es muy raro.

“Un poeta original, contra todo lo que se piensa, es todavía más raro. Saber expresar demanda un esfuerzo, exige un concurso de fuerzas y facultades; pide cultura, supone paciencia y, por encima de todo, la sumisión a una lengua creada por otros, en otro tiem-

po, convencional, fabricada para las masas, o, por lo menos, para una sociedad útil y saturada de compromisos, filtrada y múltiple a la vez.

"Cierta nivelamiento entre los espíritus parece, pues, inevitable. No solamente son eliminados los seres excepcionales, sino también los estados excepcionales.

"Un escritor que tiene 42 grados de temperatura, se hallará en un estado general muy interesante, pero ¿qué nos dirá? Casi nada".

Michaux pasa en revista todos los estados mentales o emotivos, la embriaguez, la eteromanía, la locura, la opiomanía, el sueño, la mística. Termina y concluye: "Los moribundos tampoco escriben, y, sin embargo, ¡qué momento el de la agonía! Y así todo lo demás. De esta manera, la literatura pertenece a los individuos medios".

"Alfredo Gangotena es uno de los raros poetas que no se me ha presentado como un ser medio, construido como todo el mundo. Hay una desesperación que sube del fondo y os ciega brazos y piernas.

"Los muros tiemblan, las hojas también
Yo os lo digo, yo os lo aseguro
Hay alguien que sangra aquí".

"Yo le he visto mirar los guijarros con verdadera simpatía. (Un alienista os hubiera hecho otra reflexión). Yo le he visto mirar a amigos de su familia, ¡estos eternos habladores ecuatorianos!, como se mira a las piedras, con una mirada fría y rígida ciento por ciento, que os helaba, vacía de toda impresión vivificante; mirada aterrante y como mortal".

"Era para él una seria dificultad estar parado o semisentado. No se encontraba bien sino yacente".

"Se echaba por tierra cada vez que encontraba la ocasión de estar solo, con la cabeza apoyada en un árbol, o en el pie de una silla".

"Denomina a su primer libro "Orogenie", el libro de la Tierra, Tierra exterior. Gangotena habita el soberbio y casi aterrante país de las altas mesetas desnudas y de los volcanes... Tierra interior también, por una especie de petrificación personal, y porque el desesperado y el maldito (había sido maldecido, bien equivocadamente por cierto, pero él creía firmemente en esta maldición) tienen naturalmente como símbolo la piedra".

“¿Se humaniza Gangotena cuando sale de su universo geológico? ¿Se siente atraído por el hombre o el animal? No, el animal no existe para él, salvo algún animal atrabillario, que no existe sino en función de sus humores venenosos. (Sin embargo del juicio de Michaux, más tarde escribirá su poema “La agonía de un Caribú”). “Aquí el escorpión, la tarántula”.

“Porque Gangotena tiene el sentido físico del veneno, del veneno de la disgregación celular, molecular y química. (Gangotena es también Ingeniero de Minas)”.

“Se siente atraído por las flores. Y ahí, ¡cambio inaudito! delicias que abundan, que tiemblan, excesivas”.

“Ni los chinos tienen ese fervor extraordinario. Un encanto amoroso le embarga en un jardín, una comunión de éxtasis, (no encuentra otra palabra), y su madre es como él: espectáculo al que se asiste penetrado de un no sé qué, molesto por no comprenderlo mejor. La flor, el tercer sexo, el sexo evangélico del mundo”.

“Todo lo que es positivo en el universo gangoteneano es angelical y floral. Lo que es negativo es maldito y mineral”.

“En “Ausencia”, sin embargo, existe una excepción: Su esposa, Novia sublime, como la que aparece en los poemas de Poe, que hemos leído juntos tantas veces: diáfano ser del que no se sabe nada, formado por el aliento de las flores”.

¡Oh mujer la más dulce a la mirada
Como esas blancas flores de seda y de silencio.
Que reclinan sus corolas temblorosas
En el lánguido tallo de las palmeras,
Tu apoyas en mi hombro la frescura
aérea de tu rostro.

Oh femme la plus douce sous mes regards,
Comme ces blanches fleurs de soie et de silence,
Que apouient leurs corolles haletantes
ou nonchalante stipe des palmiers,
Tu penches sur mon épaule la fraîcheur
aérienne de ton visage.

“Próxima, y, sin embargo, lejana, “blanca y secreta como las nieves de una estrella nueva”, “situada en tal forma en lo absoluto, que viene a ser lo esencial, desprovista de atributos”.

“Aquí se vé mejor esa tendencia al éxtasis, ese deseo de su-

blimar todas las cosas, de transportarlas al más allá. En los poemas de Gangotena no existe lo tangible”.

Voces innumerables
 Vetustos ecos de las nebulosas
 Ecos diáfanos en las playas y los torrentes.

Voces sin número que van a morir,
 Que van a perderse
 En las arenas áridas del ayer.

Des voix sans nombre
 Echos vicissitudes des nébuleuses
 Echos diaphanes dans les rivières et les torrents
 Des voix sans nombre allaient mourir,
 Allaient se perdre
 Dans les sables arides d'autrefois.

“El descentra y conduce todo al más allá. Tiene el vocabulario velado o angélico. “Aliento, brisa, nebulosa, soplo... lo que exhala”, pero en medio de estos espacios ilimitados, de este dominio celeste, pasan las huellas duras y completas de su adolescencia que, además de cierto temblor, quizás, de la lengua (que no es la materna), dificulta la comprensión de estos poemas”.

Por ejemplo, el complejo **sangre-enfermedad-maldición**.

“En su juventud el poeta sufrió de muchas enfermedades, entre las que figura la hemofilia. Este mal atroz que lo dejaba a merced de un diente arrancado, o de una simple picadura por la que la sangre corría enseguida, sin recurso, sin cesar, sin defensa. Esta enfermedad que le producía una zozobra continua y le dejaba realmente fuera del mundo, le ha marcado siempre”.

“Estas ideas fijas en la sangre, y otras más, cuidadosamente disfrazadas y encubiertas por la vergüenza, y como no se juega con esto, ni con la guerra química, o con una lesión de los riñones. Estos símbolos **camoufflés** con palabras raras, en diversos y sucesivos sentidos, cuando se lee atentamente sus poemas, se advierte el peso espantoso que los domina: La sangre por doquiera:

“La sangre me reclama
 La sangre de los días de éxtasis
 más rítmicos que el mar

La sangre que no olvida jamás, que me envuelve con
color terrible.

Que cesa ya este inútil viaje de mis ojos
El corazón amado que ha esperado tanto
quiere impaciente ver su sangre,
Gozar de la sombra ansiada, más dulce
y más propicia para su penoso temblor.
Yo os lo digo, yo os lo aseguro,
Hay alguien que sangra aquí".

La sang m'appelle
La sang des jours d'extase plus
rhymé que la mer.
La sang que n'oublie jamais, qui
me invahit déune couleur terrible.
Mais vite que cet inutil voyage des yeux finisse
Le coeur aimé qui a tan patienté
veut a tout price revoir son sangue,
Louir d'une ombre convoitée, plus
douce et plus propice a son penible tremblement.
Je vous le dis, je vous l'asure,
Il y a quelqu'un qui saigne ici.

Pero había algo más que Michaux no sabía, algo que atormentaba al poeta con un alceco de muerte, algo que anunció en sus versos: el terrible mal escondido, que no era seguramente la hemofilia. La enfermedad que minaba inexorablemente sus entrañas, y que sepultaría en la tumba los versos de la madurez, los versos sin los defectos de la juventud, los poemas del atardecer sereno:

"Mi cuerpo está triste pudriéndose lentamente".

"Mon corps est triste de pourrir si lentement".

E. RÍOFRÍO V.

Este libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
SU VENTA ES PENADA POR LA LEY

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

QUITO - ECUADOR

CASILLA 67

BENJAMIN CARRION,
Presidente.

JACINTO JIJON Y CAAMAÑO,
Vicepresidente.

HUMBERTO MATA MARTINEZ,
Secretario General.

SECCIONES:

Literatura y Bellas Artes

Representante por la *Crítica Literaria*

Dr. Benjamín Carrion

Representante por la *Historia*

Sr. Jorge Icaza

Sr. Enrique Gil Gilbert

Representante por la *Ficción*

Sr. Alejandra Carrion

Representante por las *Artes Dramáticas*

Sr. Pedro Jorge Vera

Representante por el *Periodismo*

Sr. Leopoldo Bonifaz V.

Representante por las *Artes Musicales*

Sr. Segundo Luis Moreno

Representante Profesional por las *Artes Plásticas*

Sr. Estanislao Figueroa

Ciencias Jurídicas y Sociales

Representante por las *Ciencias Sociales y Políticas*

Dr. Pío Larín de Alvarado

Dr. Angel Manuel Paredes

Representante por los *Estudios Internacionales*

Dr. Antonio J. Quevedo

Representante por las *Ciencias Económicas*

Dr. Julia Eduarda Icaza

Dr. Eduardo Bofino Villegómez

Representante por las *Ciencias Jurídicas*

Dr. Alfredo Pérez Guerrero

Ciencias Filosóficas y de la Educación

Representante por las *Ciencias Filosóficas*

Rvdo. P. Aurelio Espinosa Falt S. I.

Sr. Jaime Chaves Grunja

Representante por las *Ciencias de la Educación*

Lic. Jorge Bolívar Flor

Dr. Carlos Cueva Tamazé

Ciencias Histórico - Geográficas s

Representante por la *Arqueología y Etnología*

Sr. Jacinto Jijón y Caamaño

Representante por la *Investigación Histórica*

Dr. Abel Ramos Castilla

Representante por la *Geografía*

Rvdo. P. Juan Morales y Eloy S. S.

Representante por la *Historia Propiamente Dicha*

Rvdo. P. José María Vargas O. P.

Ciencias Biológicas

Representante

Dr. Jorge Escudero

Dr. Julio Endara

Ciencias Físico-Químicas y Matemáticas

Representante

Rvdo. P. Alberto D. Semanate O. P.

Dr. Julio Aráuz

Ing. Jorge Castores